

# Quiéno vente, somnein

BEA R. ORTIZ  
@BEASTYBERLIK





*Dublin 1*

*Quiéno  
verte,  
sornear*

BEA R. ORTIZ

*@BEASTYBERLIK*

Título: Quiero verte sonreír.

© 2024, Bea R. Ortiz.

De la cubierta y maquetación: 2024, Roma García.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A Berolana, porque si no fuese por ellas quizá no habría  
sido capaz de enfrentar la página en blanco que llevaba  
tiempo bloqueándome.*

*Roma, Laura, Nago,  
gracias por estar ahí.*

*Is it wrong that I still wonder where you are?*

*Is it wrong that I still don't know my heart?*

*Put a little love on me* – Niall Horan

¿Está mal que todavía me pregunte dónde estás?

¿Está mal que todavía no conozca mi corazón?

*Put a little love on me* – Niall Horan

## **PLAYLIST**

So long – Niall Horan  
La canción del verano – La La Love You  
Palabra prohibida – Samurai  
Put a Little love on me – Niall Horan  
When You're Gone – Shawn Mendes  
Durante Una Mirada – La Oreja de Van Gogh  
The Show – Niall Horan  
Still – Niall Horan

## **AVISO**

A lo largo de la historia encontrarás personajes españoles e irlandeses, así que, para diferenciar cuándo se habla en un idioma u otro, se han puesto aquellos diálogos que se dan en español en letra cursiva.

Espero que disfrutes mucho de la lectura.

*Bea*

## PRÓLOGO

La última noche que estuvimos juntos ninguno de los dos podía llegar a imaginarse que no volveríamos a vernos hasta diez años después.

Como cada treinta y uno de agosto, al día siguiente todos abandonaríamos aquel lugar para volver a la rutina que septiembre siempre traía consigo y, siguiendo una tradición que llevaba décadas vigente, los mayores habíamos encendido una hoguera en la playa al atardecer a la que poco a poco se fueron acercando todos los jóvenes que veraneaban en aquel pueblo costero del norte de España. Era uno de los momentos más tristes del año porque tocaba despedirse de amigos a los que no volverías a ver hasta, como poco, nueve meses después; pero también era uno de mis favoritos.

Durante horas, mientras el sol se apagaba y la brisa nos obligaba a echar mano de las chaquetas, se contaban multitud de anécdotas de ese y otros veranos y las risas no cesaban. Era raro terminar una de esas noches sin ese agradable dolorcillo de tripa que se queda después de tanto reír.

Claro que, si la del treinta y uno de agosto de 2014 seguía grabada en mi memoria tantos años después, era por motivos muy diferentes.

Recuerdo a la perfección que, después de una semana plagada de lluvias, aquel día amaneció completamente claro. Llegué a pensar que a media tarde el cielo se tornaría negro y no dejaría de llover en toda la noche, pero me equivoqué.

Era como si alguien hubiese decidido que teníamos que tener aquella despedida. Como si nos estuviesen mandando una señal para que la disfrutásemos tanto como fuese posible.

El mar estaba más bien en calma, pero aun así se podía apreciar el ruido que hacían las olas al chocar contra las rocas. Pese a que la playa era kilométrica, encendimos la hoguera en uno de los extremos para que la pared rocosa hiciese de cortavientos. Aunque en realidad, mi hermano Darren y yo poco tuvimos que ver en esa decisión, porque cuando llegamos todos nuestros amigos estaban ya allí reunidos.

Saludé a Eneko y a Héctor con una palmada en la espalda mientras ellos colocaban los trozos de madera y, tras coger una lata de cerveza de la nevera portátil que habían llevado, me dirigí a donde las chicas estaban sentadas. A mi chica. Habían pasado poco más de dos meses desde que nos habíamos sincerado el uno con el otro, apartando el miedo a que los sentimientos echaran por tierra una amistad de más de una década, y todavía no me hacía a la idea de que aquello fuese real. Se me hacía hasta raro verla vestida con mi sudadera de la Universidad de Dublín y eso que, a lo largo de aquel verano, la había usado más veces ella que yo.

—*¿Es posible que por primera vez en la historia no hayas llegado tarde?* —pregunté, sentándome justo a su lado. Lo suficientemente separado como para no parecer un novio lapa, pero no tanto como para que nuestros muslos no se rozasen entre sí.

—*Ja. Ja. Qué gracioso te has levantado tú hoy, ¿no?*

—*Está nerviosa por el viaje de mañana* —dijo Andrea. O Marta. Me pasé toda la adolescencia tratando de averiguar la manera de diferenciar a una de la otra, pero si había algo que les encantara a esas dos era confundir al resto del mundo en una especie de juego de quién es quién, así que no lo ponían nada fácil. Llevaban el mismo corte de pelo, compartían ropa y, en ocasiones, incluso hablaban a la vez.

De la cuadrilla, Lucía era la única a la que nunca se la colaban, pero por mucho que insistí

para que me enseñase su truco, nunca llegué a dominarlo.

—*No estoy nerviosa* —contradijo Lucía, aunque por el modo en el que su pierna se movía contra mi muslo, estaba claro que mentía. Por no hablar de que tenía las manos metidas en el bolsillo central de la sudadera, así que lo más seguro era que estuviese quitándose el pintauñas, como hacía siempre que algo la alteraba. Si es que no había pasado ya a tirarse de los padrastrós de los dedos—. *Es solo que va a ser la primera vez que conviva con alguien que no sea mi familia y, además, me voy a tener que mover en metro para llegar a la universidad y no voy a poder bajar al mar a respirar cuando me agobie y...*

—*Y a eso se le llama estar nerviosa* —me reí, rodeando su muñeca y tirando hasta que conseguí sacar su mano izquierda del bolsillo y entrelazar sus dedos con los míos—. *Pero es normal, Lu. Pese a haber ido al instituto en la ciudad, casi no te has movido del pueblo y va a ser un cambio grande.*

¿Se me olvidaba mencionar que una de las cosas que hacían aquella noche diferente era que por primera vez Lucía no se quedaba atrás cuando todos los demás nos íbamos? Era la única del grupo cuyos padres vivían en el pueblo de forma permanente, y el resto de chavales que residían allí eran bastante más pequeños, por lo que para ella las despedidas siempre eran un poco más duras. Pero, aquella vez, también se iba. Había conseguido plaza en una universidad de Madrid para cursar un doble grado de Periodismo y Comunicación Audiovisual y llevaba todo el verano hablando de cómo se imaginaba su nueva vida en la capital.

—*Va a ir genial, ya lo verás. La zona en la que está situada la residencia es tranquila y no tienes muchas paradas de metro hasta la universidad.* —No es que yo conociese mucho de la capital, pero ese mismo verano habíamos ido juntos y aprovechamos para hacer una ruta de reconocimiento por la zona.

—*Y, por si se te había olvidado, vas a vivir más cerca de nosotras que nunca. ¿Te imaginas lo que va a ser poder quedar los fines de semana para dar una vuelta?* —añadió Marta. O Andrea. Otros años para agosto ya tenía más práctica en lo de diferenciarlas. Sería por la cantidad de distracciones que había tenido ese verano.

—*No, si al final el abandonado este año voy a ser yo* —dramaticé, en un intento de hacer que se distrajese, y supe que lo había conseguido cuando se dejó caer contra mi costado y giró la cabeza, buscando mis ojos con los suyos.

—*Siempre puedes coger un avión y venir a vernos.*

«Ojalá fuese así de fácil» pensé, pero me lo guardé para mí mismo y, en su lugar, le rodeé los hombros con el brazo antes de darle un beso en la mejilla.

Lo que más me dolió aquella noche fue separarme de ella. Saber que habíamos desperdiciado tantos años callándonos lo que sentíamos y que, a pesar de que aquel verano lo habíamos aprovechado al máximo, demasiadas cosas se nos habían quedado por hacer.

El pacto estaba cerrado: a partir del día siguiente, volveríamos a ser los mejores amigos que llevábamos años siendo, porque empezar una relación a distancia el primer año de universidad no era buena idea, por mucho que nos muriésemos de ganas. Si en junio seguíamos sintiendo lo mismo, sería la señal de que teníamos que lanzarnos a la piscina sin pensarlo más. Y entonces... Ahí sí que lo intentaríamos de verdad.

La hoguera fue una de las mejores que recuerdo. A medianoche éramos casi veinte personas alrededor del fuego, hablando y riendo. Cuando el frío comenzó a hacerse notar, la gente empezó a irse a casa. Nuestros amigos fueron los últimos en desaparecer, pero nosotros dos nos quedamos allí, a la luz de las pocas brasas que quedaban prendidas, abrazados, con su cuerpo entre mis piernas y su espalda pegada a mi pecho mientras mirábamos el mar y disfrutábamos del

poco tiempo que nos quedaba juntos.

—*Tengo miedo de que el verano que viene te hayas olvidado de mí* —susurró, rompiendo el silencio en el que llevábamos sumergidos varios minutos.

—*Más bien será al revés. En cuanto conozcas a un universitario cachas me borrarás de tus recuerdos.*

—*Imposible. No me gustan los cachas* —aseguró, girando su cuerpo para quedar cara a cara antes de dedicarme una sonrisa triste—. *Si pudiese adelantar el tiempo, daría una palmada y de repente sería junio y estaríamos así, exactamente igual que ahora, pero en vez de la hoguera de despedida lo que tendríamos al lado sería la de San Juan y volveríamos a vernos con dos meses de libertad por delante.*

—*Siempre podemos fugarnos. ¡A la mierda la universidad!* —Lo último lo grité quizá un poco más fuerte de lo debido, y ella me puso una mano en la boca rápidamente, impidiendo que siguiese armando escándalo.

—*Como alguno de mis padres te oiga diciendo eso me van a prohibir verte, así que cierra el pico.*

—*Siempre he querido vivir un amor prohibido* —balbuceé contra su mano y ella la apartó de mis labios, pero la dejó en mi mejilla. Me encantaba cuando me acariciaba así, como si nada más importase, como si mi barba incipiente fuese sumamente interesante.

—*Eres idiota, Sean* —susurró sin apartarse y, sin poder aguantarme las ganas, me incliné hasta que mis labios rozaron los suyos. Un beso suave, lento, con el que quise dejarle claro que para mí siempre iba a ser ella.

Nadie sabía lo que el futuro nos depararía. Había posibilidades de que, al año siguiente, cuando nos volviésemos a ver, alguno de los dos hubiese cambiado de opinión y esto no llegase a ser nunca nada más que un amor de verano, pero lo que tenía claro era que ella siempre iba a tener un lugar especial en mi corazón. Era la primera chica de la que me había enamorado. Con la que había compartido prácticamente todas mis primeras veces. La única persona con la que me había imaginado compartiendo un futuro. Y, de todas las posibilidades que pasaron por mi cabeza durante los nueve meses que siguieron a aquel momento, que fueron muchas, en ninguna de ellas barajé lo que realmente sucedió.

Porque nunca había podido llegar a imaginar un posible escenario en el que yo estuviese en el pueblo, pero ninguno de los miembros de la familia de Lucía se encontrase allí. O que nadie supiese que había sido de ellos. O que ni su teléfono ni el de sus padres me diesen señal y los mensajes quedasen como no enviados.

El verano de 2015 lo recuerdo como dos meses devastadores tras los que me quedé destrozado, no solo porque iba dispuesto a decirle que no me había olvidado de ella y que quería que lo intentásemos de verdad, sino por no saber qué había sido de mi amiga. ¿Estaría bien? ¿Le habría pasado algo? ¿Volvería a verla en algún momento? ¿Dónde estaba?

Las esperanzas de recibir respuestas se fueron perdiendo con el paso de los años y Lucía se acabó convirtiendo en un bonito recuerdo de adolescencia que no tenía cabida en el caos en el que se había convertido mi vida. O al menos eso creía, porque cuando aquel día de septiembre de 2024 volvimos a estar cara a cara, mi mundo se puso patas arriba.

## CAPÍTULO 01

### Lucía

Observo el billete de avión que tengo entre las manos y respiro profundamente, tratando de controlar la vorágine de sentimientos que quieren hacerse con el poder de la situación.

En primer lugar, los nervios que siempre se apoderan de mí en los momentos previos al vuelo. No lo puedo evitar, los músculos se me agarrotan y mis piernas se vuelven de gelatina. Y, por si fuera poco, esta vez tenía tantísimas cosas en la cabeza mientras hacía el equipaje que se me han olvidado las pastillas que me recomendó la farmacéutica hace años para este tipo de situaciones.

En segundo lugar, el motivo de mi huida. Porque, por mucho que diga mi hermana, sigo pensando que lo que estoy haciendo es huir de mi miseria. Ella lo disfraza diciendo que lo que necesito es un cambio de aires para volver a encontrarme a mí misma y rescatar la persona que era antes de que Andrés apareciese en la ecuación, pero yo lo que digo es que para un cambio de aires bien podría haberme ido al pueblo en el que vive mi madre en vez de coger un avión al extranjero.

Y, en tercer lugar, porque no puedo evitar que el destino que aparece escrito en mi billete traiga otros recuerdos a mi cabeza. Recuerdos que creía dormidos y nostalgia por esa Lucía adolescente que tantísimas veces soñó con estar aquí, en este mismo aeropuerto, con un billete a ese destino entre sus manos y sonriendo como una idiota con tan solo pensar en la persona que la estaría esperando al otro lado del trayecto.

Lo único que había en ese viaje soñado de hace diez años y el que iba a hacer ahora, era que estaba segura de que alguien iba a ir a buscarme al aeropuerto. Claro que, ese alguien, ahora más que sonreír lo que me hace es enfadar. Bueno, tampoco voy a ser tan mala. Sí que es cierto que me hace enfadar en muchas ocasiones, pero tampoco podía negar que me moría de ganas de volver a ver a mi hermana pequeña.

Precisamente ella era el motivo por el que estaba a punto de coger un avión en vez de un autobús con destino al pueblo. Su compañera de piso había dejado la universidad en junio, por lo que ahora vivía sola y, para qué mentirnos, si algo tiene Carlota es que es sumamente convincente. Sería capaz de venderte cualquier cosa, quizá por eso es por lo que decidió estudiar márketing, así que cuando se le metió en la cabeza la idea de que lo que tenía que hacer para reorganizar mi futuro era irme a vivir una temporada con ella, no paró hasta que tuve el billete comprado.

Aunque no es que yo esté muy convencida de que esto vaya a ayudar mucho. Y no, no hablo de superar a Andrés, porque lo cierto es que en los últimos meses he hecho un gran avance en ese aspecto, sino de todo lo que conllevó la ruptura.

Supongo que el hecho de descubrir que el hombre con el que te ibas a casar y planeabas formar una familia lleva años poniéndote los cuernos a diestro y siniestro, incluso en la oficina en la que ambos trabajabais, ayuda a que la burbuja de felicidad idílica en la que una vive estalle en mil pedazos, dejándote ver todo lo malo que no veías cuando ese capullo te tenía atrapada entre sus redes.

¿Cómo pude estar tan ciega como para no darme cuenta? ¿Y por qué nadie se molestó en abrirme los ojos si todos mis compañeros lo sabían? ¿Tendrían miedo a que Andrés los viese como unos chivatos? ¿Pensarían que, como director del Departamento Legal de la empresa, podría hacer algo para perjudicar a sus puestos de trabajo? ¿O simplemente yo les importaba una

mierda? Supongo que nunca lo sabré. O quizá sí, contando con que fue mi puesto el que desapareció de un plumazo.

¿Los motivos que me dieron? Al parecer, las pérdidas que estaba sufriendo la empresa les obligaba a reducir la plantilla y mi rendimiento había disminuido últimamente. ¿Cómo podían tener los huevos de decirme eso si precisamente mis artículos sobre críticas gastronómicas eran los que más visitas recibían de la página web? ¡Eran los que más ganancias por publicidad generaban y tenía la bandeja de entrada plagada de restaurantes que querían aparecer en la revista!

—*Esto es cosa suya, ¿verdad?* —le pregunté a Olga, de Recursos Humanos, cuando terminó de hablar.

—*No sé a qué te refieres.*

—*Sí, claro, y yo nací ayer. Como si no supiera que tú eres una de las que ha terminado en su cama. ¿O debería decir nuestra cama?*

—*No tolero que me faltes el respeto o insinúes que tomo decisiones poco profesionales, Lucía.*

—*Ah, ¿no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme otra vez? ¿No darme una carta de recomendación? Como si todavía tuviese esperanzas de recibir algo más de ti a parte de una patada en el culo. ¿Qué te ha prometido a cambio? ¿Un polvo de celebración cuando me veáis salir por la puerta?*

Admito que aquel no fue mi mejor momento. La parte más resentida de mí salió a la luz y me hizo soltar cosas que quizá debería haberme guardado para mí misma, pero tampoco tenía nada que perder, así que me daba un poco igual lo que pudieran pensar de mí.

—*Con ese comportamiento lo único que estás demostrando es que he tomado la decisión correcta. No puedes hacer bien tu trabajo si estás resentida con uno de tus compañeros. Es mejor que te alejes para poder pasar página.*

—*Y ahora encima vas de buena gente, como si nuestros puestos tuviesen mucho que ver o coincidiésemos en alguna ocasión, ¿pero cómo puedes ser tan falsa? ¿Sabes qué? Que me haces un favor despidiéndome. Esto no es más que un nido de ratas en el que cada uno es más mierda que el anterior.*

Ese día lloré. Lloré, pataleé, rompí sin querer la caja en la que había guardado todas las cosas que tenía sobre mi escritorio del trabajo por dejarla con demasiada fuerza sobre la mesa de la cocina al llegar a casa... Y al día siguiente tomé la decisión de que eso no me iba a frenar. Lo que tenía que hacer era tomar las riendas de mi vida y empoderarme en mi soledad. Era una buena periodista con mucha versatilidad. Al público le gustaban mis artículos y estaba segura de que en algún sitio de esta ciudad habría una revista dispuesta a contratarme.

Cuando una puerta se cierra, una ventana se abre. Al menos eso es lo que me lleva diciendo mi madre desde que tengo uso de razón.

Qué mierda que sea tan fácil decirlo y tan sumamente complicado hacerlo, porque habían pasado varios meses desde aquel momento y si hay algo de lo que estoy segura es de que ahora mismo estoy incluso más perdida que entonces. Sin trabajo estable pese a haber hecho más entrevistas que nunca. Sin aspiraciones porque no soy capaz de ver la luz al final del túnel. Sin un plan de futuro de lo que quiero que sea mi vida de ahora en adelante. Sin saber qué camino tomar porque todo lo que tengo frente a mí me parece bosque cerrado.

Vuelvo a bajar la mirada hacia el billete de avión y suspiro justo al mismo tiempo que un anuncio empieza a sonar por los altavoces del aeropuerto.

Por favor, Carlota, demuéstreme de nuevo que en ocasiones tus ideas, por muy locas que

parezcan, tienen sentido a largo plazo. Por favor, no te equivoques esta vez.

Y si confío en las señales, ¿no dicen por ahí que septiembre es el mes de los nuevos comienzos? Porque estaba a punto de empezar.

Dublín, allá voy.

## CAPÍTULO 02

Sean

—Sabes que si cambias de idea no pasa nada, ¿verdad? —le pregunto a Niall mientras me agacho delante de él para abrocharle la cazadora. Hace tiempo que sabe hacerlo él solo, así que me lanza una mirada de reproche por el gesto pero, después de no pegar ojo en toda la noche, los nervios están ganando la batalla y solo quiero asegurarme de que todo está bien. De que él va a estar bien.

La mochila con lo que necesita en el cole hoy y mañana. El pijama, una muda limpia y el neceser. El peluche sin el que no es capaz de coger el sueño... Es la primera vez desde que nació que va a dormir en una casa que no es la mía o la de alguien de mi familia y, como es obvio, no lo estoy llevando precisamente bien. Claro que, el hecho de que la casa en la que se va a quedar esta noche sea la de su madre, hace que mi preocupación se multiplique por mil.

—En el bolsillo pequeño de tu mochila he guardado una copia de las llaves y tu reloj inteligente. ¿Recuerdas lo que tenías que hacer si querías llamarme con él? —Asiente con la cabeza—. Si pasa algo o quieres hablar conmigo o lo que sea, llámame. Da igual la hora que sea. ¿Me lo prometes? —Vuelve a asentir y me rodea el cuello con los brazos.

—Solo es mamá, papi.

«Solo es mamá.»

Tres palabras que podrían sonar simples, pero que esconden mucho. Porque si su madre se hubiese molestado en algún momento en actuar como tal, esta situación no tendría nada de extraordinario y yo no tendría que estar asegurándome de haber guardado su cepillo de dientes en el neceser porque seguramente tendría uno propio allí también.

Ni siquiera tengo muy claro por qué he accedido a hacer esto en primer lugar. Bueno, sí, porque a Niall le hace ilusión conocerla mejor. ¿Y cómo le explicas tú a un niño de seis años que si hasta ahora no ha sabido nada de su madre es porque ella renunció a él?

En su día entendí la decisión. Yo ya estaba terminando la carrera, pero a ella le faltaban dos años y acababa de recibir una beca para irse de Erasmus a otro país. Tener un hijo trastocaba todos sus planes de futuro y ni siquiera es que entre nosotros hubiese una relación, porque tan solo nos habíamos enrollado en una fiesta de Halloween. Si una de sus compañeras de fraternidad, que nos había visto esa noche, no llega a contarme que estaba embarazada y planeaba dar el bebé en adopción, ni siquiera me habría enterado de que iba a tener un hijo.

Supongo que ella tampoco se esperaba que yo reaccionara como lo hice cuando lo supe.

El trato fue claro: yo me haría cargo del niño y ella nunca tendría nada que ver con ninguno de los dos. A mi hijo lo iba a criar yo y estaba dispuesto a recurrir a un abogado si era necesario, pero finalmente accedió al acuerdo. Lo que no esperaba era que cinco años más tarde apareciese de nuevo en mi puerta diciendo que quería conocerlo.

El día que se presentó en casa de mis padres preguntando por mí tuve miedo. No quería que apartase a Niall de mi lado y se lo llevase lejos. Cuando me aseguró que lo único que quería era verlo y pasar algo de tiempo con él, pensé que quizá era bueno que tuviera una figura materna cerca. ¿Y quién era yo para negarle esa oportunidad?

Además, algo en mi interior me decía que tenía que darle una oportunidad, que ya no era la misma chica asustada que no se veía preparada para cuidar de un niño. Mi madre siempre me dice que lo que me pasa es que de bueno soy tonto, pero esta vez quería confiar en que las cosas

pudiesen funcionar.

Aunque me pusiera de los nervios durante el proceso.

Desde aquel día, habíamos quedado en alguna ocasión los tres juntos para que Niall pudiese conocerla, pero aquella iba a ser la primera vez que yo no formaba parte del plan. Dana lo recogería esta tarde a la salida del colegio y pasarían la noche en su casa antes de llevarlo de nuevo a clase a la mañana siguiente. No era nada del otro mundo. Nada de lo que tuviese que preocuparme, pero aun así la pérdida de control temporal sobre la seguridad de mi hijo me tenía intranquilo. Sobre todo porque había algo en ella, en su forma de actuar, que no terminaba de encajarme y todavía no había sido capaz de descubrir qué era.

Darren decía que mi propio subconsciente era el que intentaba ver cosas donde no las había y además a Niall se le notaba cómodo y feliz en su compañía, pero no podía evitarlo. Supongo que la faceta de padre soltero me había vuelto aún más controlador y protector de lo que yo pensaba.

—¿Podré ver el documental esta noche?

Su pregunta me trae de vuelta al mundo real y no puedo evitar sonreír al ver cuál es su mayor preocupación mientras que a mí me pasan los últimos seis años por la cabeza. Sin duda, se nota la influencia que ha tenido mi padre en su educación, porque no conozco ningún otro niño de su edad que disfrute tanto de ver documentales de todo tipo. Y lo mejor no es eso, sino que absorbe cada uno de los datos y después se los va contando con emoción a todo el que muestre un poco de interés en escucharle.

—No lo sé, peque, pero lo grabaré por si acaso.

Contento con mi respuesta, agarra el mango de su mochila de “La Patrulla Canina” y echa a andar decidido hacia la puerta, así que le sigo mientras intento confiar en que todo saldrá bien y en que mi día en el trabajo será tan ajetreado que ni siquiera me dará tiempo a pararme a pensar en posibles escenarios que no van a suceder. Tanto pensar no puede ser bueno. Menos cuando lo más seguro es que mañana, cuando vaya a por Niall al colegio y me cuente todo lo que ha hecho hoy, me ría de mí mismo y de mis paranoias.

De todos modos, solo para asegurarme de empezar bien el día, en cuanto Niall se reúne con sus compañeros de clase, mientras espero a que la profesora les de la señal y todos entren al interior del edificio, saco el móvil y le mando un mensaje.

**Sean:** Espero que te acuerdes de que hoy tienes que venir a por Niall. A las dos y media. No llegues tarde. Si pasa cualquier cosa me llamas, estaré pendiente del teléfono.

**Dana:** Ya no soy una cría, Sean, me puedo encargar de mi hijo por unas horas sin tu ayuda. Cuida de esos nervios que al final te va a petar una vena. Aprovecha tu noche libre para relajarte. Ya me entiendes.

## CAPÍTULO 03

### Lucía

Recordatorio para la Lucía del futuro: nunca más se te ocurra pedirle a tu hermana que te enseñe sus zonas favoritas de la ciudad. De ninguna ciudad del mundo. Joder, ¡no me siento los pies! ¿Y si me los tienen que amputar? Aunque ahora que lo pienso, tampoco me siento las orejas y sigo escuchando perfectamente, así que eso tiene que ser una buena señal. ¿Por qué nadie me había avisado de que en Dublín hacía tantísimo aire? He vivido engañada toda la vida.

—*Eres una exagerada.*

—*¿Exagerada? Pero si hasta el reloj se ha apagado hace horas. Seguro que ha llegado al tope máximo de pasos diarios y ha explotado el sistema. Ahora me debes uno nuevo.*

—*Lo que pasa es que nunca te acuerdas de que tienes que ponerle a cargar de vez en cuando.*

Puede que su versión tenga más sentido que la mía, pero ni loca le doy la razón. ¿Cómo puede tener todavía tanta energía si yo me estoy preguntando muy seriamente cómo lo voy a hacer para llegar a casa sin que se me salga un pulmón por la boca?

Solo a Carlota se le podía ocurrir que era buena idea contratar no uno, sino dos *free tour* para el mismo día que llegaba mi avión. Después de recogerme del aeropuerto habíamos pasado por casa el tiempo justo y necesario para dejar las maletas y cambiarme de ropa, y después me había arrastrado por toda la ciudad. Como si no fuésemos a tener días más que de sobra para conocerla entera. Y, como si eso la hubiese sabido a poco, había insistido en que antes de volver a casa había que dar un paseo por el parque de Saint Stephen's Green para ver la estatua de Arthur Guinness. ¡Ni que yo fuese una cervecera nata!

—*Tienes una resistencia de mierda* —dice, leyéndome la mente—. *¿Por qué no aprovechas este nuevo comienzo para apuntarte al gimnasio de una vez? Las estadísticas dicen que es uno de los lugares en el que más probabilidades hay de encontrar pareja.*

—*No quiero encontrar pareja.*

—*Yo estoy apuntada a uno que está a un par de calles de casa* —sigue, haciéndome caso omiso—. *Me lo recomendó el vecino de enfrente y la verdad es que está muy guay. Además, si vas de mi parte a ti te sale gratis la matrícula y a mí me hacen un descuento en la cuota del mes que viene.*

—*Es que de solo pensar en tener que ponerme ropa de deporte para ir a una sala con olor a sudor, a sudar rodeada de otras personas sudando... Ugh.*

—*Eso no son más que excusas. Huele peor en alguno de los festivales a los que vas cada verano y de esos no te quejas.*

—*¿En serio me estás comparando un concierto con un gimnasio? ¿Y dices que tú eres mi hermana? ¿Estás segura de que no te cambiaron al nacer o algo así? Porque vi a mamá embarazada, pero es imposible que tú y yo estemos relacionadas.*

—*Cuando a los treinta no puedas ni agacharte de lo poco ejercitada que tienes la espalda no me vengas a quejarte.*

—*Pero si solo me quedan dos años para los treinta.*

—*Por eso te lo digo, hermanita.* —Me lanza una mirada condescendiente que respondo con una mueca y suspiro de alivio cuando veo a lo lejos la puerta del portal—. *Ya verás que buena nos sabe la pizza esta noche, después de todas las calorías que hemos quemado durante el día.*

—*A mí la pizza me sabe buena siempre. No necesito alicientes.*

Subimos en el ascensor al tercero, porque lo mucho que me tiemblan las rodillas es preocupante, y cuando llegamos al rellano trato de serenar mi respiración en lo que Carlota saca las llaves. Hasta que un ligero movimiento me llama la atención desde las escaleras. Un niño pequeño está allí sentado, con una mochila de “La Patrulla Canina” abrazada contra el pecho, y su mirada me analiza con curiosidad por encima de esta. Tiene el pelo de un color rubio oscuro y los ojos tan azules que resultan hipnóticos. No lo puedo ver bien, pero lo que está claro es que es demasiado pequeño como para que sea normal que esté ahí solo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto en inglés, sin poder frenar mi curiosidad, y provocando que Carlota se gire confundida. Primero me mira a mí, pero después nota la presencia del niño y noto cómo la preocupación cubre su rostro. Está claro que ella sí que lo conoce.

—¿Niall? ¿Qué haces aquí solo? ¿Dónde está tu padre? —le pregunta, dejando la puerta a medio abrir y acercándose a él sin pensarlo dos veces.

—Mamá no ha venido a por mí al cole —responde el niño en un susurro y, pese a que mira a mi hermana, no puede evitar mover los ojos en mi dirección de vez en cuando.

—¿Y tu padre?

—Trabajando. La mamá de Josh me ha traído.

—¿Y te ha dejado aquí solo?

—Bueno... Es que... He mentido. Le dije que papá estaba arriba. Tengo llaves, pero me da miedo entrar solo. Llamé a tu casa, pero no estabas. —Sus ojos vuelven a fijarse en mí con timidez cuando dice esa frase y parece que Carlota lo nota, porque enseguida se pone de pie y le ofrece la mano para que el niño también se levante.

—¿Te acuerdas de que te hablé de Lucía, mi hermana mayor? Pues ha venido a pasar una temporada conmigo. ¿Quieres esperar a que tu padre llegue con nosotras y así la conoces?

Nunca dejará de sorprenderme cómo funciona la mente de los niños porque, en cuanto Carlota menciona que soy su hermana, algo parece cambiar en su actitud y sus ojos se abren de golpe mientras la felicidad se apodera de sus facciones. Y esa sonrisa... No sé dónde la he visto antes, pero lo que tengo claro es que me recuerda a alguien.

—¿Tú eres la que hace tortitas muy ricas? ¡Yo quiero tortitas!

—Veo que tengo buena fama. ¿Te han contado que también hago crepes? —Los ojos del niño se abren tanto que parece que se le van a salir y levanta la cabeza hacia Carlota como un relámpago.

—Quiero desayunar aquí todos los días. ¿Puedo, Charlie? ¿Puedo?

Diría que me sorprende la forma en la que llama a mi hermana, pero llevo ya mucho tiempo escuchando a sus amigos de la universidad llamándola así. Que les es más fácil recordar Charlie que Carlota, dice. Yo lo que creo es que simplemente le gusta la forma inglesa, pero no lo quiere admitir.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu padre —contesta, cubriéndose las espaldas, mientras me hace un gesto con la cabeza para que entre en casa y me sigue, arrastrando tras de sí la mochila del niño—. Por ahora, lo único a lo que te podemos invitar es a cenar *pizza* mientras vemos un rato la tele, ¿te apetece?

—¿Puedo poner el documental?

Admito que de primeras pienso que no lo he entendido bien pero, cuando mi hermana le señala el mando de la televisión y el propio niño es el que se encarga de buscar el canal de *National Geographic*, me quedo muda. ¿Cuántos años se supone que tiene? ¿Y desde cuando los niños ven documentales? Yo pensaba que esos canales solo estaban para la hora de la siesta...

—*Tiene una cabeza increíble.* —Me cuenta en susurros Carlota poco después, sentándose a

los pies de mi cama mientras yo me pongo el pijama—. *El primer día que se quedó conmigo me dejó alucinada, pero lo mejor es que absorbe todo lo que le cuentas. Se ha tragado tantos documentales con su abuelo, que ya sabe más del Antiguo Egipto que lo que sabemos tú y yo juntas del mundo actual. Bueno, al menos más que yo, porque tú eres una friki.*

—*Eso de que su madre no haya ido a recogerlo al colegio, ¿es normal?*

—*Es la primera vez que oigo hablar de ella.* —No sé qué respuesta esperaba, pero desde luego no esa—. *Hasta donde yo sé, Mac es padre soltero y la única mujer de la que escuchas hablar a Niall es de su abuela. Le acabo de mandar un mensaje, porque no creo que sepa que estaba aquí solo. Si no, hace rato que ya habría aparecido alguien por aquí.*

Escuchar eso me hace sentir pena por el niño. No solo por lo que supone crecer sin uno de tus padres, a lo que Carlota y yo también nos habíamos tenido que acostumbrar hace años, sino por lo que debía haber sentido al ver que nadie iba a recogerlo.

—*Vamos a hacer que ese niño se olvide de todo durante un rato* —declaro y salgo al salón, sabiendo que mi hermana va a seguirme—. Niall, ¿cuál es tu *pizza* favorita?

—¡Pepperoni! ¡Mucho pepperoni!

—Tengo la sensación de que tú y yo vamos a llevarnos bien.

—Y si nos llevamos bien... ¡Me harás tortitas! ¿Verdad?

## CAPÍTULO 04

### Sean

**Charlie:** Hola, vecino, solo quería avisarte de que Niall está conmigo en casa. Está bien y vamos a cenar *pizza* mientras vemos un documental, así que no hace falta que salgas corriendo del trabajo, que te voy conociendo. Un saludo.

Releo el mensaje de Charlie de camino a casa y, pese a sus palabras, no puedo evitar acelerar el paso. En mi defensa, diré que le he hecho caso a medias y he esperado a que terminase el turno de las cenas antes de quitarme el delantal y dejar a mi hermano con la cocina hecha un asco. Pero es que, si mi cabeza ya era un tormento esta mañana, ahora se ha convertido en un maldito huracán.

¿Y lo peor? Lo peor es que Dana no me ha cogido el teléfono las dos primeras veces que la he llamado y, no conforme con eso, en la tercera ni siquiera me ha dado tono. Si es que ya lo sabía yo. Que había algo que no me cuadraba. Que su vuelta repentina era demasiado extraña. Que no tenía que fiarme de ella para hacerse cargo de mi hijo pese a haber pasado casi todo el verano haciendo planes esporádicos para que se conocieran. No tengo muy claro qué es lo que ha pasado, pero que me haya tenido que enterar por mi vecina de que Niall no está con ella supera los límites. Y, aunque esperaré a tener datos suficientes antes de tomar cartas en el asunto, lo que tengo más que claro es que no voy a volver a permitir que lo vea sin estar yo presente.

Joder, que solo habría hecho falta un mensaje avisándome del cambio de planes. ¡Que es un niño! No un periódico que se te olvida recoger del quiosco por la mañana.

¿Cómo habría llegado Niall a casa? Con él también tengo una conversación pendiente, pero esperaré hasta mañana por la tarde para estar más tranquilo. Necesito hacerle entender que, si pasa algo, tiene que recurrir a mí sin dudarle, sin importar si estoy en el trabajo o en cualquier otro sitio. ¿Y si le hubiese pasado algo? Se me acelera el pulso de solo pensarlo.

—Llevo el tiempo suficiente viviendo aquí como para saber que has salido de trabajar antes de tiempo, vecino —se burla Charlie cuando me abre la puerta, pero debe notar el nerviosismo en mi expresión porque enseguida da un paso hacia el rellano y entrecierra la puerta a sus espaldas—. Una cosa. Ya me conoces y sabes que no me gusta meterme donde no me llaman, pero esto creo que tengo que decírtelo. Cuando mi hermana y yo hemos llegado a casa, nos hemos encontrado a Niall sentado en las escaleras. Ha dicho algo de que su madre no ha ido a recogerlo al colegio y que la madre de un amigo suyo lo había traído hasta aquí. No he preguntado más, pero me ha dado la sensación de que pensaba que te ibas a enfadar si te llamaba y por eso se ha quedado esperando a que alguien llegase.

—Gracias por cuidar de él, Charlie. Lo siento si te he estropeado los planes con tu hermana. No volverá a pasar.

—No digas chorradas, nos lo hemos pasado bien los tres juntos. Lo único que tienes que tener en cuenta es que, si ahora me traes un táper de sobras del restaurante, tienes que echar suficiente para dos —bromea y, esta vez, dejo escapar un respiro como respuesta.

«Niall está bien. No ha corrido peligro. Puedes respirar tranquilo, campeón.»

—Contando con que tú comes por media, creo que no habrá problema —le sigo la broma.

—Está dormido en el sofá y la mochila está aquí —dice, señalando el espacio que hay tras la

puerta—. Llévate la manta en la que está hecho un burrito, ya me la devolverás.

Asiento con la cabeza mientras la sigo al interior del apartamento y noto como un gran peso se me quita de los hombros en cuanto veo a mi hijo dormir plácidamente en el sofá, con la boca entreabierta y los mechones del flequillo tapándole las cejas.

«Todo está bien.»

O al menos eso es lo que me repito hasta que mis ojos se desvían hacia la otra figura que hay en el sofá. También está dormida y la penumbra no me deja percibir todos sus rasgos, pero no me hace falta más que eso para saber que la conozco. Conozco ese pelo negro, pese a que lo lleve recogido en un moño mal hecho. Sé que sus ojos marrones están ahí, aunque los tenga cerrados. Y ese rostro ovalado... Joder, no sé ni cuantas veces lo he recorrido con los dedos mientras lo memorizaba. Puede que los años hayan provocado cambios en él, pero sigue siendo inconfundible.

¿Es lógico pensar que incluso percibo su presencia en el ambiente? Porque de repente el corazón me va muy rápido y siento cómo las manos me empiezan a sudar.

No puede ser verdad. Ella no puede estar aquí. Tiene que ser cosa de mi imaginación, que me está jugando una mala pasada después del día de mierda que he tenido. Porque, si realmente fuese ella...

Me giro hacia Charlie, que está esperando al lado de la puerta, y de repente me da la sensación de que llevo años estando completamente ciego ante algo que era demasiado evidente. No es que se parezcan entre ellas, porque lo único que tienen en común es el color de pelo, pero... ¿Cómo no me había dado cuenta de que la conocía de antes?

—Eres Carlota.

—Sí, ese es mi nombre en español. ¿Por? ¿Nunca te lo había dicho?

—No me puedo creer que no me haya dado cuenta antes. Yo... Yo tengo que irme. —Me apresuro a coger a Niall en brazos, con cuidado para no despertarle y, sin volver a mirarla a ella, me dirijo hacia la puerta.

—¿Estás bien, Mac? ¿De qué no te habías dado cuenta? Te has quedado un poco pálido.

—Nada, cosas mías —contesto, dándome cuenta de que posiblemente ella ni siquiera se acuerde del chico del que su hermana no se despegaba cuando ella era una cría—. Gracias de nuevo por cuidar de él. Buenas noches.

Salgo de allí tan rápido como puedo y, después de dejar a Niall en su cama, me tumbo en el sofá mirando al techo.

Tiene que ser una broma porque, si no lo es, no sé cómo voy a ser capaz de enfrentarme a ello justo en este momento de mi vida. Aunque no puedo negar que una pequeña parte de mí que creía olvidada se acaba de despertar dando una voltereta, ansiosa de respuestas.

¿Por qué se fueron? ¿Por qué no respondió a ninguna de mis llamadas? ¿Qué ha sido de ella durante los últimos diez años? ¿Cuánto tardó en superar lo que tuvimos? ¿Fui el único al que se le rompió el corazón? ¿Estará bien? ¿Por qué ha venido a Dublín?

## CAPÍTULO 05

Sean - 2004

A los adultos se les iba la pinza. Esa era la única explicación que encontraba para que, de repente, a mis padres se les hubiese metido en la cabeza la idea de comprar una casa en un pueblo del norte de España para pasar los veranos allí.

Ellos decían que habían pillado una «ganga» significase lo que significara eso pero, ¿para qué queríamos nosotros veranear en España?

¿Por qué no podíamos seguir quedándonos en la casa de la abuela? Vale que ahora ella viviese en la ciudad durante el invierno, pero no veía por qué no podíamos irnos todos al pueblo a pasar el verano.

Además, eso que me dijo Darren de que en ese país siempre hacía sol y calor no eran más que mentiras. Llevábamos allí desde comienzos de semana y no habíamos visto el sol ni un solo día. Por no hablar de que, cuando llegamos, estaba cayendo una tormenta tan fuerte que tuvimos que esperar dentro del coche a que escampase un poco antes de sacar las cosas del maletero.

¿Viajar tantas horas para ver llover? Para eso me quedo en Irlanda.

Además, allí no teníamos amigos. En el pueblo de la abuela, ya habría salido en alguna ocasión con mis primos a dar una vuelta en bicicleta o habría acompañado al tío a pescar de madrugada. Aunque lo peor de todo era que hubiesen dejado que Darren se trajese la GameBoy, porque llevaba horas sin hacerme caso.

—Mamá, ¿puedo ir a dar un paseo por la playa? —pregunté, asomándome a una de las habitaciones, donde papá y ella estaban cubriendo los muebles con plásticos para pintar las paredes. No es que me apeteciese demasiado llenarme los pies de esa arena que parecía demasiado húmeda, pero me había cansado de observar el mar desde mi habitación y no sabía que más podía hacer en aquel lugar para entretenerme.

—Claro, cariño. Dile a tu hermano que vaya contigo y no os alejéis demasiado. Que pueda verlos desde la ventana.

—Darren no quiere venir. Dice que está en medio de una partida muy importante. —Noté en su mirada que se quedó con ganas de decir algo al respecto, pero ya habían discutido la noche anterior por culpa de los videojuegos y algo me decía que no le apetecía repetirlo.

—Vale, pero no te alejes mucho —repitió—. La ventana está abierta, así que pega un grito si necesitas algo.

—Tú di que sí, llamando la atención desde el primer momento. Para que todo el pueblo sepa que los vecinos nuevos han llegado —comentó mi padre con una sonrisa antes de girarse en mi dirección—. No se te ocurra meterte al agua. El mar está demasiado agitado con las lluvias de estos últimos días.

Me dieron ganas de preguntarle si me creía tan tonto como para darme un baño con el tiempo que hacía, pero no quería ganarme un castigo así que lo único que hice fue coger una chaqueta y las llaves de la puerta del patio trasero y salir de casa.

Precisamente esa cercanía a la playa era el único detalle en el que esa casa superaba a la de la abuela. Me encantaba dormirme escuchando el sonido que hacían las olas al romper contra las rocas, me recordaba a la tranquilidad que se sentía en el barco del tío durante esos pocos minutos entre la noche y el día, cuando el frío empieza a desaparecer, pero los rayos de sol no tienen todavía demasiada fuerza.

Estuve varios minutos parado justo delante de nuestra casa, sin saber si prefería ir hacia la derecha o hacia la izquierda, pero las rocas eran mucho más interesantes de explorar que la playa abierta. Lo único de lo que tenía que asegurarme era de no subirme a sitios peligrosos, porque si mamá se asomaba y me veía no me iba a volver a dejar salir solo nunca más.

De todos modos, no me dio tiempo a inspeccionar mucho porque no había llegado todavía a la pared rocosa cuando me pareció escuchar que había alguien llorando cerca. Me quedé quieto, tratando de averiguar de dónde venía, y dejándome llevar por el sonido me aventuré a descubrir qué se escondía tras lo que me habían parecido un montón de rocas y que, en realidad, no era más que un espigón que dejaba apartada de la principal una pequeña porción de playa.

Allí estaba ella.

Sentada al fondo de la pequeña «U» que formaba la playa, tenía la cabeza escondida entre las rodillas mientras se abrazaba las piernas contra el pecho con fuerza. No la podía ver bien, pero no podía ser mucho mayor que yo. Y esos sollozos... Nunca me habría perdonado a mí mismo si no me hubiese acercado en un intento de ayudarla.

—*¿Estás bien?* —pregunté en español, tratando de pronunciar lo mejor posible. Papá se había encargado de enseñarnos el idioma desde bien pequeños, así que tanto Darren como yo teníamos un buen nivel. No sabía si tan bueno como para ser capaz de entender lo que le pasaba a aquella chica, pero lo haría lo mejor posible.

Levantó la cabeza con lentitud, como si no estuviera segura de que estuviese hablando con ella, y después frunció el ceño. Tenía los ojos completamente rojos, lo que hacía que tomasen un reflejo verdoso muy intenso, y había tantos mechones fuera de su coleta que la goma había quedado más bien de adorno.

Recuerdo que una sensación de alivio me recorrió el cuerpo al comprobar que no parecía estar herida pero, ¿por qué lloraba entonces? ¿Y si se había perdido? Quizá mamá o papá podían ayudarle a encontrar a sus padres. Aunque no estaba seguro de si aquel pueblo era suficientemente grande como para que alguien pudiese perderse.

—*¿Quién eres?* —respondió, pasándose rápidamente las manos por los ojos para quitar los rastros de lágrimas. Mi madre siempre decía que responder a una pregunta con otra era de mala educación, pero tal vez lo único que quería esa chica era estar sola y yo la había molestado al acercarme.

Poco después descubrí que lo que más la extrañó fue ver una cara desconocida en ese pueblo en el que todos se conocían.

—*Me llamo Sean. ¿Y tú?*

—*Lucía. Y sí, estoy bien. Puedes largarte por dónde has venido.* —Me costaba un poco seguir el ritmo de la conversación por lo rápido que hablaba, pero entendí lo justo y necesario para tener respuesta a mi pregunta. Desde luego, no iba a insistir en quedarme donde no era bien recibido.

—*Vale. Hasta luego* —contesté, encogiéndome de hombros y dándome media vuelta.

Darren decía que las chicas eran raras, así que puede que fuese verdad y no estuviese llorando por nada en especial. Mi mente curiosa ya se había asegurado de que nadie corría peligro y no tenía que pegar un grito para llamar a mamá, así que podía seguir explorando a mi gusto.

—*¡Espera!* —escuché a mis espaldas y, cuando me giré, vi que ella se había puesto de pie y caminaba hacia mí—. *Hablas raro. ¿De dónde eres?*

—*Irlanda.*

—*¿Eso no está lejísimos de aquí?*

—*No tanto. El viaje ha durado más de un día, pero solo porque hemos venido en un barco enorme. Cabía hasta el coche.*

—¿Y qué haces aquí?

—Mis padres han comprado una casa ahí —señalé con el dedo hacia la playa, aunque la pared rocosa tapase la vista—. *Vamos a pasar aquí todo el verano. Todos los veranos, en realidad. A papá le gusta mucho España. Es profesor de español en un instituto.*

—¿Por eso sabes hablar mi idioma? —asentí—. *Tienes suerte. En verano el pueblo está guay. El resto del año no.*

—¿Tú vives aquí todo el año? —No pude disimular el tono sorprendido de mi voz, pero parecía un lugar tan pequeño... ¿Habría cole? ¿Y supermercados? ¿Y piscina?

—Por desgracia. ¿Cuántos años tienes?

—Siete. En septiembre hago ocho.

—¡Como yo! —Durante la conversación, la tristeza había ido abandonando sus ojos y había ido sustituyéndola un brillo de curiosidad y alegría—. *Es raro encontrar alguien de nuestra edad por aquí. ¿Tienes hermanos?*

—Uno. Darren. Tiene diez.

—Que guay ser el pequeño. Yo soy la mayor y es una caca. —La tristeza volvió a sus ojos, así que me aventuré a adivinar lo que le pasaba cuando la encontré.

—¿Por eso estabas llorando antes?

—Sí. Mi madre ya no me hace caso nunca. Si no está dando de comer al bebé, está durmiendo al bebé y si no pendiente del bebé. Y cuando yo necesito algo siempre molesto al bebé. La abuela dice que solo es hasta que crezca, ¿pero cuánto es eso? Ni siquiera se acuerdan de que supuestamente hoy íbamos a la ciudad de compras. ¿Qué bañador me voy a poner para la fiesta de San Juan de mañana si todo me queda enano? —No sabía que podía decir para consolarla, pero tampoco hizo falta por que fue ella misma la que cambió de tema.

Creo que fue precisamente ese momento en el que descubrí a la verdadera Lucía. Esa cuya curiosidad y ganas de conocer el mundo solo se fue acrecentando conforme pasaban los años.

—Cuéntame más cosas de Irlanda. —Lo pronunció de una manera extraña, más cantarina, pero me gustó cómo sonaba así que no le dije nada—. *¿Allí también hay playas? ¿Qué idioma habláis? ¿No te dio miedo subirte a ese barco enorme? Porque a mí me encanta el mar, pero en los barcos me mareo. Prefiero quedarme en la orilla viendo como las olas rompen contra las rocas. ¿Y cuánto tiempo os quedáis? ¿Tu madre también es profe?*

Y sí, en caso de que alguien se lo esté preguntando, todo eso lo soltó de repente. Por suerte, no se lo tomó a mal cuando, avergonzado, le confesé que no había entendido ni la mitad de las cosas que había dicho y que si podía volver a repetirlo más lento.

Su risa me hizo sonreír a mí y, allí, sentados en ese trocito de playa escondido, hablamos durante horas. De nuestra familia, de nuestros videojuegos favoritos, de nuestras asignaturas del colegio y de lo que queríamos ser cuando fuésemos mayores.

Pese a mis miedos, la marea nunca llegó a subir tanto como para atraparnos entre las rocas y, aunque pensaba que mi madre sería la primera en gritar mi nombre para que volviese a casa, fue el padre de Lucía el que apareció por allí.

—¿Qué haces aquí todavía? ¿No querías ir a la ciudad a por ropa de verano? —preguntó, señalando el reloj con el dedo, y Lucía se levantó de un salto, casi tan rápido como había aparecido la sonrisa en su cara.

—¡Sí! ¡Ya voy! ¡Adiós, Sean! ¡Nos vemos mañana! Y trae a tu hermano a la fiesta de San Juan, ya verás que es genial.

## CAPÍTULO 06

### Lucía

—*Por si se te ha olvidado, soy una adulta funcional* —le grito a mi hermana, para que me oiga desde su habitación—. *Soy perfectamente capaz de usar Google Maps si me pierdo de camino al supermercado y llegar sana y salva a casa.*

—*No es que piense que te va a pasar algo, simplemente me da rabia dejarte tanto tiempo sola* —dice, apareciendo al otro lado de la isla de la cocina.

—*Carlota, esto no es una visita de una semana en la que hay que exprimir cada minuto.* —La miro fijamente a los ojos, para que entienda el mensaje de una vez—. *Vivir juntas otra vez es genial, pero tú tienes tu vida aquí y la universidad está por encima de todo. Además, yo tengo que hacer algo para sentirme útil y no como un despojo humano. Si el tiempo que tenemos para hacer planes juntas son los fines de semana ya es más de lo que hemos tenido en los últimos años.*

—*Está bien, pero tampoco te pases mucho con la lista de la compra. La mayoría de los días no como en casa y ceno lo justo.*

—*Eso es porque todo lo que tienes en la nevera es comida precocinada. Si tu madre viese de lo que se está alimentando su pequeña...* —Mi intento de pique funciona, pero confieso que al decirlo no he sido del todo consciente de lo que vendría a continuación.

—*Claro, como tú eres doña recetitas, te burlas de la que no sabe cocinar.*

No le digo que hace varios meses que no me meto en la cocina como solía hacerlo cuando vivía con ellas o incluso con Andrés, porque sé que eso puede evolucionar a una conversación mucho más larga, y no voy a entretenerla más tiempo.

En primer lugar, porque no quiero que siga faltando a clases por mi culpa. Ya se saltó las del jueves, pese a que está comenzando el curso, pero hoy no iba a dejar que lo hiciese. Y, en segundo, porque ni siquiera sabría qué explicación darle. Ni yo misma sé porque he dejado de hacer una de las cosas que más me gustaban y me llenaban. Al principio me dije que era porque la cocina de mi apartamento de alquiler era demasiado pequeña, pero no nos engañemos. He cocinado en sitios peores.

—*Además, el vecino me trae muchas veces comida del restaurante, así que no todo lo que como es precocinado.*

Claro, el vecino. Se me había olvidado que trabaja en un restaurante. Lo cierto es que me había quedado con ganas las de ponerle cara el otro día. Después de conocer a Niall, me habría encantado saber quién es el padre de un niño tan especial, pero me quedé frita en el sofá antes de que llegase. Además, Carlota me comentó algo sobre que se había comportado de una forma muy extraña, así que de todos modos quizá no era el momento adecuado para las presentaciones. ¿Qué habría pasado al final con la madre del chico?

—*Como no te vayas ya, vas a perder el autobús* —le recuerdo a Carlota, con voz de buena hermana mayor, y poco después me quedo sola en casa, con mi lista de tareas delante.

El plan para el lunes está claro: terminar de colocar las pocas cosas que me quedan en la maleta; ordenar un poco la casa después de un fin de semana de turismo, comida basura y películas; revisar bien los cajones de la cocina para saber lo que tengo que poner en la lista de la compra e ir al supermercado. Seguramente, a media mañana llame a mi madre para contarle qué tal han ido los primeros días por aquí, y después seguiré buscando ofertas de trabajo *online*.

Con lo que no contaba era con que una idea se fuese a meter en la cabeza a fuego, porque no me ha abandonado en ningún momento mientras iba tachando, una a una, cada tarea.

«¿Por qué he dejado de cocinar?»

Lo peor es que no meterme en la cocina me había llevado a dejar de hacer otras cosas que también me gustaban. Y que, para qué mentir, creo que se me daban bastante bien.

Una cosa que mi hermana no sabe, porque decidí callármelo por miedo a lo que mi madre y ella pudiesen pensar al respecto, es que hace más de un año abrí una cuenta de TikTok donde compartir esas recetitas, como ella las llama, junto a algún otro vídeo de los restaurantes a los que iba a comer para después escribir sobre ellos en la revista. Una cuenta en la que había conseguido más alcance del que habría podido llegar a imaginar en un principio, pero que también dejé de lado cuando todo se vino abajo.

¿Por qué? Tampoco lo tengo muy claro.

Eso era algo solo mío. Mi rincón. Mi lugar seguro dentro de un espacio tan grande como Internet. Y si lo había echado a perder no podía culpar a nadie más que a mí misma.

Quizá es por eso por lo que, justo después de colgar la llamada con mi madre, en vez de encender el ordenador para buscar trabajo lo termino utilizando para otra cosa. Inicio sesión en la cuenta de TikTok y me quedo sin aliento al ver que, pese a llevar inactiva unos meses, los seguidores no han parado de crecer.

¿200.000 seguidores? ¡Eso es una burrada! Parece increíble pensar que tanta gente me sigue a mí. Al despojo humano. ¿Eso me convierte en *influencer*? Sin poder evitarlo, me río en alto de mi propia ocurrencia. Yo, influenciar a alguien. ¿Y qué iba a ser lo siguiente?

Antes de pensar en lo que estoy haciendo, me meto a ver mis propios vídeos y a leer los comentarios que la gente ha ido dejando allí. Es increíble la cantidad de personas que aseguran haber probado la receta y me dan las gracias, los que dejan sus propios trucos para aquellos que quieran sustituir algunos ingredientes y, en general, la comunidad que se ha creado. ¿Y eso lo había provocado mi vídeo?

Sin darme cuenta de que las horas van pasando, y conforme en mi pantalla se va sucediendo una receta tras otra, el gusanillo de las ganas se instala en mi pecho. Eso se me daba bien. La cocina siempre había estado presente en mi vida y muchos de mis recuerdos más bonitos eran cocinando.

¿Seguirá ese duende dentro de mí? ¿O me habrá abandonado?

Me dirijo a mi habitación, donde he dejado todas mis cosas horas antes bien colocadas, y doy las gracias a mi yo del pasado por no haber dejado en Madrid el soporte para móviles que me compré cuando empecé a grabar los vídeos.

Porque si algo tengo claro es que las cosas hay que hacerlas así, en el momento en el que se te ocurren, porque si no luego vienen las dudas y la pereza y te quedas como estabas.

Ahora solo me falta decidir qué receta preparar. Lo único que tengo claro es que quiero hacer algo que tenga a Irlanda presente, como si fuese el inicio de una nueva etapa. Repaso todo lo que he comprado en el supermercado, al que por cierto he llegado perfectamente y sin necesitar la ayuda de Google Maps, y con solo un vistazo me aseguro de tener todos los ingredientes que necesito para el plato que tengo en mente.

Un plato que siempre será especial para mí y que, además, es perfecto para iniciar esta nueva etapa en Irlanda. Al fin y al cabo, no puedo olvidarme de que a mí me enseñó a cocinar una irlandesa y que este plato fue el primero que hice completamente sola con doce años.

Coloco todo alrededor de la encimera, me aseguro de tener buena luz y empiezo a grabar.

—*¡Me he mudado a Irlanda! Y para celebrarlo hoy vamos a preparar un estofado irlandés*

*con el que os vais a chupar los dedos. Me lo enseñó cuando era pequeña la madre de mi mejor amigo, que también fue la que me inició en el mundo de la cocina, y más os vale estar atentos porque si es uno de los platos más famosos de este país es por algo. Eso sí, os aviso de que el secreto para conseguir un estofado de rechupete es respetar los tiempos, así que más os vale ir bien cargados de paciencia.*

## CAPÍTULO 07

Lucía - 2010

Por fin había llegado el día que llevaba todo el año esperando.

No solo tenía todo el verano por delante, después de un curso en el que, por primera vez en mi vida, una asignatura se me había complicado tanto que llegué a pensar que iba a tener que recuperarla en septiembre, sino que además Sean y su familia llegaban al pueblo.

Por algún motivo, siempre aparecían unos días antes que el resto de los chicos de nuestra cuadrilla, así que el reencuentro con él y con Darren era el más especial. El que daba el pistoletazo de salida a dos meses cargados de planes y diversión. Aunque, viéndolo con la perspectiva de años después, quizá había otros motivos que la convertían en la más esperada para mí.

Los McDermott se habían convertido en mi segunda familia de vacaciones desde que aparecieron por el pueblo seis años antes, coincidiendo con el primer año de vida de mi hermana pequeña y, por lo tanto, con una época en la que mis padres no pudieron hacerme tanto caso como a lo que me tenían acostumbrada. Sean y Darren no tardaron más que un par de horas en ganarse el título de amigos y sus padres me acogieron como a una más desde el primer momento. Pasaba tantas horas en aquella casa, que incluso mi nivel de inglés había mejorado con los años; y eso que ellos se esforzaban por comunicarse en español siempre que yo estaba presente.

Sus padres insistían en que era de buena educación, pero a mí me encantaba cuando se les escapaba alguna frase en inglés. El acento irlandés tenía algo que me gustaba y era mucho más divertido que el que usaba mi profesora del instituto.

Recuerdo que el primer día que Sean apareció por la playa, cuando estaba desahogándome, me pareció un metomentodo e incluso le dije que se fuese por donde había venido, pero pararle antes de que lo hiciese fue la mejor decisión del mundo.

Era una persona sumamente especial. Me encantaba hablar con él y teníamos muchísimos intereses en común. Además, era tan raro encontrar a alguien de mi misma edad en el pueblo que se podía considerar un milagro. Por no hablar de que hacer equipo para molestar a su hermano mayor se había convertido en uno de nuestros pasatiempos favoritos. Darren insistía en que el karma se iba a volver en mi contra y en unos años sería yo la que tendría que aguantar las idioteces de Carlota, pero eso sería problema de la Lucía del futuro. La Lucía del 2010 se lo pasaba en grande haciéndole rabiar.

—*¡Lucía! ¡Han venido a buscarte!* —Me levanté corriendo de la cama y, en cuanto llegué al pasillo, una sonrisa gigante se dibujó en mis labios.

Era increíble cómo, pese a estar más de nueve meses sin vernos en persona, la conexión se hacía más y más fuerte cada verano. Era como si hubiésemos estado corriendo por la playa antes de ayer, en vez del agosto pasado.

Sus ojos azules también estaban fijos en mí y sonreía tanto que se le achinaban un poquito por los lados. Me encantaba la sonrisa de Sean por todo lo que transmitía. Calidez, confianza, cariño, tranquilidad... Ojalá nunca la perdiese de vista porque era sumamente mágica.

—*No te vas a creer lo que me han regalado mis padres. ¡Vamos! ¡Hay que probarlo cuanto antes!*

No me hizo falta nada más para salir corriendo detrás de él y, unos segundos después, estábamos entrando en la cocina de su casa, donde su madre ya estaba organizando las baldas.

Siempre hacían lo mismo, cogían el ferry desde Rosslare hasta Santander y, antes de coger la carretera para venir hasta el pueblo en coche, hacían parada en el centro comercial para comprar provisiones.

En la cocina de Erin McDermott nunca podían faltar las provisiones.

—*¡Lucía! Mírate, que mayor estás ya. Cualquier día vamos a llegar y no te voy a reconocer.*

—*Tranquila, honey, la reconocerás al verla entrar en casa siguiendo a tu hijo* —bromeó Fergus, el padre de Sean, desde su posición al otro lado de la isla de la cocina.

Si hiciésemos un estudio, estaba segura de que más de la mitad de las horas del verano se las pasaban en esas posiciones: Erin entre fogones y Fergus haciéndole compañía con un periódico o un libro entre las manos. En ocasiones él leía en alto mientras ella cocinaba y a mí me parecía una escena de cuento.

Les saludé a ambos con un pequeño abrazo y, después, me centré en lo que Sean quería enseñarme.

—*Vas a flipar con esto* —aseguró, mientras sacaba de uno de los cajones un bulto negro, con tanta expectación que me daban ganas hasta de pegar saltitos de la emoción.

¡No podía ser lo que me estaba imaginando! Era imposible que hubiesen dejado que se lo trajera a España.

—*Ábrelo con cuidado.* —Escuché decir a su padre de fondo, pero ninguno de los dos apartamos los ojos del bulto.

Cuando retiró la tela, desvelando un juego de cuchillos que, en mi mente, dejaba poco que desear a los de los mejores chefs, supe que aquel iba a ser el mejor verano de los que habíamos vivido hasta entonces.

—*¡Es increíble! ¿Podemos usarlos?* —Me giré hacia Erin, sabiendo que iba a ser ella la que tuviese la última palabra, y me la encontré sonriendo con cariño.

—*Son para vosotros. Los reservé en una tienda de Santander para poder recogerlos al llegar. Eso sí, no se tocan si no estamos alguno de nosotros dos presentes. Es una prueba para que me demostréis que ya sois mayores.*

Era el mejor regalo que nos podía hacer y lo sabía. Uno de los *hobbies* que Sean y yo compartíamos desde el verano en que nos conocimos era la cocina. No sabíamos bien el motivo, quizá ver la pasión que destilaba su madre en cada uno de los platos que preparaba se nos había ido contagiando con el paso del tiempo, pero con tan solo trece años ambos sabíamos preparar varios platos.

La primera vez que insistimos en que nos dejase ayudarla, ni siquiera llegábamos bien a la encimera, y cuando empecé a hacer lo mismo en mi propia casa mi madre se quedó muda. Recuerdo que, solo después de que Erin le asegurase que nos había estado enseñando a preparar alguna cosa y que se me daba bastante bien, mi madre me dejó ayudarla a pelar unas patatas por primera vez. Ni siquiera era con un cuchillo normal, sino un pelador, pero aun así no me quitó el ojo de encima en ningún momento.

Eso sí, cuando el año anterior le preparé un estofado irlandés, siguiendo la receta de Erin que me había apuntado en mi libreta improvisada, porque tan solo eran unos cuantos folios grapados por la mitad, empezó a dejarme mucha más libertad. Supongo que lo rico que quedó el plato, sumado a que ella no tenía tanto tiempo como le gustaría para cocinar, me acabó convirtiendo en la pinche de cocina perfecta. La única norma era no tocar nada si ella no estaba cerca.

Claro que ni siquiera de ese modo había conseguido tener cerca en alguna ocasión un juego de cuchillos como aquel.

—*Espero que sigas teniendo hueco en tu libreta, Lucía, porque este año os voy a enseñar*

*muchas recetas con pescado para que aprendáis a limpiarlos. Con esos cuchillos se pueden hacer maravillas.*

Sean y yo nos miramos el uno al otro sonriendo tanto que pronto nos empezarían a doler las mejillas y, solo con la mirada, lanzamos el primer reto del verano.

—*¡El más rápido en lavarse las manos y volver a la cocina corta primero!*

## CAPÍTULO 08

### Sean

Ha pasado más de una semana desde que la verdad me explotó en la cara y todavía no sé muy bien cómo actuar al respecto. Joder, si ni siquiera sé lo que siento, y me jode porque hacía años que no estaba tan confundido. O quizá es algo tan simple como que hacía más de seis años que lo único que me preocupaba era Niall. Más aún si contamos con que las necesidades básicas, como tener un sueldo y comida, las tenía aseguradas gracias a mi trabajo como cocinero en el restaurante familiar.

Mi vida social había quedado relegada a un segundo plano y, pese a que en ocasiones dejaba al niño en casa de mis padres y me iba con mi hermano y los chicos de fiesta, siempre me escabullía de las chicas con las que interactuaba cuando me daba la sensación de estar metiéndome en terrenos peligrosos. Era mejor no añadir más problemas a una rutina que, aunque me había ido haciendo a ella con el paso del tiempo, no tenía nada de sencilla.

Y no, no estoy diciendo que las mujeres traigan problemas. Más bien son las relaciones y los sentimientos los que los provocan. Por eso he huido durante los últimos seis años de cualquier tipo de conexión que me pudiese llevar a quebraderos de cabeza.

Lo que no me esperaba, bajo ningún concepto, era que ella pudiese aparecer de nuevo. Ni que todavía tuviese ese poder sobre mí. Si ha despertado tantas preguntas cuando ni siquiera estaba consciente cuando la vi, ¿qué pasará cuando nos encontremos de verdad? ¿Cuándo ella también sepa que somos vecinos?

Cabe incluso la posibilidad de que ni siquiera me reconozca. Dolería, no lo voy a negar, pero una parte de mí no puede evitar pensar en que, quizá, ese sería el mejor de los escenarios para ambos. No sé exactamente qué es lo que ella ha venido a hacer a Dublín, pero tengo preocupaciones más importantes que revolver asuntos del pasado.

Por mucho que me muera de ganas de saber todos los por qué.

«Han pasado diez malditos años, Sean. Se supone que te habías olvidado de todo lo que tenía que ver con ella.»

—¿Sabes qué? El abuelo me va a enseñar a jugar al ajedrez —dice Niall, sacándome de mis pensamientos en el camino del colegio al restaurante.

Este fin de semana nos vamos a quedar los dos en casa de mis padres, justo encima del restaurante, y siempre que lo hacemos mi padre cuida de él mientras que mi madre baja a echarnos una mano en cocina a Darren y a mí. Le hemos dicho en unas cuantas ocasiones que, ya que es la que se encarga de los bocadillos y entrantes a la hora de los almuerzos, las noches se las tendría que tomar libres, pero hay días en los que insiste en ponerse el delantal; y nosotros no somos quién para llevarle la contraria.

—¿Y el abuelo está seguro de querer hacer eso? Le va a sentar fatal cuando le ganes —contesto, ocasionando que Niall se ría exageradamente.

—Y luego te ganaré a ti.

—Eso habrá que verlo, peque. Tu tío y yo jugábamos mucho al ajedrez cuando éramos pequeños.

—¿Si te gano me compras un hueso de dinosaurio?

—¿Para qué quieres un hueso de dinosaurio?

—No sé. Es guay.

—Primero aprende a jugar y luego ya hablaremos sobre apuestas.

Llegamos a nuestro destino justo cuando Darren está apagando el cigarro previo al turno de las cenas y, cuando Niall lo ve de lejos, echa a correr hacia él.

—¡Tío! Papá me va a comprar un hueso de dinosaurio.

—¿Para qué quieres tú un hueso de dinosaurio, enano? —responde él, demostrando que pasamos demasiado tiempo juntos—. ¿Planeas clonarlo como la oveja Dolly?

—¿Quién es la oveja Polly?

—Sube y dile al abuelo que te busque el documental. Fijo que hay alguno en YouTube sobre ello.

La puerta del portal está abierta, ya que es por donde Darren se escapa del restaurante cuando quiere fumar, así que un minuto después Niall está subiendo las escaleras y llamando al timbre para que mi padre le abra la puerta.

—Y ahora que esas orejitas curiosas están ocupadas con un tema mucho más interesante... ¿Me vas a decir de una vez que te pasa?

—No sé a qué te refieres.

—Venga ya, Sean. Llevas toda la semana en babia, ¿y ahora te vienes a pasar el *finde* con papá y mamá? A mí no me engañas, algo pasa. Lo tengo tan claro como el agua.

Por mucho que me hubiese intentado convencer a mí mismo, diciendo que lo hacía porque al ser todavía finales de verano había bastante clientela, a Darren no le podía mentir. Sabe perfectamente que solo me quedo allí a pasar la noche en las épocas más ajetreadas en las que con tantos turistas se nos hace imposible cerrar antes de medianoche y, obviamente, no estamos en una de ellas.

—Es una tontería. —No sé por qué por un momento he pensado que eso colaría, pero cuando se me queda mirando con los brazos cruzados, a la espera de que siga hablando, sé que no me va a dejar en paz hasta que lo suelte—. Lucía está en Dublín.

No hacen falta más explicaciones. No porque no conozcamos a más personas con ese nombre, sino porque ella es la única que en algún momento ha llegado a tener ese efecto en mí. Lo que más me fastidia es que siga teniéndolo.

—Admito que me fastidia un poco que este aquí y no haya avisado, pero después de todo lleva diez años sin decir ni hola así que de qué nos vamos a sorprender. ¿O a ti sí que te lo ha dicho? ¿Habéis estado juntos?

—¿Crees que si me hubiese hablado no te lo habría contado? La he visto, pero ella a mí no. Mi vecina, la española, no sé si te acuerdas de ella. —Asiente con la cabeza—. Es Carlota, su hermana pequeña.

—¡Te dije que esa chica me sonaba de algo y no me hiciste ni caso! Esos ojos tan verdes yo los había visto antes en algún lado. Aunque nunca hubiese pensado que se trataba de Carlota. —Espero en silencio a que se dé cuenta de lo que eso significa y, poco después, se gira hacia mí con los ojos muy abiertos. —¿Me estás queriendo decir que ahora Lucía es tu vecina? ¿Y cómo es eso de que la has visto pero ella a ti no? ¿Te escondiste?

—Cuando el otro día tuve que ir a recoger a Niall a casa de Charlie, Lucía estaba dormida en el sofá.

—¿Ha conocido a Niall?

—Sí, estuvieron cenando los tres juntos y viendo documentales. No para de repetir que Charlie habla maravillas sobre las tortitas que hace su hermana y que un día tenemos que pasar a desayunar con ellas porque además son muy majas. Ya sabes, a este niño solo le hace falta que le hagas un poco de caso para que te adore.

—Y a ella siempre se le han dado de lujo los niños, lo sabes tan bien como yo —me recuerda—. Lo que sigo sin entender es qué tiene que ver eso con que vayas a pasar el fin de semana aquí.

—No tengo ni idea de cómo actuar cuando me la encuentre.

—¿Así que te estás ocultando como un cobarde? ¿No se supone que ya te habías olvidado de ella?

—Lo he hecho. Pero cuando la vi el otro día me quedé bloqueado. Una parte de mí quiere saber qué fue lo que pasó para que nunca volvieran, pero por otra parte no sé si quiero abrir viejas heridas. Estoy bien con mi vida tal y como está.

—Con respecto a eso...

—Vivo tranquilo, Darren, y eso es más de lo que esperaba hace seis años. Niall es una de las mejores cosas que me han pasado y tengo la suerte de decir que me dedico a algo que me gusta.

—No voy a entrar en ese tema porque sabes lo que opino, pero volviendo a lo que nos concierne hoy, meterte en casa de mamá y papá para siempre no es la solución. Si no has hecho más que saber que está aquí y ya he notado que te pasaba algo. Ignorarla no va a funcionar.

—¿Y qué hago? ¿Hacer como si los últimos diez años no hubiesen existido?

—No todo es blanco o negro, Sean. Las opciones no son ignorarla o ir a por todo, hay muchas más posibilidades entre medias. Pero sí que creo que os merecéis una conversación. Tú no hiciste nada malo, hermanito, no tienes nada que perder.

—Lo sé, pero... No sé. Pensaba que era una historia cerrada, ¿sabes? Que nunca más volvería a saber nada de ella y se quedaría para siempre como un recuerdo de infancia. Pero ahora está aquí y...

—La historia no está cerrada —me corta—. Simplemente se quedó a medias y es por eso por lo que ahora te sientes tan confundido. Si hubieseis tenido un final en condiciones, seguramente no te hubiese chocado tanto encontrártela. Quizá hasta os habríais tomado un café para poneros al día. No poder despediros es algo que se te ha quedado ahí clavado.

—Y no me voy a quedar tranquilo hasta saber por qué no pudimos hacerlo.

—Exacto. Entiendo que tengas dudas. Yo tampoco pensé que algo así sería posible, pero quizá es una señal. Quizá lo que necesitáis es dejar las cosas claras de una vez. Siempre habéis sido uña y carne. Si solo hubiese sido un rollo de verano seguramente no te hubiese afectado, pero también fue tu mejor amiga durante mucho tiempo. Es una pena pasar de eso a huir a casa de tus padres para no cruzártela.

—Quizá solo necesite pensarlo en frío para saber qué pasos quiero dar.

—Tú verás, hermanito, pero una última cosa te digo. Si tu hijo está tan obsesionado con ir a desayunar con ellas algún día, vas a tener que tomar decisiones pronto. Si algo tiene el canijo es mucho poder de persuasión cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

—No sé a quién habrá salido —gruño, sabiendo que va a entender la referencia a que él siempre acaba saliéndose con la suya, y sus carcajadas me siguen mientras subo las escaleras hacia la casa de mis padres para dejar las cosas de Niall antes de que empiece mi turno de trabajo.

## CAPÍTULO 09

### Lucía

Tengo que admitir que acostumbrarme al día a día en Dublín me está costando menos de lo que esperaba. Llevo más de una semana aquí y, poco a poco, he ido creando mi nueva rutina para los días de entre semana, que es cuando Carlota se dedica a ir a clases y estudiar.

Sin ir más lejos, me he convertido en ama de casa, y mi hermana está encantada con la idea. Una parte de mí no puede evitar sentirse culpable por haber llegado a invadir su espacio, por mucho que lo de la mudanza haya sido idea suya y no mía, así que no he parado hasta dar con una manera de devolverle el favor.

Me levanto a la misma hora que ella, porque si no soy capaz de quedarme durmiendo hasta la hora de la comida, y después de desayunar me encargo de limpiar la casa y dejar la comida del día hecha. La gran mayoría de las ocasiones aprovecho para grabar el proceso y así más tarde editar los vídeos y subirlos a TikTok. Por las tardes, me calzo las botas y me voy a explorar la ciudad.

Nunca pensé que disfrutaría tanto de perderme, pero precisamente de ese modo he llegado a conocer sitios increíbles. La semana pasada encontré una tienda de libros de segunda mano donde me había concedido un par de caprichos, un pequeño parque cerca de casa que me hacía sentir como si estuviese en un bosque y un *pub* en el que cada tarde había artistas poco conocidos tocando música en directo.

Y sí, sé que esta ciudad está plagada de librerías, parques y *pubs* con música en directo, pero esos pequeños rincones para mí tenían mucho más encanto que el resto a los que me había llevado mi hermana durante nuestros *tours* los fines de semana. ¿Puede que fuese por haberlos encontrado por casualidad? Seguramente. Pero eso solo los hacía más mágicos.

Esta tarde, sin embargo, me apetecía un plan algo más tranquilo, así que simplemente he guardado el portátil en la mochila y, después de un pequeño paseo por la manzana, he entrado a una cafetería que hay justo enfrente de casa. Un local que me llamó la atención cuando llegué el primer día pero que, después de probar los dulces y tartas que tienen en el mostrador, se ha posicionado muy arriba en la lista de mis sitios favoritos de la ciudad.

¿Quizá el hecho de que lleve aquí casi dos horas y ya me haya comido dos trozos de tarta de zanahoria sea otra señal de que debería apuntarme al gimnasio que me dijo mi hermana? Dejaré la decisión en manos de la Lucía del futuro, porque la del presente está ocupada con lo que acaba de leer en la pantalla del ordenador.

**@nj.comilon:** ¿Te has planteado hacer vídeos recomendando restaurantes en Dublín, como hacías en Madrid? Dentro de poco voy de vacaciones y me encantaría saber cuáles son tus *must*.

No es la primera vez que entre los comentarios de alguno de los vídeos me dejan peticiones de ese estilo, pero siempre que me encuentro una, algo se agita en mi interior.

¿Sería buena idea? Porque una cosa era la intimidad del piso, cuando mi hermana me dejaba sola, y otra recorrerme la ciudad con el móvil en la mano. En Madrid era siempre alguna de mis amigas la que venía conmigo a los sitios para ayudarme a grabar, ya que Andrés no se cansaba de dejar claro lo ridículo que le parecía todo aquello, pero aquí tendría que hacerlo yo sola. Eso, o contárselo a mi hermana.

Carlota, por raro que pareciese, nunca había sido muy fan de las redes sociales. Tenía una

cuenta de Instagram más por presión social que por otra cosa y no me extrañaría que acabasen eliminándosela por inactividad. Siempre decía que no le veía sentido a que la gente publicase toda su vida en internet sin pensar en las consecuencias. ¿Y si, al igual que Andrés, pensaba que todo esto no era más que una tontería? No veo a Carlota siendo tan cruel como lo era él cuando algo no encajaba en sus ideales, pero no sé si sería bueno exponerme a una crítica tan cercana cuando hace apenas unos días que volví a retomar la cuenta.

Me sé de memoria lo de que no debo dejar que las opiniones de los demás influyeran mi vida y las cosas que a mí me hacen feliz, pero ponerlo en práctica es mucho más complicado que recitar la teoría.

Paso al siguiente vídeo, para seguir leyendo los comentarios que la gente ha ido dejando en mis últimas recetas, pero me apunto en el bloc de notas la idea de empezar a buscar restaurantes de los que poder hablar. Si al final me animo a hacerlo o no es secundario, pero por ahora puedo empezar a buscar e investigar cuáles son aquellos sitios que a los propios dublineses les gustan más.

Cuando termino, cierro TikTok y abro todas las páginas de búsqueda de empleo que conozco, a ver si ha salido alguna oferta. ¿Quién me iba a decir a mí que incluso con informes sobre las cifras que conseguían mis artículos en la revista me iba a costar tanto llegar tan solo a la fase de la entrevista?

Me enfoco tanto en la pantalla que todo a mi alrededor desaparece, hasta que un mensaje de Carlota me trae de vuelta al mundo real.

**Carlota:** Acabo de salir de la biblioteca. ¿Me has hecho algo rico hoy de cena?

**Carlota:** Me han dicho que el viernes salió una peli de las que nos gustan en Netflix, así que si te apetece la vemos.

**Lucía:** Cena hay. Lo que no sé es si estará rico.

A lo de la película no respondo, porque las dos sabemos que la respuesta es un sí, y automáticamente voy cerrando todas las pestañas y documentos que tengo abiertos en el portátil. Cuando estoy a punto de bajar la pantalla y guardarlo en la mochila, una voz conocida llega a mis oídos y levanto la mirada.

Estoy sentada al fondo de la cafetería, la zona más tranquila según lo que he podido comprobar, y pese a que por la forma de «L» que tiene el local la puerta queda fuera del alcance de mi vista, el mostrador queda justo enfrente.

—Quiero la de fresa, papi. —Es la voz de Niall, eso lo tengo claro incluso antes de que el niño aparezca en mi campo de visión, y no puedo evitar sonreír cuando veo que, al llegar a la caja, se agarra de la madera para ponerse de puntillas y saludar a la camarera—. ¡Hola, Pam! ¿Sabes qué? Papá me va a comprar un trozo de tarta porque me he portado muy bien en el cole.

Me provoca tanta ternura que, por un momento, me olvido de que el niño va acompañado de alguien, pero en cuanto noto la figura de un hombre a su espalda, todo mi cuerpo se congela. No solo porque por fin mi curiosidad con respecto a su padre vaya a quedar saciada.

No. Ni de coña.

Más bien me quedo así porque conozco perfectamente a ese hombre. O chico, más bien, porque me niego a llamar a alguien de mi misma edad de otra manera. Igual que por un momento me niego a aceptar que lo que estoy viendo ahora mismo no sea producto de imaginación.

Quizá solo se parecen. Quizá no sea él. ¿Será que su nombre se ha pasado tantas veces por mi

cabeza desde que Dublín se convirtió en mi destino que mi mente me está jugando una mala pasada? Hasta que él también habla y paso de estar congelada a que me tiemble todo el cuerpo. Porque una parte de mí llegó a pensar que nunca más iba a volver a escuchar su voz.

—¿Qué dijimos de lo de subirse a la barra, Niall?

—Perdón. Solo quería saludar a Pam —responde el niño, dando un paso atrás, pero la sonrisa no abandona su cara—. ¿Podemos llevar también galletas de chocolate?

—No abuses, peque, que te conozco. Dos trozos de tarta de fresa, por favor, Pam. Y un café doble solo sin azúcar.

Sin poder evitarlo, me deslizo por la silla hasta quedar prácticamente oculta detrás de la pantalla del portátil. Porque no sé si me cuesta más creer que tengo a Sean a pocos metros después de tantos años, que él tenga un hijo de seis años, que sea el vecino de enfrente o... Joder. Él me vio. Me vio cuando fue a recogerle, la noche que Niall cenó con nosotros, mientras yo estaba dormida como un tronco en el sofá.

¿Me reconocería? ¿Se acordaría de mí? Y si lo hace, ¿por qué no dijo nada?

«Porque te odia. Y con razón»

¿Quizá por eso es por lo que yo me estoy escondiendo pese a que mi corazón no para de gritarme para que me ponga de pie y vaya a su encuentro? Porque sé que me odia y entiendo que lo haga. Entiendo que no quiera tenerme en su vida después de cómo me comporté. De cómo lo estropeé todo.

¿Y si me odia todavía más por haberme presentado aquí, en su ciudad, en su edificio?

Siento como el aire va abandonando mis pulmones mientras la camarera les atiende y, también, cuando ambos salen del local. Solo en ese momento es cuando otro pensamiento aparece en mi cabeza.

Carlota.

Recojo todo lo que tengo encima de la mesa y, después de dejar los platos sucios en la barra de la cafetería y despedirme de la camarera, me cuelgo la mochila al hombro y me quedo por allí alrededor esperando a que mi hermana llegue. No puedo arriesgarme a entrar al portal y encontrármelos. Tengo que darles tiempo a entrar en su propio piso.

—¿Cómo es posible que no lo hayas reconocido? —pregunto a mi hermana en cuanto está lo suficientemente cerca como para que me oiga, pese a estar susurrando, pero sin dejar que entre en el portal.

—¿De qué hablas?

—De Sean. Tu vecino. ¿No lo has reconocido? Esto tenías que habérmelo avisado antes, Carlota.

—Sigo sin saber de qué me estás hablando, Lucía. Mi vecino se llama Mac. ¿Quién es Se...? Espera —se interrumpe ella misma—, ¿ese no era tu amigo, el del pueblo? No me acuerdo mucho de él, solo de que hablaba raro y que tenía un hermano que me hacía rabiar continuamente. ¿Os habéis visto? —Me lo pregunta emocionada, pero no es consciente de todo lo que implica esto.

Ella tenía solo diez años cuando lo vio por última vez. Ni siquiera sé si llegó a enterarse de que entre nosotros había algo. Pero se me hace tan increíble pensar que llevan años siendo vecinos y yo no supiera nada...

¿Y él? ¿Habría reconocido a Carlota? Eso lo veo más complicado, porque ha cambiado muchísimo desde que era una niña. Si comparas con fotos, tan solo se pueden ver coincidencias en los ojos y las orejas.

—Puede que se haga llamar Mac, pero es Sean, estoy segura. Lo he visto con Niall y, créeme,

*no me he confundido.*

*—Pero no tiene sentido. Si fuese él, ¿por qué actuó tan raro cuando te vio el otro día? —Se queda pensando la respuesta a su propia pregunta y, poco después, vuelve a hablar—. ¿Por eso es precisamente por lo que se comportó así? Te reconoció y fue entonces cuando se dio cuenta de quién era yo. ¿Pasó algo entre vosotros, Lucía? ¿Discutisteis?*

*—Es una historia muy larga, pero el resumen es que entiendo que me odie y me quiera lo más lejos posible.*

*—¿Te ha dicho que te odia?*

*—No. Me he escondido para que no me viese. No... No estoy preparada para enfrentarme a ello todavía. Ya tengo suficiente con estar sin trabajo y no saber qué narices hacer con mi vida, como para remover mierda del pasado.*

*—Tu verás, pero si realmente es el vecino no va a ser fácil esquivarlo continuamente. Yo si quieres puedo avisarle de que a partir de ahora no podemos quedarnos con Niall, pero...*

*—No, no hagas eso. Solo necesito mentalizarme antes de tenerlo enfrente. No quiero volver a aparecer en su vida para fastidiarlo todo de nuevo, y él necesita tu ayuda con el niño.*

*Eso es lo único que tengo claro. No sé si llegaremos a cruzarnos. Si querrá hablar conmigo o no. Pero ni él ni su hijo se van a ver perjudicados por mi presencia aquí.*

## CAPÍTULO 10

### Sean

El segundo partido de la Selección de fútbol de Irlanda en la Liga de Naciones de la UEFA coincide con el día de descanso semanal del restaurante y, como no es algo que suceda con mucha frecuencia, Darren se ha pasado todo el fin de semana insistiendo en que teníamos que aprovechar y hacer algo con nuestros amigos, Oliver y Doyle.

Doyle en realidad es su apellido, pero ambos nos llamamos Sean, así que desde siempre hemos sido para el resto del mundo Doyle y Mac. Supongo que, en mi caso, era demasiado largo decir McDermott, por lo que decidieron acortarlo y, que me llamen Mac me suena tan natural a estas alturas que el mote se ha extendido más allá de este pequeño círculo y ha llegado un momento en el que tan solo mi familia y unos pocos más me llaman por mi nombre de pila.

Era curioso, porque Oliver y yo habíamos sido amigos desde el primer día que pusimos un pie en el colegio y a Darren y Doyle les había pasado algo parecido cuando se conocieron en el instituto. De algún modo, habíamos conseguido formar una piña entre los cuatro que ni el tiempo ni la distancia ocasionada por la universidad había sido capaz de romper, y yo daba gracias a la vida por eso.

Aunque mi hermano tenga la costumbre de lanzar la piedra y esconder la mano.

Porque no es su casa en la que hemos quedado para ver el partido, por mucho que la idea haya salido de él. Ni la de ninguno de los chicos. Es la mía. Y esta vez no podía venir con la excusa de que así me podía ahorrar la canguro, porque Niall y Josh, el hijo de Oliver, siempre que había fútbol se unían al plan.

No hay nada mejor que el hecho de que uno de tus mejores amigos tenga un hijo a la vez que tú, porque Niall y Josh llevaban siendo inseparables desde que nacieron y eso nos había facilitado mucho las cosas. Sobre todo a mí, para qué mentir, que podía contar con él y con Helena, su mujer, para recoger al niño del cole y acercarlo al restaurante o a casa cuando a mí no me daba tiempo a llegar. O que Niall se quedase con ellos en casa un rato jugando hasta que pudiese pasar a recogerlo. A cambio, cuando yo consigo escaparme en fin de semana, me llevo a ambos niños de excursión a algún lado y les dejo unas horas libres para que puedan hacer planes de pareja.

La vida de un padre soltero y trabajador consiste en jugar una partida interminable al tetris entre horarios y obligaciones, pero no siempre da tiempo a llegar a todos lados. Es más, son muchas las ocasiones en las que se hace imposible. Si no fuese porque tengo la suerte de contar con gente buena a mi alrededor, ya me habría vuelto loco.

—¿Y si invitamos a Charlie y a Lucía a ver el fútbol? —pregunta Niall cuando estamos preparando el salón para la llegada de los chicos. Por suerte, poco a poco me voy a acostumbrando a que mi hijo pronuncie su nombre, y creo que ya consigo disimular mi reacción mucho mejor que la primera vez que ocurrió—. A mí me invitaron a *pizza*.

—No sé si les gustará el fútbol, peque, pero no creo que les apetezca ver un partido de Irlanda. Como mucho, verán los de España.

—¿Las invitamos cuando juegue España?

—Ya veremos.

—Vale, pero si queremos que nos inviten a desayunar tortitas, tenemos que dar algo a cambio. Si no, seremos unos gorriones.

—¿Gorriones?

—El abuelo dice que el tío es un gorrion porque siempre les roba comida de casa, pero nunca les invita a nada.

—Gorrón —le corrijo—. Los gorriones son pájaros, peque.

—¿Y también roban comida?

—Solo si la dejas tirada en algún sitio. No como el tío, que la va buscando —contesto haciéndole reír y, justo cuando terminamos de colocar encima de la mesa las cosas de picar que he comprado esta tarde, suena el timbre.

Los chicos llegan armando jaleo, como siempre. Demostrando que lo de tener treinta años es solo un número y la madurez va por otro lado. Dos minutos después, Josh y Niall se están metiendo con Darren por ser un gorrón mientras Oliver, Doyle y yo nos sentamos delante de la televisión a ver la previa del partido.

La cena está ya encargada para que llegue poco antes de que el árbitro pite el inicio y Doyle acaba de dejar encima de la mesa lo único que a mí me faltaba en casa: las cervezas. Suelo tener alguna en la cocina, pero ni de coña las suficientes como para cubrir lo que implica un partido de fútbol. Puede que Oliver y yo nos controlemos por el hecho de tener a los niños allí, pero Doyle y Darren son insaciables en días como hoy y lo peor es que luego ni siquiera se les nota.

¿Será porque ellos no han llegado a perder la costumbre? Porque yo si me paso de dos o tres botellines, empiezo a decir chorradas.

—Tito, ¿no crees que hay que invitar a Charlie y a Lucía a cenar con nosotros? Papá dice que no, porque no son irlandesas, pero en España también se cena.

Me giro hacia mi hijo, sin saber por qué ha vuelto a sacar un tema que yo consideraba cerrado, y lo que me encuentro es a mi hermano haciendo todo lo posible para no soltar una carcajada.

—¿Quiénes son Charlie y Lucía? —pregunta Doyle, demasiado interesado para mi gusto, y Oliver se une al cotilleo, exigiendo saber por qué nunca había oído mencionar esos nombres.

Cuando alguien te diga que las mujeres son las que chismorrean, no le creas. Los hombres son peores. Mucho peores.

Lo mejor de todo es que, al menos uno de esos nombres, sí que lo han oído antes, pero al igual que yo hasta hace tan solo unos días, piensan que es cosa del pasado y que, por lo tanto, no tiene cabida en el presente.

—Son las vecinas —contesta Niall—. Son españolas y muy majas. Me invitaron a cenar *pizza* y a ver un documental con ellas, así que papá tiene que invitarlas ahora.

—Totalmente de acuerdo. Es tu turno, Mac. ¿A qué esperas? —sigue Oliver.

—¿Son guapas? —dice Doyle.

—¿Están solteras? No queremos que a Doyle vuelvan a partirle la cara por coquetear con quien no debe.

—¡Oye! ¿Por qué haces que parezca que es algo que pasa a menudo? Fue una vez y yo solo quería echar un baile, fueron ellas las que se acercaron a mí. Por no hablar de que los tíos esos eran una *red flag* andante, lanzándose a mi yugular cuando ni siquiera las había tocado.

Empiezan a picarse el uno al otro mientras lanzan de vez en cuando preguntas sobre las vecinas, pero yo no puedo responder a ninguna de ellas. No sé cómo hacerlo sin que se note demasiado el batiburrillo de pensamientos que tengo desde hace tiempo en la cabeza.

Además, ¿no quedaría como un neandertal si le digo a Doyle que como toque un solo pelo a Lucía le corto las manos? Me convertiría en una *red flag* andante, como él dice.

Ni siquiera sé muy bien de dónde viene ese pensamiento, porque no soy nadie para opinar

sobre quién la toca o deja de tocarla. Además, se supone que yo ya no siento nada al respecto. Podría hacer lo que quisiera y ambos son lo suficiente mayorcitos como para tomar sus propias decisiones.

Entonces, ¿por qué me están comiendo los celos de solo pensar en ello?

«Joder, Sean. Que ni se han conocido todavía. Recuerda que tú no quieres nada con ella. Ni con ella, ni con nadie. Estás mejor solo y sin problemas.»

—Dejad de comportaros como idiotas —les interrumpe Darren, viniendo a mi rescate. O eso espero—. Son majas, sí, pero están fuera de tu alcance, pringado —dice mirando a Doyle—. Y tú deberías dejar de darle coba con estas cosas, que eres padre de familia, joder. Sé un ejemplo para tu retoño —exagera, señalando al punto en el que Niall y Josh, aburridos de la conversación, se han puesto a construir puentes y edificios con mis revistas.

Claro que la experiencia me ha demostrado que no importa si están haciendo otras cosas, una parte de ellos siempre va a estar escuchando la conversación y absorbiendo todo lo que se diga.

—¿Qué pasa, Darren, ya le has echado el ojo a alguna? ¿Tienes miedo de que te quite el ligue?

—No, gracias, no quiero acabar desterrado de mi propia familia.

Lo conozco lo suficiente como para saber que lo ha dicho sin pensar, pero justo cuando creía que mi hermano había llegado para salvarme, me ha lanzado de lleno a la jaula de los leones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿En serio, Mac?

—Estoy flipando, ¿por fin te has fijado en una tía?

—Esto merece un brindis. ¡Por los huevos de Mac, que van a dejar de estar morados!

—Ahora sí que tengo curiosidad por conocerlas. ¿Pasamos a buscar a las vecinas?

—¡Sí! —grita Niall desde el suelo, poniéndose de pie de un salto.

Ya sabía yo que estaba escuchándolo todo ese pequeño demonio.

—No —sentencio, abriendo por primera vez la boca desde que el tema de mi nueva vecina ha salido a relucir. Un tema que, sin duda, empezó con la inocencia de mi hijo, pero que ha acabado desembocando en algo que no me hace mucha gracia.

No soy muy dado a compartir ciertas intimidades con nadie y no es la primera vez que mis amigos me pican con el tema chicas, pero me jode mucho más ahora que la chica en cuestión es ella.

—Hoy es noche de chicos y de fútbol. Y vosotros. —Señalo a Oliver y Doyle—. No seáis tan idiotas, porque no estáis ni cerca de saber lo que pasa. Agradezco vuestra preocupación por mis testículos, pero están perfectamente bien.

Cojo una de las cervezas que hay en la mesa, dando por finiquitada la conversación, y no sé qué es lo que debe reflejar mi cara porque todo el mundo se queda callado durante unos segundos y, después, es Darren el que saca otro tema de conversación.

Puede que sea porque no están acostumbrados a que les conteste de esa manera, pero no estoy pasando por mi mejor momento. Y me jode que sea precisamente porque no ser capaz de entender qué es lo que me provoca saber que vuelve a estar tan cerca.

¿Debería dejar de evitar el encuentro y dar el paso? ¿Preguntarle por qué desapareció y marcar ese capítulo de mi vida como completo de una vez por todas?

Quizá esa sea la única manera de dejar a Lucía en el pasado y volver a mi vida de ahora, sin esos pensamientos intrusivos persiguiéndome a todos lados.

«¿Seguirá siendo la misma? ¿Cómo reaccionará al verme de nuevo? ¿Se acordará de mí?»

Joder, no. El objetivo es pasar página. Quemar el libro, incluso. No volver a abrirlo y

arriesgarme a todo lo que puede venir con él.

Porque soñé durante años con que el destino nos pusiera de nuevo al uno frente al otro. Imaginé demasiadas veces cómo sería volver a abrazarla o pasar horas y horas hablando de cualquier tema. Pasé mucho tiempo queriendo a mi mejor amiga de vuelta, pero eso había cambiado.

Cambió en el momento en el que Niall apareció en mi vida y se convirtió en lo más importante. Mi hijo necesita atención, no un padre confundido. Y, sobre todo, necesita una estabilidad que no es compatible con los problemas que pueden venir ocasionados por remover el pasado.

Tengo que dedicarme exclusivamente a él y no dejaré que nadie desvíe el foco.

El sonido del timbre, avisando de que el repartidor ha llegado, y el comienzo del partido me ayudan a salir del bucle en el que había entrado y, durante dos horas, me evado de la realidad y me centro en el fútbol y en mis amigos.

Cuando termina y todos se van, ducho a Niall, nos ponemos los pijamas y me voy con él a su cuarto a leer un poco antes de dormir.

—Papi, ¿por qué los testículos se ponen morados?

—No hagas caso a Doyle. Dice muchas tonterías.

—¿Es verdad que los tuyos están así? ¿Es malo? ¿Te va a pasar algo? —Noto la preocupación en su tono de voz, así que dejo el libro a un lado y lo abrazo contra mi pecho.

—Estoy perfectamente bien, peque, te lo prometo —aseguro, consiguiendo que se tranquilice un poco—. Es solo una broma de mayores, te la contaré cuando seas grande ¿vale?

—¿Cuándo será eso?

—Dentro de mucho, mucho, muchísimo tiempo. Porque tú siempre serás mi pequeñajo. —Empiezo a hacerle cosquillas, consiguiendo que se ría sin parar, y poco después recupero el libro y lo abro por la página por la que nos quedamos el último día.

Se duerme abrazado a mí y, justo cuando estoy a punto de levantarme, un sonido amortiguado llega a mis oídos. No se escucha del todo, porque es algo que está ocurriendo al otro lado de la pared, pero sería capaz de reconocerlo a distancia.

La risa de Lucía.

Da la sensación de que esté hablando por teléfono, porque se escucha el murmullo de su voz, pero no otra que le conteste, y aunque no llega tan claro como para entender lo que está diciendo, antes de ser consciente de lo que hago, me acomodo mejor en la cama de mi hijo y me quedo dormido con el sonido de su risa de fondo.

## CAPÍTULO 11

Sean - 2012

La primera semana de agosto siempre era la más aburrida del verano.

¿Por qué? Fácil. Lucía nunca estaba.

El cumpleaños de su abuela materna coincidía con las fiestas del pueblo de su madre, así que todos los años se iban a pasar allí unos días. Según lo que me había contado, era guay porque esa semana estaban todos sus tíos y primos y siempre les dejaban quedarse hasta tarde disfrutando de las orquestas, pero a mí me daba la sensación de que nuestro pueblo se quedaba vacío.

Cuando el año anterior se lo había comentado a Darren, él se había burlado de mí diciendo que estaba coladito por ella. Había perdido la cuenta de cuántas veces le había repetido que eso era mentira, pero él no se cansaba y lo peor era que en alguna ocasión incluso había soltado alguno de sus comentarios maliciosos delante de Lucía.

No entendía que lo único que pasaba era que echaba de menos a mi mejor amiga y estar en el pueblo sin ella era, simplemente, extraño. Como cuando te quedas a dormir en la casa de alguien y al despertarte no ves a nadie a tu alrededor.

Sabía que no tenía mucho sentido, porque el resto de nuestros amigos seguían allí y la rutina seguía siendo la misma que el resto de semanas, pero me autoconvencía a mí mismo de que era porque con ella tuve una conexión especial desde que nos conocimos por primera vez.

Compartíamos muchas aficiones, podíamos hablar de todo sin que ninguno de los dos juzgase o interrumpiese al otro, nos encantaba comparar las costumbres españolas con las irlandesas y enseñarnos mutuamente cosas de nuestros respectivos países. Durante el verano, pasaba más tiempo con ella que con mi familia, y pasar de eso a estar nueve días completos sin vernos...

Pensándolo con una mentalidad algo más adulta que en aquel entonces, da la sensación de que Lucía fuese la droga y yo el adicto. ¿Sería una especie de síndrome de abstinencia? Claro que, echando un vistazo atrás me doy cuenta de que mi hermano tenía razón y ya con quince años estaba colado hasta las trancas de mi mejor amiga.

En aquel momento, el hecho de que todos mis compañeros del instituto estuviesen empezando a salir con chicas y a mí ninguna de ellas me llamase la atención no me parecía extraño. Yo tenía otros intereses, como seguir aprendiendo a cocinar con mi madre, investigar cosas curiosas sobre mi país para poder contárselas a Lucía en alguna de nuestras charlas por Skype o estudiar para asegurarme de no dejar ninguna asignatura pendiente que pudiese fastidiarme el verano.

Algunos de mis compañeros de clase se metían conmigo, llamándome rarito o mariquita por ser el único al que todavía no se le había visto con ninguna chica, pero nunca me importó.

Una profesora, sin embargo, le contó lo que estaba ocurriendo a mi madre y, cuando llegó a casa, se aseguró de repetirme una y otra vez que seguir los pasos del resto de la clase en ese aspecto no era algo a lo que tuviese que forzarme. Cada uno tiene sus propios ritmos y gustos y ninguno es mejor que el otro.

Supongo que esa era su forma de hacerme saber que si mi orientación sexual no era la socialmente aceptada a ella le daba igual, pero el tema se quedó ahí cuando Darren apareció en escena, asegurando que lo único que me hacía falta para cerrar la boca a todos esos idiotas era tener a Lucía delante.

Ni mamá ni yo le hicimos demasiado caso.

Ella sonrió. Yo me puse rojo. Y tras una advertencia de que debía avisarla si alguno de mis

compañeros volvía a molestarme, se fue a la cocina y nos dejó a nosotros en el salón.

Supongo que la adolescencia en mi caso fue aquello que pasaba entre verano y verano. A mí los únicos meses que me importaban al cien por cien eran julio y agosto, quizá por eso me fastidiaba tanto que me robaran una de las pocas semanas que estábamos en el mismo país.

Aquel día, estábamos precisamente al final de esa semana y nunca había tenido tantas ganas de que llegase un lunes. Ni siquiera estando de vacaciones. Había llegado a pensar, incluso, en pasarme el fin de semana jugando a algún videojuego *online* y no salir, pero eso habría significado tener que aguantar a mi hermano y sus bromas así que lo descarté rápidamente.

Además, aquella noche la asociación de vecinos del pueblo iba a reproducir una película en la playa, aprovechando que hacía buen tiempo, por lo que sería demasiado raro quedarme en casa encerrado.

—¿Sabes? Podrías quitar la cara de culo un rato, que pareces un perrito abandonado.

—No digas tonterías. Estoy normal.

—Si tú lo dices... Pero si no quieres que todo el pueblo se entere de lo que tú y yo sabemos, deberías intentar disimularlo un poco, hermanito.

—No hay nada que disimular. Son todas imaginaciones tuyas.

—Sí, claro. Y la Selección de fútbol de Irlanda va a ganar el próximo mundial, no te jode...

No contesté, porque era lo mejor que se podía hacer con Darren, y salimos a la playa justo detrás de nuestros padres, por la puerta principal. Me pareció un poco idiota no salir por la que daba directamente a la playa, pero sabía que papá prefería usar esta por su costumbre de dejar la casa cerrada con llave.

¿Algún día se daría cuenta de que en aquel pueblo no pasaba nunca nada?

Caminamos con ellos hasta la zona en la que se había preparado la gran pantalla blanca y, justo cuando mis pies pisaron la arena, su risa llegó a mis oídos. Era inconfundible, diferente a todas las demás, y eso no era algo que dijese solo yo. Lo decía todo el grupo.

La risa de Lucía era contagiosa, alegre y rara. Sobre todo eso último.

Me giré sobre mí mismo, buscando de dónde procedía, y al verla sentada junto a Marta y Andrea, una sonrisa tiró de mis labios. ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué habrían adelantado la vuelta? ¿Y por qué no se había pasado por casa a saludar como hacía siempre?

—Anda, mira a quién se le ha quitado la cara de culo.

Ignoré por completo a mi hermano porque justo en ese momento la mirada de Lucía se clavó en mí, y sin esperar un solo segundo, saltó del muro de piedra en el que estaba sentada y corrió en nuestra dirección para saludarme con un abrazo.

—¿Qué haces aquí ya? ¿Cuándo has llegado? —pregunté, apretándola con fuerza contra mi cuerpo.

—*Hace diez minutos. Papá tiene una entrega urgente para mañana y nos ha tocado volver antes de tiempo. Justo a tiempo para la peli.* —Se separó un poco con una sonrisa y, al ver a mi hermano a mi lado, le dio un abrazo también, aunque algo más corto—. *Hola, D. ¿Me habéis echado de menos?*

—*Unos más que otros* —contestó él con una sonrisa maligna y, después de revolver el pelo de Lucía como hacía siempre, se sirigió a donde estaban las chicas—. *Os dejo solos para que os pongais al día, cocinitas.*

—¿Qué tal te lo has pasado en el pueblo? —le pregunté, pasando mi brazo por encima de sus hombros justo antes de seguir a mi hermano y ella me empezó a contar cosas de su familia, de las orquestas que habían tocado este año y del libro de recetas que su abuela le había regalado.

Nos unimos a nuestros amigos y, entre todos, decidimos ver la peli desde el muro que

separaba la playa del pueblo. Un poco lejos de la pantalla, sí, pero lo suficiente para poder hablar entre nosotros sin que el resto de la gente se quejase.

Nos pusimos todos en fila, con la espalda contra el muro y varias bolsas de gominolas pasando de unas manos a otras y, a media película, cuando se acurrucó a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro y nuestros brazos entrelazados, fue la primera vez que pensé en que quizá mi hermano tenía razón.

La manera en la que se me había tensado todo el cuerpo no era normal. Ni tampoco que, de repente, el corazón latiese tan rápido. O que estuviese pensando en lo bien que se sentía estar así con ella.

¿Me había enamorado de mi mejor amiga?

## CAPÍTULO 12

### Lucía

Mezclo todos los ingredientes en el bol, asegurándome de estar en buen ángulo para que la cámara lo capte a la perfección, y mientras tanto levanto la mirada hacia el móvil.

—*Hay que conseguir que todos los ingredientes se integren en la mezcla, pero sin eliminar todos los grumos porque, si nos pasamos, se perderá la jugosidad de las tortitas y quedarán demasiado duras.*

Cuando considero que la masa está perfecta la dejo a un lado y, justo cuando estoy manchando la sartén con un poco de mantequilla, suena el timbre de casa.

No puedo evitar pegar un salto del susto porque, desde que vine a Dublín, solo lo han utilizado los repartidores de comida a domicilio. Aunque lo que más despierta mis nervios es que no ha sido el de abajo el que ha sonado, sino el de la puerta de arriba.

¿Será algún vecino? ¿Estaré hablando demasiado alto y he molestado a alguien? ¿Y si es Sean buscando a Carlota para pedirle que se quede con Niall? No, eso es imposible. A estas horas el niño tiene que estar en el cole y él sabe que mi hermana está en la universidad. ¿Entonces?

Corto el vídeo del móvil y, una vez me aseguro de que la sartén está fuera del fuego, me dirijo a la puerta.

Ni en mil vidas hubiese acertado lo que me encuentro en el rellano.

—¡Buenos días, cocinita! ¿Me has echado de menos?

No sé qué me pasa en ese momento, si es la felicidad de sentir que sigue siendo el mismo idiota de siempre, la nostalgia de que me salude como si no hubiesen pasado diez años desde la última vez que nos vimos o que en su mirada no vea ningún reproche que empañe el sentimiento de cariño, pero lo único que me sale hacer es dar un paso hacia él y abrazarlo como tantas veces hice en el pasado.

Porque Sean ocupó un papel muy importante en mi infancia y adolescencia, pero Darren también estuvo siempre ahí y tenerlo como amigo era lo mejor del mundo. Porque él, aun con sus comentarios sarcásticos y su necesidad de meterse con todo el mundo, es una de las mejores personas que he conocido en la vida.

—Me tomaré eso como un sí —ríe cuando me separo—. Creo que el mensaje en el que me decías que venías a mi ciudad se ha perdido por el camino y por eso he tenido que enterarme por terceros. —Me merezco esa y mil pullas más así que, en lugar de responderle con otra, le hago un gesto con la mano hacia el interior del piso.

—¿Quieres pasar? Estaba preparando unas tortitas.

—¿Haciendo el desayuno a las doce del mediodía, Lucía? Eso no puede ser.

—Anoche estuve hablando con una amiga hasta las tantas y me he despertado demasiado tarde y con mucho hambre —explico—. Aunque, si no quieres, ya me las como todas yo.

—El día que yo diga que no a la comida llama a un médico —bromea y, un segundo después, está olisqueando la masa, sacando la varilla que he utilizado y cogiendo con el dedo un poco de mezcla.

—¡No metas la manaza en mi cocina, D! —me quejo y, sin pensarlo un segundo, voy hasta él y lo empujo con la cadera mientras le arrebato la varilla de las manos.

—¿Así que sigues siendo tan tiquismiquis como siempre? Me alegra saberlo. Si no me echas la bronca no eres mi cocinita. —Le saco la lengua, pero por dentro no puedo evitar sentir un

poco de esperanza.

Porque, en el momento en el que corté toda relación existente con el pueblo, creí que los había perdido a todos ellos, y estar en la misma habitación que Darren, comportándonos como siempre lo hemos hecho, me hace feliz. Sobre todo, porque estaba casi segura de que me odiaría por haber hecho daño a su hermano.

Por no haber sido capaz de dar la cara. Por abandonarlos.

Claro que, ahora que lo pienso... ¿Ha dicho que se ha enterado de que estoy aquí por terceras personas? Es decir, que Sean se lo ha contado. Por algún motivo, tener la certeza de que él también me reconoció cuando me vio, consigue que mi corazón empiece a latir como un loco. Darren parece notar el cambio en mi cara, porque se siente en uno de los taburetes que hay al otro lado de la isla de la cocina e intenta sacar el tema con disimulo. No le sale muy bien.

—¿Qué crees que dirá mi sobrino cuando sepa que he probado tus tortitas antes que él?

—Seguramente te eche la bronca por no habértelo traído —respondo, fingiendo que no noto sus intentos de llevar la conversación hasta el tema que lo ha traído a esta casa: su hermano.

Si su única intención hubiese sido retomar el contacto conmigo, me habría mandado un mensaje para quedar algún día. Si está aquí, es porque quiere hablar de algo importante.

—Anoche me dijo que, antes de venir a desayunar aquí, ellos tenían que invitaros a vosotras a cenar, porque si no pensaréis que son unos gorriones y eso no es bueno. —No puedo evitar sonreír ante las ocurrencias del niño.

—Niall me dejó alucinada. Es increíble cómo funciona su mente.

—Lo sé. Nadie sabe de dónde lo ha sacado. Mi padre dice que son sus genes, que se han saltado una generación.

—Pero tú no has venido aquí a hablar de Niall, D. Ambos lo sabemos, así que ¿por qué no te invito a desayunar y me dices todo lo que tengas que decir?

Hablamos de cosas banales mientras termino de hacer las tortitas y, cuando ya tenemos cada uno nuestro plato y le he puesto delante todos los siropes que mi hermana compró el otro día en el supermercado, se aclara la garganta y me mira serio.

—No sé lo que pasó para que desaparecieses de repente de la faz de la tierra ni quiero saberlo antes que Sean, porque me conozco y a él se lo largo todo, pero tenéis que dejar de evitaros el uno al otro como si fueseis chiquillos de primaria, Lucía.

—Yo no...

—No me vengas con que no le estás evitando porque no me lo creo. Igual que con él no coló el cuento de que se venía a dormir a casa de mis padres porque había mucho trabajo en el restaurante.

¿Por qué saber que él también está esquivándome me provoca un dolor en el pecho? Quizá porque eso confirma las pocas ganas que tiene de verme.

—Me da vergüenza enfrentarme a él, ¿vale? Es tan simple como eso. Tenía miedo incluso de encontrarme contigo, por eso no os avisé de que estaba por aquí. Hice muchas cosas mal y entiendo que podáis odiarme o que no le haga ni gota de gracia que de repente sea la vecina de enfrente. Yo intenté hacerlo de otra manera, Darren, que fuese diferente, pero con dieciocho años se me hizo un mundo. Lo pasé muy mal y apagué el móvil porque cada vez que me llegaba un mensaje de alguno de vosotros se me venía el mundo encima, pero sé que aquí la víctima no soy yo. Ahora entiendo que hay cosas que pude hacer diferente, pero en ese momento sentía que no había más salidas. Y admito que, cuando Carlota me convenció para venir a Dublín, me acordé de tu familia, pero ni en mis mejores sueños hubiese imaginado que estar tan cerca en una ciudad tan grande pudiese ser posible.

—No des tantas cosas por sentadas. Yo nunca te he odiado. Me he preguntado muchas veces demasiadas cosas, pero tienes que hacer algo peor que desaparecer para ganarte el odio. Siempre he creído que tendrías tus motivos, aunque no los hubieses compartido con nadie.

—La cagué, así de simple. Y cuando vi el otro día a Sean de lejos en la cafetería tuve ganas de ir hacia él, pero no tengo el derecho a hacerlo, así que preferí esconderme detrás de mi ordenador para que ni él ni Niall me vieran a mí.

—Sean ya no es el mismo que tú conociste, Lucía, y sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero creo que es algo que necesitas saber. Ese chico desapareció en el momento en el que Niall llegó a este mundo y, si en algún momento dejáis de ser unos cobardes y os sentáis a hablar, tienes que tenerlo en cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Lo notarás cuando llegue el momento. Solo... No te comas la cabeza pensando en que si te trata diferente es porque te odie. Por muy dolido que esté por lo que pasó, nunca podría llegar a ese nivel en lo que a ti se refiere. Simplemente, él es diferente ahora.

Trato de asimilar los últimos minutos mientras corto un trozo de tortita para llevármelo a la boca, y él imita mi gesto antes de volver a hacerse con el mando de la conversación y contarme cómo ha acabado aprendiendo a cocinar al tener la oportunidad de entrar a trabajar en la cocina del restaurante familiar.

—¿Te atreves a un duelo, cocinita? ¿O tienes miedo de que te dé una paliza?

—No sueñes, D.

—Atrévete, entonces. ¿O lo que te preocupa es quedar mal delante de tus seguidores de TikTok, Doña Recetitas?

Ese giro sí que no me lo esperaba.

Le miro con los ojos como platos, intentando saber si ha dicho lo que yo creo o ha sido cosa de mi imaginación, pero su sonrisa de medio lado me deja claro que no. Le he oído bien.

—¿Cómo has descubierto eso?

—Te recuerdo que enseñas la cara, amiga mía, y que aquí también usamos redes sociales. Eneko me mandó uno de tus vídeos hace meses para asegurarse de que eras tú. Te llevo siguiendo desde entonces y cuando vi que te habías mudado a Irlanda pensé en hablarte, pero no sabía cómo te lo ibas a tomar. Pocos días después Sean me contó que te había visto así que...

—¿Sean sabe que...?

—Yo no se lo he dicho —responde, sin que tenga que llegar a hacer la pregunta—. Y dudo mucho que, si lo ha descubierto por sí mismo, no me haya dicho nada.

—Es una tontería, ya lo sé. Pero me gusta hacer vídeos. Es entretenido.

—¡A mí me parece guay! —asegura—. Se te da bien hablar a cámara y transmites lo mucho que te apasiona la cocina.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí, Lucía. Me conoces de sobra como para saber que, si me pareciese una mierda, te lo diría a la cara. Es más, te habría mandado un mensaje privado para que dejases de hacer el ridículo. Pero esos vídeos molan y también me gustaban los que hacías yendo de restaurantes.

—Un par de personas me han sugerido que los retome aquí, en Dublín, pero no estoy muy segura de ello. Carlota todavía no sabe nada de esto y no sé cómo reaccionará.

—A mí me gusta la idea. Si necesitas recomendaciones, solo tienes que mandarme un mensaje.

—Si quieres que te haga publicidad del restaurante tienes que ganártela, D —bromeo,

estirando la espalda y subiendo el mentón de una manera exagerada.

—Oh, cariño, cuando pruebes nuestra comida no necesitarás nada más para alabarnos.

Hablamos un poco más del tema redes sociales y, cuando nos estamos despidiendo, antes de ir hacia la puerta, se inclina hacia la mesa y me habla en un susurro, como si estuviese contándome un secreto.

—Una última cosa. Si realmente quieres hablar con Sean y tratar de aclarar las cosas, no esperes a que él dé el primer paso porque se puede eternizar. Tendrás que ser tú la que se lance a la piscina primero. No ha cambiado de número.

Sus palabras se quedan grabadas en mi memoria y, sin poder evitarlo, se repiten continuamente durante las siguientes horas.

«Tendrás que ser tú. No ha cambiado de número. Tendrás que ser tú. No ha cambiado de número»

Cuando a media tarde estoy sentada en el sofá, esperando a que Carlota llegue de la universidad, estiro la mano hacia el móvil en un impulso y comienzo a escribir un mensaje a ese contacto que nunca fui capaz de eliminar.

Porque siempre me he sentido más valiente escribiendo las cosas que diciéndolas en alto, así que solo me queda tener la esperanza de recibir una respuesta.

**Lucía:** Hola, Sean, soy Lucía.

Lleno mis pulmones de aire, sabiendo que lo que tengo escrito es lo fácil y que las siguientes palabras son las que tendría que seleccionar con cuidado para que expresen exactamente lo que yo quiero y no tengan doble sentido, y después comienzo a teclear sobre la pantalla de mi teléfono, fingiendo tener mucha más seguridad de la que realmente siento.

## CAPÍTULO 13

Lucía - 2013

El año en el que cumplí los dieciséis fue el de los descubrimientos.

Descubrí que cocinar me encantaba, pero que cuando escribía sentía la misma emoción fluyendo por mis manos. Y si lo que escribía eran artículos sobre cocina, la sensación se multiplicaba por mil.

Descubrí que bachiller era aún peor de lo que me lo pintaban y que se podía llegar a coger asco a una palabra. Sobre todo si esa palabra era selectividad.

Descubrí que las amistades no son para siempre, porque no todas las que habían sido mis amigas en el colegio hasta el año pasado habían acabado en el mismo instituto que yo y, pese a las promesas de no distanciarnos, la relación se había acabado rompiendo.

Descubrí lo mucho que dolía no poder ir a ver en directo a tu grupo favorito.

Y también descubrí que los nervios que sentía en la boca del estómago cada vez que Sean estaba cerca no eran normales. Que no era simplemente porque fuese mi mejor amigo. Había algo más. Algo que llevaba tiempo presente, pero a lo que no me había atrevido a ponerle nombre.

—*¡Lo sabía!* —gritó Marta cuando se lo confesé, una tarde en la que estábamos las tres solas en el frontón del pueblo. Los chicos también habían quedado en ir, pero todavía no se había presentado ninguno—. *¿Te lo dije o no te lo dije?* —preguntó a su hermana.

—*Lo que dijiste es que creías que estaban juntos* —replicó Andrea—. *Lo de que Lucía estaba pillada por él desde hace años no era secreto para nadie.*

Las miré entre confundida y asustada. ¿Tanto se me notaba cuando ni siquiera yo me había dado cuenta?

—*No sé si es tanto como estar pillada* —murmuré—. *Tan solo me gusta un poco y... Y ha sido este verano.* —No sé si intentaba convencerlas a ellas o a mí misma, pero sus carcajadas dejaron claro que desde luego lo primero no lo había conseguido.

—*Puedes decir lo que quieras, Lucía, y si tú te sientes mejor pensando que es solo algo pasajero, allá tú. Pero a nosotras no nos engañas. Me creo que no te hayas dado cuenta antes porque a esta le pasó con César* —dijo Andrea, señalando a su gemela, que se había echado novio ese año en la ciudad—, *pero hace tiempo que entre nosotras lo comentamos por primera vez, mucho tiempo, y no creo que hayamos sido las únicas en darnos cuenta.*

—*¿Creéis que Sean...?*

—*Lo dudo* —contestaron las dos a la vez.

Era algo que les pasaba en muchas ocasiones y, si no fuera porque las conocía desde siempre, me darían miedo.

—*Sean está tan ciego y pillado como tú, pero ambos tratáis de camuflarlo en una supuesta amistad.* —Fruncí el ceño, porque nunca me había dado la sensación de que él pudiese sentir algo más que amistad, pero decidí quedarme callada—. *¿No notas cómo Darren lo pica siempre que estáis juntos? Que os gustáis mutuamente es un secreto a voces, amiga. Lo que nadie entiende es por qué ninguno de los dos se atreve a dar el paso.*

—*Yo... No quiero estropear las cosas. Me gusta, pero no creo que yo le guste a él y, además, solo nos vemos dos meses al año. No tiene sentido. Prefiero seguir siendo su amiga que fastidiarlo todo.*

Noté en sus caras que se quedaban con ganas de decir algo, pero ambas encogieron los hombros y se lo guardaron. Quise zarandearlas y obligarlas a abrir la boca, aunque fuese para decir algo que no me iba a gustar del todo, pero entonces las voces de los chicos se empezaron a escuchar de fondo y supe que la conversación tendría que quedar pospuesta a otro momento.

En ellas confiaba lo suficiente como para saber que lo que dijese se iba a quedar entre nosotras y que nunca se burlarían a mi costa, pero los chicos eran unos capullos y estaba segura de que, si alguno se enteraba de que por fin había dejado de ignorar lo que sentía, el verano se convertiría en un infierno de bromas y frases con doble sentido.

Además, esos nervios en la boca del estómago habían vuelto a hacer acto de presencia y se acentuaban con cada paso que Sean y los chicos daban hacia nosotras. Más aún cuando se sentó a mi lado en el banco y me pasó un brazo por los hombros, dándome un pequeño abrazo de medio lado. Y otra vez cuando me avisó con una sonrisa de que su madre quería enseñarnos una nueva receta al día siguiente.

El verano de 2013 fue al mismo tiempo uno de los mejores y uno de los peores. Me gustaba sentir ese yo que sé, pero al mismo tiempo me daba más pena que nunca el hecho de que los días pasasen tan rápido y septiembre estuviese a la vuelta de la esquina. Quería confesarle todo y a la vez estaba cagada de miedo por si eso estropeaba nuestra amistad. Me esforzaba por todos los medios en actuar como siempre cuando estábamos juntos, pero forzar eso había acabado desembocando en una serie de situaciones incómodas que nunca antes habían tenido lugar entre nosotros.

Por eso, la noche de la fogata de despedida, decidí que tenía que hacer algo. No se lo diría a la cara, porque nunca se me había dado demasiado bien expresar mis pensamientos en voz alta, pero se lo podía escribir.

Le daría la carta, dejaría que la leyese y entonces la pelota estaría en su tejado.

Sin pensarlo demasiado, porque me conocía lo suficiente como para saber que, si no, no llegaría a hacerlo nunca, me senté en el escritorio de mi habitación y saqué un folio en blanco de la mochila que ya tenía casi preparada para el comienzo de las clases.

**Quiero decirte algo, pero no me atrevo a hacerlo a la cara, así que te lo escribiré. Solo te pido un favor: si te parece una locura o tú no piensas igual, quema esto y olvídate de que en algún momento existió. Yo me daré por enterada y seguiremos siendo los mismos que hemos sido siempre.**

**¿Prometido? Entonces desdobra la carta.**

Me aseguré de que solo esa parte quedase visible en el primer dobléz y, después, seguí escribiendo en el interior.

**Me gustas, Sean. No sé muy bien cuando empecé a sentirme así ni si a ti te pasa lo mismo, pero necesitaba sacarlo. Necesitaba dejar de fingir que todo sigue como siempre, porque para mí ya no es así.**

**Por favor, no me trates diferente después de leer esto. Solo necesitaba que lo supieras, pero no te estoy pidiendo nada. Bajo ningún concepto quiero perder a mi mejor amigo.**

**Repito: si no piensas igual, quema el papel y olvídate de que existe.**

**Con cariño,**

**Lucía.**

Claro que las cosas no siempre salen como una las planea y, conforme pasaban las horas y el momento de darla la carta se acercaba, los nervios se fueron haciendo con el poder de mi cuerpo.

Eso y el miedo a que todo estallase por los aires.

No sabía si estaba preparada para ver cómo leía la carta. Ni para ver cómo la quemaba. Le había pedido que si no sentía lo mismo lo hiciese, pero sabía que si lo veía acercarse a la hoguera se me iba a romper el corazón en pedazos y...

¿Estaría lista para seguir siendo solo su amiga cuando todas las esperanzas de que él pudiese sentir lo mismo se las llevase el fuego?

Me dolía hasta la tripa de los nervios y, cuando fui a buscarle a casa, mientras esperaba en el salón a que Darren y él estuvieran listos, vi su maleta a un lado de la puerta de entrada y encontré mi vía de escape.

Me aseguré de que nadie me viese y, rápidamente, colé la carta en uno de los bolsillos. Así solo la vería cuando llegase a Irlanda. Lejos de mí. No tendría que ver su reacción ni sabría lo que hace con ella. Mi corazón podría mantenerse intacto un poco más de tiempo y esa noche podríamos disfrutar de las últimas horas de amistad incondicional.

Era una medida provisional, claro está, y lo único que iba a conseguir con ello era alargar la incertidumbre, pero quizá así podría encontrar la manera de fingir que no dolía cuando, al año siguiente, tuviese que conformarme con ser solo su amiga.

## CAPÍTULO 14

Sean - 2014

No me podía creer lo que había pasado.

¿Cómo no lo había visto antes?

Vale, sí, era un bolsillo que usaba en muy pocas ocasiones y que, por lo tanto, no había abierto al deshacer la maleta el año anterior, pero seguía sin poder creer que tuviera tan mala suerte.

Desde que había encontrado la carta de Lucía el día anterior, justo antes de salir de casa, no había sido capaz de pensar en otra cosa. Eran tantas las cosas que se me pasaban por la cabeza, que llevaba todo el viaje en ferry en mi propio mundo.

Yo le gustaba. Me había confesado que sentía algo por mí y yo había tardado casi un año en dar con ese maldito papel. Llevaba nueve meses tratándola como si nada hubiese pasado.

Justo lo que me había pedido que hiciese si no sentía lo mismo.

¡Pero es que lo hacía! Joder, habían pasado casi dos años desde que me di cuenta de lo mucho que me gustaba y no había aprovechado ninguna de las oportunidades que había tenido para decírselo.

¿Y si al no recibir respuesta había dado por hecho que solo quería ser su amigo y ya me había olvidado?

Me sentía un tonto de remate.

—¿Por qué tengo la sensación de que llevas todo el viaje considerando lo de lanzarte por la borda? —Darren apareció a mi lado de repente y, sabiendo que la mejor manera de que lo entendiese todo era dejándole leer la carta, la saqué del bolsillo de mi chaqueta y se la pasé.

Esperé en silencio hasta que terminó y su reacción me dejó claro que opinaba lo mismo que yo. Había metido la pata sin ser consciente de que lo estaba haciendo.

—¡Joder! ¿Cuándo te ha dado esto?

—En septiembre.

—¿Y no has hecho nada? ¡Tío! Si es lo que tendrías que haber hecho tú hace años. No me jodas.

—La encontré ayer. La dejó guardada en uno de los bolsos de mi maleta sin que yo me diese cuenta y no lo abrí. O soy un gilipollas o tengo la peor suerte del mundo.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé. Ahí dice que si no siento lo mismo actúe como si no pasara nada, que es lo que llevo haciendo desde entonces, así que ¿y si ha dado por hecho que la leí y solo quiero ser su amigo? ¿Y si me ha olvidado?

—¿Y si dejas de ser un puto cobarde y te plantas en su casa para decirle de una vez por todas que te gusta? Así, como opción sumamente loca —ironizó—. Si ha pasado página, mala suerte, pero ¿y si no lo ha hecho? No puedes seguir quedándote de brazos cruzados, Sean.

El viaje en carretera desde Santander hasta el pueblo se me hizo más largo que nunca y, cuando empecé a vislumbrar las primeras casas a lo lejos, tuve claro lo que tenía que hacer.

Ayudé a mis padres a sacar nuestras cosas del coche, me di una ducha y, en cuanto estuve listo, salí en dirección a la casa de Lucía. Lo que no sabía era lo que la diría cuando la vea, pero no podía perder ni un segundo más.

—¡Sean! ¿Cómo puedes haber crecido tanto? —me saludó su madre al abrirme la puerta y,

después de darme un abrazo, señaló hacia las escaleras—. *Lucía está en su habitación leyendo. Sube.*

Supongo que era lo que ocasionaban años de confianza. Estar en aquella casa se sentía igual que estar en la mía propia. Llamé a la puerta antes de abrirla e, incluso antes de que le diese tiempo a ver que era yo, pregunté:

—*¿A qué libro estás viciada ahora?*

—*¡Has llegado!* —gritó como respuesta, soltando el libro encima de la cama y lanzándose en mi dirección para darme un abrazo—. *¿Cómo ha ido el viaje? No hueles a mar. ¿Habéis venido en avión?*

—*Más bien he pasado ya por la ducha. ¿Te vienes a dar una vuelta?*

—*Me visto y estoy lista. ¿Esperas aquí?* —asentí con la cabeza y, como hacía siempre, cogió la ropa y se metió al baño a cambiarse mientras yo me quedaba en su habitación.

¿Cómo lo podía hacer para saber si ella seguía sintiendo algo? ¿Le decía directamente que me gustaba, pero que acababa de encontrar la carta? ¿Me arriesgaba a que tuviera que decirme a la cara que ya había pasado página? ¿Y si se había fijado en otro chico?

Me fui a asomar a la ventana mientras la esperaba y, al pasar por su escritorio, una idea me vino a la cabeza.

Usaría la misma táctica que ella, solo esperaba que en este caso no tardase tanto como yo en dar con el papel.

Cogí uno de los post-its que tenía encima de la mesa y escribí:

**Si todavía sientes lo mismo que escribiste en la carta, ven a nuestra playa después de cenar.**

Miré a la puerta del baño mientras lo despegaba del paquete y, después, barajé distintas posibilidades sobre dónde pegarlo. Tenía que ser un lugar en que lo viese fácilmente cuando llegase a casa, pero que no estuviese a la vista cuando saliera del baño.

Me fijé en el libro que había dejado encima de la cama y, al abrirlo por donde estaba el marcapáginas y ver que se había quedado a mitad de un capítulo, lo tuve claro. Se lo terminaría mientras su madre hacía la cena, así que lo vería conforme llegase a casa. Lo pegué en esa misma página y volví a dejar el libro en su sitio.

Solo quedaba esperar.

Casi no cené. Tenía el estómago cerrado y notaba la mirada de mi hermano clavada en mí, como si estuviese esperando a que le contase algo, pero todavía no había nada que contar.

Me escabullí de casa poco después y caminé hacia ese cachito de playa en el que nunca había nadie y en el que Lucía y yo nos escondíamos cuando alguno de los dos necesitaba desahogarse o cuando nos apetecía hablar de chorradas sin que nadie nos molestase.

Por eso le había propuesto quedar allí. Porque, si aparecía, no habría ojos indiscretos mirando sin permiso; y, si no aparecía, nadie me vería plantado en la arena.

Claro que, ¿eso se podía considerar como dejarme plantado?

No anduve con prisa, porque la familia de Lucía solía cenar más tarde que la mía, pero conforme llegué y me senté sobre las rocas del fondo, los nervios se apoderaron de mí y los minutos empezaron a pasar como si fuesen horas.

Traté de distraerme jugando a algo en el móvil y leyendo Twitter. Después empecé a pasear de un lado al otro. Llegué incluso a tumbarme en la arena y concentrarme en las estrellas, pero nada sirvió para que el tiempo pasase más rápido.

O eso creía, porque tanto me concentré en intentar encontrar alguna de las constelaciones de las que me había hablado mi hermano, que no me enteré de que alguien más había llegado a la playa hasta que se tumbó a mi lado.

—¿Qué miramos?

—*Las estrellas. ¿Sabes que dicen que hay más estrellas en el cielo que granos de arena en toda la Tierra?*

Nos quedamos los dos en silencio, observando el cielo como si fuese un día de verano más, como si no tuviésemos cosas más importantes de las que hablar. Supongo que ninguno de los dos tenía muy claro cómo empezar la conversación, pero al mismo tiempo ambos habíamos dejado caer las murallas y habíamos dado ese paso que tanto miedo nos daba.

Me puse de pie cuando empecé a notar que la humedad de la arena estaba traspasando mi ropa y estiré los brazos hacia ella para ayudarle a hacer lo mismo. Como tantas veces había hecho en el pasado, pero al mismo tiempo totalmente diferente.

Porque esta vez, cuando nos quedamos frente a frente, ninguno de los dos dio un paso hacia atrás. Nuestros pechos se rozaban, nuestras manos se quedaron entrelazadas y mentiría si dijese que nos estábamos mirando a los ojos, porque los míos estaban clavados en sus labios y algo me decía que los suyos también miraban hacia otro lado.

—*Has venido* —murmuré, con nuestros rostros casi pegados, y fui testigo de cómo la sonrisa más bonita que había visto en mi vida se dibujaba en sus labios.

—*¿Acaso lo dudabas?* —contestó coqueta y, sin poder aguantarme más las ganas, acuné su rostro con las manos y me incliné hasta que sus labios rozaron los míos.

Eran tantas las veces que había soñado con esto que al principio me costó creer que era real, pero cuando se puso de puntillas, rodeando mi cuello con los brazos y apretando su boca contra la mía, todo lo demás desapareció.

Ya solo existía ella. Sus labios moviéndose contra los míos como si estuvieran destinados a encajar. Sus brazos rodeándome. Nuestros pechos totalmente pegados. Y los fuegos artificiales que no paraban de explotar en mi interior con cada roce.

No podía creerme la suerte que tenía de que estuviera en mi vida.

## CAPÍTULO 15

### Sean

**Lucía:** Hola, Sean, soy Lucía. Sé que estás al corriente de que soy tu nueva vecina de enfrente así que, si tú también crees que ha llegado el momento de que nos comportemos como los adultos que somos y dejemos de evitarnos el uno al otro, te invito a un café con el que poder hablar claramente y poner las cartas sobre la mesa. Sé que no me merezco que me perdones después de lo que hice, pero confío en que podamos ser capaces de tener una relación cordial entre vecinos. Un saludo.

He leído tantas veces el mensaje a lo largo de las últimas horas que lo podría recitar de memoria. Quiere que nos veamos. Quiere hablar conmigo. Y una parte de mí se muere de ganas por saber todo lo que ha pasado en su vida en los últimos diez años, pero la otra no puede evitar ser más reservada.

¿En serio quiero saber todas esas cosas? ¿Merece la pena volver ahora al momento en el que lo único que me preocupaba era saber si a ella le había dolido tanto la distancia como a mí?

Lo que sí que está claro es que tengo que darle la razón. Ya es hora de que actuemos como adultos y planteemos cara al encuentro que tarde o temprano va a acabar teniendo lugar.

Por eso mismo, anoche le respondí con un mensaje corto, pero conciso.

**Sean:** Mañana por la mañana en la cafetería de enfrente. Niall entra al colegio a las nueve, iré después de dejarlo.

Y eso me ha llevado a este punto. A estar a solo unos cuantos metros de la puerta del establecimiento sin ser capaz de avanzar hacia el interior.

Toda la seguridad que logré reunir anoche se quedó allí, en la soledad de mi habitación, dejándome vacío. ¿Dónde están las frases en las que estuve pensando mientras daba vueltas en la cama tratando de coger el sueño? El discurso que creía tener perfectamente ensayado, con el que dejaba claras cuáles eran mis intenciones de ahora en adelante, ha desaparecido de mi mente.

¿Y ahora qué le digo?

«Hola, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo sin vernos! Desde que desapareciste sin avisar a nadie.»

Respiro profundamente y me armo de valor para entrar de una vez por todas. De todos modos, si ahora decido darme la vuelta mi hermano se va a pasar todo el día llamándome cobarde y casi que prefiero enfrentarme a un café con Lucía que a la versión pesada de Darren.

Echo un vistazo rápido a la cafetería en cuanto abro la puerta y mis ojos no tardan en dar con ella. Supongo que eso no ha cambiado. Siempre ha sido la primera en llamar mi atención, por mucha gente que hubiese alrededor.

Está sentada en una de las mesas del fondo, en la parte más apartada del local, totalmente concentrada en el libro que está leyendo. O quizá fingía estarlo, porque la puerta no ha llegado a cerrarse detrás de mí cuando levanta la cabeza en mi dirección.

No importa que nos separen varios metros, sus ojos se me clavan. He compartido tantísimas cosas con ella que no soy capaz de controlar todo lo que me viene a la memoria y tengo que hacer un ejercicio de autocontrol antes de caminar hacia allí.

El Sean adolescente que de vez en cuando, aunque en muy pocas ocasiones, hace acto de presencia, me pide que la salude con un abrazo, como hemos hecho siempre. El adulto no sabe cómo actuar, pero tiene claro que ni un abrazo ni un beso en la mejilla son apropiados.

«Ya no la conoces, Sean. Puede que sea Lucía, pero no es tu Lucía.»

—Hola —dice, cuando llego hasta ella, y sorprendentemente, los nervios que noto en su voz consiguen que mi cuerpo se relaje.

¿No hay un refrán en España que dice algo de mal de muchos, consuelo de tontos?

—¿Puedo empezar yo? —pregunta, casi sin darme tiempo a tomar asiento al otro lado de la mesa, y asiento con la cabeza—. Lo siento. Siento haberme comportado como lo hice pero, yo... Mi padre... Él...

No sé si es lo mucho que le cuesta sacar las palabras, el dolor que de repente ha invadido su cara y que llega hasta mí o notar lo fuerte que está agarrando la taza de café que tiene delante, pero de repente las dudas que tengo desde hace días se disipan y no puedo evitar interrumpirla.

—No quiero saber lo que te llevó a desaparecer hace diez años —digo, ganándome una mirada de sorpresa—. No te voy a mentir, es algo que me he preguntado cientos de veces y también estos últimos días, pero creo que es mejor que dejemos el pasado donde le pertenece y no abrir cajones que llevan cerrados tanto tiempo.

—Está bien —contesta, confusa.

Admito que hasta este mismo momento no me había imaginado diciendo esas palabras, pero es lo mejor para todo el mundo. Si le cuesta tanto hablar de ello será por algo y no quiero arriesgarme a conocer una verdad que me haga daño o que despierte sentimientos innecesarios en mí. Lo mejor es pasar página. Cerrar el libro como si fuese uno de esos clásicos incompletos en los que no sabes lo que ocurre al final.

Ojos que no ven, corazón que no siente. O, en este caso, supongo que quedaría mejor decir oídos que no escuchan.

—Sin embargo, sí que coincido con lo que decías en el mensaje. Es hora de comportarnos como adultos y dejar de evitarnos. Me cae bien Charlie. Me ha ayudado mucho con Niall estos dos últimos años y él la adora.

—Es un niño increíble —asegura, consiguiendo que un ramalazo de orgullo se me clave en el pecho.

—Tienes que saber que ya no soy el mismo que tú conociste, Lucía. Ahora mismo lo único que tengo en mente es mi hijo y su bienestar. Ese es uno de los motivos por los que prefiero que las cosas se queden como están.

—Lo entiendo perfectamente. Y quiero que sepas que haré todo lo posible para que mi presencia no interfiera en ello. Le he pedido a Carlota que siga comportándose con vosotros como lo ha hecho todo este tiempo. No quiero ser una molestia ni que me veas como una piedra en el camino.

—Nunca podrías ser una molestia. —Lo suelto antes de ser consciente de ello pero, pese a la sorpresa que ha supuesto para ambos, no me arrepiento. Es la verdad—. ¿De verdad quieres todas las cartas encima de la mesa?

—Sí.

—Hace años asumí que no iba a volver a verte nunca más y que hayas aparecido me ha impactado.

—Yo tampoco me lo esperaba.

—Estoy seguro de que si hubieses reaparecido en mi vida antes de que Niall naciese, hubiese hecho lo imposible por cerrar todas esas viejas heridas y recuperar a mi mejor amiga, pero ahora

mismo no me veo preparado para ello. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y...

—No tienes que disculparte, Sean. Lo entiendo perfectamente. Como te digo, no quiero ser un problema.

—Lo sé, pero tampoco quiero fingir que no te conozco. —Nunca podría fingir que no existe, pero eso me lo guardo para mí mismo—. Así que me gustaría llevarnos lo mejor posible como vecinos. Intento educar a mi hijo de manera que sea amable con todo el mundo y no quiero que se pregunte por qué contigo es diferente.

—Tú te has sincerado, así que yo también lo voy a hacer. —Hay determinación en su tono de voz, así que escucho atentamente—. Me he pasado los últimos diez años convencida de que me odiabas y con razón. Cuando te vi hace unos días me sentí como la mierda porque, joder, no te imaginas la cantidad de veces que he echado de menos a mi mejor amigo y no poder levantarme de la mesa y correr a darte un abrazo me dolió. Pero sé que hace tiempo perdí el derecho a reclamar eso, así que aceptaré cualquier cosa que tú estés dispuesto a darme. Me esperaba que me mandases a la mierda en cuanto me vieses, así que si una relación de vecinos es para lo que tú te sientes preparado, por mi está mejor que bien porque tampoco me veo capaz de fingir que no te conozco. Y entiendo perfectamente que tu prioridad sea Niall, me decepcionaría muchísimo contigo si no fuese así. Quiero conocer al Sean que eres ahora, en la medida en que tú lo decidas, claro está.

—Si le preguntas a Darren te dirá que el de antes era más divertido y que ahora soy un coñazo.

—¿Y por qué iba a tomarme en serio la opinión de Darren? —bromea, con una pequeña sonrisa, y me quedo mirándola extrañado.

Porque sonrío, pero a la vez no lo hace. O no lo hace como antes, cuando se le iluminaba toda la cara y los ojos le brillaban con fuerza.

—Buenos días, ¿lo mismo de siempre? —pregunta Pam, acercándose a nuestra mesa, y es entonces cuando me doy cuenta de que he entrado tan concentrado en la conversación que tenía por delante que ni siquiera me he parado en la barra a hacer mi pedido.

—Sí, Pam. Muchas gracias.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Lucía cuando volvemos a quedarnos solos—. Entiendo que te pueda parecer que me estoy metiendo donde no me llaman así que, si no quieres, no hace falta que respondas.

—Adelante.

—¿Qué pasa con la madre de Niall? Carlota me ha dicho que eres padre soltero, pero el otro día, él la mencionó.

—No hay mucho que contar. Una fiesta de universidad que se nos fue de las manos y una chica demasiado joven que no se sentía preparada para ser madre. Yo también me sentía muy joven para ser padre, pero en cuanto lo supe... No sé. Tuve claro que me iba a arrepentir si dejaba que mi hijo acabase en manos de unos extraños, lejos de mí, y decidí quedármelo.

Me quedo callado cuando Pam me trae el café y, después de darle un buen trago, le cuento la última parte. Lo que ha causado su curiosidad.

—La noche que os encontrasteis a Niall en el rellano, tenía que haber estado con ella. Lleva todo el verano insistiendo en recuperar la relación madre e hijo y me convencí de que era lo correcto, pero no apareció y no sé nada de ella desde entonces.

—¿No te avisó de que el niño estaba solo?

—No. Me enteré por Charlie.

—Lo de que no hayas reconocido a mi hermana lo dejamos para otro día.

El café no me dura mucho y, cuando estoy a punto de despedirme de ella, pega un bote en el asiento haciendo que todas mis alarmas se disparen. ¿Ha pasado algo?

—¡Casi se me olvida! —Se pone a buscar como una loca en la mochila que tiene al lado y saca algo cuadrado envuelto en papel de regalo—. 13 de septiembre. Feliz cumpleaños, Sean.

«¿Es 13 de septiembre? ¿Te has olvidado de tu propio cumpleaños?»

—Te has acordado.

—Por supuesto. Ningún año he podido felicitarte en persona, así que cuando anoche me mandaste el mensaje, no quise perder la oportunidad. Es una chorrada que me encontré el otro día en una tiendecilla del centro y me hizo gracia. No podía no regalarte algo y al verlo esta mañana encima de la mesa...

—No hacía falta.

—Ábrelo y calla.

Le hago caso y, cuando rasgo el papel, no puedo negar que me encanta lo que hay dentro. Una báscula en forma de tabla de madera con una frase impresa.

### **Los buenos chefs no usan recetas**

—Mi madre va a odiar esta frase.

—Pero tú y yo nunca hemos sido de seguir lo marcado.

Y puede que en lo personal haya cambiado mucho, pero sin duda el cocinero que llevo dentro sigue siendo el que se formó a su lado, y me acaba de demostrar que a esa parte de mí sigue conociéndola perfectamente.

## CAPÍTULO 16

Lucía

Estoy contenta. Confundida e inquieta, pero contenta.

La charla de esta mañana ha ido mucho mejor que cualquiera de las opciones que se me habían pasado por la cabeza desde que le mandé el mensaje a Sean.

¿Lo he notado cambiado? Sí, pero es algo de lo que Darren ya me avisó.

¿Me ha dejado claro que no pretende retomar nuestra amistad? También, pero al menos hemos tenido una conversación como dos personas adultas y está dispuesto a que tratemos de llevarnos bien.

¿Se ha pasado todo el rato con el rostro serio y el tono de voz calmado? Eso es lo que me tiene confusa e inquieta, pero quizá es simplemente cosa del nuevo Sean.

El antiguo era una persona vivaracha, extrovertida y alegre, pero quizá la vida le ha hecho cambiar hacia alguien más serio y reservado, y eso no tiene nada de malo. He echado de menos ver esa sonrisa que tanto me gustaba cuando era una adolescente, pero casi que lo agradezco.

No sé si sería capaz de no enamorarme otra vez de él si me sonriese de ese modo y, seamos sinceros, despertar esos sentimientos es una muy mala idea.

Querer tener a mi mejor amigo en mi vida de nuevo es una cosa y pasar la línea roja que separa lo seguro de lo peligroso es otra muy diferente.

Aunque, por mucho que me repita eso una y otra vez, una vocecilla en mi cabeza no para de pensar en lo guapo que está incluso sin la sonrisa. En cuánto he echado de menos mirar fijamente a esos ojos azules, en que el pelo algo más largo le queda de locos y en que me cuesta pensar que el chico musculado que he tenido enfrente sea el mismo adolescente delgaducho y demasiado alto para su edad que yo recuerdo. No es algo exagerado, pero el simple hecho de haber podido notar cómo se le marcan los músculos de los brazos debajo del jersey ya me ha sorprendido.

Me sobresalto cuando escucho abrirse la puerta de la calle y miro hacia el reloj que hay colgado de una de las paredes de la cocina. ¿En qué momento ha pasado tan rápido el tiempo?

—*¡Ya estoy en casa!* —grita Carlota desde la entrada y poco después la veo aparecer al otro lado de la isla—. *¿Estás haciendo croquetas? Ya me estás contando lo que ha pasado. ¿Has conseguido trabajo? ¿Han premiado alguno de tus artículos? ¿Andrés ha pillado una venérea? Por favor, dime que es eso último. De esas que dicen que pican mucho y que consiguen que te pases el día con la necesidad de rascarte los huevos.*

—*Sí, estoy haciendo croquetas. Y al resto... No. No. Y que yo sepa, no, pero estoy segura de que posibilidades hay* —respondo una a una todas sus preguntas.

—*Solo haces croquetas cuando estás contenta, así que algo tiene que haber pasado.*

Lo peor de todo es que tiene razón: solo cuando estoy contenta tengo la paciencia suficiente que requiere hacer una buena bechamel, esperar a que la masa se enfríe y después eternizarme formando las bolitas. Por no hablar de que la cocina queda hecha un desastre.

—*Esta mañana he desayunado con Sean.* —Sus ojos se abren tanto que me da miedo que se le puedan salir de las órbitas y, sin esperar un segundo, lanza la mochila en el sofá que le queda más cerca y se sienta en uno de los taburetes que hay junto a la isla.

Hace unos días le había contado, sin dar demasiados detalles, lo que pasó entre nosotros aquel verano del que ella solo tiene unos pocos recuerdos sueltos, y desde entonces me ha estado insistiendo para que hablase con él.

—¿De verdad? ¿Cómo ha surgido? ¿Qué te ha dicho? ¿Le has contado lo de...? —No termina la frase, pero sé perfectamente a qué se refiere.

—Anoche respondió al mensaje que le mandé y me propuso quedar después de que dejase a Niall en el colegio. Y no, no le he contado lo de papá. Tenía pensado hacerlo, aunque no tenía muy claro cómo empezar la historia, pero me ha dicho que no quiere saber nada de lo que pasó. Que el pasado debe quedarse atrás y que prefiere dejar el cajón cerrado.

—¿Tú también piensas así?

—No sé, Carlota, pero si es lo que quiere lo voy a respetar. Casi que prefiero no desenterrar recuerdos dolorosos ahora mismo. Ha dicho que quiere que nos llevemos bien y tener una relación cordial de vecinos así que yo encantada.

—¿Y qué harás si el tema de la familia sale a relucir?

—Si en algún momento se lo tengo que contar, lo haré. Pero no le voy a forzar a escuchar una historia que ahora mismo no quiere saber, cuando tampoco es que sea fácil para mí contarla. Me ha dejado claro que tiene demasiadas cosas en la cabeza y no quiere más problemas.

—¿Entonces puedo seguir cuidando de Niall a cambio de comida?

—Te recuerdo que ya no necesitas que nadie te traiga comida, pero sí. Ya te dije que no quería ser una molestia y, además, ese niño me cae genial.

—Cuando pruebes alguno de los platos del restaurante, entenderás por qué quiero que siga trayéndome cosas. Es como tener un orgasmo con cada bocado.

—¿Por qué no vamos un día allí a comer y así yo también puedo opinar?

—La verdad es que nunca me ha dicho dónde está y en los táperes no viene nombre. Pregúntaselo la próxima vez que lo veas y que nos haga un hueco algún finde.

Me hago una nota mental para acordarme y continúo con la tarea infinita de formar las croquetas.

—¿Por qué no te pones el pijama y me ayudas con esto? He probado un truco que he encontrado en internet con el que supuestamente quedan más jugosas y quiero probar a hacer alguna para cenar.

Se hace un poco la loca mientras vuelve a coger la mochila y se dirige a su habitación, pero la conozco como si la hubiese parido. Sé que remoloneará para ponerse el pijama, pero tarde o temprano acabará apareciendo por la cocina para ayudarme, aunque solo sea pasándome la harina o batiendo el huevo. Siendo sincera, con las dotes culinarias de Carlota, es mejor no pedirle mucho más. A no ser que quieras pasar toda la noche quitando masa de croquetas del techo.

No es una suposición. Es más bien un recuerdo del pasado.

—¿Por qué te estás grabando? —pregunta al volver a la cocina, unos cuantos minutos después, y es entonces cuando me doy cuenta de que, entre lo rápido que se me ha pasado el tiempo y nuestra conversación de antes, no me he dado cuenta de que el móvil sigue enganchado al soporte.

Tengo la costumbre de dejarlo con el vídeo activado durante todo el cocinado y luego encargarme de hacer los cortes y la edición, pero hoy se me ha ido el santo al cielo. A saber cuánto tiempo dura. Si no fuese porque los móviles de hoy en día vienen con más espacio que una casa...

—Yo... —Admito que lo primero que se me pasa por la cabeza es mentir y mantener en la sombra el canal de TikTok, pero cambio de idea.

Es Carlota. Siempre se ha unido a mis locuras sin juzgarme y yo he hecho lo mismo con ella.

¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Puede que a Andrés lo de tener una cuenta de cocina le pareciese una estupidez, pero no debemos olvidar que Andrés es un gilipollas.

—*Tengo una cuenta de TikTok en la que subo vídeos de mis recetas* —suelto de carrerilla, antes de que me dé tiempo a arrepentirme, y Carlota me responde con una carcajada.

—*¡No te creo! ¡Quiero ver eso! ¿Por qué no me habías contado nada?* —Se queja mientras desengancha el móvil del soporte y, antes de que a mí me dé tiempo siquiera a lavarme las manos, ya está metiéndose en la aplicación—. *¿325.000 seguidores? ¿Te has convertido en una influencer y me lo has intentado ocultar? Esto se merece que te eche de mi casa ahora mismo, pero no lo voy a hacer porque me encanta el nombre de la cuenta.*

Le devuelvo la sonrisa que me dedica, porque negar que decidí llamarla «Doña Recetitas» porque así es como me llama ella desde que tiene memoria sería tontería. Es ahí cuando caigo en que llevo semanas haciendo el bobo porque, ¿en qué momento he llegado a pensar que Carlota se burlaría de mí por algo así?

—*Lo primero de todo, no soy una influencer. Yo solo subo vídeos de recetas y a la gente parece que le gusta. Y, en segundo lugar, me daba un poco de vergüenza contártelo, pero ahora me doy cuenta de que ha sido una tontería.*

—*¿Así que no te van a invitar a eventos en los que pueda conocer a famosos? Vaya chasco. Yo quería ligarme a algún actor cañón.*

Nos quedamos en silencio mientras va pasando mis vídeos uno a uno y, justo cuando estoy a punto de hablarle de la sección en la que opino de restaurantes y proponerle que me acompañe a alguno, ella se me adelanta.

—*¿No es irónico que enseñes a la gente recetas cuando tú lo mides todo a ojo?*

Ahí me ha pillado.

## CAPÍTULO 17

### Sean

«Esto no puede estar pasando.»

Me lo repito una y otra vez mientras escucho las disculpas de Greta al otro lado del teléfono, pero por mucho que lo haga, la situación no cambia.

Mi canguro acaba de dejarme tirado. Bueno, tampoco es del todo así. La pobre mujer no tiene la culpa de que su hermana se haya puesto enferma, pero el resultado es el mismo: entro a trabajar en una hora y no tengo con quién dejar a Niall.

Me lo llevaría a casa de mis padres si no fuese porque, justo este fin de semana, se han ido con mis tíos de viaje al norte del país. Que quieren aprovechar los últimos ramalazos de verano antes de que llegue el mal tiempo, dicen. Como si no llevásemos semanas con un viento que hace que el frío se te meta hasta los huesos.

Tampoco me gusta llevármelo al restaurante, porque Darren y yo estamos demasiado ocupados en la cocina como para prestarle atención y son muchas horas.

—Lo siento mucho, Sean —repite una vez más Greta—. Sé que debería haberte avisado con más tiempo para que pudieras organizarte, pero yo también me acabo de enterar.

—No te preocupes, Greta. Estas cosas pasan. Espero que tu hermana se recupere pronto.

—Muchas gracias, hijo. Te avisaré en cuanto esté de vuelta en la ciudad.

Me paso una mano por el pelo cuando cuelgo y, después de repasar mentalmente mis opciones, admito que solo hay una que sea viable. Es la que menos me apetece, pero también la mejor para Niall y, aunque me hubiese gustado retrasar algo más el llamar a su puerta...

Salgo al rellano y toco el timbre de las vecinas.

Hace más de una semana que Lucía y yo quedamos en la cafetería y, desde entonces, nos habíamos cruzado alguna que otra vez por el portal, pero no habíamos llegado a compartir más que saludos. A no ser que estuviera Niall, porque a mi hijo otra cosa no, pero dar conversación a todo el que esté dispuesto a escucharle le encanta. Lucía siempre le responde con cariño, porque no sabe ser de otra manera, y yo, por mi parte, no puedo negar que eso me gusta.

Quizá por eso estoy tan nervioso ahora, porque nunca antes llamar a la puerta de Charlie me había alterado tanto y hoy me ha costado incluso tomar la decisión.

«Ella mismo dijo que nada tenía que cambiar, Sean, así que esto no es diferente a otras veces en las que has pedido a Charlie que Niall se quede en su casa.»

—¡Buenas! —saluda Lucía con una sonrisa en cuanto abre la puerta y admito que tardo unos segundos en reaccionar.

Porque su presencia todavía me sigue pareciendo extraña, pero también porque no dejo de preguntarme por qué la mueca que tiene en los labios no se parece en nada a la manera de sonreír tan pura que tenía hace años. Supongo que esta última década nos han pasado factura a ambos.

—Hola, ¿está Charlie?

—Ha salido con unos amigos de la universidad a cenar. ¿Necesitas algo?

Eso me desconcierta, porque dejar a Niall con Charlie es algo a lo que ya estoy acostumbrado pero, ¿pedírselo a Lucía? No me convence del todo. Al fin y al cabo, con su hermana tengo un acuerdo en el que ambos salimos ganando: yo tengo con quién dejar al niño y ella recibe comida casera sin tener que gastar tiempo en la cocina. ¿Cómo podría agradecerse a Lucía? Si las cosas no han cambiado, cocina incluso mejor que yo.

Además, hace tan solo unos días que apareció por aquí. ¿Es tiempo suficiente para fiarme de ella tanto como para confiarle la seguridad de mi hijo?

«No digas chorradas, Sean, sabes que el niño va a estar perfectamente. Ya se conocen y a Niall le cayó bien. Estará mejor incluso que en el restaurante contigo. Es Lucía. Hace tiempo que no os veis, pero sigue siendo ella.»

—¿Sean? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que me ha fallado la canguro y había pensado en Charlie. Pero no te preocupes, pensaré...

—Si quieres, Niall puede quedarse conmigo.

—No quiero molestar.

—No lo haces —me asegura—. Mi plan para hoy era preparar algo de cena y buscar una película. —Debe notar la indecisión en mi cara, porque enseguida añade—. Claro que lo entendería si no te sientes cómodo dejándomelo a mí.

—No es eso...

—¿Cuándo te vas a trabajar? —me interrumpe.

—Dentro de media hora o así tengo que salir de casa.

—Vale, pues vamos a hacer lo siguiente. Piénsalo. Si al final aceptas mi oferta, me traes al niño. Si no llamas al timbre, entenderé que has encontrado otra opción. Sin compromisos.

—No es que piense que Niall va a estar mal contigo.

—Sin explicaciones —insiste—. Yo voy a estar en casa igualmente. Ni que tuviese vida social reclamándome en la ciudad —bromea y, con un gesto de la mano, me insta a volver a entrar en mi propio piso—. Y ahora ve a prepararte, que al final te pillas el toro.

Me cierra la puerta en la cara, literalmente, y siendo consciente de que no voy a ser capaz de aclarar mi cabeza en tan solo media hora, recurro a la opinión que realmente importa.

Me dirijo a la habitación de Niall, donde él está terminando de hacer una manualidad para el colegio, y llamo su atención.

—¿Cómo lo llevas, peque?

—Bien. Estoy terminando. ¿Ha llegado Greta?

—Me acaba de llamar porque ha tenido una urgencia y no puede venir. He pasado a ver si Charlie estaba en casa, pero solo está Lucía, así que tengo una pregunta para ti. ¿Prefieres venirte conmigo y con el tío al restaurante o quedarte con ella en casa?

—¿Está la abuela?

—No, cariño. Están de viaje, ¿te acuerdas?

—Entonces con Lucía. En la cocina me aburro y ella me cae bien. —De repente algo parece venir a su memoria y me mira con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Puedo dormir en su piso? ¡Así mañana desayunamos tortitas!

—No queremos abusar de su ayuda, Niall.

—Le preguntaré de todos modos —informa y, dando la conversación por finalizada, vuelve a sus manualidades.

—Está bien. Me voy a preparar mientras tú terminas con eso. —Asiente con la cabeza y entro en mi propia habitación.

Media hora después estoy listo para salir de casa y Niall lleva cinco minutos dando saltos entre la puerta de la entrada y la del salón, metiéndome prisa.

¿Cómo puede haberle cogido tanto cariño si la ha visto en tan pocas ocasiones? Sin duda, es un misterio que no creo ser capaz de resolver en un futuro cercano.

Lucía abre, sonriendo otra vez, cuando llamo a su puerta, pero ahora la sonrisa es diferente.

¿Es orgullo? ¿Emoción? ¿Le hace ilusión que finalmente me haya decidido a aceptar su oferta?

—Volveré lo antes posible, ya he avisado a Darren de que no podré quedarme hasta el final del turno.

—No te preocupes, Sean. Niall y yo vamos a estar genial ¿a que sí? —dice, mirando hacia él.

—¡Podemos terminar de ver el documental del otro día!

—Ya lo tengo preparado en la tele. —Con eso, definitivamente, se lo ha ganado, y sin ni siquiera darme un beso de despedida, mi hijo entra corriendo en el piso, dejándome tirado en la puerta—. Como ves, puedes irte a trabajar tranquilo.

—Te pagaré.

—Mi hermana me ha comentado algo de que la comida de tu restaurante está muy rica, así que con un táper con el que me pueda formar mi propia opinión me conformo.

—No sé si me arriesgo a querer saber tu opinión. Siempre has sido más difícil de contentar que Charlie.

—Nunca te he tomado por un cobarde —me pica pero, al ver que me quedo un poco cortado, cambia de tema—. Al final vas a llegar tarde.

—Te he apuntado el número de Darren y el mío de trabajo, aunque ya tengas el personal. Si pasa cualquier cosa, llama. Como último recurso, Niall se sabe de memoria la dirección del restaurante y cómo llegar desde aquí.

—No va a pasar nada, Sean. Ni siquiera nos vamos a mover de casa.

—Me quedo más tranquilo así.

—Está bien —contesta, cogiendo el papel—. Te mandaré una foto de Niall cada diez minutos por WhatsApp para demostrarte que puedo ser una buena canguro.

—Gracias por quedarte con él. No pretendía aprovecharme de ti tan pronto, pero no me ha quedado otra opción.

—Si no te largas ya, vas a llegar tarde, y dudo que a Darren le haga mucha gracia. Somos vecinos, ¿verdad? Los vecinos se hacen favores.

—Gracias de todos modos —repito, ganándome un resoplido de su parte, y antes de girarme hacia el ascensor, levanto un poco la voz para despedirme de mi hijo—. ¡Adiós, peque! ¡Pórtate bien!

No responde. Así de rápido se ha adaptado a su nueva canguro. Ojalá me resultase a mí la mitad de fácil acostumbrarme a su presencia aquí.

## CAPÍTULO 18

Lucía

—¿Cómo que el año 2100 no es bisiesto? Me siento engañada —me quejo, haciendo que el niño que está a mi lado se ría.

Lo primero que hemos hecho cuando su padre se ha ido a trabajar ha sido terminar de ver el documental que el otro día se nos quedó a medias, cuando los dos estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos en el sofá. Al principio Niall se ha preocupado por si Carlota se enfadaba por terminar de verlo solos, pero le he asegurado que no habría problema porque ella no se durmió, así que ya lo ha visto.

En realidad, no sé si Carlota lo terminó o lo quitó, pero antes de dormirme vi cómo estaba viciada a uno de los juegos que tiene en el móvil, así que dudo que la importe que no la esperemos.

Después, le he dejado elegir lo que quería que hiciésemos para cenar y, entre los dos, hemos preparado una tortilla de patatas que nos ha quedado buenísima. Lo único en lo que ha participado ha sido en mezclar en un bol los huevos con la patata, pero sus ganas de ayudar me han recordado a cuando yo era pequeña y rondaba por la cocina, alrededor de Erin o de mi madre, así que si él quiere decir que lo hemos hecho juntos, no seré yo quien diga lo contrario.

Y, ahora, aquí estamos. Con el estómago lleno, los platos vacíos aún sobre la mesa del salón y empezando un nuevo documental sobre la verdad de los años bisiestos.

—¿Y si no se acuerdan y viven en el día equivocado? ¿Irán al cole un domingo? —pregunta Niall.

—¿Te imaginas que empiezan a desayunar estofado y cenar chocolate?

—¡Yo quiero cenar chocolate!

—¿Y desayunar estofado? —Aunque tampoco es que los desayunos irlandeses tengan mucho que envidiar al estofado, ahora que lo pienso...

—¡No! Tortitas para desayunar.

—Eso es trampa, jovencito. Así no funciona el mundo al revés.

Volvemos a concentrarnos en el documental y descubro que, al contrario de lo que llevo pensando toda la vida, los años bisiestos no son siempre cada cuatro años. Si el año en cuestión termina en doble cero, también debe ser divisible por cuatrocientos. Por eso el 2000 fue bisiesto, pero el 2100 no lo será.

¿Es lógico que me haya petado la cabeza? Lo admito, he sacado el móvil solo para comprobar en el calendario que sea cierto. Y cada vez tengo más claro que voy a aprender más curiosidades gracias a este niño que las que he descubierto por mí misma en mis veintisiete años de vida.

Me quedo absorta en la pantalla hasta que el documental llega a su fin y, cuando me giro hacia Niall, noto cómo con cada parpadeo le pesan más los ojos. Hace ya un rato que se ha recostado en el sofá y se ha arropado con la manta, así que con sigilo me levanto a recoger los platos.

—Si me quedo a dormir aquí, ¿mañana harás tortitas? —pregunta adormilado y no puedo evitar sonreír.

—Tú padre vendrá a por ti dentro de un rato.

—Que se quede también. Quiero tortitas. —Ni siquiera es capaz de vocalizar bien y los ojos se le cierran solos, así que no es de extrañar que, incluso antes de que me dé tiempo a saber cómo

responder a eso, caiga rendido.

Menos mal, porque a ver cómo salgo yo ilesa de una situación imaginaria en la que Sean pueda quedarse a dormir aquí. Más aun después de lo que me ha costado fingir normalidad al abrir la puerta y encontrármelo delante. Con esos ojos azules mirándome fijamente y ese remolino en el flequillo que tantas veces le aparté de la frente y...

«Sal de ahí, Lucía. No nos conviene tener esos pensamientos.»

Sí, he pensado en plural. Porque en esa advertencia van incluidas mi parte más racional y la más sentimental. Será de las primeras veces que se ponen de acuerdo esas dos para remar en una misma dirección, así que debería ser un indicativo bastante claro de que no me deje llevar en la contraria.

Me dedico a fregar los platos y ordenar la cocina, en un intento de mantenerme ocupada, y cuando mi hermana llega a casa me descubre haciendo una lista de posibles recetas que todavía no he subido a TikTok y de los ingredientes que necesitaría.

Le he mandado antes un mensaje para que supiese que Niall estaba conmigo, así que ha sido tan sigilosa entrando que incluso pego un salto sobre el taburete de la sorpresa cuando la veo aparecer. ¡Casi me caigo del susto! ¿Desde cuándo esta chica sale de fiesta y vuelve a casa antes de las cinco?

Este país está cambiando a mi hermana.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Llevo fuera de casa todo el día entre la universidad y la cena, no podía más conmigo misma. Además, mañana quiero proponerte un plan, así que tampoco quería llegar demasiado tarde.

La miro con curiosidad y veo cómo saca una nota de papel del bolsillo de su cazadora. Está arrugada y mal doblada, pero trata de alisarla contra la encimera antes de ofrecérmela.

—Es una lista de restaurantes a los que podríamos ir para tu sección de críticas culinarias. He estado pidiendo recomendaciones por la uni, poniendo de excusa que mi hermana mayor está de visita y quiero enseñarle los mejores de la ciudad, y esto es lo que he conseguido.

—¿Quieres ir mañana?

—Sí, ya he reservado en uno de ellos. He pensado que, ya que de lunes a viernes te tengo prácticamente abandonada entre las clases, los trabajos y dentro de poco también las prácticas en la revista, los sábados podrían ser solo nuestros. Día especial de hermanas. Puedo buscar cosas interesantes que hacer por la ciudad, comer por ahí y luego terminar con una noche de pelis, aprovechando que los domingos no tenemos que madrugar.

—Carlota, sabes que no tienes que sentirte mal por tener una vida más allá de estar conmigo ¿verdad?

—Ya, pero...

—De peros, nada. Debes tener una vida. Es más, me preocuparía que no la tuvieses. Yo estoy encantada de pasar tanto tiempo contigo y hacer lo que tú quieras, pero tampoco tengo problema por quedarme sola cuando tengas otros planes. Menos aún si están relacionados con tus estudios.

—Lo sé, pero las prácticas me van a comer todas las tardes dentro de poco y, por lo que he sabido de otros años, lo más seguro es que llegue a las tantas de lunes a jueves.

—Y vas a aprender una barbaridad gracias a ellas, así que deja de preocuparte por tonterías.

—Aun así, quiero que los sábados sean nuestros. ¿Te apuntas?

—Por supuesto.

—¡Genial! —exclama y viene hasta mí para darme un abrazo de medio lado—. *Pues echa un vistazo a la lista y la semana que viene llamamos a los que más te apetezcan para reservar mesa. Hay variedad: algunos son comida típica irlandesa, otros más enfocados a la comida rápida y unos cuantos que presumen de hacer fusión entre varios países. No sé qué esperar de estos últimos, pero podríamos llevarnos una sorpresa. Mañana vamos a uno que ya conozco y que me gustó mucho, así que me ha parecido perfecto para empezar.*

—Investigaré un poco en lo que espero a Sean.

—Te haría compañía, pero necesito urgentemente una ducha y meterme en la cama. ¿Te importa?

—Sin problema. Buenas noches.

Me responde con una sonrisa y, tras darme un beso en la mejilla a modo de despedida, se va de la cocina. Yo, obediente, alcanzo mi portátil y comienzo a buscar información sobre los restaurantes de la lista.

Hay alguno que ya tenía apuntado, de alguna investigación que he hecho yo por mi cuenta, así que esos los marco en negrita. También investigo los distintos tipos de carta e incluso me anoto los que tienen variedad en el menú para gente vegetariana, vegana o con distintas alergias e intolerancias.

Si voy a dejar mi opinión al respecto en Internet, más me vale conocer todos los detalles.

Unos golpes en la puerta de entrada me traen de vuelta al mundo real y, al abrir, me encuentro a Sean con una cara de agotamiento de la que nunca antes había sido testigo y una bolsa entre las manos.

—Su táper, señorita —dice, en un tono en el que distingo un leve matiz de burla, pero sin cambiar la expresión seria de su cara.

—Muchas gracias —respondo, alargando la mano para cogerlo.

Puede que por un momento haya pensado en fingir que no sabía de dónde agarrar la bolsa para rozar su mano con la mía, como si esto fuese una novela romántica, pero no lo hago. Porque esto no es una novela, entre nosotros no queda nada de lo que una vez surgió y yo estoy comprometida a tener un comportamiento de vecina ejemplar.

—Muy pronto tendrá mi valoración sobre su producto —prometo y le hago un gesto para que pase—. Niall está dormido en el sofá. Se ha portado genial.

—Gracias otra vez, Lucía. Lo siento por haberte fastidiado la noche.

—No digas tonterías. He aprendido cosas muy interesantes —admito, volviendo a pensar en los malditos años bisiestos—. Seguro que mucho más que lo que habría sacado de cualquier comedia romántica de Netflix.

—Niall suele tener ese efecto.

Se acerca al niño y, con cuidado, lo alza en brazos de tal manera que la cabeza rubia quede apoyada sobre su hombro. ¿Cuántas veces habrá hecho eso para tener el movimiento tan estudiado?

«Pues miles, Lucía. Vaya pensamiento más idiota.»

Sacudo la cabeza para callar mi voz interior cuando se vuelve a acercarse a mí y, antes de que se vaya, le retengo.

—Niall ha dejado caer lo mucho que le gustaría desayunar tortitas —recuerdo—. Mañana Carlota y yo tenemos planes, pero cualquier otro día, si a ti te apetece, solo tienes que mandarme un mensaje para que me dé tiempo a prepararlas.

—Lo tendré en cuenta, aunque solo sea para que este demonio pedigüeño deje de darme guerra con ello.

Me despido de él con la mano y, tras observar la facilidad con la que saca las llaves del bolsillo de sus vaqueros pese a llevar al niño en brazos, cierro la puerta.

¿Por qué me resulta tan atractivo ver lo mucho que le cuida?

«¡Sal de ahí, Lucía! ¡No pienso volver a repetírtelo! O, mejor dicho, sí. Pienso volver a repetírtelo tantas veces como hagan falta. ¡Sal de ahí!»

## CAPÍTULO 19

### Sean

Si cuando estaba en primaria y las matemáticas me traían por la calle de la amargura alguien me hubiese dicho lo mucho que me iba a relajar, a mis casi treinta años, rodearme de números, me hubiese reído en su cara.

«¿Yo? ¿Rodeado de números? Sí, claro. Y con cinco Ferrari aparcados en la puerta de casa, puestos a fantasear.»

En cambio, ahí estaba. En los últimos años, siempre que por la cabeza me rondaban demasiadas cosas, como el hecho de que me hubiese quedado oficialmente sin canguro hasta nuevo aviso, me encerraba en el pequeño despacho que tenía en el restaurante y me concentraba en el papeleo de la empresa: cuentas, proveedores, pedidos pendientes, facturas...

Me saqué la carrera de Administración y Empresas con la promesa de mi tío de hacerme cargo de este restaurante en el futuro y, pese a que ese momento llegó mucho antes de lo que ambos esperábamos, lo cierto es que me gusta. E incluso he conseguido dar un giro al negocio que sigue pareciéndome irreal.

Fue hace dos años cuando mi tío empezó a hablar de una posible retirada anticipada.

La salud le había dado algún que otro susto en los últimos meses y el médico le recomendó alejarse del estrés y la fatiga. ¿Dónde se concentran esos dos factores? En la dirección de un restaurante que cada vez acumulaba más números rojos que verdes.

Una especie de revolución culinaria estaba llegando a Dublín y los restaurantes más tradicionales se vieron obligados a evolucionar para no quedarse estancados en el pasado. Si querías sobrevivir, tenías que destacar por encima del resto, y mi tío no tenía ni idea de cómo hacer eso.

Cuando aquel día de 2022 me obligó a sentarme con él en la barra del restaurante y me invitó a una cerveza, supe que la conversación era importante. Julius no invitaba así como así a nadie, ni siquiera a la familia.

Al principio tuve muchas dudas. Niall tenía solo cuatro años, yo no disponía de ahorros suficientes como para hacer frente a las deudas de la empresa en caso de que fuese necesario y, por un momento, creí que sería un peso demasiado grande sobre mis hombros como para poder soportarlo.

Ahora, miro atrás, y me doy cuenta de lo mucho que habría perdido si Darren no hubiese aparecido como el ancla de apoyo que tanto necesitaba. Se propuso a sí mismo para ser mi socio en el restaurante, convenció a mi madre para que le diese tantas clases intensivas de cocina como fuesen posibles y se apuntó a algún que otro curso de alta cocina para poder aprender las técnicas que a ella le parecían demasiado novedosas.

Lo único que me pidió a cambio es que no le pidiese hacer un solo papel, porque seguro que acababa firmando algo que no debía y siendo el detonante para perderlo todo.

Si hay algo que está claro, es que este local es el sustento de toda mi familia y, si lo perdemos, todo lo demás irá detrás. Ocupa el bajo del edificio al que siempre he considerado mi hogar, con la casa de mis padres en la primera planta y la de mis abuelos, posteriormente ocupada por mi tío y ahora vacía, en la segunda. Antes que Julius, el negocio lo gestionaron mis abuelos y mi madre trabajó allí hasta que nos tuvo a nosotros y pasó a ayudar algunas horas cuando podía cuadrar horarios con las clases de mi padre.

Sin el restaurante, nuestra familia quedaba incompleta.

Darren y yo no podíamos permitir que eso pasara, así que nos encargamos de volver a escribir su nombre en el mapa. No importó que, al parecer, la gente de Dublín se hubiese olvidado de nuestra existencia.

El primer año fue el peor que recuerdo. Por mucho que lo intentaba, no encontraba la manera de dar la vuelta a los números. Las pérdidas se habían reducido, pero los números rojos seguían allí. Hubo una época en la que Niall y yo estuvimos prácticamente viviendo con mis padres porque me pasaba encerrado en el despacho hasta altas horas de la noche intentando buscar una solución. Si no fuese porque Darren me obligó a coger días de descanso, no habría salido de allí.

Hasta que finalmente, hace poco más de un año, la idea llegó.

—Tenemos que hacer creer a la gente que es algo nuevo —dije, entrando en la cocina en la que Darren estaba preparando algunos guisos para esa noche.

—¿Podrías ser más específico?

—La fachada del restaurante no invita a que la gente quiera entrar y seguimos dando la imagen de ser el mismo restaurante que hace un año. Por mucho que tengamos una carta más variada, si la gente no entra, no lo va a descubrir nunca.

—¿Y qué propones?

—Tenemos que aprovechar la temporada baja, entre verano y Navidad, para cerrar unas semanas y reformar el local. No demasiado, un poco de pintura, una disposición más abierta de las mesas, un letrero más llamativo... Con ayuda de los chicos, creo que podríamos encargarnos nosotros de la mayoría de las cosas. En caso de necesitar ayuda profesional con algo, todavía hay algún ahorro en la cuenta de la empresa.

—¿Cómo de seguro es que esa inversión vuelva a nosotros? No podemos permitirnos tener más gastos inesperados, Sean.

—Confío en esto, Darren. La gente ahora se deja llevar mucho por la vista y las primeras impresiones. No sé si funcionará o será un salto al vacío, pero llevo días dándole vueltas y tenemos que hacer algo. Sin un cambio, no nos quedan más que unos meses de vida.

Si algo tengo que conceder a mi hermano es que pone una mano en el fuego por su familia, aunque él no crea en el proyecto, y esa confianza es la que nos ha llevado al punto en el que estamos ahora.

Gracias a ese cambio de imagen y a una buena gestión de las redes sociales, cortesía de Doyle, el Nua Sláinte se posicionó en solo unos meses en casi todos los *rankings* de restaurantes de la ciudad. Nuevos clientes llegaban cada día a probar nuestra carta, en la que la patata era el principal protagonista, y que destacaba por no contener sólo platos irlandeses, sino también algún especial de otras culturas del mundo.

Lo más gracioso de la historia es que todo el mundo cree que el local ha cambiado de manos y que ya no lo regenta la misma familia. Eso, sumado a que nosotros nunca abandonamos la cocina para salir al comedor, ha creado un misterio tan grande alrededor de quienes serán los nuevos dueños que nos ha llevado incluso a la prensa.

El primer día que Darren apareció en el restaurante con un periódico en el que se veía la fachada del local nos quedamos los dos alucinados.

## **¿QUIÉN SE ESCONDE EN LAS COCINAS DE NUA SLÁINTE?**

No esperábamos ese alcance, ni que de repente hubiese gente llamándonos para pedir entrevistas, invitándonos a participar en programas de televisión de cocina o siguiendo nuestras redes. ¿Nos habíamos vuelto famosos sin quererlo?

Porque si algo tenía claro, en ese entonces y ahora, es que no quiero ser conocido. Yo lo único que quiero es que el restaurante funcionase.

Hasta hace unos años, los chefs eran personas anónimas, pero cada vez más había quienes que se convertían en personajes públicos a los que la gente reconocía por la calle. Yo no quería eso. Quería seguir siendo totalmente anónimo y controlar al cien por cien las cosas que se decían de mí o de mi gente por Internet.

Y, aunque me sorprendió, porque pensé que lo aprovecharía como una oportunidad para ligar con aún más chicas, Darren tampoco quiso que su cara se asociase a ello, así que la decisión fue muy fácil de tomar.

Nadie sabría nunca quién trabajaba en esa cocina.

A los repartidores cada vez les abría la puerta una persona, así que no sabían quién eran los dueños. A los camareros que nos ayudaban en el comedor les dimos la orden de que no diese nombres y, entre el equipo, nos lo llegamos a tomar en alguna ocasión como un juego.

¿Cuánto aguantaríamos sin que el secreto saliese a la luz?

Precisamente por ese cambio es por lo que ahora hacer números me relaja tanto. Todo parece fluir como un río caudaloso. Los clientes están contentos, las relaciones con los proveedores van viento en popa y el libro de reservas, sobre todo para los fines de semana, se llena semanas antes.

Profesionalmente, se puede decir que estamos viviendo un sueño.

Ojalá la vida personal fuese igual de bien.

—¿Estás muy ocupado? —pregunta Darren, asomando la cabeza por la rendija de la puerta.

—¿Qué haces aquí hoy? —respondo. Es el día de cierre semanal, así que no esperaba que nadie apareciese por allí. Ni siquiera él.

—No respondías los mensajes y siempre que desapareces de ese modo estás aquí.

—¿Ha pasado algo? —Le señalo con la cabeza la silla que hay frente a la mesa en la que estoy trabajando y, al entrar, cierra la puerta detrás de él.

—No es que sea nada urgente, pero no quiero que tu madre ponga la oreja —me tranquiliza—. Créeme, a ti tampoco te interesa que cotillee.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes que Lucía tiene una cuenta de TikTok con bastantes seguidores?

—¿Debería saberlo por algún motivo en especial?

—Casi siempre son vídeos de recetas, pero también hay veces que va por restaurantes dando su opinión.

—¿Dónde quieres llegar con esto, Darren? Porque te conozco y sé que no me lo estarías contando si no fuese por algo.

—No había hecho lo de ir por restaurantes desde que vino a Dublín, pero ayer subió uno. ¿Le has hablado de este?

—Solo sabe que tú y yo trabajamos juntos en el negocio familiar.

—¿Y Charlie?

—Nunca ha preguntado ni el nombre ni la dirección, así que lo he dejado pasar por alto. Los táper que le he llevado siempre han ido en blanco, es imposible que alguna de las dos nos relacione con el restaurante.

—Mejor. No es que no me fie de ellas —agrega rápidamente—, pero quería asegurarme de que, si sabían algo, supieran que es algo que preferimos que no salga a la luz.

—No tengo intención de contárselo de momento, así que puedes estar tranquilo.

—¿Te imaginas que se presenta en el restaurante a comer? —comenta, demostrándome con su tono de voz que toda la preocupación ha desaparecido y mi hermano, el eterno bromista, está de

vuelta—. ¿Crees que reconocería tu mano en la cocina? De repente tengo ganas de descubrir eso. ¿Le mandamos un mensaje privado desde la cuenta del restaurante invitándola?

—No —sentencio—. Si da la casualidad de que vienen a comer, se las atenderá como a cualquier cliente y punto.

—Que soso que eres últimamente.

—Se llama ser profesional.

—Se llama ser aburrido —me corrige—. Deberías al menos buscarla en TikTok. Sus vídeos son bastante buenos y creo que hay alguna referencia que te puede hacer gracia.

—Lo pensaré.

—Te enviaré el enlace por WhatsApp para que no se te olvide. Ahora, recoge tus cosas y vamos. He quedado para almorzar con los chicos y tú te vienes con nosotros. Doyle nos lo tiene que contar todo sobre la chica con la que se fue a casa el sábado.

## CAPÍTULO 20

### Lucía

Que perderme por la ciudad es una de las cosas que más me gustan hacer desde que llegué a Dublín no es sorpresa para nadie, pero hasta hoy no había descubierto lo estresante que puede llegar a ser hacerlo sin tener a mano un teléfono móvil que me guíe de vuelta.

¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta de que me lo había dejado en casa hasta dos horas después, al ir a echar mano de Google Maps para buscar un sitio en el que comer algo?

«A ver ahora cómo lo haces, si no sabes ni en qué parte de la ciudad estás.»

Miro a mi alrededor, tratando de encontrar alguna pista que me ayude a ubicarme. Recorro un par de calles más, guiándome por la gente que pasea a mi alrededor, en un intento de que seguirles me pueda llevar hasta alguna de las pocas calles que reconozco de la ciudad. Trato de encontrar algún plano o parada de autobús, pero no veo nada.

¿Dónde narices me he metido? Lo peor de todo es que, poco a poco, noto cómo los nervios se van haciendo con el control de todo mi cuerpo, lo que es malo. Muy malo. Porque eso suele provocar que mi capacidad para buscar una solución se vaya al garete.

«Ni siquiera te sabes el número de Carlota para pedir ayuda. Si es que tanto móvil, tanto móvil, y al final cuando no lo tienes a mano te vuelves un ser inútil.»

¿Ahora qué hago? ¿Por qué dejaría de parecerme divertido lo de aprenderme de memoria los números de mi familia y amigos? Cuando era adolescente, me sabía el de medio pueblo. No había ninguno que se me escapase. Incluso...

¡No puede ser!

Miro a mi alrededor y, cuando veo a unos pocos metros de mí a una mujer que camina en mi dirección, empujando el carrito de un bebé, espero a que se aproxime un poco más, suplicando para que el plan que se me acaba de pasar por la cabeza funcione.

—Disculpe —llamo su atención—. Me he dejado el móvil en casa, ¿podría usar el suyo para llamar a un amigo? Le pagaré, si hace falta.

Me observa durante unos segundos, como si estuviese valorando si puede fiarse de mí o no, y noto cómo su mirada se suaviza cuando repara en el gorro que llevo puesto, en el que aparece impreso el logo de la universidad de mi hermana. ¿Por qué? Porque yo nunca he sido de gorros, así que no tengo ninguno, pero Dublín es demasiado ventosa como para que mis pobres orejitas sobrevivan sin protección.

Si tengo que ser sincera, me decanté por este porque era el menos colorido de los que encontré en su armario, pero a juzgar por la mirada de la mujer que tengo delante, puede que la elección haya sido más acertada de lo que esperaba.

—¿Estudias en el Trinity College?

—Yo no, mi hermana pequeña está en tercero de carrera.

—Espero que ya te haya llevado a visitar la biblioteca. Es uno de los lugares más bonitos de toda la ciudad. Allí es donde conocí yo a mi marido. —Lanza un suspiro que, en condiciones normales, hubiese hecho que se disparasen todos mis radares de romántica, queriendo saber más sobre su historia de amor.

Ahora, en cambio, hay cosas más importantes que necesito priorizar.

—Toma, llama a quien necesites. No hace falta que me des nada a cambio. —Me tiende el teléfono con una sonrisa y, en cuanto la pantalla iluminada aparece ante mis ojos, respiro hondo.

«Vamos, Lucía. Has marcado su número de memoria más veces de las que puedes contar. Deja que los recuerdos fluyan antes de que los nervios ganen.»

Observo los dígitos que he marcado casi sin ser consciente de lo que hacía y pulso llamada. Solo espero no haberme equivocado en ninguno, porque si no el plan se va a ir a la mierda y es la única opción que se me viene a la cabeza ahora mismo para salir de aquí.

—¿Quién es?

Creo que nunca me he alegrado tanto de escuchar su voz, y eso que a los diecisiete años era lo que más feliz me hacía del mundo.

—¿Sean? Soy yo, Lucía.

—¿Lucía? ¿Desde dónde me llamas? No sabía que tenías un número irlandés.

—Me he dejado el móvil en casa y... —Pensaba que escuchar su voz me iba a calmar, pero debe haber tenido el efecto contrario porque noto cómo la voz me sale cortada y cómo el pulso me martillea en el cuello—. *Estoy perdida. No sé dónde estoy. No me sé el número de Carlota y de repente me he acordado de que cuando éramos adolescentes me aprendía los números de todo el mundo y de algún modo extraño todavía me acuerdo del tuyo y, no quiero molestarte si estás ocupado, pero no sabía a quién más recurrir ni como volver a casa y...*

—Lucía, espera —me corta—. Frena un poco. Ya no soy capaz de seguirte el ritmo cuando hablas tan rápido en español. —No es hasta que me lo dice que me doy cuenta de que, de un momento a otro y sin ser consciente, he cambiado el idioma en el que hablaba—. ¿Te has perdido?

—Sí, he intentado ubicarme siguiendo a la gente, a ver si me llevaban hasta algún punto conocido, pero no veo mapas ni paradas de bus ni nada con lo que poderme guiar.

—¿Hay alguna tienda o bar cerca?

—No sé, estoy en una especie de plaza pequeña, hay un parque infantil, muchos bancos y árboles. —Fuerzo la vista, para intentar ver el nombre de alguno de los negocios que hay en la otra acera, y sin pensármelo dos veces digo el que está en letras más grandes—. ¿Nua Sláinte? No sé si se dice así. Parece un restaurante desde aquí, pero tiene la verja echada. ¿Lo conoces?

—Sí, de algo me suena. —Me parece notar un tono divertido en su voz, pero no sé si es que he dicho algo gracioso o simplemente se está riendo de mí—. ¿Estás en la plaza de enfrente?

—Sí.

—Vale, espérame allí. Estoy casi al lado. Tardo dos minutos en llegar ¿vale?

—No quiero ser molestia, con que me indiques un poco como ir a...

—¡Ahora nos vemos, Lucía!

Cuelga antes de que me dé tiempo a responder, así que devuelvo el teléfono a la mujer, dándole las gracias una vez más por haberme ayudado y, cuando ella reanuda su camino, me siento en el banco más cercano a esperar. Tengo frío, así que subo los pies a la madera y abrazo mis rodillas.

«Si es que no se puede ser más tonta. Y encima recurre a su exnovio para pedirle ayuda. Ni que te debiese algo, después de lo que hiciste. Me extraña hasta que nos dirija la palabra.»

Agito la cabeza, tratando de sacar los pensamientos negativos de mi mente, pero lo que consigo es que se aturulle más.

Todo me da vueltas.

«Ni para encontrar el camino a casa vales. No me extraña que te echasen del trabajo y que no hayas conseguido nada desde entonces. ¿Quién va a querer en su empresa a alguien que no sirve ni para cuidar de sí misma?»

«Perdida en la ciudad, dice. En la vida diría yo más bien.»

«¿Quién se olvida el móvil en casa en pleno siglo XXI? ¿Con qué pretendías grabar los vídeos para subirlos después a TikTok?»

«Hoy tu *influencer* de confianza te enseñara a cómo ser un desastre en la vida. ¡Aprende a ser una carga!»

—¿Lucía? —Escucho mi nombre, pero es tal el temblor que me recorre el cuerpo, que soy incapaz de despegar la frente de las rodillas.

No puedo respirar. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¡Lucía! —Sus manos rodean mis muñecas, tratando de deshacer el agarre—. Mírame. Estás bien. No pasa nada. Mírame, Lu.

No sé si es el cariño que destilan sus palabras o ese apodo que llevaba tanto tiempo sin escuchar, pero algo consigue colarse en mi cerebro y levanto la mirada hacia él, sin mover un solo músculo más allá de los del cuello.

Y ahí están. Esos ojos azules ante los que siempre caía rendida. Sus cejas, tan poco pobladas que incluso parecen de un tono más claro que su pelo. Las mejillas sonrosadas por el frío. La barba de dos días, que ya de adolescente le gustaba dejarse, pero que ahora tiene mucho más definida y le hace parecer más adulto.

—Estoy aquí. Si estás conmigo, no estás perdida. Estás bien —asegura, en un tono de voz calmado, llevando una de sus manos a mi frente para apartarme el pelo de la cara.

—He sido una idiota —consigo murmurar, sintiendo los ojos pegajosos por las lágrimas que debo haber soltado sin darme cuenta.

—No te machaques, a todos se nos han olvidado cosas en casa en alguna ocasión —dice, tratando de quitar hierro al asunto, mientras busca en su abrigo hasta que consigue dar con un paquete de pañuelos. Lo abre y saca uno para ofrecérmelo. Me sorprendo cuando, al estirar el brazo hacia él, noto que he dejado de temblar, aunque sigo notando el cuerpo un poco entumecido—. ¿Te acuerdas del año en el que Darren cumplió los dieciséis? Mis padres se fueron a pasar el fin de semana a Galicia con unos amigos y nos dejaron solos en el pueblo. No hacía ni dos horas desde que se habían ido y nosotros ya nos habíamos salido de casa sin llaves ni posibilidad de entrar. Tuvimos que quedarnos con vosotros hasta que volvieron.

—No es lo mismo, se supone que ya es hora de que sea una adulta funcional. Además, estoy siendo una molestia para ti y es una de las cosas que me propuse no hacer cuando supe que vivías enfrente. No quiero dar problemas, pero parece que no sé hacer otra cosa últimamente. Voy dando tumbos sin saber dónde caerme muerta.

—Estoy seguro de que no todo es tan negro como lo pintas.

—Eso es porque no sabes toda la historia.

—Cuéntamela, entonces, así podré darte mi punto de vista.

—Nos darían las tantas. ¿Te hago un resumen? Soy un desastre. No ser capaz de dar con una maldita pista para ubicarme es solo la gota que colma el vaso.

—¿Quieres saber mi opinión? —Se pone de pie y alarga la mano hacia mí, para ayudarme a hacer lo mismo. Que una corriente eléctrica me recorra todo el brazo en el momento en el que tira de mí lo dejaremos pendiente de analizar para otro momento—. No eres tan desastre como crees, simplemente los nervios te han ganado la batalla en esta ocasión.

—¿Por qué dices eso?

—Dices que has estado siguiendo a la gente, intentando dar con algo que te suene, ¿verdad? —asiento—. No me hagas mucho caso, pero creo que has dado vueltas alrededor de la misma zona una y otra vez porque... —Me pone las manos sobre los hombros y me hace girar—. Pasando esos árboles, tienes una parada de autobús. —Me mueve de nuevo, un poco más hacia la

derecha—. Y si sigues esa calle, te encontrarás con el río Liffey a unos metros.

—¿Me lo dices en serio?

—Y tengo una prueba más de ello. Has pedido un móvil prestado. ¿Por qué no has preguntado directamente a esa persona por indicaciones?

«¿Se puede ser más tonta que tú ahora mismo?»

—¿Ves cómo no valgo para nada?

—¿Has comido? —pregunta, cambiando de tema y, cuando niego con la cabeza, comienza a andar—. Sígueme. Te voy a llevar a un sitio que seguro que todavía no conoces y que te va a encantar.

Caminamos por las calles de Dublín en silencio. Yo observándolo todo con detenimiento, porque nunca había pasado por aquel barrio, y él con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora. No hablamos, pero en ningún momento me siento incómoda. Podría decirse que incluso mis nervios se han ido calmando poco a poco, desde que él ha hecho acto de presencia.

¿Quién sabe? Quizá todavía queden pequeños hilos de esa conexión tan fuerte que compartimos hace años, la que nos hacía sentir a salvo simplemente estando uno al lado del otro.

Lo sigo durante unos diez minutos hasta una calle repleta de *food trucks* y, conforme pasamos por delante de ellos, la boca se me va haciendo agua. El olor a especias, el calorcito que sale de las cocinas, el ajetreo que llena la calle... Es como entrar en el paraíso.

—¿Dónde estamos?

—¿Alguna vez has oído hablar de la comida callejera de Dublín?

—No.

—Un buen anfitrión dejaría que eligieses tú lo que más te llame la atención, pero yo no lo voy a hacer. Quiero que pruebes uno de mis favoritos de la ciudad.

Creo que es la primera vez desde que llegué que veo en sus ojos un brillo parecido al que solía tener siempre el Sean que yo conocía, así que lo sigo sin rechistar. Puede que no me regale una de esas sonrisas que tanto me gustaban, pero con que me sonría con los ojos ya es suficiente para que haga todo lo que me pide.

«Eres consciente de lo peligroso que es eso, ¿verdad? Solo para asegurarme de que ambas lo tenemos claro. No puedes seguir por ahí, Lucía.»

Poco después, estamos con la espalda apoyada contra uno de los edificios de esa misma calle y tengo entre las manos una especie de hojaldre relleno de carne, tan calentito que el calor sobrepasa el envoltorio en el que nos lo han dado, y con un olor tan rico que ya se me ha hecho la boca agua.

—Pastel de ternera y Guinness, uno de los platos más ricos que existen en el mundo.

—¿Estás intentando emborracharme con tu cerveza irlandesa?

—Dijo la que viene del país en el que cocinan con vino. Es el mismo proceso, pero con cerveza. Pruébalo y calla. Ya verás que vas a querer volver solo para enseñarlo en esa cuenta de TikTok que tienes.

Doy gracias a no haberme llevado todavía la comida a la boca, porque si no estoy segura de que me habría atragantado.

—¿Cómo sabes eso?

—TikTok es público y yo veo muchas cosas de cocina. —No sé por qué, pero noto que me miente, y él debe adivinarlo por mi mirada, porque enseguida me cuenta la verdad—. Me lo contó Darren el otro día y te busqué para ver algún vídeo. Son buenos. Mi madre seguro que se alegra de que sigas acordándote de sus recetas. Yo me he guardado alguna para replicarla en casa.

—Qué vergüenza —susurro y, seguidamente, doy un mordisco a mi comida para tener un motivo por el que no seguir hablando. Claro que, en cuanto el sabor llega a mis papilas gustativas, sin poder evitarlo, se me escapa un suspiro de placer. ¿Cómo puede estar esto tan bueno?

No estoy segura de si lo he dicho en alto o solo lo he pensado.

—Te he dicho que era uno de los mejores de la ciudad. He intentado imitarlo, pero no me sale exactamente igual. Hay un par de especias que no consigo adivinar.

—Definitivamente tengo que volver a este lugar —aseguro mientras me rechupeteo los dedos, para que no se desperdicie en ellos ni una sola gota de la deliciosa salsa que acompaña a la carne—. Ahora que lo pienso... Es la hora del almuerzo, ¿tú no deberías estar trabajando?

—Darren me está cubriendo esta semana con ayuda de los camareros. Voy por las mañanas, cuando dejo a Niall en el colegio, para encargarme de las cuentas y listo. Al final me he quedado sin canguro y mis padres están de viaje, así que hasta que no contrate a alguien nuevo, no me queda otra.

Una idea se me mete como un rayo en la cabeza y, durante un par de mordiscos, intento descubrir si es buena o debería desecharla. Aunque la verdad es que... ¿Qué podría salir mal?

—¿Por qué no lo dejas conmigo?

—Ya te dije que no quiero abusar de...

—Pero es que no estás abusando de nada. Estoy en paro, ninguno de los currículums que he enviado ha recibido respuesta, mi única vida social es Carlota y, como has podido comprobar hace un rato, tener demasiado tiempo para estar sola y pensar está afectándome a niveles de autoestima así que... Más bien se podría decir que dándome algo que hacer para sentirme útil, me estás haciendo el favor tú a mí.

—No sé, Lucía. Son demasiadas horas y algunos días tendrías incluso que ir a buscarlo al colegio.

—Tú piénsalo. No vas a encontrar un canguro más cerca. Si algún día lo necesitas, puedo incluso pasar yo a tu casa para que Niall no tenga que moverse. Por no hablar de que tu hijo me adora, aunque solo sea porque al verme piense en tortitas.

—Está bien, pero te pagaré lo mismo que pagaba a su canguro.

—Ni loca. No pienso cobrarte.

—No voy a dejar que trabajes gratis —se niega y, después de unos minutos en silencio, en los que cada uno se concentra en su comida, me mira con decisión—. Tengo una idea. Tú cuidas a Niall y, a cambio, te enseñaré los secretos mejor guardados de la gastronomía irlandesa para que puedas hacer tus vídeos, artículos o lo que tú quieras. Y con eso no me refiero a recetas, sino a rincones de la ciudad que te ayudarán a conocerla en todos sus aspectos.

—Ya tengo una lista de restaurantes a los que ir con Carlota —digo, no sé muy bien por qué, ya que es que es algo que me puede venir de lujo para, no solo hacer los vídeos, sino también saciar un poco esas ansias locas de saber que me llevan acompañando desde niña. Sobre todo cuando, además, el tema me interesa.

¿Quizá porque aceptar su plan sería pasar más tiempo juntos y eso me asusta un poco? En la cafetería me dejó claro que lo único que quería que hubiese entre nosotros era una relación cordial de vecinos, pero esto... ¿No implicaría dar un paso más hacia la amistad?

Yo encantada, que no se me malinterprete. Pagaría por volver a tener una amistad como la que teníamos antes, pero entiendo que no es posible. Por eso sé que algo así podría llegar a confundirme, y mucho.

—Te aseguro que ninguno de los que tengo en mente está en esa lista. ¿Tenemos un trato?

Una canguro a cambio de un *tour* culinario por Dublín y alrededores.

—Está bien —acepto, porque por mucho que pretenda fingir que no es así, soy incapaz de negarme a la oportunidad de volver a pasar tiempo con él—. Pero como te burles una sola vez de mí mientras grabo los vídeos, me las vas a pagar.

—No lo haré, lo prometo. Será como cuando de adolescentes jugábamos a ser críticos culinarios siempre que íbamos a un restaurante nuevo, pero ahora de verdad. ¿Sigues guardando la lista de las mejores tortillas de patatas del pueblo? Daría lo que fuera por volver a probar la que hacía don Felipe.

No sé si él lo nota, pero mi corazón da un vuelco en el momento en el que lo escucho hablar de ese juego. Porque nunca olvidaré la noche en la que lo pusimos en marcha por primera vez.

Ni sé si quiero confesarle que llevo en la mochila la libreta que él mismo me regaló, en cuya primera página está apuntada esa lista de la que habla con tanta nostalgia.

Una lista que fui incapaz de continuar cuando todo se acabó.

## CAPÍTULO 21

Lucía - 2014

—*No sé si fiarme de lo que sea que tengáis en mente* —confesé, asegurándome de llevar bien abrochado el cinturón de seguridad.

No es que no confiase en Darren, no era la primera vez que lo veía al volante y sabía que era un conductor responsable, al menos lo suficiente como para que su padre siguiese dejándole su querido coche, pero... ¿Por qué la única que no sabía dónde nos dirigíamos era yo?

Eso era lo que me mantenía alerta.

Por si fuera poco, Marta y Andrea tenían no sé qué reunión familiar aquel día, así que me habían dejado a la merced de estos cuatro burros y sus ideas de bombero.

—*No te preocupes, solo vamos a secuestrarte y a obligarte a convivir con nosotros para que seas la criada, como en esos fanfics raros que leéis vosotras* —contestó Héctor, que seguía sin superar la historia que nos había estado leyendo Andrea en su teléfono unos días antes.

—*Lo primero de todo, yo no leo ese tipo de fanfics, no sirvo para el poliamor y los why choose. Y lo segundo, para eso tendríais que ser miembros de una boyband. ¿Tenéis un grupo y no me lo habéis dicho?* —Me giré hacia Sean, dispuesta a seguir la broma, y le susurré—. *Dime que tú eres el guitarrista. Me encantan los guitarristas.*

—*En tus sueños* —respondió con una risa, apretando el agarre que tenía en mi mano en el proceso—. *Y será mejor que Darren no sea el cantante, porque si no acabamos presos.*

—*¡Yo quiero ser el batería!* —decretó Eneko, que junto a Sean y a mí iba sentado en el asiento trasero del coche—. *Suelen ser los que más ligan, ¿no? Con esos brazacos tienen que llevarse a las tías de calle.*

—*Seguro que conquistas a la señora Emilia con tus dotes de batería* —me burlé, haciendo referencia a su vecina. Una viuda cascarrabias que se empeñaba en demostrar su cariño en forma de gruñidos y quejas constantes cada vez que pasábamos por delante de su puerta.

—*¿No se te ocurre alguien con quien me lleve menos de sesenta años, Lucía? ¿En serio?*

—*No. La señora Emilia, sin duda, es tu alma gemela. Mira, si tenéis hasta el mismo ceño fruncido* —me reí, clavándole un dedo en la frente y consiguiendo las risas del resto del coche.

Porque puede que me pusiera un poco nerviosa no saber a dónde nos dirigíamos, pero no dejaban de ser mis amigos de toda la vida. Esos con los que había crecido, cuyo humor se forjó de forma paralela al mío y con los que compartía más chistes internos que con nadie en el mundo.

Con ellos me sentía como en casa, aunque no supiera ni en qué punto del mapa me encontraba.

El resto del viaje pasó sin darme ni cuenta, entre bromas, canciones de la radio que destrozábamos sin vergüenza ninguna y mis infinitos intentos de descubrir hacia dónde nos dirigíamos. Por si fuera poco, me habían encajonado en el asiento central de atrás y, aunque había conseguido ver alguna que otra señal, se me hacía difícil seguir el camino al cien por cien.

—*¿Veis cómo os he dicho que íbamos camino de Santander? Habéis ido por el camino largo para despistarme.*

—*Pero todavía no sabes a qué vamos* —me picó Eneko.

—*Pues basándome en que ya es más de media tarde y por lo nublado que está, no creo que sea a darnos un baño. ¿Al cine? ¿Habéis accedido por fin a comprarme un libro cada uno?*

*Sería un detallazo, ya que nunca estáis en mi cumpleaños.*

Ninguno respondió, así que me eché hacia atrás con un resoplido. Malditos hombres. Por no hablar de que Sean llevaba ya un buen rato más serio de lo normal, riéndose solo cuando alguien le miraba y con la vista perdida en la ventanilla; lo que era demasiado raro en él.

—*¡Primera parada!* —gritó Darren—. *Señores pasajeros, pueden proceder a bajar del vehículo. Espero que su viaje haya sido cómodo.*

Sean fue el primero en abrir la puerta y bajar, así que hice lo mismo detrás de él, expectante por saber cuál era el misterioso plan de los chicos. La verdadera sorpresa me la llevé cuando, desde dentro, Eneko volvió a cerrar la puerta en cuanto yo estuve fuera y el coche arrancó.

—*¡Espero que me valoréis con cinco estrellas, tortolitos! ¡Y cuidadito con lo que hacéis, que todavía sois menores de edad!*

Me giré hacia mi novio, confundida, y me lo encontré con la expresión más avergonzada con la que lo había visto nunca. Tenía las mejillas tan rojas que el color había llegado incluso a las orejas. Y, antes de hablar, se llevó una mano a la nuca, alborotándose el pelo.

—*¿Qué es esto?*

—*Nuestra primera cita oficial* —murmuró, entrecerrando un poco los ojos, como si no supiese qué reacción esperar por mi parte.

Pero yo, en cambio, lo único en lo que podía pensar era en que no sabía a quién le había caído tan bien como para haber tenido la suerte de que este chico apareciese en mi vida. Porque no creía que hubiese ser humano en el mundo más perfecto para mí. Justo cuando pensaba que había llegado al límite y que no podía gustarme más, se marcaba algo como eso y me demostraba lo equivocada que estaba. Que sí que era posible.

—*¿Me estás diciendo en serio que has metido a los chicos en este embolado solo para tener una cita? ¡Pero si todos los días nos escapamos un rato para estar solos!*

—*Sí, pero no es lo mismo. Esto es una cita formal. Tengo varios puntos que me gustaría cumplir así que... Si me concede el honor, señorita.*

—*Eso se dice en los bailes, bobo* —me reí, pero cogí su mano, entrelazando sus dedos con los míos, y le di un abrazo de medio lado mientras andábamos.

Porque puede que siguiese sin conocer nuestro destino, pero lo cierto era que ya no me importaba. Estar con él, sabiendo que se había tomado la molestia de organizar algo así para mí... Eso ya era más que suficiente para garantizar que iba a ser una de las mejores noches del verano. Por no decir de mi vida hasta el momento.

—*¿Me vas a comprar un libro?* —pregunté cuando lo vi pararse frente a una papelería. Aunque, conforme lo dije, me pregunté cuánto quedaría para la hora del cierre y si el dueño odiaría por ir a comprar tan tarde.

—*Algo mejor.*

Se dirigió directamente al mostrador cuando entramos y, para mi desgracia, me quedé con las ganas de saber qué era, porque con solo decir su nombre y pagar le entregaron una bolsa de papel con el logo del negocio.

—*Es el día de los secretos.*

—*De las sorpresas, mejor dicho.*

—*¡No me gustan las sorpresas!*

—*Mentira* —me rebatió, sin dudarle ni un segundo—. *Te encantan, pero te pone de los nervios saber que va a haber una y tener que esperar.*

Le contradiría, pero tenía razón y no podía quitársela.

Seguimos caminando con tranquilidad por las calles de la ciudad mientras hablábamos de

cualquier cosa que se nos pasase por la cabeza, cruzamos el paseo marítimo, en el que no pude evitar andar más lento para disfrutar del sonido que hacía el mar, y cuando se detuvo por segunda vez me encontré con la fachada de un restaurante.

Uno cuyo nombre conocía muy bien, porque llevaba dando guerra con que quería ir a probarlo más de un año. El verano anterior conseguir reserva había sido imposible y durante el invierno, entre mis clases, las horas de estudio que había añadido a la rutina para conseguir buena nota en selectividad, el trabajo de mi padre y lo pronto que anocheecía...

—*Sé que es pronto para cenar, pero es la única hora para la que quedaban reservas disponibles.* —Me lancé a abrazarle incluso antes de que terminase de hablar.

—*Gracias, gracias, gracias. ¡Qué ganas! ¿Has mirado la carta? Tienen una tarta de queso que se me hace la boca agua de solo pensar en la foto.*

Una chica joven nos atendió en la entrada y, tras dar el apellido de Sean, nos llevó hacia una de las mesas que estaban situadas al lado de un gran ventanal con vistas al mar.

Después de pedir la comida, a modo de picoteo para así poder probar tantas cosas diferentes como fuese posible, Sean puso la bolsa de la papelería encima de la mesa y la tendió hacia mí.

—*Ábrelo.*

—*¿Ahora?*

—*Sí, lo vas a necesitar cuando nos traigan la comida.*

Miré dentro con nerviosismo y, al meter la mano, di con una libreta de anillas, del tamaño perfecto para poder llevarla en el bolso sin que ocupase demasiado y cuya portada estaba decorada con dibujos de toda clase de alimentos: tomates, cebollas, patatas, pescados... Y lo mejor de todo: con las páginas totalmente en blanco, sin cuadrícula ni líneas que coartasen mi libertad de escribir tan grande o desordenado como yo quisiera.

—*¿Y esto?*

—*Para que tengas un sitio decente en el que poder hacer tu lista de las mejores tortillas y, en definitiva, apuntar todo lo que quieras cada vez que vayamos a comer por ahí. Es tu oportunidad para convertirte en la crítica gastronómica más temida de toda Cantabria.*

—*Tampoco critico tanto* —murmuré, pero no pude evitar que los ojos se me humedecieran un poco por la felicidad mientras mi mirada se alternaba entre él y la libreta.

No me podía creer que se le hubiese ocurrido algo así, tan simple pero al mismo tiempo con tantísimo significado para nosotros. Porque él siempre había sido de cocinar e intentar descubrir los ingredientes de las cosas cuando probaba algo nuevo. Pero yo, en cambio, siempre había tenido presente una vena periodística que me llevaba a calificar los restaurantes a los que iba e incluso, como él mismo había dicho, hacer un *ranking* con las que consideraba las mejores tortillas del pueblo.

Lo peor era que los datos no los tenía porque hubiese muchos bares. En realidad, me basaba en las reuniones vecinales en las que cada uno llevaba algo de picar y en las que yo, siempre, me encargaba de descubrir quién había llevado la tortilla en aquella ocasión.

Para mí, la mejor era la de Margarita. Sean siempre se quedaría con la de don Felipe, el cura.

—*Le echaste la bronca a la madre de Eneko por no echar chorizo en las lentejas.*

—*¡Es que unas lentejas sin chorizo no tienen gracia!*

—*Son vegetarianos, Lu* —dijo riendo y no pude evitar que se me contagiase, aunque no me bajé del burro.

—*Pues que me inviten a comer cuando hagan menestra, que culpa tengo yo de que ese día tocasen lentejas.*

—*Por eso mismo, esa libreta es justo lo que necesitas* —aseguró, sacando de la bolsa también

un bolígrafo de color azul clarito. Mi favorito—. *¿Y qué mejor sitio para empezar tu carrera de crítica culinaria que este?*

Si os soy sincera, aquella noche no presté demasiada atención a la comida. Si no fuese porque todavía llevo nuestras opiniones escritas en la libreta, ni siquiera sería capaz de recordar si la salsa brava picaba mucho o no. Lo que sí que tengo grabado a fuego es su sonrisa cada vez que levantaba la mirada hacia él tras escribir algo. Su risa cuando un estornudo inoportuno casi hizo que me ahogase con mi bebida. La manera en la que nuestras manos se buscaban constantemente por encima del mantel. Y mis deseos infinitos de que esa noche no acabase nunca.

Quien me iba a decir a mí en ese momento que, diez años después, estaría aquí, intentando aprovechar cada uno de los pocos minutos en los que puedo disfrutar de su compañía. Y soñando con que, en un futuro, podamos llegar a recuperar aunque solo sea una pequeña parte de esa conexión que tan feliz me hacía entonces.

## CAPÍTULO 22

### Sean

—A ver si lo he entendido bien —dice Darren, en el tono de voz más calmado que tiene, mientras yo preparo un táper con comida para Lucía—. Ella se queda con Niall y, a cambio, tú la llevas por ahí a descubrir la verdadera gastronomía irlandesa. —Lo último lo dice haciendo comillas con los dedos, pero se lo dejo pasar.

Que él no sea tan apasionado de este mundo como nosotros no significa que a Lucía no le vayan a gustar los sitios que tengo en mente enseñarle. Es más, algo dentro de mi cabeza me dice que es la prueba de fuego para saber si la chica que un día conocí sigue hay dentro, porque mi Lucía fliparía con ello.

«Hace mucho que no es tu nada, Sean. Y te recuerdo eres tú el que no quiere que lo sea. Estás mejor como estás. Cero problemas, cero dramas, cero preocupaciones.»

—Te has dado cuenta de que has puesto sobre la mesa un acuerdo que supone pasar mucho tiempo juntos, ¿verdad? —continúa, sacándome de mis pensamientos.

Sí, lo había hecho. No cuando la idea salió de mis labios, sin embargo. Fue después. Cuando ya era tarde para retirar la oferta. Cuando ya era demasiado tarde para que me apeteciese retirarla, de todos modos.

—Solo somos dos vecinos ayudándose mutuamente.

—Sí, claro, y yo soy el campeón del *Tour* de Francia, no te jode. Mira que lo pensé cuando me enteré de que Lucía estaba en Dublín, pero no creí que fuese a pasar tan rápido.

—¿De qué hablas? —pregunto, mirándole con el ceño fruncido.

Hay ocasiones en las que seguir el ritmo a Darren y a sus pensamientos es difícil hasta para mí, que llevo años intentando perfeccionar mi técnica.

—De que Lucía es tu punto débil. Tu talón de Aquiles. Tu criptonita. Me da igual cómo quieras llamarlo. Cuando éramos pequeños, siempre que ella aparecía te dejabas llevar, apagabas esa parte de tu cerebro que siempre está pensando en las posibilidades de que algo salga mal, y eras más tú que nunca, si es que eso tiene sentido. Admito que pensé que estos años distanciados podían haberlo cambiado todo, pero está claro que no. De alguna manera, sigue siendo capaz de tirar de ti incluso sin proponérselo.

—No digas tonterías, Darren.

Es una de mis murallas emergiendo, negándose a creer que Lucía todavía tenga ese poder sobre mí, pero tanto él como yo sabemos que tiene razón.

Mi relación con Lucía siempre ha sido diferente a con el resto de personas. La conexión fue instantánea y nuestro último encuentro me había dejado claro que no ha desaparecido del todo. Ha cambiado, por supuesto, pero sigue ahí. Y tampoco se equivoca en que Lucía me sirvió como motor para aventurarme a hacer muchísimas cosas durante mi adolescencia.

Sin su insistencia, no habría descubierto muchos de mis *hobbies*, como el participar en concursos de cocina que me motiven a retarme a mí mismo y a trabajar bajo presión. O el senderismo. También fue la culpable de que me leyese por primera vez un libro más allá de los que me mandaban en la escuela. Aún recuerdo las carcajadas que se echaba con Kika Superbruja y mis ganas de descubrir qué era lo que le hacía tanta gracia. Porque el brillo que adornaba los ojos de Lucía cuando algo la hacía realmente feliz... Eso sí que era mi punto débil.

No quería imaginarme, ni por un segundo, una Lucía sin brillo.

¿Será eso lo que me ha llevado a querer hacerle de guía gastronómico?

Las pocas ocasiones en las que hemos coincidido me han bastado para notar su ausencia y, por mucho que me repita a mí mismo que no me importa, lo cierto es que siento una necesidad inexplicable de saber por qué.

«¿Qué te han hecho, Lucía?»

También me preguntaba si un plan como este podría ocasionar un cambio. ¿Es demasiado egocéntrico pensar que yo puedo ser el responsable de que esos ojos brillen de nuevo?

—Niégatelo a ti mismo si es lo que necesitas, pero sé que hay algo que no estás diciendo en alto —avisa—. Yo estoy feliz de ver que por fin avanzas. Ya era hora de que hicieses algún plan en el que Niall no estuviese incluido.

—En realidad, Niall forma parte del trato.

—Pero no de tu parte del trato —destaca—. Eres un padrazo, Sean, y eso no lo puede negar nadie. Pero ser un buen padre no significa aparcas toda tu vida a un lado. Si no, llegará un día en el que Niall quiera volar solo y tú te sientas perdido.

—No seas exagerado. Tengo vida más allá de mi hijo.

—Sí, claro. Venir a trabajar. Dime una cosa, Sean, ¿hace cuánto que no haces algo simplemente porque te apetece, por qué el cuerpo te lo pide?

No respondo y algo me dice que él ha hecho la pregunta sabiendo que no lo iba a hacer. Me conoce mejor que nadie y, en los últimos años, ha sido el que ha estado a mi lado en cada paso del camino. Joder, si estoy seguro de que podría decir cuánto tiempo llevo sin follar con más exactitud que yo mismo.

—Pues eso —dice, en medio de una risa, y me da un apretón en el hombro de camino a la puerta trasera de la cocina—. Yo me voy ya. No te esfuerces tanto en el emplatado de ese táper, que Charlie se va a poner celosa cuando vea lo diferentes que son los suyos de los de su hermana.

No levanto la mirada para que no adivine mis intenciones, pero en un movimiento rápido engancha el trapo que llevo colgado del delantal y se lo lanzo a la cabeza.

¿La única confirmación que tengo de que le he dado? Su carcajada.

El rellano está en absoluto silencio cuando llego a la puerta del piso de Lucía, así que me permito disfrutar de ello un par de minutos antes de llamar.

Me encanta el silencio, siempre me ha gustado, incluso cuando era niño. Es tal la tranquilidad que me transmite la ausencia de ruido que siento cómo mi cuerpo va soltando una a una todas las cargas que sostiene. Los músculos se me relajan. El cuello se destensa. En esas épocas en las que dejar la mente completamente en blanco se me hace imposible, ocasiones como esta son mis grandes aliadas.

Sigo sin conseguirlo, no os voy a engañar, pero un par de minutos así, respirando hondo, ayudan a que todo sea más fácil de sobrellevar.

¿Lo malo? Que estos momentos también son los que consiguen que mis barreras caigan y la puerta que tengo frente a mí se abre antes de que me dé tiempo a colocarlas en su sitio.

—¡Buenas noches! —me saluda con una sonrisa y, por primera vez desde que nos reencontramos, agradezco que el gesto sea vacío. Que no tenga el poder de la verdadera sonrisa de Lucía. Porque si hasta eso ha conseguido que mi estómago de un vuelco, si hubiese sido la de verdad posiblemente ya estaría abrazado a ella, llorando como un niño y confesando lo mucho que la he echado de menos estos últimos años.

«¿Me habrías ayudado a descifrar por qué Niall lloraba sin parar? ¿Me habrías consolado

cuando se ponía enfermo y yo pensaba que era mi culpa, que seguro que estaba haciendo algo mal?»

—Niall ha caído rendido en el sofá casi en cuanto hemos llegado a casa —dice, sacándome de mis pensamientos y haciendo un gesto para que pase—. No me ha dado tiempo ni a preguntarle si quería cenar, aunque Helena ya me ha avisado de que hoy era el cumpleaños de uno de sus compañeros de clase y han debido organizar una merienda especial. Josh salía con los mofletes llenos de chocolate. Qué ricura de niño —se ríe mientras me lo cuenta y yo no puedo evitar preguntarme cómo lo hace.

Una semana. Ese es el tiempo que ha tardado en camelarse no solo a la profesora de Niall, sino también a Helena, la mujer de Oliver. Y que conste que no lo sé porque Lucía me lo haya contado, sino que fue Oliver el que me llamó para quejarse de que Helena hubiese conocido a la vecinita antes que él, porque eso infringía no sé qué parte del código de colegas. Palabras suyas, no mías.

Nadie dijo que mis amigos fuesen adultos razonables.

—¿Tú has cenado? —pregunto, sabiendo lo mucho que le está costando adaptarse a las rutinas irlandesas y que, si no está Carlota en casa, suelen darle las tantas. No es que la controle, pero nuestras cocinas están separadas por una pared quizá demasiado fina y se puede adivinar cuando alguien está cocinando.

Además, Carlota me contó hace poco que acababa de empezar unas prácticas en una revista en las que le habían encargado un proyecto que le consumía el tiempo y que, entre semana, rara vez llegaba a casa antes de medianoche, así que intuía que la pequeña de las hermanas no estaba en casa todavía.

¿Qué proyecto sería? No quise preguntar. Yo durante la carrera no había tenido que hacer nada que me llevase tanto tiempo, pero tampoco era tan aplicado como mi vecina así que no me iba a meter donde no me llamaban.

—Todavía no. Me he puesto a pensar en los vídeos que quiero grabar a lo largo de la semana, para aprovechar mañana el viaje al súper y comprar todo lo que necesito, y se me ha ido la hora. Estaba justo pensando en qué hacerme cuando has llamado a la puerta. —Lo sabía.

—Si no se te ha ocurrido nada todavía, es imposible que haya dado tiempo a que esto se enfríe. —Levanto la mano en la que llevo la bolsa con el táper y me parece ver que pega un salto de la emoción, pero no me da tiempo a procesarlo cuando me quita la bolsa de un tirón y se dirige hacia la cocina.

—¿Qué me has traído?

Lanzo una mirada hacia el sofá, en donde mi hijo duerme a pierna suelta abrazado a uno de los cojines, y sigo a Lucía convenciéndome de que no va a pasar nada porque tardemos cinco minutos más en irnos a casa.

—Darren lo llamaría un revuelto de cosas que saben buenas juntas —gruño, mientras dejo caer mi peso contra la isla que separa la cocina del salón y la observo. Lucía dentro de la cocina es una de mis cosas favoritas del mundo. Da igual si está cocinando o no, simplemente con estar allí, ya se nota que está en su hábitat natural—. Yo prefiero decir que es la forma más deliciosa de comerte un plato combinado.

—Por qué será que no me sorprende que Darren sea el bruto y tú el poético —se burla—. Dime una cosa, si al dar la vuelta a una hamburguesa se te parte, ¿lo llamas reconstrucción de carne picada?

—Ahora te ríes, pero te reto a dejar la carta de un restaurante en las manos de Darren. ¿Te atreverías?

—Ni loca —responde sin pensárselo dos veces—. A no ser que fuese la de un club de ligues. Seguro que se le ocurren chistes sexuales con todos y cada uno de los platos.

Se sienta delante de mí, ¿en qué momento me he sentado? Y antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, me pone un tenedor junto a la mano y deja el táper entre medias de ambos.

—Has traído demasiada comida como para que me lo coma yo sola, así que te toca ayudarme. Ni te plantees mentirme, sé que no has cenado. Todas las noches escucho cacharreo en tu cocina en cuanto llegas a casa. —Por lo visto, no soy el único que está al tanto de los horarios del otro—. Con lo bien que lo has colocado no pienso sacarlo de aquí. Guíame, ¿cuál es la manera más deliciosa de comerte un plato combinado? Te copio.

Ni siquiera me molesto en buscar una excusa para largarme. En primer lugar, porque tiene razón en que todavía no he cenado. Segundo, no puedo usar a Niall porque tiene pinta de estar la mar de a gusto en el sofá. No ha movido un solo músculo desde que he llegado, ni siquiera cuando hemos pasado a su lado o al escucharnos hablar. Y tercero...

Joder. No quiero. No quiero buscar excusas. Porque son este tipo de situaciones las que me hacen sentir como si estuviese en Cantabria otra vez. Con el sonido del mar de fondo. El olor a verano. El aire puro llenando mis pulmones. Las preocupaciones y comidas de cabeza abandonándome por completo.

—El truco está en conseguir que cada uno de los bocados que te lleves a la boca contenga todos los ingredientes. La yema del huevo es lo más importante. No hay salsa mejor que esa —digo, usando el tenedor para romperla y dejar que cubra todo lo demás.

—¿Ni siquiera la salsa de Guinness? —me pica, seguramente acordándose de nuestra conversación de la semana pasada.

—Ambas ocupan los primeros puestos —aseguro—. Una vez rota la yema, solo tienes que asegurarte de pinchar en el lugar correcto.

Clavo el tenedor y me lo llevo a la boca. Ella hace lo mismo, justo al lado de donde he pinchado yo, y cuando se le abren los ojos y suelta un gemido del gusto, a mí me da otro vuelco el estómago. El segundo de la noche. Porque ese gesto es tan de mi Lucía que la veo a ella. A la chica de diecisiete años que era mi mejor amiga.

Y sonrío sin poder evitarlo.

## CAPÍTULO 23

### Lucía

¡Ha sonreído! Es una sonrisa pequeña, pero consigo verla antes de que se borre al llevarse de nuevo el tenedor a la boca. Justo en ese momento, el corazón me empieza a latir a mil por hora.

Una parte de mí, esa que con cada día que sigo sin saber qué hacer con mi futuro se vuelve menos y menos racional, estaba empezando a preguntarse si alguien podía olvidarse de cómo se sonríe. El motivo era simple: en las pocas veces que habíamos estado juntos, había sido capaz de ver en los ojos de Sean algún destello de diversión y burla, pero su rostro siempre permanecía serio. Quizá en otra persona no me habría llamado la atención siquiera, pero en él...

Él era el chico de la eterna sonrisa. Incluso cuando se resbalaba jugando entre las rocas y se raspaba las rodillas, seguía sonriendo de camino a casa. Tenía a todos los habitantes del pueblo en la palma de su mano, y eso que alguno miraba mal a todo el que no se hubiese criado en la zona, pero a Sean lo adoraban. Sobre todo la señora Juliana.

—*Ese chico vale oro, jovencita* —me dijo un día en el que fui a su casa a llevarle el pan. Cada vez se le hinchaban más las piernas y, como me pillaba de camino, solía hacerle el favor—. *No lo dejes escapar porque será de los que hagan que te olvides de todo incluso en los peores días. La gente así no es tan fácil de encontrar.*

Si ella supiera...

—¿Sigues en contacto con Marta y Andrea? —me pregunta de repente, haciéndome saber que su mente también ha volado hasta aquellos años. Será lo que tiene volver a compartir espacio, después de tanto tiempo.

—Ahora sí. —Noto la confusión en su mirada, así que continuo—. Aquel verano me alejé de todo el mundo. De absolutamente todo el mundo. Con la gente de la universidad no me quedé otra y creo que en cierto modo me vino bien no tener más salidas, pero a la vez era un círculo en el que yo podía fingir que todo seguía igual que siempre. Con vosotros, en cambio... No podía. Me lo ibais a notar.

Sé que quiere preguntar, se le nota a leguas, pero también me dijo en la cafetería el día de su cumpleaños que no quería saber lo que me llevó a apartarme de ellos, así que intento pasar por encima.

—Dos años después, Marta y yo coincidimos en una fiesta de universitarios de Madrid. No me atreví a acercarme. Había tenido demasiado tiempo para pensar en ello como para saber que hice las cosas mal y se me caía la cara de vergüenza, así que la evité como pude. No funcionó.

—Es imposible escaparse de Marta, deberías haberlo sabido —se queja, y algo me dice que se está acordando de todas las veces que aquel verano en el que estuvimos juntos intentamos escaparnos para estar a solas y ella nos encontraba. No siempre lo hacían, solo cuando querían tocarnos un poco las narices, pero Marta, sigo sin saber cómo, siempre sabía dónde estábamos todos y cada uno de los integrantes del grupo.

—Esa noche lo dejó pasar, pero dos días después se presentó en mi habitación de la residencia con Andrea. ¿Sabes que aparecieron con churros y chocolate para desayunar?

—No sé por qué no me sorprende.

—Me echaron la bronca por haberos dejado de lado y, después de casi cuatro horas de conversación y de muchas lágrimas, nos prometimos quedar al menos una vez al mes para retomar el contacto. Eso se acabó convirtiendo en salir todos los viernes. Con el tiempo, Héctor

acabó uniéndose de vez en cuando, aunque a él le costó más perdonarme y los primeros meses no dejaba pasar una sola oportunidad para reprocharme que todavía no hubiese hablado con alguno de vosotros. Fueron Andrea y él los que me ayudaron a encontrar un piso cuando me fui de casa, antes de venirme aquí.

—¿Es posible que haya hablado más de lo debido? Sí. Es lo que tiene Sean, que se queda calladito delante de ti, con los ojos clavados en los tuyos, y empiezas a largar como una cacatúa.

—Darren y yo seguimos en el grupo de WhatsApp, pero la verdad es que no suelo mirarlo con mucha frecuencia. Quizá tendría que haber sospechado algo cuando, a finales de agosto, nos preguntaron que qué tal por Dublín, que si había noticias frescas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Por supuesto, no faltaron las quejas de Eneko haciéndose el ofendido porque a él no le preguntasen que qué tal estaba, pese a ser el único marginado en el norte de España.

Bajo la mirada al plato, esforzándome para que las lágrimas no lleguen a los ojos, y trago saliva antes de llevarme el tenedor de nuevo a la boca.

«Fuiste tú la que se alejó. Fuiste tú quien salió de ese grupo sin decir adiós. No te quejes ahora por estar perdiéndote las cosas.»

—¿Ya no bajáis? —No hace falta que diga a dónde me refiero, lo sabe de sobra.

—Mis padres van mínimo una vez al año. Darren también se escapa de vez en cuando, aunque no sé si al pueblo o a hacer alguna ruta con Eneko. Yo no he vuelto desde que nació Niall. Los chicos insistieron en que bajásemos para presentárselo, pero acabaron viniendo ellos a Dublín.

Es en ese mismo momento en el que me doy cuenta de algo. Sean ha estado inconscientemente vetado de las conversaciones que he tenido estos últimos años con Marta y Andrea. Mencionaron a los chicos aquel primer día que se presentaron en mi habitación y no frenaban a Héctor cuando este me insistía para que les hablase, pero no me contaban nada de sus vidas ni de lo que había sido de ellos.

Si siguen teniendo ese grupo activo... Si pusieron ese mensaje a finales de agosto...

—¿El viaje que hicieron las chicas hace seis años fue para conocer a Niall?

—Ajá. —Creo que puedo ver el momento en el que su cabeza hace clic, percatándose de lo mismo que yo—. No nos dijeron que te habían visto.

—Ni a mí que venían a veros. Ni que habías tenido un hijo. Es más, no me han hablado de ninguno de vosotros en todos estos años.

Nos quedamos los dos callados, pero llegar a la conclusión no es difícil.

—Me querían dar tiempo —murmuro, sin atreverme a mirarle—. Mantuvieron los dos mundos separados, por decirlo de alguna manera, hasta que yo diese alguna señal de querer arreglarlo todo. Fui yo la que lo jodí, así que tenía que ser yo la que diese el paso.

—Y no lo diste.

—Nunca me he sentido con el derecho de presentarme delante de vosotros y pedir os perdón —admito—. Supongo que simplemente soy una cobarde.

—Nunca has sido una cobarde.

—Me habrá venido con los años. —Me encojo de hombros y me animo a levantar la mirada hacia él.

Si llego a saber lo que me iba a encontrar...

Si hubiese sabido que su mirada iba a estar tan cargada de cariño, quizá me habría quedado con el táper. No me lo merezco. Me merezco que me odie y me eche en cara todo, no que se apiade de mí.

—¿Sabes que Darren dice que tienes un poder sobre mí que me hace ser más valiente?

Alguien con ese don no puede considerarse a sí mismo cobarde.

—¿Y si he dejado de ser ese alguien? Porque llevo más de medio año que no sé quién soy, pero no quiero seguir porque no quiero aburrirte con mis gilipolleces, como el otro día.

—Si me aburrieses, no estaría aquí —dice con total naturalidad—. Ni el otro día me hubiese quedado contigo. No lo hago porque me sienta obligado a ello, Lucía. Claro que, también es cierto que no tenemos tanta confianza como antes, así que si no quieres contarme por qué estás mal lo entendería.

—Dijiste que no querías nada más allá de una relación cordial entre vecinos. Contarse las penas no es algo que haces con un vecino.

—Lo sé. En ese momento es lo que pensaba. Mi cabeza sigue pensando que es lo que debería hacer. Pero... ¿cuándo hemos sido tú y yo simples vecinos? Ni cuando teníamos ocho años. No puedo verte triste y que no me afecte. No sé cómo hacerlo para mantenerme al margen. Es superior a mí.

—Lo dejé con mi pareja a principios de año —empiezo, yéndome al principio del todo—. Prometido, en realidad. Nos conocimos en la empresa en la me contrataron como becaria después de la carrera. Él es un par de años más mayor y le acababan de hacer fijo allí. Al principio me resistí, no he sido muy fan de relaciones estables, pero me encandiló. Y caí. En mi cabeza, Andrés era el hombre perfecto. Carlota nunca le ha tragado, quizá tendría que haberme fiado más de la intuición de mi hermana. ¿Te puedes creer que le caló viéndole solo un par de veces en Navidad? Es increíble. —Suelto una risa irónica, porque no me puedo creer que el amor me tuviese tan ciega.

—¿Te pegó? —Noto la furia que destila en tan solo dos palabras, así que le freno rápidamente.

—No. Nunca me ha hecho daño físico. Eso sí, jugó conmigo como quiso. En mi mente todo era perfecto, Sean. Creía que tenía la vida ideal y ni siquiera había llegado a los treinta. Tenía el trabajo de mis sueños, me iba a casar, vivíamos en una casa preciosa e incluso hablábamos de tener hijos pronto. Hasta que lo pillé follándose a otra.

—¡Será hijo de puta!

—Me engañó con tantas mujeres que es imposible llevar la cuenta. Mientras a mí me prometía un futuro de ensueño, se tiraba a toda la que le siguiese la corriente. Fui el hazmerreír de la oficina y en ese momento, me sentí como si mi vida fuese un castillo de naipes y alguien hubiese quitado una carta de la base. ¡Plof! Todo se vino abajo.

—¿Lo dejaste?

—Al instante. Llamé a Marta en cuanto salí de la oficina y me quedé con ella unos días, hasta que encontré piso. Me llamó e insistió en que quería hablar conmigo para arreglarlo, pero creo que fue lo que me abrió los ojos, ¿y sabes que es lo peor? —Me insta a seguir con la mirada—. Que no fue el primer desprecio que me hacía, pero sí el primero del que fui consciente.

Me levanto al frigorífico a por un poco de agua antes de seguir, porque noto la garganta demasiado seca.

—El velo se me cayó de los ojos y me empecé a dar cuenta de que, desde que estaba con él, había cambiado mi manera de vestir, los sitios a los que iba, salía menos con mis amigas, no visitaba a mi familia casi nunca, dejaba de lado mis *hobbies* o los mantenía en secreto, como si fuesen algo de lo que avergonzarme. Me cambió, Sean. Creo que precisamente por eso es por lo que me siento tan perdida ahora mismo. Todos estos años dejándome manipular me ha hecho olvidar quién soy y no sé cómo encontrarme de nuevo a mí misma.

—¿Dejaste el trabajo?

—Consiguió que me despidieran unos meses después, justo antes de verano. Fue la gota que colmó el vaso. En ese tiempo fui consciente de que no lo echaba de menos, no me dolía haber acabado con la relación. Cada vez que me acordaba de él, era porque alguno de los desprecios que me había hecho en el pasado venía a mi cabeza. Lo que más daño me hizo fue perder mi vida y también me di cuenta de que lo único que me gustaba de esa vida era mi trabajo. Así que se podría decir que el despido y la impotencia fue lo que realmente me fulminó.

—¿Tanto poder tenía dentro de la empresa?

—Más del que yo creía.

Nos quedamos unos segundos en silencio, yo intentando liberarme del nudo que tengo en la garganta y él, supongo, digiriendo todo lo que le he contado, y entonces su mano se posa sobre la mía y el nudo se hace cien veces más grande.

—No te merecía, Lucía. Estoy seguro de que vas a encontrarte muy pronto. Yo sé que sigues ahí dentro, en alguna parte. Llámame loco, pero lo noto.

—¿Sabes que se burlaba de mí por los vídeos de TikTok? —digo riéndome, aunque sé que en la voz se me sigue notando la angustia—. Decía que daba vergüenza ajena y que sus amigos se reirían de él por tener una novia que hacía esas chorradas.

—Pero eso no te frenó.

—Creo que fue lo único en lo que me daba igual lo que él pensase. Menos mal. Ahora mismo es lo único que me hace sentir libre. Pero sí que es verdad que su reacción provocó que se lo ocultase a mi madre y a Carlota. Supongo que tenía miedo de que ellas opinasen igual.

—A mí me gustan tus vídeos y a Darren también. Es más, el otro día le pillé siguiendo una de tus recetas en el restaurante. —Sonríe sin poder evitarlo y creo que es la sonrisa más sincera que me han provocado en mucho tiempo.

—¡Hablando de vídeos! —exclamo, llevándome las manos a los ojos para quitarme las pocas lágrimas que tenía acumuladas en ellos. Es hora de cambiar de tema—. Sigo con la lista de restaurantes a los que quiero ir con Carlota y, como nosotras no sabemos mucho, había pensado en que me ayudases a hacer una criba.

Alcanzo mi libreta, la que él me regaló en nuestra primera cita, que está en uno de los laterales de la isla de la cocina, y saco de ella la lista de restaurantes. No se me escapa que él se sorprende al reconocerla, pero ninguno de los dos mencionamos el hecho de que la siga utilizando tantos años después.

—Los marcados en verde son en los que ya tengo reserva y los amarillos en los que no hace falta reservar. Este último lo he visto muchísimo por redes y no paran de mencionármelo en comentarios, así que tengo curiosidad, ¿lo conoces?

Tarda en responder y tose un poco antes de hablar, pero doy por hecho que es porque acaba de dar otro bocado a nuestra cena. Se le habrá ido por otro lado.

—¿Nua Sláinte?

—Sí, creo que está cerca de donde me fuiste a buscar el otro día porque me suena muchísimo el nombre.

—Ni idea.

—Tendré que pasarme a preguntar entonces. ¿Cuándo me vas a llevar al vuestro? ¿O es que tienes miedo de que te haga una mala crítica? —le reto, mirándole con las cejas alzadas y él rueda los ojos.

—Te traigo comida cinco días a la semana, Lucía. He sido testigo de lo mucho que te ha gustado el primer bocado de este plato. —Señala el táper—. No creo que puedas sacarle una sola pega a mi restaurante.

—Cuando llevas razón tengo que dártela, pero eso no contesta a mi pregunta. ¿Cuándo me llevarás? No sé ni siquiera dónde está. ¿Cómo se llama? A lo mejor lo tengo en la lista.

Antes de que le dé tiempo a contestar, Niall aparece a nuestro lado y eleva los brazos hacia su padre, como pidiéndole que le coja en brazos, a lo que él accede sin dudarlo.

—Hola, peque. ¿Cómo estás?

—Tengo sueño, ¿ya nos vamos a casa?

—Sí. Ahora mismito.

Se pone en pie sin soltarle, pero no camina hasta la puerta, sino que se queda quieto, con la mirada fija en la mía.

—El martes es mi día de descanso. No hagas planes, que tengo pensada la primera parada de nuestro tour gastronómico. Y no desayunes nada.

—Estoy impaciente.

Los acompaño hasta la puerta, me agacho yo a por la mochila de Niall para que él no tenga que hacerlo y, en cuanto estoy sola otra vez en casa, voy a por el móvil.

**Lucía:** ¿Todo este tiempo habéis estado en contacto con Sean y no me habíais dicho nada?

**Andrea:** ¿ESO SIGNIFICA QUE HABÉIS ESTADO JUNTOS?

**Marta:** ¡Madre mía! ¿OS HABÉIS VISTO? Quiero todos los detalles.

**Lucía:** En un rato vamos con eso, pero primero os tengo que odiar un poco. Si no, no me quedo a gusto.

**Lucía:** ¡Joder! ¡Que sabíais que ha sido padre y no me habéis dicho ni mu! Ni siquiera cuando me vine a Dublín.

**Andrea:** Que monísimo es Niall. ¿Te has dado cuenta de que es una mezcla perfecta entre Sean y Darren cuando eran críos?

**Lucía:** Os odio.

**Andrea:** Tres

**Marta:** Dos

**Andrea:** Uno...

**Lucía:** Soy su niñera.

**Marta:** ¿QUÉ?

**Lucía:** Y su vecina.

**Marta:** Repito, ¿QUÉ?

**Lucía:** Y me va a hacer un tour gastronómico para conocer los secretos mejor guardados de la cocina irlandesa. Para TikTok, ya sabéis.

**Marta:** ¿EN QUÉ MOMENTO HA PASADO TODO ESTO, LUCÍA?

**Andrea:** Y luego somos nosotras las que guardamos secretos. Tiene huevos la cosa.

## CAPÍTULO 24

Sean

Si tuviese que sacar una pega a Lucía, sin duda sería lo mal copiloto que lleva siendo toda la vida. Si no se duerme, se mete de lleno en un libro y te ignora durante horas, y si no, te cambia la música a su antojo y se pone a cantar a grito pelado. Por no hablar de lo mala que es dando indicaciones. Darren hace años llegó a la conclusión de que lo mejor que podías hacer si te decía izquierda, era girar a la derecha y viceversa.

Admito que esta mañana me he replanteado si esto era buena idea: meternos en un coche los dos solos en un viaje de más de hora y media, sin posibilidad de huida si nos sentíamos incómodos o si la burbuja de tregua en la que parecíamos habernos metido explotaba. Porque no soy tonto. Sé que todavía hay muchas cosas por decir. Muchos temas por tocar que, aunque intente evitar, acabarán saliendo a la luz. Temas que, si ella no aborda, es porque yo le dije que no quería saber nada. Ahora mismo, hay una cuenta atrás en este falso *stand by* que acabará llegando a cero y, cuando eso pase... Cuando todo estalle será cuando tengamos que hacer un recuento de los daños y decidir si esta amistad realmente puede tener una segunda parte en la que ambos podamos ser nosotros mismos.

O sí, al contrario, estos diez años alejados han sido solo el prólogo de lo que nos depara.

Ella no debe estar muy preocupada por eso, porque en cuanto nos hemos subido al coche me ha pedido permiso para vincular su móvil y poner música. Ni siquiera habíamos salido del garaje cuando por los altavoces ha empezado a sonar una canción que reconocería en cualquier lado y, así de fácil, todas mis preocupaciones se han evaporado.

—¿Sigues escuchando las mismas canciones en bucle?

—De vez en cuando. La gente decía que era una fase, pero se equivocaban. Tengo una lista de Spotify con todas las canciones que han sacado hasta ahora, tanto en el grupo como por separado —asegura con una sonrisa y, en cuanto llega el estribillo, lo canta con tanta felicidad que se me hace imposible no acompañarla—. Admítelo. En el fondo te gustaba su música. Lo disfrazabas, fingiendo que la escuchabas por mí, pero te las sabes todas.

—¡Pero si no me dejabas escuchar otra cosa! Normal que acabase aprendiéndomelas.

—Lo que tú digas —se ríe mientras sigue tarareando y, minutos después, cuando ya llevamos un rato en carretera, su voz rompe el silencio en el que nos habíamos quedado—. ¡Lo ves! Esta también la canturreas y salió en 2015. Sabía que también los escuchabas tú solito.

«Porque en 2015 te echaba tanto de menos que pensar que podíamos estar escuchando la misma canción al mismo tiempo me hacía sentir un poco mejor. Algo me decía que, aunque hubieses desaparecido, su música seguía acompañándote. Que sus canciones eran lo único que me quedaba de ti. Que todas ellas me transportaban a un mundo en el que era posible volver a coincidir en un mismo lugar.»

No digo nada. Me lo callo. Me lo guardo para mí mismo. No sé si por miedo a descubrir que no me ha echado de menos tanto como yo a ella o porque una parte de mí sigue pensando que remover el pasado es innecesario. Así que termino con la pequeña tensión que se ha interpuesto entre nosotros culpando a alguien que no está aquí para defenderse.

—Es por Darren. Le molaron en el concierto al que nos obligaste a ir y tuvo su fase fan. No te emociones, no le duró demasiado. En seguida volvió a su ser y ahora no le sacas de Imagine Dragons y Coldplay.

—Yo no os obligué. Fuisteis porque quisisteis.

—Claro, porque aguantar tres meses de quejas, hipótesis y ceños fruncidos era una opción mucho más alentadora.

—Eres un exagerado.

—¡Pero si es precisamente lo que pasó en 2013 cuando no pudiste ir! Ni loco me arriesgo a pasar otro verano como ese. ¿Sabes que Darren estuvo mirando a ver si había alguna fecha en Dublín que nos cuadrara, solo para que te callases?

—¡No!

—Lo hizo, pero no había más fechas por Europa después del verano.

Podría decir que fue simplemente porque Darren adoraba a Lucía, que también, pero lo cierto es que mi hermano siempre ha sido así: capaz de mover cielo y tierra con tal de hacer felices a aquellos a los que quiere. Luego es un tocapelotas, todo hay que decirlo, pero supongo que todos tenemos nuestros más y nuestros menos.

—Algún día tengo que llamarle para tomarnos algo. No le he vuelto a ver desde que vino a casa para animarme a hablar contigo.

—Muchos martes se viene a cenar a casa. Si quieres algún día te puedes unir.

—No sabéis vivir el uno sin el otro ¿verdad? —Lo dice sin pensar y se nota. Una de esas frases que te salen de manera tan espontánea que es imposible frenarlas. ¿Lo mejor? Que tiene toda la razón del mundo.

—Siempre hemos estado muy unidos, ya lo sabes, pero últimamente ha sido mi mayor apoyo. Si a eso le sumamos que compartimos grupo de amigos... Creo que no hay un solo día que no nos veamos. Y, si no podemos vernos por algo, nos llamamos o nos mandamos algún mensaje chorra.

—Me alegro de saber que lo has tenido a tu lado. No debió ser fácil criar a un niño solo.

—Nada fácil —confirmo—. Pero si confío en lo que todos me dicen, la peor parte ha pasado. Al menos ahora Niall habla y si quiere algo me lo dice, no llora sin parar mientras yo intento adivinar qué pasa. Tendré que disfrutar esta etapa previa a la adolescencia, porque después volverá a no decirme nada y a gruñir por todo —bromeo, aunque sé que hay muchas posibilidades de que eso acabe pasando de aquí a unos años.

—Estoy segura de que lo hiciste genial. Ya de adolescente tenías madera. Hasta mi madre se fiaba más de ti que de mi cuando nos dejaba a cargo de Carlota.

—Eso es porque tú eras un desastre. ¡Intentaste darle agua cuando no tenía ni cuatro meses! —digo, recordando el verano en el que nos conocimos.

Su madre nos dejó al cuidado del bebé mientras ella se daba una ducha, literalmente cinco minutos, y cuando volvió se encontró a Lucía cargando un vaso enorme de agua delante de su hermana pequeña. Lo único que teníamos que hacer era asegurarnos de que el bebé no se moviese demasiado en la hamaca, pero Lucía siempre ha tenido el don de convertir las tareas fáciles en difíciles.

—¡Tenía ocho años! —se queja— ¿Yo qué sabía que a los bebés no se les puede dar agua?

Pierdo su atención por completo en cuanto un nuevo tema comienza a sonar por los altavoces y, después de subir el volumen aún más, comienza a cantar de nuevo. ¿Qué tendrá esta chica que consigue volverme completamente loco, pero aun así querer aprovechar al máximo el tiempo que tenga para disfrutar de su compañía?

Entre canción y canción el viaje se pasa en un suspiro y, sin apenas darme cuenta, estoy tomando la salida que me lleva a uno de mis lugares favoritos del mundo. Uno que me descubrió mi tío hace varios años y al que, desde entonces, me aseguro de con bastante frecuencia.

No solo porque sean mis proveedores de confianza para el restaurante, sino por todo lo que esconde ese lugar.

La granja de Ginny es el lugar perfecto para conocer los pilares sobre los que se fomenta la gastronomía de Irlanda. No solo te explica con una devoción increíble los cultivos que ocupan sus más de veinte hectáreas, sino que si te dejas es capaz de contarte la historia de cada uno de los animales que crecen a su cuidado. Por no hablar de su producto estrella y el motivo por el que me aseguré de que ellos serían mis proveedores costase lo que costase: la patata. Ni siquiera sabía que existían tantas variedades de patata diferentes hasta que conocí este lugar. Precisamente Ginny fue la que, años atrás, me enseñó a sacar provecho de cada una de ellas, así que cuando veo desde el coche que está en una de las tierras más cercanas a la entrada, voy directo a ella.

—¡Sean, hijo! Qué alegría volver a verte —me saluda en cuanto me ve y abre los brazos, sabiendo que estoy encantado de recibir sus abrazos.

—¿Cómo estás, Ginny? Hace tiempo que no me pasaba por aquí.

—Tan joven como siempre, ya lo sabes —contesta con una picardía increíble para sus setenta años y enseguida sus ojos se dirigen a mis espaldas, donde Lucía se ha quedado esperando—. ¿Esta es la chica de la que me has hablado por teléfono?

—Sí. —Le hago un gesto para que se acerque y, cuando está a mi lado, procedo a las presentaciones—. Es de España y está por aquí de visita. ¿Me ayudas a enseñarle lo que es la buena comida irlandesa?

—¡Habéis venido al lugar perfecto! Tengo preparado lo que me pediste, venid por aquí.

—También tienen un pequeño restaurante tradicional —explico a Lucía, mientras seguimos a Ginny hacia el gran edificio de madera que lidera el terreno—. Espero que me hicieses caso y hayas venido sin desayunar.

—Por supuesto. ¿Qué vamos a comer?

—Prepárate para probar el auténtico desayuno irlandés, Lucía. Vamos a salir de aquí rodando.

—¿Dices que esto se lo metían entre pecho y espalda todos los días antes de ir al campo? ¿Cómo eran capaces de moverse después?

Se echa hacia atrás en la silla y se lleva una mano a la tripa. Yo también estoy lleno, pero lo disimulo mejor. Menos mal que he pedido a Ginny que solo sacara un desayuno, porque llego a pedir uno para cada uno y no acabamos hoy.

—Luego no comían nada hasta la cena. Tenían que coger fuerzas. Por eso esta granja es el sitio perfecto para degustarlo, te puedes meter en el ambiente a la perfección. Los cultivos invadiéndolo todo alrededor, la gente trabajando de sol a sol, los platos con productos recién extraídos de la tierra...

—Esto es una locura. Los irlandeses estáis locos.

—¿Te estás arrepintiendo del *tour* gastronómico en la primera parada, Lucía?

—Para nada. Que tenga mi opinión no significa que no quiera seguir descubriendo más cosas.

—Pues levántate, porque Ginny hace uno de los mejores *Soda Bread* del país y va a dejar que te manches las manos.

La guio a través de ese lugar que me conozco tan bien como si fuese mi propia casa y, cuando llegamos al obrador, Ginny ya lo tiene todo preparado. Queda claro que le gusta tanto como a mí enseñar nuestra cultura a otras personas.

—¿Qué es el *Soda Bread*?

—Un pan para el que no se usa levadura, sino bicarbonato de sodio. ¿Quieres que te grabe

mientras sigues a Ginny?

—¿No te importa?

Si fuese sincero con ella, le diría que en realidad me encanta estar al tanto de cada una de sus reacciones y tener un móvil delante es la excusa perfecta para hacerlo, pero no lo soy, así que simplemente extendiendo la mano en su dirección para que me pase el teléfono y poder immortalizarlo absolutamente todo.

El desayuno y sus muecas, tanto de gusto como de estar a punto de reventar.

El obrador y sus risas al acabar con la camiseta cubierta de harina por culpa de un despiste.

El Soda Bread que ella misma ha hecho y lo mucho que se le han abierto los ojos al probarlo.

Y, más tarde, la huerta y su emoción al descubrir la cantidad de alimentos que se cultivan en este lugar.

—¿Cómo es posible que haya aprendido tantísimas cosas en un solo día? Creo que tengo como para veinte vídeos —me dice mientras esperamos a que Ginny prepare la bolsa con todo lo que Lucía ha comprado.

—Doy por sentado que eso significa que apruebas mi elección como primera parada del *tour*.

—Sobresaliente. No sé si vas a conseguir superarte, Sean.

—Ya veremos.

Las horas pasan tan rápido que ninguno de los dos nos percatamos de que la tarde se nos echa encima, así que para cuando queremos llegar a Dublín es casi la hora de salir de clase de Niall.

—¿Te importa si vamos al colegio directamente? Con el tráfico, no me da tiempo a dejarte en casa antes.

—Sin problema —murmura, aunque va tan enfrascada en los vídeos que ha grabado que ni siquiera sé si me escucha.

No pasan ni cinco segundos cuando escucho un sonido característico que me hace dirigir la mirada hacia ella.

—¿Acabas de hacerme una foto?

—Ajá. Y no pienso borrarla. Sales muy guapo. —Algo se agita en mi interior con su última frase, pero lucho por apagarlo.

Lucía siempre dejó claro que le parecía un chico guapo, desde que éramos niños. Nunca se lo ha callado y yo acabé acostumbrándome a sus halagos y piropos, pero no había dicho nada parecido desde que llegó a Dublín así que, supongo, que diez años sin escucharlos han conseguido que me pille desprevenido.

—Tranquilo, no la publicaré en ningún sitio. Esta se queda en mi galería privada del día de hoy.

Dejo que siga a lo suyo hasta que llegamos al colegio de Niall e, incluso una vez allí, le propongo que se quede en el coche mientras yo salgo a recogerlo. ¿Generosidad? Quizá, pero admito que lo uso más como una excusa para poder observarla sin que nadie se dé cuenta.

Porque no la he respondido, pero a mí también me parece que está muy guapa hoy, con el pelo recogido en una coleta alta, el flequillo despeinado después de tantas horas de viaje y la cámara colgada al cuello. Si a eso le sumamos el brillo que he podido vislumbrar en sus ojos en unas cuantas ocasiones, mientras prestaba atención a todo lo que Ginny nos iba contando... Cómo me habría gustado ser yo el que llevase la cámara en ese momento, en vez de su móvil grabando, porque también se habrían ido unas cuantas instantáneas directas a mi galería privada, como ella dice.

Me hubiese quedado mirándola embobado un buen rato si no llega a ser por algo que me

llama la atención justo detrás del coche. En el parque que hay en la acera de enfrente, en el que muchos niños se quedan jugando un rato después del colegio. Juraría que la mujer rubia que estaba allí parada hasta hace un segundo era Dana, pero se ha movido en cuanto he levantado la cabeza y no me ha dado tiempo a verle la cara. Tampoco estoy muy seguro de dónde se ha metido, porque le he perdido la pista.

Pero, ¿qué va a hacer Dana aquí si ni siquiera se ha molestado en contestar mis llamadas desde el día que se olvidó de recoger a Niall? Seguro que es mi imaginación, que no sabe cómo hacerlo para dejar de jugarme malas pasadas. Ni que no hubiese rubias en Dublín que tenía que ser justamente ella.

—¡Papi! —me giro hacia la puerta del colegio justo cuando mi hijo sale corriendo de allí y me agacho a su altura para recibir un abrazo de bienvenida.

Si hay algo en este mundo mejor que los abrazos de mi hijo, no tengo el placer de conocerlo.

—¿Qué tal el día, peque?

—La seño nos ha traído puzzles nuevos y Josh y yo hemos sido los más rápidos de toda la clase. ¡La seño nos ha puesto una pegatina en forma de pieza en el cuaderno como premio!

—¡Eso es genial! ¿Sabes quién está esperándonos en el coche y seguro que se pone muy contenta cuando se lo cuentas? —Se mueve a un lado, para poder mirar hacia el coche sin tener mi cuerpo como obstáculo, y en cuanto la ve una sonrisa enorme se dibuja en su cara.

—¡Lucía!

Antes de que me dé cuenta, ya ha echado a correr hacia allí.

Es ahí cuando me doy cuenta de una cosa: llegará un día en el que ella tenga que volver a Madrid, a su vida, a su gente y cuando llegue ese momento no sé a quién le va a doler más la despedida, si a Niall... O a mí.

## CAPÍTULO 25

Sean - 2014

—¿Te has equivocado de maleta? —escuché que decía Darren, mientras yo estaba con la cabeza metida en el maletero del coche, tratando de colocar bien todas las cosas de pesca de mi padre para conseguir más hueco—. *Nos vamos cuatro días, Lucía, no todo el mes.*

Me giré hacia ellos, preso de la curiosidad, y no pude evitar reírme al ver a Lucía cargando con una maleta el doble de grande que la que habíamos usado Darren y yo para guardar las cosas de ambos.

—*Si nos fuésemos para un mes, tendría dos como esta* —contestó ella risueña y caminó directa hacia mí—. *¿Os he dicho ya lo emocionada que estoy? ¡Va a ser genial!* —Me saludó con un beso y, cuando se dio cuenta de nuestro equipaje, nos miró con los ojos como platos—. *¿Dónde están vuestras cosas?*

—*Ahí* —señalé la maleta—. *Son solo cuatro días.*

—*Hombres* —bufó, poniendo los ojos en blanco, y se fue directa al asiento trasero.

Me sorprendió al principio, porque siempre daba guerra para quedarse con el del copiloto, pero supuse que se habría dado cuenta de que Darren iba a necesitar indicaciones para llegar hasta Madrid y, con las suyas, quizá nos presentábamos en Barcelona. Quizá si el motivo del viaje hubiese sido otro habría cambiado la cosa, pero estaba seguro de que al concierto de su grupo favorito no iba a arriesgarse a llegar tarde.

Sobre todo cuando, hasta hace tres días, ni siquiera sabía que iría.

Lo difícil que había sido guardar el secreto y la cantidad de veces que estuve a punto de irme de la lengua era otro punto a tener en cuenta, pero me arriesgaba a que Darren no volviese a ayudarme con ninguna otra sorpresa, así que mereció la pena.

Todo empezó el otoño del año anterior. Las entradas salían días después y la madre de Lucía le había dicho que, sintiéndolo mucho, no podían permitirse comprar dos entradas y pagar el alojamiento y el transporte de ambas. Por no hablar de que dejar a Carlota sola, con su padre trabajando día sí y día también, no era una opción viable, así que tendrían que llevársela o hacer una parada en el pueblo de su abuela materna para dejarla allí, lo que supondría aún más dinero en transporte. Que Lucía fuese sola al concierto tampoco era una opción, y no solo por la locura de hacer un viaje a Madrid sin compañía; tampoco podría entrar sin un adulto, al ser menor de edad.

Esa noche hicimos una videollamada en la que no paró de quejarse y quejarse. Por no tener más dinero. Por no poder trabajar en el pueblo para ganarlo. Por su hermana pequeña (eso solía ser más recurrente cuando era una niña, pero de adolescente también lo soltaba de vez en cuando). Por haber nacido en diciembre y no cumplir los dieciocho a tiempo para irse sola.

Cuando, después de consolarla un poco, colgué la llamada, Darren se coló en mi habitación con el ordenador en sus brazos.

—¿Te apuntas si te digo que tengo una idea para que vaya a ese estúpido concierto?

Le hice un hueco en mi cama al segundo y, tras una pequeña investigación sobre la fecha, el precio de las entradas y lo que podría costar el alojamiento, trazamos un plan. Una llamada a la madre de Lucía, a escondidas de ella, fue el punto final.

Nosotros acompañaríamos al concierto a Lucía. De todos modos, a Darren le flipaba escuchar música en directo y, aunque nunca se lo confesaríamos a ella, lo cierto es que nos gustaban las

canciones del grupo. Haríamos el viaje en coche, por lo que la gasolina sería mucho más asequible que los billetes de transporte público. Nos quedaríamos en un hostel con buenas valoraciones en Internet que era bastante económico. Darren sería nuestro adulto, porque yo también me quedaba a tan solo unos meses de cumplir los dieciocho. De esa manera, la familia de Lucía solo tendría que pagar una de las entradas y lo correspondiente a una tercera parte de la gasolina y el hostel.

Si cuando yo decía que mi hermano era un genio incomprendido...

Solo esperaba que no se encontrase con gente mala en su camino que consiguiese hacer desaparecer esa necesidad innata de ayudar a las personas a las que quiere.

El único requisito que me puso cuando tuvimos todo organizado fue guardar la sorpresa: Lucía no se enteraría hasta unos días antes del concierto. Darren dijo que era porque no quería estar todo el año escuchándola hablar sobre ello. Yo, en el fondo, sé que fue porque quería tenerla delante cuando se enterase y ver su cara de ilusión.

—*Lleváis las entradas, ¿no?* —nos preguntó en cuanto nos subimos al coche, y ambos nos giramos con las cejas alzadas.

—*No, me las dejé en Dublín* —contestó Darren, aguantándose la risa—. *Solo te llevamos para que veas a todo el mundo entrar mientras tú te quedas fuera.*

La cara de Lucía era un poema, no porque le creyera, sino porque las ironías de mi hermano solían tener esa respuesta.

—*Como lleguemos a Madrid y se te hayan olvidado, te hago volver con un petardo en el culo.*

—*Las llevo yo* —dije, para que parasen, porque si no podían pasarse varias horas con ese tira y afloja, y levanté la pequeña mochila en la que había guardado las cosas importantes: el móvil, la cartera, las entradas impresas y el resguardo de la reserva en el hostel—. *¿Arrancamos?*

El viaje fue para recordar.

Ni siquiera habíamos salido a la carretera cuando Lucía ya estaba conectando su móvil a la radio con un cable que le había dado mi madre, no sabíamos cuándo, y enseguida puso canciones del grupo al que íbamos a ver para que nos las aprendiésemos.

Como si no nos las supiésemos ya.

Aprovechando que íbamos con tiempo de sobra, ya que el concierto no sería hasta el día siguiente, hicimos tantas paradas como quisimos. Primero en un pueblo que olía a galletas. Después en Burgos, porque Darren quería conocer la catedral. Por último, en el pueblo de los abuelos maternos de Lucía, porque pasar al lado y no decir hola a la familia estaba muy mal visto. Nos quedamos allí hasta después de comer, y cuando el conductor dejó de exagerar con que estaba tan lleno que iba a reventar, hicimos el último tramo hasta Madrid.

Ninguno de los tres habíamos estado nunca en la capital, así que en cuanto hicimos el *check in* dedicamos las horas que nos quedaban de día para conocer los lugares más emblemáticos del centro: la plaza de Callao, la Puerta del Sol, el Retiro... Nos dieron las tantas, así que cuando terminamos de cenar pedimos un taxi que nos llevara al hostel. Ahí sí que descubrí mi vista favorita de la ciudad: el recorrido desde la Puerta de Alcalá hasta Plaza España de noche, con las luces haciendo aún más imponentes lugares como la fuente de Cibeles o el edificio Metrópolis.

Nos fuimos a dormir en cuanto llegamos al hostel y, cuando me estaba despidiendo de Lucía, ya que ella se quedaba en la habitación individual y Darren y yo en la doble, me susurró al oído:

—*Vente a dormir conmigo sin que se entere Darren. Dejaré la puerta abierta.*

Y yo, por supuesto, acepté la propuesta sin pensármelo.

Al día siguiente Lucía estaba que se subía por las paredes. Nos hizo salir del hostel a las diez de la mañana para llegar pronto al estadio donde se celebraba el concierto. Daba igual que nosotros tuviésemos grada numerada y no nos hiciese falta hacer cola, ella quería impregnarse del ambiente.

Dimos una vuelta por los alrededores, nos metimos con ella por emocionarse más de la cuenta y, cuando se puso a hacer cola para comprar *merchandising*, nosotros nos quedamos un poco apartados, resguardados bajo la sombra de un árbol y sin saber qué hacer para dejar de pasar tanto calor. ¡Que somos dos chicos irlandeses poco acostumbrados al sol, por favor!

—¿Qué tal anoche? —preguntó de repente Darren y le miré sin entender nada.

—No sé de qué hablas.

—Vamos, Sean, que somos mayorcitos ya. Sé que te fuiste a la habitación de Lucía en cuanto me hice el dormido. Es más, sabía que lo ibas a hacer, por eso fingí tener tanto sueño. —No me veo, pero estoy seguro de que estoy rojo hasta las orejas—. Y que sepáis que, si queráis compartir habitación, era tan fácil como decírmelo. Me puedo quedar yo en la individual y dejaros la doble, al menos así tenéis una cama un poco más grande. No se lo diré a nadie, si eso es lo que os preocupa.

—Sé que no se lo vas a decir a nadie —aseguré—. Es solo que surgió así. No sé.

—Bueno, ¿y qué tal? —Lo miré sin saber a qué se refería y, cuando alzó las cejas, me giré hacia donde estaba Lucía, para asegurarme de que no nos oía.

—No hicimos nada.

—¿Me estás diciendo que has pasado la noche a solas con tu novia, sin padres a la vista, y no habéis hecho nada?

—Nos besamos, nos metimos un poco mano, pero no llegamos a nada más. Solo llevamos dos semanas juntos.

—Empiezo a dudar de que tú y yo seamos hermanos.

—Pasaré cuando tenga que pasar. Por ahora no hemos hablado de ello.

—Pues si surge el tema durante estos días, que sepas que en la maleta metí condones y no precisamente porque yo pretenda utilizarlos, por si había quedado la duda.

Le hice callar en cuanto vi que Lucía venía hacia nosotros con una sonrisa enorme en la cara y, en cuanto llegó a nuestra altura, nos enseñó tres llaveros en forma de trébol de cuatro hojas.

—*¡Mirad lo que he comprado! Tréboles de cuatro hojas para dos de mis irlandeses favoritos. Una chica los estaba vendiendo en la cola, los ha hecho ella.*

—*Pero yo pensaba que tu irlandés favorito era el que está en el grupo* —me burlé, usando la frase que en tantas ocasiones había salido de su boca.

—*En ningún momento he dicho que alguno de vosotros ocupe el primer puesto, simplemente he admitido que estáis en el ranking* —me corrigió en un tono sumamente serio, pero la conocía lo suficiente como para detectar la burla en sus ojos.

—*¿Esto es un chantaje para que no nos quejemos de estar muertos de calor?* —dijo Darren, cogiendo uno de los llaveros.

—*No. Os lo habría comprado aunque no estuviésteis presentes. Las cosas relacionadas con Irlanda y vosotros dos vais siempre en el mismo pack.* —La abracé contra mi costado, pese al calor, y dejé un beso en su cabeza—. *¡Faltan solo dos horas! ¿No estáis nerviosos?*

Nos obligó a entrar en cuanto abrieron las puertas y empezó a saltar cuando empezó el telonero, a pesar de que solo se sabía una de sus canciones. Era tal la energía que desprendía, que Darren y yo no aguantamos ni cinco minutos antes de unirnos a ella. A sus gritos. A sus risas. A

esa sonrisa enorme que no se le borró de la cara ni un solo segundo. Al brillo de sus ojos, que podrían haber iluminado la ciudad entera en caso de apagón.

Y no es que no lo supiera antes de aquel día, pero al notar todo lo que me transmitía el simple hecho de saber que ella estaba experimentando una de las mejores noches de su vida y que lo estaba viviendo a su lado, se me confirmó más que nunca.

Estaba completamente enamorado de esa chica.

Aquella noche, cuando volvimos al hostel y nos quedamos a solas, fue la primera vez desde que empezamos a ser más que amigos que nos dijimos te quiero. Dos palabras que tantas veces habían salido de nuestros labios pero que, en ese momento, tenían más sentido que nunca.

Ahora, cuando lo recuerdo, trato de saber cuándo esos sentimientos desaparecieron. Si es que lo hicieron. O si simplemente los dejé enterrados en alguna parte de mi cabeza, tapados por una de las miles de capas que construí a mi alrededor, y por eso no he sido capaz de volver a sentirlos hacia otra persona desde entonces.

## CAPÍTULO 26

### Lucía

Es viernes y eso significa que es el único día que Carlota termina a la hora de almorzar, así que he quedado con ella en pasar a recogerla para dar comienzo a una de nuestras épocas favoritas del año: la de decorar la casa con adornos navideños. Puede que estés pensando, ¿dos meses antes? A lo que la respuesta es un rotundo sí.

¿Que estamos un poco locas? Las mejores personas lo están.

Además, las tradiciones están para seguirlas y, en nuestra familia, el primer adorno siempre se ha colocado en el mes de octubre y, desde ese momento, la casa se va llenando cada semana más y más hasta que en el puente de diciembre sacamos el árbol como colofón final.

Normalmente lo hacemos en casa de mi madre, pero ya que este año las tres vamos a celebrar las Navidades aquí y que Carlota, a pesar de ser la más navideña de todas, las dos últimas veces ha tenido que seguir la tradición por videollamada, hemos decidido que este año la costumbre se viene a Dublín.

Me concentro en la pantalla del móvil cuando vibra en mi mano, indicándome que tengo que girar hacia la derecha para seguir el camino hacia la universidad, cuando de repente el nombre de un restaurante que me suena demasiado aparece en la ruta: Nua Sláinte.

Levanto la cabeza para buscarlo y, cuando lo veo, me encamino hacia allí. Ha sido completamente imposible reservar por internet y sigo recibiendo comentarios de lo buena que está la comida de su carta, así que habrá que intentarlo en persona.

—¡Buenos días! —saludo al entrar a una chica joven que está sentada detrás de un pequeño mostrador, a modo de recepción, y aprovecho para echar un vistazo alrededor.

Colores cálidos y espacio poco recargado. Aunque se ve moderno, también da sensación de ambiente familiar y la disposición de las mesas y las sillas invitan a que quieras sentarte. Por no hablar del aroma que te azota en cuanto pones un pie en el interior. ¿Eso que noto es que se me está cayendo la baba? ¡Me dan ganas de colarme en la cocina solo para saber qué es lo que huele tan bien!

Tiene varios cuadros en las paredes con paisajes que me atrevería a decir que son de Irlanda, aunque algunos no me suenen de nada, pero no llego a poder leer las inscripciones que hay debajo. Lo que no me cuesta es deducir que el logo son dos jarras de cerveza brindando encima de un plato de comida, porque está en todos lados. Incluso en la pared, encima de la chica que me mira con una sonrisa.

—¿Es posible reservar una mesa de dos para cenar algún sábado? No importa cuál —aseguro, intuyendo que los fines de semana será cuando más ocupado lo tengan.

La chica mira en un enorme libro marrón. Mueve las hojas repetidas veces. Hasta que levanta la mirada hacia mí con un gesto de disculpa en la cara.

—Lo siento, tengo ocupados todos los sábados hasta finales de año, pero si lo desea puede dejarme su contacto y me pondré en contacto con usted si queda algún hueco libre.

Acepto su propuesta, así que le doy el correo, ya que lo de dar números de teléfono españoles ya ha ocasionado que en algún caso se equivoquen con el prefijo, y después de dar otro vistazo al local salgo de allí.

Me da rabia, porque verlo por dentro solo ha conseguido que las reseñas cobren más sentido y el aroma ha conseguido que me rujan las tripas de hambre, pero confío en que pueda probarlo

antes de irme de Dublín. De todos modos, ni siquiera sé cuándo va a ser eso...

Carlota y yo elegimos un adorno cada una. Hemos decidido que es más que suficiente, ya que cada semana iremos añadiendo más cosas y su piso es bastante más pequeño que la casa de mamá y, para aprovechar del todo el viaje al centro comercial, hemos decidido tomarnos un batido de chocolate con nata en la cafetería que hay en la última planta.

No sé si darle las gracias u odiarla por haberme enseñado ese sitio en mi primera semana en la ciudad, porque estoy segura de que sus bebidas dulces tienen gran parte de la culpa de que muchos de los días que salgo yo sola a pasear acabe aquí.

—¿A quién tenemos por aquí?

Sería capaz de reconocer esa voz en cualquier sitio, así que no lo dudo antes de girarme con una sonrisa hacia él.

—¡D! —Me pongo de pie para poder saludarle con un abrazo, que él me devuelve moviéndome a un lado y a otro como el burro que es. Como el burro al que tanto he echado de menos—. ¿Te acuerdas de mi hermana? —señalo hacia Carlota, que observa todo desde su asiento—. Es el hermano de Sean —le digo a ella, notando su confusión.

—Ah, claro, por eso me sonaba tanto tu cara. Te he visto alguna que otra vez por el portal.

—Y yo sabía que esos ojazos verdes me sonaban de algo, pero el tonto de mi hermano me llamaba loco. —La saluda también con un abrazo y después nos presenta al chico que va a su lado. Doyle—. ¿Os importa que nos unamos a vosotras? Veníamos a por un batido, pero las mesas están llenas.

Les señalo las sillas sobrantes como respuesta y, al segundo de haberse sentado, sigue hablando. Porque así es Darren. Suelta todo lo que se le viene a la cabeza, o casi todo, y como se sienta cómodo a tu lado es posible que te sepas su vida entera en el lapso de una tarde. Podría parecer una persona totalmente transparente, pero cuando lo conoces bien te das cuenta que no lo es del todo. Que, simplemente, sabe bien cómo esconder las cosas que no quiere que salgan a la luz.

—¿Así que por eso Carlota creía que Sean se llamaba Mac? —pregunto, cuando Doyle nos cuenta que su nombre de pila es Sean, pero que para evitar confusiones ambos amigos decidieron usar el apellido.

—A mí me gustaba más la idea de llamarlos ángel y demonio, porque son todo lo contrario el uno del otro, pero no tuvo suficiente apoyo —dice Darren, en un tono de voz tan triste que podría hacerte pensar que de verdad le dolió.

—No tuvo ningún apoyo, mejor dicho. Le ignoramos todos y seguimos bebiendo cerveza —nos explica su amigo—. Y ya que todos nos estamos quitando de dudas, yo tengo una pregunta: ¿quién de las dos es la que tiene loco a mi buen amigo Mac? Y, lo más importante, ¿por qué?

—Tío, vaya pregunta, es lógico —responde Darren, sin darme tiempo a que me recupere del *shock* en el que me ha dejado. Al contrario que a Carlota, claro, que se está aguantando la risa—. ¿No ves que una tiene casi nuestra edad y la otra es una niña? Con perdón, Charlie, yo te adoro, pero los once años que nos llevamos se notan.

—¿Entonces eres tú? —continúa, mirándome a mí, pero no sé qué decir—. ¿Qué le has hecho a mi amigo en tan solo un mes para que haya sacado la cabeza del cascarón? No es una crítica, simplemente curiosidad.

—Lo que yo no sé es cómo Oliver y tú sois tan tontos como para no sumar dos más dos cuando es algo tan sumamente fácil. Piensa en la única vez que mi hermano ha tenido algo con una chica, más allá de líos de una noche.

Gracias Darren por llevar la batuta de la conversación, porque si fuese por mí... ¿Que tengo loco a Sean? ¿Eso qué significa? ¿Y lo de que haya salido del cascarón? Si apenas hemos hablado y, en todas y cada una de esas ocasiones, he notado que intentaba que hubiese cierta distancia entre nosotros. Lo máximo que había conseguido sacarle era esa confesión de que no podemos fingir ser solo vecinos, que no podía mantenerse al margen, lo que para mí ya era todo un logro.

Y, recapitulando lo que ha dicho Darren, ¿en serio Sean no ha tenido nada serio con ninguna chica desde lo nuestro?

—La españolita de cuando erais unos críos, ¿cómo se llamaba?

Doyle se lleva la mano a las esquinas de los ojos, como si eso fuese a ayudarlo a recordar, y parece que funciona porque unos segundos después vuelve a mirarme.

De una forma totalmente diferente esta vez.

—¡No me jodas! ¡Ahora todo tiene sentido!

## CAPÍTULO 27

Sean

**Oliver:** ¿Cómo que Lucía, tu vecina y niñera, es la chica de España con la que tanta guerra dabas? ¡Últimamente no nos cuentas nada, tío!

**Oliver:** Por no decir que eso de ser el único que todavía no la conoce me duele. ¡Me duele!

**Oliver:** Joder, si hasta Josh está encantado con ella.

Frunzo el ceño mirando el móvil, ya que no sé de dónde ha sacado la información a estas horas del cuento, pero el siguiente mensaje hace que todo me quede mucho más claro.

**Doyle:** Son majas las vecinitas, nos han invitado al batido.

**Doyle:** Y guapas, no sé qué tienen las facciones mediterráneas que me encantan.

**Doyle:** Ahora entiendo mucho mejor por qué Sean nos quería lejos de ellas desde el primer momento jajaja

¿Dónde ha conocido mi amigo a Charlie y Lucía? ¿Y qué es eso que me sube del estómago de solo pensar en que la persona más ligona que he conocido nunca ha estado con ellas? Porque, si hay algo que tengo claro, es que no va a intentar nada con ninguna de las dos ahora que sabe la historia completa.

**Oliver:** Para un día que no me uno a vosotros y me pierdo lo más interesante que le ha pasado a este grupo en años.

**Darren:** ¿No te pareció interesante tener que acompañar a Doyle al hospital cuando casi le rompen la nariz por ligar con quien no debía?

**Doyle:** Y sigue y sigue. ¿Nunca me dejaréis pasar página de aquella noche? Todavía tengo pesadillas.

**Oliver:** Sean saliendo del cascarón me resulta mucho más interesante que todas las gilipolleces que hagáis cualquiera de vosotros dos.

**Oliver:** Me tenéis curado de espanto.

**Oliver:** Algún día me llamáis desde Las Vegas porque habéis cogido un avión borrachos y os pido que me traigáis un imán. O una foto de vuestra boda. ¿Os imagináis que os casáis entre vosotros?

**Darren:** Qué exagerado.

**Doyle:** Qué exagerado.

La conversación se ha quedado ahí, así que no me lo pienso dos veces antes de responder. Obviamente, aprovechando la oportunidad para meterme con ellos.

**Sean:** Si ya acabasteis una vez en Londres no sé por qué no vais a poder acabar en Las Vegas.

**Darren:** ¡Hombre! Si todavía sigues vivo. ¿Te has enterado de que hemos estado tomando un batido con Charlie y Lucía? A Doyle le han caído muy bien.

**Sean:** Sí, algo he leído. Espero que no hayáis soltado muchas gilipolleces.

**Darren:** Tranquilo, hermanito, que la tienes ganada con esos táperes de comida que tanto te curras. No creo que podamos hacer nada para que cambie de idea.

«La tienes ganada».

La frase se repite un par de veces en mi cabeza, porque si de algo me he dado cuenta estos últimos días, en los que hemos estado más en contacto, es de que Lucía a mí cada día me desconcierta más. No porque ella se comporte de formas extrañas ni nada por el estilo. Si no por cómo actúo yo cuando está cerca y por el lío que tengo en la cabeza sobre cuál es la mejor manera de controlar la situación.

Al principio lo tenía claro: seríamos solo vecinos y nos trataríamos como tal. Un par de encuentros me bastaron para saber que no soy capaz de mantenerme alejado de ella, así que acepté que pudiésemos ser algo parecido a los amigos que un día fuimos. Me gusta esa etiqueta. Lucía se convirtió en mi mejor amiga a las pocas horas de conocernos y muchos de mis recuerdos favoritos los había vivido a su lado.

¿Por qué no se podía haber quedado simplemente en eso? ¿Por qué me cuesta tanto apartar la mirada de sus ojos, sus labios, sus expresiones, cuando estoy con ella? ¿Por qué sigo pensando en ello cuando se va?

Eso, desde luego, no es algo que pase con los amigos. Si me preguntases ahora mismo, no te sabría decir cuántos lunares tiene Doyle en la cara, o si tiene alguno ya de paso, pero los dos que tiene Lucía bajo el ojo derecho llevo días observándolos como si fuesen lo más interesante del mundo.

Así que la frase de Darren me hace pensar. ¿Le estará pasando lo mismo a ella? ¿Cómo lo hace para fingir que todo es normal si a mí cada vez me cuesta más?

Por no hablar de que ni siquiera sé cómo reaccionar al respecto, porque lo que tengo claro es que Lucía me hizo mucho daño en el pasado y ahora mismo no puedo arriesgarme a que eso vuelva a suceder. Saltar a la piscina sin saber si hay agua debajo no se puede hacer con un niño en brazos.

Me guardo el móvil en el bolsillo, sin contestar el último mensaje de mi hermano, y salgo de la cocina para asegurarme de que todo esté listo para el turno de las cenas. Darren llegará en cualquier momento, Niall hoy se ha quedado con mi padre porque han sacado un nuevo reportaje de fútbol en Netflix que quieren ver juntos y mi madre estará por algún lado, haciendo algo, pero no sé ni dónde ni el qué.

Hace tiempo que descubrí que intentar controlar a mi madre en el restaurante es tarea

imposible.

—Esta mañana ha venido la chica que me dijiste el otro día —me dice Claire, la recepcionista, cuando me acerco a ella para asegurarme de que tiene bien apuntados los platos especiales del día.

—¿Lucía?

—Sí. He hecho lo que me pediste, he fingido mirar la agenda y le he dicho que no hay hueco en lo que queda de año.

—Genial. Gracias, Claire.

Sé que se queda con ganas de preguntar por qué tengo tanto interés en que Lucía no consiga una reserva en el restaurante, pero también sé que su profesionalidad le ayudará a quedarse con la duda. Ninguno de mis empleados se metería ni en mi vida privada ni en la de Darren, quizá es por eso por lo que me encanta mi equipo de trabajo y por lo que hago todo lo posible para que ninguno de ellos se vaya.

Tampoco estoy seguro de que supiese darle una respuesta. ¿Qué por qué no quiero que Lucía venga a comer aquí todavía? Porque no sé cómo decirle que el dueño del restaurante que tanto ha visto por redes sociales soy yo.

Me quedé un poco bloqueado la primera vez que lo mencionó porque, presa del pánico, a mi mente vino la posibilidad de que lo mencionase en alguno de sus vídeos y, desde entonces, no sé muy bien cómo decírselo. Confío en ella. Sé que guardará el secreto y que, si se lo pido, ni siquiera hablará del restaurante en sus vídeos. ¿Pero cómo le confieso que le he mentado a la cara?

Voy pensando en todo eso mientras camino de vuelta a la cocina y estoy casi en la puerta cuando, de repente, un estruendo llama mi atención. ¿Eso ha sido la puerta golpeando contra la verja?

—Disculpe, señorita, el restaurante aún no ha abierto.

—Quiero hablar con Sean.

—El restaurante está cerrado y no sé a quién se refiere, señorita, así que le pido por favor que...

—No me vengas con gilipolleces, niña. Sabes perfectamente a quién me refiero y yo sé que está aquí, así que ya puedes ir avisándole para que salga si no quieres que...

Para de hablar cuando llego hasta ellas y, demostrando sus perfectas dotes de actuación, cambia la cara de rabia por una sonrisa de oreja a oreja. Hasta la pose ha cambiado, de encorvada a perfectamente estirada.

—Dana, ¿qué haces aquí?

—Quiero ver a mi hijo.

Me giro hacia Claire, que nos mira a los dos con los ojos como platos, y enseguida entiende el mensaje y se retira a la zona del almacén para dejarnos a solas.

—¿Crees que entrar a la fuerza en mi lugar de trabajo y gritar a una de mis empleadas es la mejor manera de hacerlo?

—Quiero. Ver. A. Mi. Hijo —insiste.

—No —declaro—. Te di una oportunidad y la desperdiciaste. Pusiste a Niall en peligro al dejarlo solo y no avisarme. Y, por si eso fuese poco, desapareciste por completo. No has contestado a ninguna de mis llamadas desde entonces ¿y pretendes aparecer de repente y que yo te reciba como si nada hubiese pasado?

—Tuve que hacer un viaje de urgencia, pero ya estoy de vuelta y quiero ver a mi hijo. —Da un par de pasos hacia mí y, cuanto más se acerca, más notable se hace el olor a *whisky* que

desprende.

—¿Has bebido?

—¡No me cambies de tema!

—No vas a ver a mi hijo —digo, haciendo énfasis en el posesivo—. Niall necesita estabilidad y tus idas y venidas no van a proporcionarle ningún beneficio. Pensaba que habías madurado y te arrepentías de la decisión que tomaste en el pasado, pero está claro que sigues sin estar preparada para hacer el papel de madre si ni siquiera eres capaz de hacer una llamada para avisar de un cambio de planes. No voy a dejar que uses a Niall como experimento.

—¡No puedes hacer eso! ¡Soy su madre biológica!

—Renunciaste legalmente a todos tus derechos como madre, Dana. ¿Quisiste darlo en adopción! Si no llega a ser por terceros, ¡ni siquiera me habría enterado de que estabas embarazada!

—Quizá habría sido lo mejor —murmura por lo bajo y noto cómo la rabia se apodera de todo mi ser.

—¡Pues no sé qué coño haces aquí! Desaparece. Haznos un favor a los tres y aléjate de nosotros. Vivíamos mucho más tranquilos antes de que aparecieses.

—No pienso rendirme así de fácil, Sean. Quedas avisado. Voy a luchar por mi hijo y cuando el juez me dé su custodia, serás tú el que te quedes a un lado. Solo sabrás de nosotros cuando tengas que pasarme la manutención. Más te vale cubrirte las espaldas. Muy guapa la nueva niñera, por cierto. Aunque claro, la otra tenía por lo menos la edad de Cleopatra, así que tampoco era difícil ir a mejor. ¿Te la estás follando?

—Fuera de mi restaurante. Ahora mismo o llamo a la policía.

—Tendrás noticias mías, padre del año —dice, en un claro tono de mofa, y se larga de allí de la misma forma en la que ha entrado: golpeando la valla con la puerta.

¿En qué momento la chica extrovertida y graciosa que conocí en la universidad se ha vuelto tan mezquina y mala?

No puedo dejar que aleje a Niall de mí. No sé cómo lo haré. No sé cuál es el plan que tiene ella. Pero lo que tengo claro es que, si va a tocarme las narices, yo soy capaz de dar comienzo a la tercera guerra mundial.

Noto una mano en mi hombro y, al girarme, veo que tanto Darren como mi madre están ahí. Los dos con el semblante serio, pero con la mirada más determinante que les he visto nunca.

—No te preocupes, hermanito, porque ni ella ni nadie van a conseguir que se lleven al canijo lejos de nosotros.

—Esa cría no sabe con qué familia ha ido a meterse —gruñe mi madre—, pero se va a arrepentir muy pronto de esas intenciones tan feas, ya te lo digo yo. Que se atreva a acercarse un solo dedo a mi nieto, que acaba en la cazuela del estofado.

En situaciones normales, me habría reído de mi madre y su ya famosa amenaza de meter a la gente en el estofado, pero en este momento todo mi cuerpo ha entrado en modo crisis y solo soy capaz de pensar.

En Dana.

En Niall.

En que mi lógica me dice que tengo todas las de ganar si la cosa acaba en juicio.

En que nos tiene vigilados y eso me hace temer que, si no se sale con la suya, puede cometer alguna locura.

En que me muero si me quitan a mi hijo o le hacen algo.

En que no puedo dejar, por nada del mundo, que Niall se entere de lo que ha pasado hoy aquí.

## CAPÍTULO 28

### Lucía

Miro el reloj que está colgado en el salón, justo encima de la televisión y resoplo.

Es la primera vez desde que soy oficialmente la niñera de Niall que he pasado yo a su casa en vez de al revés, porque estaba haciendo los deberes cuando Sean se ha ido a trabajar y nos ha parecido innecesario hacer que lo moviese todo, pero no pensé que las horas se me iban a pasar tan lentas al no tener nada más que la tele con lo que entretenerme.

Nota mental: el próximo día, trae el portátil y así puedes seguir preparando vídeos y cosas, aunque no estés en tu casa. De todos modos, está tan cerca que el Wi-Fi llega perfectamente.

Si tuviese una copia de las llaves, me habría pasado en un segundo a por él, pero tenía miedo de dejar a Niall solo y que se me cerrase la puerta estando fuera.

Y, por si el hecho de estar aburrida fuese poco, mi cabeza no para de darle vueltas al hecho de que Sean lleva varios días comportándose de una manera extraña. No me preocuparía si, previamente, no hubiese ido notando como cada día se sentía más cómodo a mi lado, pero era como si hubiésemos dado un paso adelante y dos atrás.

¿Habrá pasado algo?

¿He hecho algo que lo ha hecho sentir incómodo?

Una parte de mí me dice que deje pasar los días y que, si hay algo que contar, ya lo hará él cuando quiera. La otra no puede evitar tener la mosca detrás de la oreja. Con lo bien que estaba avanzando todo y ahora parece que hemos vuelto al inicio. Al estúpido acuerdo ese de ser solo vecinos.

La puerta de la calle abriéndose me saca de mis pensamientos y lo saludo con una sonrisa, pero él solo me devuelve un movimiento de cabeza. Ni un hola, ni un qué tal la noche.

«¿Qué te pasa, Sean?»

—¿Noche dura en el trabajo? —pregunto, tratando de sacar un tema de conversación mientras me levanto del sofá.

Podría hacer como él y, sin decir nada, coger mis llaves y mi móvil y largarme, pero me gusta demasiado esa costumbre que hemos cogido de hablar un rato cada noche como para renunciar a ella por unos cuantos días raros.

—Normal. ¿Niall?

—Dormido. Ha caído después de cenar.

Espero unos segundos para ver si dice algo más, pero al ver que se queda callado y se encamina a la cocina, le sigo.

—¿Qué te pasa, Sean? ¿Está todo bien?

—Sí, nada que te involucre.

—Te noto raro y me gusta asegurarme de que mis amigos están bien, aunque no me involucre.

—Me ha dolido su contestación, no voy a negarlo.

—No pasa nada.

Lo observo mientras abre el frigorífico para sacar unas verduras de su interior y, sin poder frenarme a mí misma antes de hablar, lo suelto:

—¿Por qué ya no sonríes como antes? Siempre estabas sonriendo y haciendo bromas y riéndote a carcajadas, pero desde que estoy aquí, has estado el noventa y nueve por ciento del tiempo taciturno y serio.

—No todos somos como tú, Lucía —responde, tajante, y doy un paso hacia atrás, sorprendida. O cortada, no estoy muy segura. No por las palabras, sino por la manera en la que las ha dicho. Nunca me había hablado de esa manera.

—¿A qué te refieres?

—A que hay quienes por fuera enseñamos lo que llevamos por dentro. ¿Qué no sonrío tanto como antes? ¡Tampoco soy el mismo que antes! El chaval despreocupado de diecisiete años cuya única preocupación era que la chica que le gustaba le hiciera un poco de caso ha pasado a ser un adulto con problemas reales. Problemas que hacen que ya no me apetezca reír constantemente o que no me nazca el hacer bromas. Si sonrío, lo hago de verdad, porque me apetece, porque el momento me lo pide. No por aparentar algo que no es.

—¿Estás diciendo que yo trato de aparentar? —consigo articular en un hilo de voz.

—Te pasas el día con la sonrisa en la cara y tratando de hacer chistes de todo lo que te rodea, cuando por dentro estás más destrozada que nunca. Te guardas todo lo malo dentro y eso no es bueno. En todo el tiempo que llevas aquí, solo te he visto sonreír de verdad y ser feliz en un par de ocasiones: cuando te llevé a la granja y en el vídeo que me grabaste cuando enseñaste a Niall a hacer tortitas. Así que quizá la verdadera pregunta es, ¿por qué tú no dejas de sonreír si en realidad crees que tu vida se ha ido a la mierda? ¿Por qué intentas engañar al mundo?

—¿Cómo se puede encontrar la salida del pozo de mierda si no pones un poquito de tu parte? —contraataco—. Porque puede que tengas razón, pero al menos yo hago esfuerzos para salir adelante. Tú te encierras en ti mismo. Y no intentes negármelo, Sean, porque lo he visto con mis propios ojos.

—No sabes nada de mí.

—Ah, ¿no? Te escudas en Niall, pero si no sales de tu mierda de cascarón es porque no quieres. Tienes una familia que te quiere y te apoya. Un hijo que es un santo y no te da un puto problema. Trabajas en lo que te gusta, eres tu propio jefe y por lo que sé, el negocio no te va nada mal. ¡Tienes la vida hecha! Así que dime, Sean. Dime cuáles son todos esos problemas que te impiden ser feliz, porque yo no los veo.

Se queda callado y yo me tomo el silencio como la señal de salir de allí. Necesito irme, porque no voy a dejar que vea el daño que me han hecho sus palabras ni las ganas que tengo de romper a llorar.

—Buenas noches —exagero a posta la sonrisa con la que se lo digo y, si no doy un portazo, es por respeto a Niall.

Entro en el piso de mi hermana con las lágrimas ya resbalándome por las mejillas y, al encontrármela en medio del pasillo, con un paquete de pañuelos entre las manos, me rompo. Me abrazo a su cuerpo como si fuese un salvavidas y me dejo llevar hasta el sofá.

—Lo has oído todo, ¿verdad?

—Ajá —confirma, sacando otro pañuelo de la caja para secarme las lágrimas.

—Nunca me había hablado así, de esa manera tan brusca. Ni siquiera sabía que podía ser tan... Tan...

—¿Puedo preguntarte algo? —dice casi en un susurro, como yo fuese un cervatillo y ella tuviese miedo de asustarme. Asiento—. ¿Qué te ha dolido más, lo que ha dicho o cómo lo ha dicho?

—¿Tú también piensas que intento engañar al mundo?

—No. Sé que sonreírle a la vida por muy mal que esta se porte contigo es tu método de supervivencia. Pero sí que creo que en ocasiones deberías abrirte un poco más a los que te queremos y no esconder tus sentimientos. Hay veces en las que romperse totalmente es la única

*manera de después poder resurgir.*

*—Todos sabéis lo que ha pasado.*

*—Sí, pero no nos dejás llegar a ver hasta qué punto tú estás mal. Tuviste un ataque de ansiedad en plena calle y me he enterado por Sean, Lucía. Porque me pidió que te echara un ojo, por si te volvía a pasar y necesitabas ayuda.*

*—No sabía eso.*

*—Lo sé, me lo dijo por mensaje para que no te enterases.*

Nos quedamos unos minutos en silencio, con su mano acariciándome el pelo y lágrimas silenciosas corriendo por mis mejillas, y antes de volver a hablar, se mueve hasta que quedamos sentadas cara a cara.

*—No han sido las mejores formas y está claro que algo ha pasado para que estalle con esa rapidez, pero si lo piensas en frío, tenía que pasar en algún momento. Habéis cubierto todo vuestro pasado con una lona, intentando volver a ser amigos como si nada, pero eso no funciona. Era obvio que todo iba a saltar por los aires y, hasta que no pongáis absolutamente todas las cartas encima de la mesa, va a seguir pasando.*

*—No quiere saber lo que pasó.*

*—¿Estás segura de eso? Sé que es lo que te dijo, pero ¿cómo sabes que no es solo un intento más de protegerse? Puede que él tuviese razón, pero tú también. Lleva años encerrado en sí mismo.*

*—No quiero perderlo otra vez, Carlota.*

*—No lo harás, ya lo verás.*

Vuelve a recostarse en el sofá, animándome a acurrucarme junto a ella, y cuando ya he conseguido dejar de llorar y ambas tenemos la mirada clavada en la televisión, que mi hermana ha debido encender en algún momento sin que yo me dé cuenta, noto que empieza a reírse.

*—Sigo sin poder creerme que el vecino sea el tirillas del que no te separabas ni un segundo. Si antes parecía que no tenía ni brazos y ahora podría agujerear la pared de un puñetazo. ¿Te he dicho que él es el que me recomendó el gimnasio al que voy? El mundo es un pañuelo.*

Dejo que divague a su antojo y, cuando ya no me lo puedo aguantar más, la miro a los ojos y digo esas palabras que llevan en mi garganta tantísimos días. Tantos, que ya comenzaban a asfixiarme.

*—Sigo sintiendo algo por él. No sé cómo ni por qué, pensaba que le había olvidado, pero le miro y... Estoy muy pillada, Carlota.*

*—¿Tengo que fingir que me sorprende? —se ríe, la muy capulla, y sin pensarlo dos veces agarro el cojín y le doy con él en la cabeza.*

## CAPÍTULO 29

Sean

Me siento la peor persona del planeta.

Sé que solo fue una pequeña discusión en la que quizá los dos dijimos cosas que no queríamos decir. O de manera distinta a como nos habría gustado decirlas, pero aun así no puedo evitar sentirme culpable.

Yo soy el que estalló.

Yo soy el que, después varios de días nervioso por no saber cuál será el próximo movimiento de Dana, pagué toda mi frustración con Lucía cuando no se lo merecía.

Ella solo quería asegurarse de que estaba bien y yo di la vuelta a la tortilla.

Ella que, aunque me cueste admitirlo, ha demostrado que me sigue conociendo y leyendo a la perfección, y ha notado al vuelo que algo no iba bien.

—¿Tú también piensas que estoy metido en un cascarón y que uso a Niall como excusa para no salir de él? —pregunto a Darren.

Le he mandado un mensaje en cuanto he dejado a Niall en el colegio, porque necesitaba hablar con alguien urgentemente, y aquí estoy, sentado en una de las mesas de su garaje, observándolo mientras intenta encontrar el pinchazo en la rueda de una bicicleta.

Siempre le ha gustado el ciclismo, tanto que hubo un momento de mi niñez en la que creí que podría llegar a convertirse en profesional, pero todos los sacrificios que implican la vida de un deportista para ser capaz de llegar a lo más alto no encajaban con Darren y su necesidad de ser libre.

—¿Quieres que te diga lo que pienso o quieres que te diga lo que quieres oír? —pregunta, levantando la mirada de la goma a mí, como queriendo asegurarse de que le respondo con sinceridad.

—Dime la verdad.

—Yo no te lo habría dicho de esa manera, pero entiendo su punto y lo comparto —confirma antes de volver a su tarea—. Entendí que cambiases tu forma de ser cuando nació Niall. Se te vino algo muy fuerte encima y no tuviste tiempo de adaptarte a la situación antes de que te estallase en la cara. Necesitabas tener la mente fría y esas barreras que construiste a tu alrededor te ayudaron a hacerlo, pero hace ya tiempo que intento que mi hermano vuelva a salir a la superficie, sin éxito.

Se queda en silencio, como si me estuviese dando tiempo para que lo procese, pero al ver que no digo nada, continúa.

—Parece que tenía que llegar Lucía para que te calase el mensaje. ¿Ves cómo te dije que es tu talón de Aquiles?

—¿Crees que no estoy contento con mi vida?

—Creo que te has conformado con lo mínimo y te has quedado ahí estancado, como si tuvieses miedo de avanzar. Nunca habías sido de los que se conforma.

—Pero estoy a gusto con mi vida y mi trabajo. Tengo lo que necesito.

—¿Estás seguro, Sean? ¿No echas de menos las escapadas que hacíamos con los chicos? ¿Los viajes? ¿Conocer gente nueva? ¿Salir a beber unas cervezas y volver a casa a las tantas porque el tiempo ha volado? Dime que no se te ha pasado ni una sola vez por la cabeza dar un paso más con Lucía y comerle la boca en una de esas charlas nocturnas que tenéis y me creeré que estas a

gusto con tu vida tal y como la estás viviendo.

—Ahora no puedo hacer esas cosas. No puedo irme de viaje sin contar con Niall, ni pasarme toda la noche bebiendo ni... Ni meterme en una relación sin que él se vea implicado.

—Ahí está la confirmación de que te escudas en el canijo para no dar el paso. Piénsalo, Sean. Si quieres hacer una escapada de vez en cuando, tienes unos padres encantados de quedarse con su nieto. Igual que si un día te apetece salir sin tener que mirar el reloj para volver. Y no creo que nada de lo que pase con Lucía pueda afectar negativamente a Niall, lo primero de todo porque no tiene ni por qué enterarse. Aunque claro, yo me refería a algo esporádico, eres tú el que ha hablado de relaciones.

Rebate todos mis puntos y, lo peor, me deja totalmente cortado con el último apunte porque tiene razón: él solo ha hablado de un beso, he sido yo el que ha pensado que eso significaría mucho más.

¿Podría ser posible animarme a dar un paso más con ella sin que eso implique nada?

—No voy a ser yo el que te diga cómo tienes que vivir, hermanito, pero si no quieres quedarte estancado para siempre, va siendo hora de que tomes las riendas. Niall ya no es el bebé que te consumía por completo las horas y la energía y tú ya no eres el padre novato que no sabía por dónde le daba el aire. Quizá el hecho de que te hayas animado a venir aquí a hablar de todo esto sea el primer paso para volver a encontrarte y conocerte a ti mismo.

«Volver a encontrarte.»

¿Será eso? ¿Será que yo también estoy perdido, como ella, aunque no me haya dado cuenta antes?

—Lo primero que tengo que hacer es asegurarme de que Lucía no esté enfadada conmigo.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Tengo un plan. ¿Podrías quedarte con Niall esta noche? Sé que los días de cierre son tu única noche libre de la semana pero...

—¿Te imaginas que después de toda esta charla motivacional te digo que no?

Golpeo el volante con los dedos, nervioso, mientras mi mirada va moviéndose entre el reloj que hay en el salpicadero del coche y la puerta del portal, por donde espero que aparezca en un momento u otro. El mensaje era claro y conciso y sabía que lo había leído, porque el doble *tick* azul había aparecido al poco rato de enviarlo.

**Sean:** Te espero a las siete abajo. He preparado una sorpresa para disculparme por lo de ayer. No cenas antes de salir.

La puerta se abre, haciendo que se me acelere el pulso, pero cuando veo que solo es la vecina del segundo sacando al perro, me hundo en el asiento otra vez. Saludo con la mano cuando pasa junto al coche y vuelvo a mirar la hora.

¿Me va a dejar tirado? Técnicamente, tampoco me ha respondido para confirmar que vendría, pero lo he dado por hecho al no recibir un no.

¿Y si lo está haciendo para vengarse? No, Lucía no es así.

Doy un respingo cuando la puerta del copiloto se abre de repente y, al percatarme de que es ella, miro otra vez hacia la puerta del portal. ¿Por dónde ha salido?

—Lo siento por la tardanza, he bajado a la cafetería a por unas galletas y me he entretenido hablando con Pam. Me ha recomendado unas nuevas de coco, ¿quieres probar?

En su tono de voz no percibo ni una gota de enfado, así que decido dejar la conversación para cuando lleguemos a nuestro destino.

—En el mensaje ponía que salieses sin cenar.

—No he cenado, esto es la merienda —asegura, sacando una galleta y dándole un gran mordisco—. Me apetecía azúcar ¿vale? Y cuando el cuerpo me pide azúcar se lo doy, sino me vuelvo insoportable.

—Dímelo a mí —respondo en automático, pero ella solo sonríe en respuesta. Una sonrisa pequeña que podría quedar eclipsada por el movimiento que hace su boca al masticar la galleta.

—¿Dónde me llevas?

—Ahora lo verás.

—¿No piensas darme ni una pequeña pista?

—No. Y en esta ocasión no te va a servir con mirar por la ventanilla, porque no vas a adivinarlo igualmente —me burlo y, sin hacerme derogar más tiempo, pongo el coche en marcha.

El trayecto no es muy largo, podríamos haberlo hecho andando, pero aprovechando que he sacado el coche del garaje para llevar a Niall a casa de Darren, he pensado que así tardaríamos menos. Lucía se pone muy pesada cuando quiere adivinar algo y no quiero arriesgarme a que me sonsaque ningún dato.

Aparco en un hueco libre que hay en la calle trasera, en la que todo lo que se ve son portales, alguna cochera y puertas negras sin inscripción alguna, y me acerco a esa que he cruzado tantas veces que sería imposible contarlas.

—¿Vas a secuestrarme?

—¿En serio eso es lo primero que se te viene a la cabeza? —pregunto, volviéndome hacia ella lo justo para poder mirarle a la cara mientras hago girar la llave en la cerradura.

—Estamos en una calle en la que no hay un alma y me estás haciendo cruzar una puerta negra. ¿Qué quieres que piense? —Pongo los ojos en blanco, aunque no me mire, y una vez que ambos estamos dentro me aseguro de que la puerta se quede bien cerrada.

El pasillo está a oscuras y así va a seguir hasta que lo crucemos. Por suerte me conozco cada esquina. Le cojo la mano para poder guiarla a través del mismo y comienzo a andar. Claro que, cuando tracé el plan no me imaginé la electricidad que iba a recorrerme de pies a cabeza al notar cómo sus dedos seguían encajando a la perfección con los míos.

¿En qué momento los hemos entrelazado? Será la costumbre o la memoria corporal, que actúa cuando menos se la necesita.

—¿Ahora es cuando das la luz y estoy en una especie de habitación roja de Christian Grey, pero para asesinos?

—Deberías dejar de leer tantos libros de ese tipo, Lucía, te están nublando la mente.

—¡Eres tú el que está haciendo que se me pase cualquier cosa por la cabeza al no darme ninguna pista! —se queja, pero continúa siguiéndome sin dudarlo.

Respiro hondo cuando aparece delante de nosotros la puerta final y, de un solo empujón, la abro para ella. Me hago a un lado y dejo que entre en mi cocina. Porque puede que Darren y mi madre me echen una mano, pero ese lugar lo siento más mío que ningún otro en el mundo.

No hablo, porque no estoy seguro de qué decir, así que simplemente dejo que lo observe todo. Que perciba los detalles. Que se empape de ellos y llegue a la conclusión de qué es lo que la quiero contar con ello.

—Nua Sláinte —murmura, leyendo la inscripción que hay en la única pared que no está llena de electrodomésticos o utensilios de cocina, y bajo la que hay una imagen de toda mi familia el día de la inauguración. Ahí es donde está su atención clavada ahora y sus dedos acarician el marco con cuidado—. Por eso nunca mencionabas el nombre del restaurante —dice girándose

hacia mí—. ¡Qué capullo! Eres el dueño de uno de los restaurantes más conocidos de la ciudad y no me has dicho nada. ¡Te lo callaste cuando te pregunté si lo conocías!

—Nadie sabe que lo lleva mi familia, Lucía, y ni Darren ni yo queremos ver nuestras caras por redes sociales o en las revistas que hasta ahora han hablado de nosotros, preguntándose quienes serán los dueños —le recuerdo—. No estoy acostumbrado a contarlos. Los que lo saben es porque lo hacen desde el principio. Me pillaste desprevenido.

—¿No confiabas en mí como para guardar el secreto?

—¡Claro que confío en ti! —respondo al segundo. Porque así lo siento—. Simplemente me quedé en blanco y después no sabía cómo sacar el tema y confesar que te había mentido. Esta mañana estaba pensando en cómo pedirte perdón por lo gilipollas que fui anoche y... ¿Te acuerdas cuando éramos pequeños y siempre que discutíamos por algo acabábamos buscándonos el uno al otro en nuestra playa? —Asiente—. Este es mi lugar favorito del mundo ahora, así que... No sé. Parecía tener más lógica en mi cabeza.

—¿Querías enseñarme el sitio al que pueda venir a buscarte de ahora en adelante cuando te pongas de morros? A mí me parece un gesto bonito. Te prometo que voy a ser una tumba, no saldrá una sola palabra de mi boca sobre todo esto —asegura, haciendo como si cerrase una cremallera sobre sus labios, y yo me armo de valor.

Es hora de tener la conversación para la que la he traído aquí. A mi sitio favorito, sí, pero también a ese en el que me siento lo suficientemente cómodo para abrirme a ella sin miedo.

—Lo siento, Lucía —empiezo, apoyando la espalda contra una de las encimeras—. Ayer estallé contigo cuando tú no tienes la culpa de que esté pasando una mala semana.

—Tampoco dijiste nada que no fuese verdad. —Camina hacia mí e imita mi postura, utilizando la isla que tengo justo enfrente para quedar cara a cara—. Sonreírle al mundo es algo así como un método de supervivencia para mí, pero debería mostrarme más a la gente que me quiere. Carlota me ayudó a entender lo que querías decir.

—Tú tampoco te equivocabas. Me da miedo avanzar. Conformarme con mi vida tal y como es ahora es lo fácil, lo seguro. Llevo años así y puede que me esté negando a mí mismo la posibilidad de ser más feliz, pero también me protejo de posibles daños.

—De lo malo es de lo que se aprende.

—Lo sé. Yo también he estado hablando con Darren, me da la sensación de que hemos usado a nuestros respectivos hermanos de psicólogos —comento, haciéndola reír. Con lo bonita que es esa risa y yo me la quería perder—. Llevo todo el día pensando en ello y me he dado cuenta de que nos he metido a los dos en tal burbuja, que incluso he hecho que Niall se pierda de vivir muchas cosas que a mí de crío me flipaban. Quiero llevármelo a la montaña y que corra como un loco por el campo, sin miedo. Que conozca mundo, que descubra culturas diferentes. Que sepa lo que es montar en avión y en barco. Mostrarle todos los *hobbies* que pueda para que decida qué es lo que le gusta a él.

—Me parece una idea estupenda.

—Me va a costar —admito y ella asiente con la cabeza, porque ha calado a esta nueva versión mía en tiempo récord—. Pero quiero vivir. Quiero que mi hijo viva. No quiero que crezca viendo como su padre simplemente se conforma.

Noto que sus movimientos son torpes cuando se mueve, como si estuviese pensando demasiado antes de ejecutar cada uno de ellos, pero cuando finalmente está delante de mí y se abraza a mi cuerpo con fuerza, algo dentro de mí hace clic. Como si encajase. Como si llevase demasiado tiempo siendo un puzle incompleto.

—No te imaginas lo mucho que te he echado de menos —confiesa contra mi camiseta y dejo

que mis brazos también la rodeen. Que la atraigan hacia mi cuerpo con más poder todavía. Y me permito bajar la cabeza hasta que mis labios rozan su pelo y el olor a su champú lo inunda todo.

¿Cómo es posible que un aroma sea capaz de transportarte a otro mundo?

—No importa que te cueste —me asegura, levantando la cabeza lo justo para mirarme a los ojos fijamente—. El primer paso es saber que quieres cambiar algo. Lo demás vendrá con tiempo y esfuerzo.

Todo se congela a mi alrededor al tenerla tan cerca por primera vez en años. Poder ver las pequeñas motitas amarillas que aclaran el marrón de sus ojos, tener al alcance de mi mano esos dos lunares que tantas veces me he quedado mirando, que sus labios estén tan cerca que simplemente tendría que agacharme un poco... Un poco más y...

Pero no puedo. No todavía. Y puede que ese sea un pensamiento del Sean que estoy intentando dejar de ser, pero con tantísimas cosas como tengo ahora mismo en la cabeza, besar a Lucía no sería de ayuda. Porque en el momento en el que sus labios rocen los míos, no habrá vuelta atrás. Sé que no me voy a quedar contento con solo un beso. Voy a querer más y más. Y mi mente se va a nublar.

Ahora, por mucho que me fastidie, tengo que centrarme en Dana y en los problemas que me puede ocasionar si decide dar un paso adelante y pedir la custodia de Niall en los tribunales. Cuando eso esté solucionado y no haya ni una sola posibilidad de que alguien aparte a mi hijo de mi lado, será cuando pueda tratar de averiguar si Lucía estaría interesada en dar un paso más.

Me aparto un poco con un carraspeo y lanzo una propuesta que sé que le va a encantar.

—¿Te apetece cenar conmigo?

—¿Qué pregunta es esa? ¡Por supuesto! ¿Qué tienes pensado, chef? —dice con guasa y una vez que tenemos los delantales puestos, ella el de Darren y yo el mío, nos ponemos manos a la obra.

—Bienvenida a una parada más de nuestro *tour* gastronómico. Como experto en patatas, no hay mejor *boxty* que el mío.

—Eso te hace quedar como un egocéntrico.

—Mi tarea es enseñarte lo mejor de lo mejor, Lu. Si el mejor plato lo tengo yo, ¿qué necesidad hay de llevarte a otro sitio?

—¿Y qué es el *boxty*, señor experto?

—Hay quien los llama panqueques de patata. Ya los tengo preparados, así que si quieres aprender a hacerlos te toca volver otro día. Es un acompañante de lujo y hoy vamos a comerlo con un salmón ahumado que conseguirá dejarte sin habla.

Nos ponemos los dos manos a la obra para ultimar los detalles y, cuando descubre colgando de una de las paredes la báscula que me regaló por mi cumpleaños, me mira con una gran sonrisa en la cara.

Una de las de verdad, de las que me hacen sonreír a mí también. De las que se me haría muy difícil no besar si me llega a pillar a la misma distancia a la que estábamos hace un rato, por mucho que el mundo esté viniéndose abajo a nuestro alrededor.

«Has podido besarla y no has querido, así que no vengas ahora con gilipolleces.»

Sacudo la cabeza, intentando librarme de mi propia conciencia, y me concentro en los ingredientes hasta que algo me viene a la mente.

—Si quieres, puedes grabar un vídeo del restaurante para la cuenta. Mientras no se mencione ningún nombre ni grabes algo que pueda dar pistas, te doy vía libre.

—Este momento es nuestro, Sean —me corta—. No quiero compartirlo con nadie. Solo contigo.

«Joder, ¿cómo puede ser tan perfecta? Tenías que haberla besado.»

## CAPÍTULO 30

### Lucía

En cuanto se abre la puerta me aparto del muro del colegio, en el que estaba apoyada mientras esperaba a que se hiciera la hora, y me aseguro de estar a la vista para cuando llegue el turno de salir de Niall.

Admito que fue algo que me dio un poco de ansiedad el primer día. ¿Me reconocería? ¿Me estaría colocando en el lugar adecuado? ¿Habría recibido la profesora el mensaje de Sean avisando de que sería yo la que iría a por el niño?

Por suerte para mí, y para mis nervios, él corrió hacia mí en cuanto me localizó, así que desde entonces me aseguro de colocarme más o menos por el mismo sitio cada vez que vengo.

—¡Lucía! —grita, corriendo en mi dirección con los brazos abiertos y algo en la mano.

Me agacho a su altura, para saludarlo con un abrazo y me fijo en lo que trae.

—¿Qué tal el día? ¿Qué llevas ahí?

—Es un marco de fotos con macarrones. ¿A papá le gustará?

—Seguro que sí. ¿Sabes lo que podemos hacer? Buscar una foto vuestra y enmarcarla antes de enseñárselo, como una sorpresa. ¿Qué te parece? —La gran sonrisa con la que me mira me da todas las respuestas así que, con ello en mente, vuelvo a ponerme de pie—. ¿Quieres quedarte hoy un poco en el parque con Josh?

—¿Puedo?

—Claro, pero solo un rato. No quiero que se nos haga de noche. —Asiente con la cabeza y ambos cruzamos la carretera hacia el parque que hay justo enfrente antes de que se suelte de mi mano y eche a correr hacia donde su amigo ya está intentando trepar por una cuerda.

Miro alrededor, por si Helena estuviese por allí, pero al no verla decido dirigirme a uno de los bancos que hay libres, desde donde puedo estar pendiente de Niall al mismo tiempo que avanzo un poco con el libro que estoy leyendo en el Kindle.

O eso pretendía, porque antes de llegar a mi destino, una mujer a la que no había visto nunca se interpone en mi camino con una sonrisa que no me da buena espina.

—Hola, Lucía —saluda muy confiada, consiguiendo que las malas vibras que me ha transmitido su expresión se multipliquen.

—¿Nos conocemos?

—Tú a mí, no. Yo a ti, sí.

¿Qué se supone que tengo que responder a eso? Porque no es la primera vez que alguien me para en la calle por haberme reconocido de TikTok, pero ellos lo dicen directamente. No sé por qué me da la sensación de que esta mujer no me ha parado precisamente por ese motivo.

—¿Quién eres?

—La madre de Niall. Ya es hora de que te arranque la venda de los ojos para que descubras el monstruo que es su padre. Créeme, me lo agradecerás tarde o temprano.

Mi mente se queda en blanco. Lo primero, porque no había vuelto a saber nada de ella desde que se olvidó de recoger a Niall y no avisó a nadie. Lo segundo, ¿acaba de llamar monstruo a Sean?

—No sé qué pretendes, pero no me interesa nada de lo que tengas que decir —digo, asegurándome de tener a Niall en el punto de mira.

Porque esa mujer me da mala espina y, con ella aquí, no pienso perder de vista al niño ni un

solo segundo.

—¡Se aprovechó de mi juventud para quitarme a mi hijo y ahora no me deja verlo!

Por un momento estoy tentada a decirle que ya me sé toda la historia, pero cambio de opinión en el último segundo. Quiero saber cuál es la versión que ella cuenta para, después, decírselo a Sean. Porque, si está intentando meter mierda en mi cabeza, ¿con quién más lo habrá intentado?

—Es un manipulador y una mala persona —continúa, al ver que no la corto—. Juega con las mujeres y contigo va a hacer lo mismo. Te empieza a vender esa imagen de padre perfecto hasta que caes en sus redes y, en cuanto te abras de piernas y se canse, se buscará a otra niñera y a ti te dejará hecha mierda. Lo conozco mejor que nadie. Es malo, Lucía.

—Más bien creo que no lo conoces en absoluto —rebato—. No sé cuál es tu historia, Dana —remarco, haciéndola saber que he escuchado hablar de ella—, pero sí que conozco la suya y maldad es lo último que hay en él. Sé que quisiste dar en adopción a Niall cuando era un bebé y él lo impidió. Sé que habéis estado con un régimen de visitas estos últimos meses y que la cagaste cuando te olvidaste de venir a por Niall y no fuiste capaz ni de mandar un mensaje avisándolo. Y lo sé porque fui yo la que encontró ese día al niño llorando. No vengas metiendo mierda de Sean cuando no se lo merece. Si no te deja ver al niño, sus motivos tendrá.

—Ya te ha comido la cabeza —sigue, sin bajarse del carro, y noto como sus ojos se van inyectando en sangre a cada segundo.

Por un momento, no puedo evitar que a mi cabeza se venga la imagen de Ira, de “Inside Out”, echando fuego por la cabeza al no salirse con la suya.

—No sé qué es lo que te motiva para intentar joderle la vida, pero desde luego conmigo no lo vas a conseguir. Así que, te pido por favor que te largues de aquí, respetes la decisión de Sean y te alejes de Niall.

—¡Las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras! —insiste.

—No cuando no llevas razón —respondo, manteniendo la calma, y justo cuando abre la boca para volver a hablar, noto que una figura aparece a mi espalda, haciendo que su mirada se desvíe.

—Oliver —gruñe, con disgusto, y yo noto que todos los músculos de mi cuerpo se relajan. Porque puede que todavía no le ponga cara, pero sin duda su nombre lo he escuchado en multitud de ocasiones.

—Dana —saluda, escueto, sin ningún tipo de emoción en la voz—. Creo que es momento de que te largues.

—Estoy en un espacio público. Puedo hacer lo que quiera.

—No creo que a la policía le guste saber que hay una mujer con antecedentes rondando por un parque infantil, apestando a alcohol, con las pupilas dilatadas y armando escándalo. Pero, si quieres, les llamamos y que nos den ellos mismos su opinión.

¿Ira de “Inside Out”? Se queda en rosa comparado con lo roja que está la cara de Dana ahora mismo.

—¡No tienes derecho a saber eso! Eres un cabrón.

—A mucha honra. Ahora, lárgate. Lucía y yo tenemos cosas más interesantes sobre las que hablar. Que sea la última vez que te oigo soltar todas esas gilipolleces sobre mi amigo porque entonces seré yo el que empiece a decir todo lo que sé.

Se lo piensa durante unos segundos, pero después da media vuelta de la forma más dramática que he visto nunca fuera del cine y se aleja. No aparto la vista de ella hasta que ya ha salido del parque y ha cruzado la calle, y después me giro hacia Oliver.

Me sorprende un poco al principio, porque al contrario que Sean, Darren y Doyle, el sí que es el típico chico que se te viene a la cabeza cuando piensas en Irlanda: pelirrojo, con la piel muy

clarita y mogollón de pecas en las mejillas.

—No esperaba conocerte en estas circunstancias, pero encantado —me dice con una gran sonrisa, estirando la mano hacia mí—. Soy Oliver, uno de los mejores amigos de Sean y padre de Josh. Estaba picado por ser el único que todavía no te conocía, pero creo que he ganado en cuanto a encuentro épico —se ríe y no puedo evitar unirme a él.

—Encantada, Oliver. Yo soy Lucía, aunque creo que eso ya lo sabes. He oído hablar de ti.

—Espero que cosas buenas.

—No te confíes, ha sido Darren. —Ahora soy yo la que le hace reír y, así de fácil, decido que me cae bien este chico—. ¿De verdad tiene antecedentes? —pregunto, volviendo atrás en la conversación, porque no he podido evitar quedarme con esa parte.

Lo del alcohol y las pupilas lo había notado, pero no le había dado importancia queriendo creer que sería algo de una sola vez.

—Sí. No sé cuáles ni desde hace cuánto, pero tiene.

—¿Y Sean lo sabe?

—No —me quedo mirándole, esperando a que siga contándome más cosas, y finalmente cede—. Se supone que yo no tendría que saber nada de esto y no se lo dije a Sean porque pensé que Dana no volvería a aparecer. No se lo cuentes, por favor, quiero buscar la manera de hacerlo para que no se altere demasiado. —Asiento—. El día que no vino a por Niall tuvo un accidente con el coche. Iba borracha y drogada.

—¿Por eso no vino?

—Fue horas después, bien entrada la madrugada. Por suerte, simplemente se chocó contra un quitamiedos. Nadie más se vio implicado, no ocasionó daños mayores y ella solo se hizo un par de rasguños.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Conduzco una grúa y me llamaron para que fuese a retirar el coche. Al reconocerla en la ambulancia, me aproveché de la situación. Conozco a muchos de los polis, así que fingí conocerla más de lo que en realidad lo hago.

—¿Mentiste a las autoridades? Eso muy está mal visto, Oliver —le regaño, en un intento de que la tensión y la seriedad de la conversación se diluya un poco.

—Lo hice por mi amigo, ¿vale? —se excusa, levantando las manos al aire—. Le pregunté a uno de los policías con los que mejor me llevo si iba a meterse en problemas, como si realmente estuviese preocupado por ella, y me contó que doblaba la tasa de alcohol permitida y había dado positivo en drogas y que eso, sumado a los antecedentes que ya tenía...

—¿No dijo nada más? —Niega—. ¿Por qué no seguiste preguntando?

—No quise jugármela. ¿No se dice en España eso de que la avaricia rompe el saco? Dio por hecho que sabía de sobra cuáles eran. Me pilló desprevenido, no te voy a mentir. No es que Dana fuese la chica más obediente de la universidad, ¿pero qué universitario no se mete en líos?

—¿La conocías?

—Helena vivió con ella en la residencia de estudiantes durante un año y, si bien es cierto que al ser una de primero y la otra de cuarto no se relacionaron mucho, sí que llegaron a conocerse un poco. Cuando supimos que estaba embarazada, Helena acababa de entrar en el segundo trimestre. Intentó acercarse a ella, pensando que quizá así se sentiría acompañada en lo de tener un hijo siendo joven, pero Dana no la dejó. Fingía no estar embarazada, usando ropa ancha y vestidos. Solo las de la residencia y los amigos de Sean sabíamos la verdad.

—Pensaría que, si no se lo iba a quedar, no tenía sentido que todo el mundo lo supiera —deduzco, intentando buscar un por qué a esa actitud.

—Estuve presente alguno de los días que quedó con Sean y Niall este verano y parecía una chica completamente normal, Lucía. No sé si es que fingía delante de nosotros o qué, pero hoy era otra persona diferente. Si un solo día hubiese aparecido como lo ha hecho hoy, Sean no la habría dejado a solas con Niall ni loco.

—Pobrecillo —pienso en alto, clavando la mirada en el niño—. Creces sin madre y, cuando piensas que quizá eso puede cambiar, te llevas el chasco.

—Si la que hemos visto hoy es la verdadera Dana, está mejor sin ella.

Una hora después, tras un pequeño tira y afloja con Niall porque quería quedarse un rato más jugando con Josh, nos despedimos de ellos y ponemos rumbo a casa. O esa era mi intención, porque no hacemos más que salir del parque cuando una duda me hace frenar.

¿Sabe Dana dónde viven? ¿Estará allí, preparada para otro encontronazo? No la tengo miedo, pero por nada del mundo quiero que Niall sea testigo de ello. Ni que vea a su madre tal y como la he visto yo esta tarde.

—¿Sabes llegar al restaurante de papá desde aquí?

—Sí. ¿Quieres ir a ver a los abuelos? El abu dice que te conoce de cuando eras casi como yo de pequeña.

Mi idea no era ir a la casa de los padres de Sean, más bien era llegar a él, contarle lo que había pasado, y esperar a que saliese de trabajar para irnos juntos a casa y poder reaccionar si nos encontrábamos a Dana por el camino. Pero ahora que lo dice...

—He pensado que, si queremos encontrar una foto que poner en ese marco de fotos tan chulo que has hecho sin que tu papá se entere de la sorpresa, es allí donde tenemos que buscarla.

—¡Sí! La abu tiene libros enteros llenos de fotos. ¡Es como si estuviésemos en una misión secreta!

—Te toca guiarme.

Dejo que me lleve por calles que no me suenan de nada, pero cinco minutos después puedo ver el letrero a unos metros de distancia. Seguro que ni siquiera con Google habríamos llegado tan rápido. En cierto modo me siento un poco tonta, porque ya debería ser capaz de moverme al menos por esta zona con facilidad; después recuerdo que la orientación nunca ha sido lo mío y, bueno, supongo que me consuelo un poco a mí misma.

Niall va directo al portal que hay justo al lado del restaurante, en el que Sean me dijo que viven sus padres y desde el que hay un paso al local, y yo dejo que él sea el que llame al timbre.

—¿Quién?

—Soy yo, abu. ¡Lucía y yo venimos en misión secreta!

El sonido de la puerta desbloqueándose llega al segundo y lo sigo mientras se encamina hacia las escaleras para subir hasta el primer piso, donde nos espera un hombre al que reconozco sin problema, pese a que las arrugas comienzan a adornar las mejillas lisas que yo recordaba.

—Así que es verdad lo que dicen por ahí, la terremoto ha vuelto. —La nostalgia me golpea en cuanto escucho ese mote que solo él utilizaba, pero que tan bien me definía cuando era pequeña, y dejo que me envuelva entre sus brazos—. Estás guapísima, niña. No te recordaba así de alta.

—¡Eso es porque tú te has hecho más pequeño, Fergus! —Escucho detrás de mí, en las escaleras por las que acabamos de subir, y cuando me giro es como si los últimos diez años no hubiesen pasado.

¿He llegado a ver en alguna ocasión a Erin sin un delantal puesto? Seguro que sí, pero han sido tan pocas que las he olvidado.

—Me extrañaba que alguien llamase al timbre a estas horas, pero en cuanto os he visto pasar

he sabido que yo conocía a esta chica.

Me acerco a ella también para abrazarla, y no es hasta que la voz de Niall llega a nosotros que me acuerdo de que el motivo de estar aquí no es reencontrarme con aquellas personas que en algún momento del pasado llegaron a ser mis segundos padres.

—¡Lucía y yo estamos en misión secreta!

—Tienes que decirlo más bajo, Niall, si no nos van a descubrir —le digo susurrando y Fergus nos hace una señal para que pasemos al piso.

No me da tiempo a mirar mucho a mi alrededor, porque enseguida Niall empieza a contarles a sus abuelos cuál es nuestra misión y los tres se ponen manos a la obra para encontrar la foto perfecta. Me resulta una escena tan entrañable que, a la vez que no quiero apartar la vista de ellos, me hace sentir como una intrusa en su casa.

No dejo que esos pensamientos hagan mella en mí, así que aprovecho para sacar el móvil y mandar un mensaje a Sean.

**Lucía:** Niall y yo estamos en casa de tus padres, esperaremos aquí a que termines el turno.

**Lucía:** Y antes de que te entre la paranoia, no ha pasado nada. Niall está perfectamente. Te lo cuento todo luego.

Erin da con la foto perfecta, Fergus ayuda a Niall a colocarla bien en el marco y, cuando la misión está completa, insisten hasta que aceptamos quedarnos a cenar con ellos.

—¿No tienes que bajar al restaurante? —pregunto a Erin cuando me obliga a sentarme en una de las sillas de la cocina.

—Pueden sobrevivir sin mí. Es más, estoy segura de que trabajan mucho más cómodos cuando yo no estoy alrededor, pero también valoran demasiado su bienestar como para arriesgarse a echarme.

¿Lo más gracioso de todo? Que otras personas podrían dejarse engañar por la risa que suelta después y pensar que es una broma, pero yo conozco lo suficientemente bien a esta mujer como para saber que no van a conseguir sacarla de allí hasta que la salud se lo impida.

—Ahora que mi nieto está entretenido, dime la verdad. ¿Por qué habéis venido aquí? —desvió la mirada hacia el pasillo, por si acaso, pero ella insiste—. No van a venir hasta que les avisemos de que la cena está lista. Seguro que ya están viendo o leyendo algo sobre el Antiguo Egipto.

—Dana estaba hoy en el colegio a la hora de la salida. Se ha acercado a hablar conmigo.

—Esa muchacha...

—No quería ir sola con Niall hasta casa y arriesgarme a encontrárnosla. No es que me dé miedo, pero él no debería verla de esa manera. Iba bebida y se la notaba alterada. Ningún niño tendría que ver a sus padres de ese modo.

—¿Niall no ha llegado a verla?

—Creo que no. Cuando se ha acercado a mí, él ya estaba en el parque con Josh. Oliver me ha ayudado a deshacerme de ella.

—Bien. Has hecho lo correcto viniendo aquí.

—¿Hay que preocuparse por ella, Erin?

—No es tan peligrosa como se piensa. Lo tengo controlado, no te preocupes por eso.

Decido confiar en ella, porque nunca ha sido una persona que te regale los oídos o te diga lo que tú quieres oír.

—No sabes lo feliz que estoy de que estés aquí —dice, cambiando de tema—. Cuando Darren

me lo contó no sabía si creérmelo o no, pero cuando empecé a notar el cambio en Sean... Ahí es cuando supe que mi pupila estaba cerca.

—No sé porque Darren y tú estáis tan seguros de que tengo ese efecto en él cuando yo no noto nada.

—Si ya somos dos los que lo decimos por algo será, ¿no?

Mi móvil vibrando sobre la mesa llama la atención de ambas y, al ver que no es el primer mensaje de Sean que me llega, lo abro. ¿Cuándo han llegado el resto y por qué no me he enterado?

**Sean:** Que estés en casa de mis padres no me cuadra con que no haya pasado nada. ¿Tú estás bien?

**Sean:** Oliver me acaba de decir que te ha conocido y que Dana ha estado hablando contigo. ¿Qué te ha dicho?

**Sean:** Aunque ahora entiendo por qué has venido aquí en vez de ir a casa.

**Sean:** En cuanto salga el último plato subo. Hoy limpia Darren.

—Ahí tienes uno de los ejemplos —dice Erin—. Seguro que está nervioso porque Niall está aquí en vez de en casa y eso ya es algo inesperado que escapa de su control. Hace unas semanas, en vez de mandar un mensaje, se habría presentado allí donde estuviese el niño para asegurarse con sus propios ojos de que todo iba bien. Ahora, en cambio, ha confiado a ciegas en ti.

—Pero...

—Yo tampoco me lo explico, cariño —confiesa—. Pero lo llevo notando tantísimos años que ya ni me sorprende. Admito que me gusta más este Sean que el otro. Me atrevería a confirmar que a él le pasa lo mismo.

Disfrutar una vez más de uno de los guisos de Erin es un regalo, así que para cuando queremos llegar a casa todavía me lo estoy relamiendo.

—¿Puedes entrar un segundo? —me pregunta Sean, cuando llegamos al rellano, y lo hago sin dudar.

Espero en el salón mientras él va a acostar a Niall, que se ha quedado dormido en sus brazos de camino aquí, y cuando al volver cierra la puerta del dormitorio del niño, sé que me va a decir algo importante.

—¿Qué te ha dicho Dana?

—Ha intentado venderme su versión de la historia, que la engañaste para que renunciase al niño, que ahora no dejas que le vea, que eres mala persona... —Noto en su cara la preocupación, así que me aseguro de dejarle clara mi opinión, aunque doy por hecho que la sabe—. No me he creído ni una sola palabra, Sean. Tenía pinta de haber bebido y quizá algo más. Ha insinuado que estabas intentando conquistarme para dejarme tirada en cuanto te cansaras. Con lo que no contaba era con que yo te conociera tan bien como lo hago.

—¿Cómo estás tan segura de que me conoces?

—Tú no eres malo. No sabes serlo. Ni manipulador, ni un mentiroso. Eres simplemente un padre que quiere lo mejor para su hijo y lo que me ha quedado claro es que Dana, en la situación en la que está ahora mismo, no es lo mejor para él.

—El otro día estuvo en el restaurante —confiesa y se deja caer en el sofá, como si estuviera derrotado—. Me amenazó con quitarme a Niall si no la dejaba verlo.

—¿Qué hizo qué?

—Es por eso por lo que he estado últimamente así. Tengo miedo. Sé que si me lleva a juicio tengo muchas posibilidades de salir ganando, pero ¿y si se saca algo de la manga que me haga perder la custodia? ¿Y si decide llevárselo lejos? No puedo perderlo.

—No se va a salir con la suya. —Mi voz sale más firme de lo que pretendía, pero supongo que es lo que pasa cuando todo mi cuerpo reacciona a la necesidad de calmarlo.

Se está rompiendo delante de mis narices y no lo puedo permitir.

—¿Me oyes, Sean? —digo, forzándole a mirarme a los ojos—. No sé cómo lo haremos, pero si nos busca las cosquillas nos las encontrará.

Es entonces cuando me vienen a la mente tanto las palabras de Erin como las de Oliver.

«No es tan peligrosa como se piensa. Lo tengo controlado, no te preocupes por eso.»

«Me contó que doblaba la tasa de alcohol permitida y había dado positivo en drogas y que eso, sumado a los antecedentes que ya tenía...»

—Por el bien de Niall, esperemos que se rinda antes de llegar al juzgado, pero si tenemos que pelear, peharemos. Si tenemos que demostrar al juez que tú eres la mejor opción para la custodia de Niall, lo conseguiremos.

—Gracias, Lucía —murmura, dejándose caer de nuevo hacia atrás en el sofá y no puedo evitar llevar mi mano a su pelo y masajearle un poco la cabeza, como hacía siempre que se alteraba por algo en el pasado.

—Y si tenemos que sobornar al juez, siempre puedo hacer una tortilla de patatas. Pero déjame a mí, siempre me han salido mejor que a ti —comento, en un intento de bajar el nivel de intensidad de la conversación, y me da un vuelco al corazón cuando una pequeña risa sale de su garganta.

—Que mentira. Mis tortillas son las mejores, pero no quieres admitirlo. Hace tiempo que debería estar en el puesto número uno de tu lista.

—Margarita te gana por goleada, aprendiz.

—Lo conseguiré. No sé cuándo, pero en algún momento conseguiré que lo admitas y que pongas mi nombre arriba del todo.

## CAPÍTULO 31

Sean

—¿Me vas a rechazar un trozo de tarta? ¡Eso es no tener corazón! —exagera Darren, cuando estamos terminando de limpiar la cocina después del turno de cenas.

Es su cumpleaños y mi madre, como de costumbre, ha encargado una tarta para celebrarlo. La de este año simula ser una medalla de oro de los Juegos Olímpicos, seguramente porque a ninguno se nos ha olvidado que nos obligó a poner en la televisión que tenemos en la cocina, y que solo encendemos cuando hay fútbol, la retransmisión de todas las pruebas en las que participaba Irlanda.

¿Sabemos cómo funciona la gimnasia artística? No, pero cuando Rhys McClenaghan ganó el oro en el caballo con arcos, lo celebramos como si hubiésemos sido nosotros.

—Lucía está cuidando de Niall, no quiero aprovecharme y llegar a las tantas.

—¡Vamos! Es un trozo de tarta. Mamá y papá se han quedado despiertos para celebrarlo con nosotros. No te retrasaremos más de media hora.

Suspiro y, sin que me vea, saco el móvil.

**Sean:** ¿Te importa si me retraso hoy un poco? Es el cumpleaños de Darren y quiere celebrarlo con un trozo de tarta.

**Lucía:** ¡Sin problema! Estoy viendo una película en tu tele y le queda un rato todavía, así que no hay prisa

**Lucía:** Aunque si para compensar quieres traerme un trozo de tarta a mí también, lo aceptaré encantada. ¡Felicita a Darren de mi parte! Le he mandado un mensaje antes, pero creo que no lo ha visto.

**Lucía:** PD. Si descubres que en realidad me ha dejado en visto a traición, retírale la felicitación por mala gente.

No puedo evitar sonreír con cada mensaje que llega, ni maravillarme por la rapidez que tiene para escribir, y tras enviarle un gracias con un par de emoticonos, vuelvo al trabajo.

—¿Estabas pidiéndole permiso? —Por lo visto no me ha servido de nada ocultarme—. Eres nefasto escondiéndote.

—Un trozo y cada uno a su casa. Lucía dice que felicidades de su parte y que quiere que le lleve tarta.

—Trato. Aunque luego pienso mandarle un mensaje para decirle que me parece muy feo que a ti te regalase algo por tu cumple y que a mí no me haya traído nada. Me siento discriminado, un segundo plato en su lista de amistades.

—Eres idiota.

—¿Es que es algo exclusivo para los amigos que han llegado a más?

—Darren...

—Sigue pareciéndome mal. ¡Yo fui el que compro los condones! Me merezco un mínimo de reconocimiento, aunque sea.

—Lo que yo decía, que eres idiota.

—Ahora te va a tocar comprarlos a ti, que lo sepas. Si te queda alguno en casa revísalo antes, que te pueden haber caducado. Y ni se te ocurra insinuar que no sabes si pasará en algún momento —me corta, en cuanto abro la boca para quejarme—, porque cualquiera con dos ojos en la cara que os haya visto juntos, o hablar al uno del otro, puede notar que todavía hay algo. Solo queda esperar a que alguno de los dos dé el paso y lo admita.

Una hora más tarde de lo que suele ser habitual estoy abriendo la puerta de casa. Despacio, con cuidado de no hacer mucho ruido para no despertar a Niall.

Hace ya unos días que cambiamos nuestra costumbre y, ahora, en vez de llevar a Niall a su piso, es ella la que se viene a nuestra casa. De este modo, él puede dormirse directamente en su cama y ella... Ella se ha vuelto adicta a ver películas en mi televisión. Es bastante más grande que la de Charlie, todo hay que decirlo, y tengo un buen sistema de sonido instalado para que lleguen las voces a la perfección pese a tenerlo en un volumen adecuado para no despertar a Niall, así que entiendo que note la diferencia. Si me da una excusa para dejar de sentirme culpable por trastocar su rutina, no me voy a quejar.

Decido pasar por el salón antes de asomarme a la habitación del niño y, un segundo antes de saludar, reparo en que está completamente dormida en el sofá. La película sigue reproduciéndose y aún sostiene el mando contra su estómago, pero está frita.

Dejo las llaves en la mesa antes de dirigirme hacia ella y, con mucho cuidado, cojo el mando, apago la televisión e, inconscientemente, tomo la decisión. No voy a despertarla. Sé por experiencia propia que es un sofá en el que se descansa bien, así que no hay riesgo de que mañana se vaya a despertar hecha una mierda. Además, se la ve tan tranquila, tan en paz, que no quiero estropearlo.

Me alejo lo suficiente como para alcanzar una de las mantas que tengo guardadas bajo la mesa, precisamente para casos en los que yo me he quedado adormilado en el sofá, y se la echo por encima. Puede que el sofá sea cómodo, pero el salón es frío.

Le retiro de la cara un mechón de pelo en un gesto involuntario y, después de colocárselo detrás de la oreja, doy dos pasos hacia atrás.

«No queremos sobrepasar la línea del acosador, Sean. Te has asegurado de que esté bien, has quitado la televisión para que no la despierte. Ahora te apartas, vas a dar un beso de buenas noches a Niall y a dormir.»

Decido hacer caso a mi mente y sigo exactamente ese mismo orden.

Habitación de Niall. Beso de buenas noches.

Mi habitación. Ducha rápida y pijama.

Cocina. Me estoy muriendo de sed y seguramente sea culpa de la tarta, que tenía más chocolate del que me esperaba.

Y otra vez habita...

«Joder. Qué guapa está.»

Me quedo apoyado en la puerta que separa la cocina del salón, como si mantenerme a una distancia prudente hiciese menos raro el hecho de que esté mirándola mientras duerme, y cuando minutos después me decido a avanzar y meterme en mi habitación solo puedo pensar en una cosa.

Podría acostumbrarme a tenerla cerca.

¿A quién quiero engañar? Ya me he acostumbrado.

Ahora solo me falta hacerme a la idea de que llegará el día en que se tenga que marchar.

## CAPÍTULO 32

### Lucía

Despertar y no estar en tu cama ya es algo que suele desconcertarte, pero cuando al abrir los ojos me encuentro con el respaldo del sofá de Sean, me quedo petrificada. Porque es el suyo, no tengo dudas. Su color beige fue una de las primeras cosas que me llamaron la atención de su casa la primera vez que entré. Por no decir que el de Carlota me habría dejado la espalda molida y este se va directo al *top* de sofás más cómodos en los que me he quedado dormida.

«Dice la experta. Como si hubieses dormido tú en muchos sofás para poder tener un *ranking* y todo.»

Me giro sobre mí misma para escanear mi alrededor, intentando descubrir qué hora es, si hay alguien despierto y en qué momento me he quedado dormida, si yo estaba viendo una película que me estaba encantando. ¿Terminé de verla? No creo, pero aunque así fuera me va a tocar volver a hacerlo porque no me acuerdo de nada. ¿Y quién me ha tapado con una manta?

Me acurruco más bajo ella cuando un leve aroma me llega desde la tela, porque lo reconozco al segundo, y cierro los ojos de nuevo sin apenas ser consciente. Sean.

«Que quién la ha tapado, dice. ¿Pues quién va a ser? Una pista: no ha sido el niño.»

Y hablando de aromas... El inconfundible olor a café recién hecho inunda el salón y mi radar se activa irremediabilmente. Dirijo la mirada al reloj y gruño cuando veo que son más de las ocho de la mañana. Será la primera vez en meses que duermo toda la noche del tirón y tiene que ser precisamente la que paso en una casa que no es la mía.

Estiro los músculos antes de levantarme y un gran bostezo sale de mi boca. Espero que no haya sonado tanto como a mí me ha dado la sensación, porque si no algún vecino va a pensar que se ha colado un oso en el portal. ¿Hay osos en Irlanda? Tendré que preguntar a Niall si ha visto algún documental al respecto.

—Buenos días, dormilona —me saluda Sean en cuanto aparezco por la puerta de la cocina y, antes de que a mí mente aún adormilada le dé tiempo a procesar sus movimientos, tengo delante de mí una taza de café, un plato con un par de tostadas y un vaso de cristal, imagino que para que yo misma decida si quiero echarme un poco del zumo que reposa en el centro de la mesa.

—Espero que el desayuno vaya incluido en el precio de la habitación porque no pienso pagarte un solo euro más —bromeo, ganándome un bufido por respuesta.

—Por un momento se me había olvidado que eres de las que se despiertan graciosas.

—Claro que, ahora que lo pienso, el servicio despertador no funcionó bien anoche así que tampoco pienso pagarte por la habitación.

—Llegué tarde, parecías estar a gusto y me dio pena despertarte —admite—. El sofá es bastante cómodo así que pensé que por una noche tampoco iba a pasar nada.

—He dormido del tirón, la verdad. Gracias por la manta.

—Era lo menos que podía hacer. Lo siento por retrasarme, Darren...

—¡Se me olvidaba! ¿Me has traído tarta? —Soy una chica que disfruta demasiado del dulce, no puedo evitarlo.

—Sí, está en la nevera. Debería haber suficiente para Carlota y para ti.

—Genial. Y deja de pedir perdón por todo. Yo misma me ofrecí para el puesto de niñera, Sean, y lo hice sabiendo lo que conlleva. Si algún día llegas más tarde no pasa nada. Una vez aquí, da igual media hora más que menos.

—Gracias igualmente. Desayuna, se va a quedar frío y al zumo se le van a ir las vitaminas. — Me guiña un ojo al soltar esa frase que en tantas ocasiones hemos escuchado decir a nuestras madres y a mí se me revuelve todo.

El estómago, el corazón, las venas... ¡Se me da la vuelta hasta el cerebro! Si no es así, no encuentro explicación a que durante unos segundos lo único que aparezca por mi mente sean esos ojos azules que tanto me gustan y que conozco a la perfección, ese brillo juguetón que he notado en ellos. Las ganas de poder observarlos aún más de cerca.

—¡Papá!

El grito de Niall llama la atención de ambos y, antes de que a Sean le dé tiempo a dirigirse hacia su habitación, él aparece en la cocina descalzo, con su dinosaurio de peluche en la mano y el pelo totalmente revuelto.

—¡Se te ha olvidado despertarme! ¡No nos va a dar tiempo a encontrar mi disfraz!

—Aún no son ni las nueve. Tenemos tiempo de sobra.

—¿Y si llega otro niño antes y me quedo sin el que yo quiero?

—No creo que tengan el disfraz que buscas, peque, ¿por qué no piensas en otras opciones?

—¡Porque quiero ese!

Soy testigo de la conversación entre ambos como si fuese un partido de tenis en el que mi mirada va moviéndose de uno a otro, hasta que decido intervenir.

—¿Para qué necesitas un disfraz? —La atención de Niall se clava en mí, demostrándome que hasta ese momento estaba tan centrado en su problema que no se había dado cuenta de que no estaban solos, y al notar su cara de confusión le explico—. A tu padre también se le olvidó despertarme a mí anoche, así que he dormido en vuestro sofá.

—Halloween es la semana que viene —me recuerda—. Papá prometió ir hoy a por un disfraz.

—Lo vamos a hacer, pero después de desayunar. ¿Quieres un poco de zumo?

—¿Vienes con nosotros? —pregunta Niall, con sus ojos clavados en los míos y... ¿Qué narices tienen en los genes que consiguen hacer conmigo lo que quieren?

—Si a tu padre le parece bien —contesto, desviando mi mirada a Sean y debo admitir que una alegría inexplicable me recorre por completo cuando él acepta.

Hace tiempo que me admití a mí misma que me encanta pasar tiempo con ellos. Mi cabeza se empeñó en advertirme que tuviera cuidado, que cogerles demasiado cariño solo podría traerme dolor, pero mi corazón decidió que no le importaba y yo todavía no sé muy bien a quién estoy haciendo caso.

¿A los dos? ¿A ninguno? ¿A mis instintos?

Lo único que sé es que cada día que pasa Sean me demuestra que hay más y más pequeños detalles del chico que un día conocí que siguen ahí. Que lo que voy descubriendo de su nuevo yo me deja claro que se ha convertido en un hombre que merece mucho la pena tener a tu lado. Que cada vez me gusta más. Que ser testigo de la forma en la que se comporta con Niall consigue que me guste más aún. Que está llegando un punto en el que estoy entrando en tal espiral que como no haga algo para resolverlo pronto acabará convirtiéndose en un huracán.

Así que la verdadera pregunta es... ¿Qué camino seguir?

¿Tendría que convencerme a mí misma de que una bonita amistad es lo máximo que voy a conseguir, sabiendo que es mucho más de lo que me merezco?

¿Me arriesgo y le confieso lo que siento, aventurándome a quedarme sin nada?

Ojalá tener una bola mágica que me guiase a la opción correcta.

Una hora después, nos estamos montando los tres en el coche de Sean para ir en busca del

disfraz por los centros comerciales de la ciudad, ya que según lo que dicen va a ser difícil encontrar exactamente lo que el niño quiere en alguno de ellos.

Claro que ninguno de los dos se preocupó de advertirme de lo que nos íbamos a encontrar en cuanto pusiéramos un pie allí.

—¡Qué pasada! —exclamo cuando las escaleras mecánicas nos sacan del parking y las decoraciones empiezan a aparecer ante mis ojos—. No falta detalle alguno. ¿En serio me estás diciendo que los maniquís llevan calabazas en la cabeza? Mamá va a alucinar.

—¿En España no celebráis Halloween? —pregunta Niall, extrañado por mi emoción.

—No a este nivel —aseguro—. Al menos no en los sitios en los que yo he vivido.

—¿Por eso es por lo que empezáis a poner los adornos navideños tan pronto? —continúa y yo no puedo evitar sonreír al recordar su cara cuando, al entrar al piso de mi hermana el otro día, se encontró con un par de renos coronando la televisión.

—Eso no es cosa de España, peque —le responde Sean por mí—. Simplemente a la familia de Lucía le gusta mucho la Navidad. Demasiado, me atrevería a decir. Si no tienes cuidado, te vestirán de elfo cuando menos te lo esperes —bromea, ganándose una carcajada de Niall, que asegura que eso no pasará, y un levantamiento de cejas mío, porque parece haber adivinado la idea que tiene Carlota para su foto navideña anual. ¿O es que ya se lo ha propuesto?

—Nunca es demasiado cuando se trata de la mejor época del año.

—¡Pero todo el mundo sabe que los adornos de Navidad se sacan justo después de Halloween! —dice Niall y lo miro con el ceño fruncido.

—¿Así que podremos vestirme de elfo el día uno de noviembre?

—¡No! —se ríe—. Pero puedo dibujar uno para el árbol.

—Acepto el trato.

Me dejo guiar por ellos a través de los pasillos del centro comercial y, cada vez que veo algo que me llama la atención, le saco una foto. No es que sea muy fanática de esta festividad en concreto, pero si algo tengo claro es que cuando viajas al extranjero, no hay mejor cosa que hacer que empaparte de sus costumbres y tradiciones. Si lo que me ofrece Irlanda es un Halloween como nunca antes lo he vivido, bienvenido sea.

—¿Qué te parece el de Drácula? Podríamos comprar unos dientes de pega —dice Sean cuando entramos en la segunda tienda en la que venden disfraces, después de que en la primera Niall desechase todas las opciones de un vistazo rápido.

—No.

—¿Y de momia? Sería como la de los documentales de Egipto.

—¡Pero yo quiero arqueólogo, no momia! —Me giro hacia ellos sorprendida, porque no me esperaba esa respuesta.

—¿No se supone que en Halloween hay que dar miedo?

—Sí —gruñe Sean.

—Yo quiero ir de arqueólogo —insiste Niall.

—No hay disfraces de arqueólogo para Halloween, peque. Por mucho que busquemos, no vamos a encontrarlo.

—A no ser que... —Saco el móvil para hacer una búsqueda rápida antes de meter la pata y, cuando encuentro la foto que estaba buscando, levanto la mirada hacia Sean—. ¿Por qué no lo hacemos nosotros?

—Yo no tengo ni idea de coser, Lucía.

—No es necesario. Solo tenemos que buscar un pantalón marrón oscuro, una camisa más clarita y unas botas. Adornamos el conjunto con unos tirantes, un cinturón y un gorro y lo tienes.

¡Un Tadeo Jones en miniatura!

—¿Tadeo Jones? —Me giro sorprendida hacia el pequeño y, seguidamente, me dirijo a su padre.

—¿Le gustan los arqueólogos y no le enseñado las películas de Tadeo Jones? Que decepción.

—Supongo que podríamos probar —murmura, consiguiendo que Niall se abrace a sus piernas, saltando de alegría—. Pero si no encontramos alguno de los accesorios o tenemos que cambiar un poco los colores, no quiero quejas. Será nuestra propia versión del disfraz, ¿está bien? —El niño asiente con la cabeza, como si tuviese miedo de que una sola palabra en falso pudiese hacer que se quedase sin su disfraz soñado, y salimos de la tienda en busca de alguna con ropa para niños donde poder encontrar todo lo que necesitamos.

Lo más sorprendente es que lo conseguimos en tiempo récord.

La camisa le queda un poco grande y los pantalones son de un tono algo más claro del que teníamos en mente, pero todo junto da el pego totalmente.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Es Niall McDermott, el arqueólogo más joven del mundo. Díganos, señor McDermott, ¿qué se siente cuando llegas al corazón de las pirámides? ¿Hace frío allí?

Uso la percha en la que iba enganchado el cinturón para fingir que llevo un micrófono y cuando lo muevo para ponérselo a él delante, como buena periodista buscando una exclusiva, escucho el inconfundible sonido de un móvil haciendo una foto.

—Su padre acaba de sacarnos una foto, señor McDermott, ¿cree usted que deberíamos amenazarle para que no la filtre a la prensa antes de la fiesta de disfraces?

—¡Sí!

—Ya lo ha oído, señor. Tiene usted prohibido compartir la instantánea antes del gran debut del arqueólogo el día de Halloween —digo poniéndome de pie y, cuando al girarme hacia él me encuentro su sonrisa, todo lo demás deja de importar.

Que saque más fotos, si quiere. Que las publique en el BOE si es necesario. O como se llame el BOE irlandés. Que me convierta en meme. Con tal de que no deje de sonreír, que haga lo que haga falta.

—¿Me queda bien, papi? —dice Niall, mirándose en el espejo del probador.

—Sí, pero a mí me sigue faltando algo terrorífico.

—¿Y si te maquillamos para convertirte en zombi? El arqueólogo zombi que consiguió escapar de la maldición de Tutankamón.

—¿Puedes hacer eso? —Los ojos del niño se agrandan, demostrando lo mucho que le ha gustado mi idea.

—Claro. Tendremos que hacer alguna prueba antes de ese día, pero Carlota y yo tenemos maquillaje en casa y seguro que en YouTube encontramos algún tutorial que te guste.

—¡Sí! Voy a ser un arqueólogo zombi. En el cole van a flipar.

Cuando salimos de la tienda es casi la hora de comer así que subimos hasta la planta superior del centro comercial, donde según Sean hay un local en el que hacen unas alitas de pollo con las que me chuparé los dedos.

Aunque tengo que admitirlo, cuando llegamos a la zona de restaurantes, más que la comida lo que me apetece es volver a tener diez años para poder meterme en la enorme casa de bolas que hay en el centro.

—¿Puedo, papi?

—Sí, pero solo hasta que tengamos la comida, ¿vale?

El niño sale corriendo sin dudarlo y nosotros nos dirigimos a uno de los laterales para hacer el pedido. ¿Lo mejor? Que desde cualquiera de las mesas hay visión directa a la zona de juegos, por lo que controlar a los niños no se hace complicado.

Nos sentamos en una de ellas a esperar y, de repente, la voz de Sean rompe el silencio en el que nos habíamos quedado.

—Gracias por ayudarme. Hay veces que tiene gustos tan diferentes a los del resto de niños su edad que se me hace difícil conseguir lo que quiere.

—No tienes que darlas. Es bueno que tenga una personalidad propia.

—Lo sé y trato de fomentar que se siga interesando por tantas cosas como sea posible, porque eso le abrirá mil puertas, pero hay días en los que pienso que ojalá se conformase con un disfraz de fantasma —suspira y, dejándome llevar por mis instintos, llevo la mano a su pelo.

—¿Con lo guay que es tener un arqueólogo zombi? —Consigo que sonría y yo me cuelgo una medalla. Dos en un día. Voy a marcarlo en mi calendario de un amarillo fosforito—. ¿Te acuerdas de los disfraces que nos hacíamos en el pueblo?

—Cada uno más loco que el anterior.

—Eso es lo bonito de disfrazarse. ¿Qué gracia tiene si todo el mundo quiere ir de lo mismo?

Nos volvemos a quedar en silencio, pendientes del pedido y con la vista enfocada en Niall, que sube una y otra vez por el tobogán para lanzarse a las bolas de mil maneras diferentes: saltando, bajando del revés, haciendo la voltereta... Si no fuese por el escaso metro que mide el tobogán y porque las pelotas amortiguan las caídas, estoy segura de que Sean ya estaría allí pidiéndole que tuviese más cuidado.

—Sabes que, en cierto modo, tú tienes la culpa de que se llame así, ¿verdad? —confiesa, consiguiendo que mi corazón de un vuelco.

—Lo pensé, pero no quería pecar de egocéntrica.

—Creo que la noticia del embarazo me apabulló tanto que no fui consciente de que tenía que elegir un nombre. Cuando me lo pusieron en los brazos, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo iba a llamarlo. Mis padres y mi hermano me habían estado preguntando, pero siempre les daba largas. Y, de repente, me acordé de la única conversación que había tenido sobre posibles nombres para mis futuros hijos.

—Y me robaste mi idea —gruño, fingiendo indignación.

—Te robé la idea, porque el único que había en mi lista era de niña —se ríe—. Tú misma admitiste en esa conversación que llamar Niall a un niño en España no te convencía del todo, porque la mayoría de la gente lo pronunciaría mal. Eso aquí no me iba a pasar. De todas maneras, no las tenía todas conmigo para que llegases a conocerle en algún momento.

—Pero aquí estoy.

—Aquí estás —murmura—. Sé que al principio actué como un idiota, pero quiero que sepas que me gusta que estés aquí. No sé por qué, pero me haces bien, Lucía.

—Será esa conexión de la que habla tu madre —me río y me permito abrazarle de lado—. Estamos destinados a ser mejores amigos.

—Será eso. —Noto algo extraño en su tono de voz, pero esta vez no dejo que mi cabeza le dé demasiadas vueltas.

Estoy aquí. Volvemos a ser amigos. Noto que él, cada día, se deja llevar más por la felicidad y yo siento que, cada vez, tengo que fingir menos la mía propia.

Eso prevalece sobre todo lo demás.

## CAPÍTULO 33

Lucía - 2014

El penúltimo fin de semana de julio siempre había un concurso de disfraces en el pueblo en honor a las fiestas patronales. Se trataba de un evento pequeño, al que solamente íbamos la gente del pueblo y alguno de los habitantes de los municipios vecinos, pero eso no impedía que nuestro grupo de amigos aprovechara cada una de las oportunidades para dar la nota.

¿Qué más da el número de participantes si lo que realmente importa es divertirse? Nosotros lo conseguíamos a base de hacernos los disfraces más raros que se nos viniesen a la cabeza.

Aquel año, por ejemplo, íbamos de emoticonos con sonrisas enormes. ¿El motivo? Pharrel Williams y su canción, *Happy*. Desde que había salido unos meses antes, sacarse la famosa sintonía de la cabeza era imposible y, en una de las muchas veces de ese verano que habíamos acabado cantándola, Héctor soltó la idea. ¿Y qué más necesitaba Darren para lanzarse a por ello? Nada. La respuesta es nada.

Así que allí estábamos. Con camiseta y pantalones negros y dos círculos enormes de goma espuma, que habíamos decorado nosotros mismos e iban unidos entre ellos por cordones.

¿Cómodos? Para nada.

¿Graciosos? Por supuesto.

¿Ganamos? Me ofende la duda.

¿Cuál era el premio? Presidir la mesa en la cena que se organizaba en la plaza tras el concurso. No puedes esperar mucho más de un pueblo pequeño.

Pero a mí me gustaba esa familiaridad, esa cercanía. Todas esas personas eran mi gente y aquellas cenas a la luz de la luna, que para los más jóvenes se alargaban hasta bien entrada la madrugada y terminaban en la playa, son aún hoy en día de mis recuerdos más preciados.

Incluso aquella, que no terminó del todo bien en lo que a mi integridad física se refiere. ¿Por qué no me habría dado cuenta al elegir el calzado de que con el disfraz no sería capaz de ver que llevaba un cordón desabrochado?

Acabé en el suelo, con las manos y media cara llenas de arena, las rodillas completamente raspadas y el tobillo derecho cada vez más inflamado.

—Eres una floja. ¿En serio te has hecho un esguince solo por pisarte el cordón?

—Duele mucho —me quejé, ignorando las pullas de Darren, que se reía junto a Eneko mientras Sean y Marta intentaban comprobar si el tobillo estaba bien o no. Supongo que mi espectáculo fue la vía de escape para que ninguno nos diésemos cuenta de que Andrea y Héctor habían desaparecido. Aunque algo me dice que Marta sabía exactamente dónde estaba su hermana.

—Quejica.

—Podrías servir de ayuda e ir a casa a por algo frío —se quejó Sean y Darren, después de hacerle un poco de burla, se encaminó hacia allí seguido de Eneko.

Sin embargo, el hielo no sirvió de nada. Intentaba levantarme y el pie me dolía a rabiar. Cuando la inflamación llegó a tal punto que mantener abrochada la zapatilla se hizo imposible, di por finalizada mi noche.

—No hace falta que vengas conmigo —insistí, cuando vi cómo Sean se despedía del resto—. Mis padres están en la plaza, puedo llamarles para que alguno me acompañe a casa.

—No digas tonterías. A penas puedes andar. —Se quedó unos segundos callado, pensativo, y

poco después dio con la solución que estaba buscando—. *Espérame un segundo aquí.*

Se fue corriendo en dirección a su casa y, como si se hubiese metido en el mundo de los Sims y cambiarse fuese tan rápido como dar una vuelta sobre sí mismo, volvió a aparecer sin el disfraz.

—*Te llevo a caballito* —dijo, colocándose frente a mí de espaldas para que solo tuviese que rodear su cintura con mis piernas y su cuello con los brazos, y poco después bajábamos por la calle que llevaba hasta mi casa. No eran más que unos pocos metros, pero lo cierto es que agradecía no tener que apoyar el tobillo.

Saludamos a unos vecinos que pasaron a nuestro lado, empujando el carrito en el que dormitaba el último nombre que se había añadido al censo del pueblo, y de repente me vino a la cabeza algo.

—*¿Has pensado alguna vez en cómo llamarías a tus hijos, si llegases a tenerlos en un futuro?*

—*No.*

—*Yo sí* —reí—. *Aunque cambio de idea con mucha facilidad. Lo que sí que tengo claro es que quiero que se llamen como nadie de mi familia, ni de la del padre. Quiero un nombre que solo le pertenezca a él o a ella.*

—*¿Cuáles son tus favoritos?*

—*Si es niña, Sonia o Alicia.*

—*¿Y si es niño?*

—*Niall* —admití, sabiendo que iba a adivinar rápidamente de dónde venía mi fijación hacia ese nombre, que en su país era tan común—. *Pero es un nombre complicado para un niño que viva en España. La mayoría de las personas no sabrían pronunciarlo y yo me pondría enferma.*

—*Siempre puedes españolizarlo, escribirlo como se pronuncia.*

—*¡Ni loca! Que horrible, se pierde toda la gracia.*

—*Entonces te tocará mudarte a Irlanda. Allí todos sabemos cómo se dice.*

—*¿Y tener que ver tu careto todos los días? No, gracias* —bromeé y, para contrarrestar mis palabras, me abracé más a su cuello, llegando a dejar un pequeño beso debajo de su oreja.

Porque ambos sabíamos lo que pensaba. Que si me surgía la oportunidad de irme a Irlanda a estudiar la iba a coger al vuelo solo por estar cerca de él. Igual que él lo haría en el caso poder venirse a Madrid. No tener una fecha de despedida era algo con lo que llevamos soñando desde que nos conocimos, porque la distancia era una mierda.

—*Yo si tuviese una niña la llamaría Aine. Significa resplandor y, para los celtas, era la diosa del verano y el amor.*

Sonreí contra su cuello, porque algo me decía que en esa elección se escondía mucho más de lo que se podía ver a primera vista. Como el hecho de que la única estación del año en la que estábamos juntos era el verano.

—*Me gusta* —admití y él sonrió de medio lado.

Aquella noche soñé con lo bonito que podría llegar a ser tener que tomar esa decisión juntos algún día.

## CAPÍTULO 34

### Sean

La paz que se respira en el restaurante a primera hora de la mañana, antes de que los camareros del primer turno comiencen a llegar, es perfecta para quitarme de encima todo el papeleo que tengo acumulado. Por eso hoy, en cuanto he dejado a Niall en el colegio me he metido en mi despacho.

No acostumbro a tener tantas cosas pendientes, hasta hace bien poco llevaba todo al día e incluso adelantado, y admito que esta nueva situación me genera un poco de estrés. Necesito amoldarme a mi rutina actual y encontrar tiempo para todo.

Lucía y nuestro *tour* culinario han ocupado alguno de los ratos que suelo dedicar a este tipo de cosas, con el viaje a la granja de Ginny o el día que la llevé al restaurante de un viejo amigo de mi tío a probar los langostinos de la bahía de Dublín, pero el gran cambio drástico de horarios llegó cuando empecé a coger gusto a lo de quedar con Darren y con los chicos por las mañanas, cuando ellos no trabajan, para salir a correr un rato, dar una vuelta con las bicicletas o simplemente tomarnos un café en algún bar mientras hablamos de cualquier cosa.

Es sorprendente ver cómo ese tiempo para mí mismo que hasta hace muy poco me negaba, por miedo a que todo se torciese, es precisamente lo que está consiguiendo que me sienta mejor que nunca. Porque eso es lo que está pasando, estoy permitiéndome disfrutar de los pequeños momentos y, al contrario de lo que mi mente se empeñaba en hacerme creer, el mundo sigue en pie.

¿Hay más papeles encima de mi escritorio? Prefiero sentir ese agobio de vez en cuando que renunciar a estas nuevas costumbres.

Si Dana no formase parte de la ecuación, creo que podría llegar a decirse que estas últimas semanas habían sido perfectas. Y hablando de la reina de Roma...

**Dana:** O me abres la puerta o pienso ponerme a gritar como una loca. Tú verás si quieres un vídeo en redes sociales en el que tu nombre se escuche alto y claro.

**Dana:** Y no trates de engañarme diciéndome que no estás. He visto cómo abrías la puerta del portal a un repartidor hace diez minutos.

Respiro hondo, porque lo último que me apetece ahora mismo es tener una conversación con ella que me arruine el resto del día, pero aun así me aseguro de guardar todo lo que tengo a medias en el ordenador y me dirijo hacia la puerta.

No he recibido noticias, ni de ella ni de nadie, desde que me amenazó con pedir la custodia de Niall, así que quiero pensar que todavía no ha dado ningún paso, pero con Dana no puedes bajar la guardia.

Se ha paseado por el colegio en más de una ocasión, ha intentado comerle la cabeza a Lucía, sé de sobra que va diciendo mentiras sobre mí y nuestra situación, así que intentar adivinar qué será lo que va a pasar en los próximos minutos es misión imposible.

—Aquí no —digo, conforme abro la puerta, y le hago un gesto para que entre. La guio hasta el comedor del restaurante, aprovechando que no hay empleados todavía, y espero a que hable.

—Quiero proponerte un trato. —Empieza y frunzo el ceño.

—¿Qué clase de trato?

—Veinte mil euros y te dejo en paz para siempre.

—¿Perdona?

—Me has oído perfectamente. Págame y nunca más me volveré a acercar ni a Niall ni a ti. Pensaba pedirte la manutención más alta posible en cuanto me diesen la custodia, así que te sale incluso barato.

—Pero ¿tú qué te piensas? ¿Que soy rico?

—El restaurante funciona muy bien. He buscado la facturación en internet y es mucha pasta, así que puedes pagarme perfectamente. ¿Veinte mil te parece mucho dinero para asegurarte de que no te quito a Niall?

Me quedo callado, interiorizando sus palabras, y de repente las piezas empiezan a encajar una a una. Su repentina aparición. El cambio que ha ido experimentando, desde la primera vez que hablamos hasta ahora, en cuanto a su forma de comportarse, su aspecto...

—¿Estás en problemas, Dana?

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Has hecho todo esto por dinero? ¿Eso es lo único que buscabas? —Noto cómo el pulso se me acelera. El enfado está ganando la batalla y soy incapaz de frenarlo. Se ha pasado de la raya —. ¡¿Has estado a punto de quitarme a mi hijo solo porque quieres dinero?!

—Sabes de sobra que ser madre nunca me hizo especial ilusión —suelta, en el tono más frío que he oído nunca, y en mi consigue la emoción contraria: fuego.

—No pienso darte un solo euro.

—Sean...

—No, Dana, escúchame tú a mí ahora. Si te has metido en problemas a nosotros no nos incumbe. Al principio me engañaste, pensé que a Niall le vendría bien tener una figura materna y que yo no tenía el derecho a negársela, pero me has demostrado que los dos estamos mucho mejor sin ti. Lárgate, Dana. Mantente alejada de nosotros o, si no, seré yo el que busque un abogado para denunciarte a ti.

—¿Con qué pruebas?

—Con las imágenes de la cámara de seguridad que nos ha estado grabando en todo momento.

—Su cara empalidece y noto como mueve los ojos de un lado al otro, buscándola.

—Mientes.

—No lo hago. ¿Te crees que voy a arriesgarme a estar en una habitación a solas contigo, sin testigos, cuando ya has puesto encima de la mesa la amenaza de denunciarme? Ni loco. No voy a dejar que sigas diciendo mentiras sobre mí.

—Entonces, lo que tendré que hacer es decir la verdad. Esa que nadie conoce. —Se recompone y, con un movimiento de brazo, señala el comedor—. Me pregunto qué pensará la prensa cuando se entere de que Sean y Darren McDermott son los que llevan el restaurante. Los sobrinos del antiguo dueño. Puedo darles incluso tu dirección para que vayan a haceros una visita.

—¿Por qué estás tan empeñada en hacerme daño, Dana? ¿Qué te he hecho yo para que me odies?

—Nada, en realidad. Tuviste mal ojo, supongo. Y mala suerte, porque si no fuese por tu puntería a la hora de hacer niños, no me acordaría ni de tu existencia. Te tengo cogido por los huevos, Sean. Así que ya sabes: o me pagas o conseguiré el dinero a mi manera.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—Te vas a arrepentir de esto. Piénsalo bien, aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—¿Qué es? ¿Alguna adicción? ¿Debes dinero a alguien peligroso?

—¡No necesito un héroe! No te importa una mierda lo que pase con mi vida. Dame el dinero y punto.

—¿Y después qué? ¿Qué pasará dentro de unos meses cuando lo vuelvas a necesitar? ¿Volverás a tocarme las narices con la misma amenaza? —Niego con la cabeza—. Cúmplela, si quieres. Me da igual. Te tenía miedo cuando lo que estaba en juego era Niall y su bienestar, pero ahora lo único que te queda es un chisme barato. No voy a darte veinte mil euros solo para que sigas jodiéndote la vida, sea lo que sea en lo que estás metida.

Noto cómo se ha quedado sin ideas, sin ventajas que tomar, así que señalo hacia la puerta por la que hemos entrado.

—Por mi parte, hemos terminado aquí. Puedes irte.

—Te arrepentirás.

—Lo dudo.

La sigo hasta la puerta y, cuando ya ha salido del portal, le sujeto la muñeca.

—Busca ayuda, Dana, pero no de la que te dé todo el dinero que pidas, sino de la que te pueda influir para tener una vida mejor, una que valga la pena. Espero que la tengas algún día, de corazón.

Se aleja sin decir una sola palabra más y, cuando me aseguro que pasa de largo por la puerta del restaurante, vuelvo al interior.

No sé qué me sorprende más, si ver que mi madre está sentada en las escaleras o darme cuenta de que, seguramente, lleve allí un buen rato y aun así no haya intentado hacer de mamá oso y entrar en mi ayuda.

—¿Te ha pedido dinero a cambio de dejarte en paz? —pregunta, más para asegurarse de haberlo escuchado bien que otra cosa.

—Si. Niall le interesaba una mierda.

—No sé por qué me lo esperaba.

—Lo que no entiendo es por qué ha cambiado de estrategia sin intentar denunciarme, ¿será que ha pasado algo por lo que le urgía más conseguir el dinero?

—He sido yo.

«Ese giro de los acontecimientos sí que no te lo esperabas.»

—¿Qué has hecho?

—Poca cosa en realidad, pero se podría decir que todo ha salido a pedir de boca y la información ha llegado a mí como por arte de magia.

Me siento a su lado, haciéndole saber que lo quiero saber todo, así que empieza a relatar.

—Cuando te amenazó con pedir la custodia de Niall, llamé al abogado que nos llevó todo lo legal cuando nació, para saber qué posibilidades reales había de que pudiese hacer eso y salir ganando.

—¿Tuvimos un abogado? —pregunto, sorprendido de no recordarlo.

¿Hasta qué punto mi cerebro entró en automático en aquella época? Porque cada vez me entero de más cosas de las que no fui plenamente consciente en su momento.

—Lo contraté en cuanto me dijiste que la idea de Dana era dar en adopción al niño. Quería asegurarme de que todos los papeles estuviesen en orden para que no tuvieses problemas más adelante.

—¿Qué te dijo?

—Que no nos aseguraba la victoria al cien por cien, así que había que buscar la manera de

demostrar a un juez, en caso de que fuese necesario, que tú eras mejor opción para la crianza de Niall que ella.

—Si has hecho algo ilegal para conseguir esa información, no sé si quiero saberlo.

—¿Quién te piensas que es tu madre? Ni que tuviese yo muchos contactos. Solo la seguí un par de días, después de ver que estaba merodeando por aquí. Es adicta al juego, Sean, por eso necesita dinero. Le tienen vetada la entrada en varias casas de apuestas de la ciudad y, no soy una experta en esto, pero me dio la sensación de que también consume más alcohol del que debería.

—¿Cómo sabes que la tienen vetada?

—Porque la echaban de allí en cuanto entraba. Si eso no es estar vetada...

Me quedo en silencio, con la mirada perdida, hasta que ella sigue hablando.

—Aunque lo que me contó Oliver es lo que me animó a pasar a la acción.

—¿Hay más?

—Tiene antecedentes penales. No sabemos por qué ni desde cuándo, pero, ¿recuerdas el día que tenía que haber ido a por Niall? —asiento, porque me arrepentiré de por vida de haber confiado en ella—. Esa noche tuvo un accidente con el coche. Ella no se hizo nada, pero Oli tuvo que ir con la grúa a por el coche. Al reconocerla, hizo de las suyas y le sacó a uno de los policías que había dado positivo en alcohol y drogas y que tenía antecedentes.

—¿Cómo es posible que yo no supiera nada de esto?

—No queríamos alterarte, cariño. Ya estabas demasiado nervioso.

—Dime que no te has rebajado a su nivel y que no has amenazado a Dana para que cambie de idea con respecto a la custodia.

—Te repito que no sé por quién me tomas. Yo lo único que hice es pedirle que se reuniera conmigo y poner mis cartas sobre la mesa. Le aseguré que, si te llevaba a juicio, iba a usar todo lo que sabía sobre ella para demostrar que no es la persona adecuada para cuidar de un niño. La decisión de seguir adelante con el plan o no era solo suya, pero no lo iba a tener fácil para ganar y se iba a tener que gastar mucho dinero en contratar un buen abogado que pudiese rebatir todos mis puntos.

—Tenías que haberme mantenido informado.

—¿Para que en tu mente empezasen a aparecer opciones de que Niall pudiese acabar al cuidado de alguien así? Ni loca. El niño te lo acabaría notando. Se daría cuenta de que había algo que te tenía intranquilo y empezaría a hacer preguntas. Piensa que soy una entrometida o, como tú dices, una mamá oso, pero os he ahorrado un mal rato a los dos y no me arrepiento de ello.

—Gracias —claudico, entendiendo su punto, y ella pasa un brazo sobre mis hombros, consiguiendo que me recueste contra su costado—. Me ha amenazado con ir a la prensa a decirles quienes somos los dueños del restaurante si no le doy el dinero —confieso.

—¿Y se lo vas a dar? —Me aparta, para poder mirarme a los ojos, y la conozco lo suficiente como para saber qué respuesta es la que espera.

—No. Que haga lo que quiera. Si se lo doy ahora, va a seguir metiéndose en problemas y, cuando lo necesite, va a volver a por más. No quiero entrar en ese círculo vicioso ni ser cómplice de algo así.

—Bien hecho, hijo.

—Además, es lo único que sabe sobre nosotros con lo que puede atacarme, así que si lo utiliza ahora no tendrá nada que usar en el futuro. ¿Es lógico que una parte de mí esté deseando que lo haga, solo para asegurarme de que nos dejará en paz para siempre?

## CAPÍTULO 35

### Lucía

Llámallo superpoder, intuición, sexto sentido o lo que quieras, pero no me hace falta más que un segundo para darme cuenta de que algo ha pasado.

—¿Va todo bien?

Si tengo que ser del todo sincera, lleva todo el día oliéndome a chamusquina.

¿Será porque los lunes suele encargarse él de ir a buscar a Niall al colegio y hoy me ha mandado un mensaje para que lo hiciese en su lugar? Ha puesto de excusa que tenía demasiado trabajo pendiente que hacer, pero le veía capaz de traerse el portátil a casa si se le acumulaba.

¿O tendrán mis sospechas algo que ver el hecho de que no haya mandado ni un solo mensaje para preguntar cómo iba la noche, cuando siempre lo hace?

Lo único que tengo claro es que, la mirada perdida que he detectado en cuanto ha puesto un pie en el salón, significa algo.

—Sí —responde vagamente y me levanto del sofá para encararlo.

—¿Tengo que fingir que me lo creo?

—No es nada importante, Lucía, no te preocupes. Todo va bien.

—Tienes cara de llevar comiéndote la cabeza todo el día, así que algo de importancia tendrá.

Mira hacia el pasillo que lleva a la habitación de Niall y, después de dejar su abrigo en el respaldo de una de las sillas y la mochila sobre la mesa, suspira.

—Espérame aquí un segundo. Voy a dar un beso de buenas noches a Niall y a quitarme el olor a cocina de encima y te lo cuento todo. En la mochila hay comida, por si te apetece ir calentándola. —Asiento con la cabeza y hago lo que me ha dicho.

Lo que parece haberse convertido en nuestra rutina los días en los que hago de canguro. Él trae comida, yo le espero y cenamos juntos mientras hablamos de todo y de nada al mismo tiempo.

Para cuando vuelve a la cocina, he puesto la mesa para ambos y la comida está caliente. No es difícil adivinar que se ha dado una ducha rápida antes de ponerse el pijama, porque el aroma de su champú inunda la cocina en cuanto pone un pie en ella.

—Dana se ha vuelto a presentar en el restaurante.

Va directamente al grano, sin darme ningún tipo de preámbulo, y yo me quedo con la cuchara a medio camino entre el táper y el plato, en el que estaba a punto de echarme un par de albóndigas.

—¿A pedir la custodia?

—No. Esta vez lo que quería era dinero. En realidad, he llegado a la conclusión de que lo único que ha querido todo este tiempo ha sido dinero, pero prefiero no pensar mucho en ello.

—¿Y se lo vas a dar?

—No. Niall está a salvo, ha renunciado a denunciarme, y eso es lo único con lo que me quedo de la conversación de hoy. Me da igual lo que quiera hacer a partir de ahora.

—¡Eso es una buena noticia! —intento animarle, aunque me huelo que hay algo más que no me está contando.

No veo a Dana renunciando a todo, así como así. A no ser que, ahora que sabe que estamos al tanto de sus antecedentes, se haya dado cuenta de que no hay nada que hacer.

—Sí, supongo que sí. No me apetece hablar de ella, Lucía —confiesa, frotándose los ojos con

las manos—. Haz tu magia y saca cualquier otro tema que me ayude a cambiar el chip.

—Reto aceptado. ¿Qué lleva esta salsa? Me tiene totalmente despistada y necesito saberlo, porque huele de lujo.

La cocina nos ha servido como vía de escape en muchas ocasiones, y me alegro de comprobar que esta es una de ellas porque su mirada se enfoca en las albóndigas y también se echa unas pocas en su plato.

—Pruébala e intenta adivinarlo.

—Me he comido una mientras hablabas, pero no consigo sacarlo. Me recuerda a algo que he probado aquí, pero no sé a qué. Esto es frustrante, ¿podrías dejar de usar tantas especias diferentes?

Se lleva una bola de carne a la boca, como si tuviese que degustarla para saber el ingrediente que él mismo ha usado, y cuando traga y ve que sigo esperando, me da la respuesta.

—Guinness.

—Tenéis mucha afición los irlandeses por echarle cerveza a todo, pero está bueno, tengo que admitirlo. A este paso, voy a poder decir que la he probado, aunque nunca me haya bebido una.

Levanto la cabeza asustada cuando me doy cuenta de que se le ha debido ir la comida por otro lado y, cuando deja de toser, me mira con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo que nunca te has bebido una Guinness? ¿No habías salido con Carlota y sus amigos algún día?

—Sí, pero no soy muy cervecera. Prefiero pedirme otras cosas.

—En este momento me estoy avergonzando de mis compatriotas. No puedo dejar que esto siga así, dos meses ya es demasiado —asegura, con el tono más serio que alguien podría utilizar en una conversación sobre cervezas, y observo cómo se pone de pie y saca dos botellines del estante más alto del frigorífico y dos jarras del armario de al lado.

—¿En serio me vas a hacer beber cerveza a estas horas?

—A probarla, al menos. Es más, abriré solo una por ahora. Aunque estoy seguro de que vas a acabar bebiéndotela, pero por si acaso.

Le sigo con la mirada mientras abre el botellín y lo echa en la jarra con un cuidado increíble. Después lo pone en la mesa, frente a mí, pero cuando voy a echar la mano me frena.

—Tienes que dejar que repose antes de beber.

—¿No se supone que en Irlanda bebáis la cerveza caliente? —pregunto, recordando que él la ha sacado de la nevera.

—Eso es un bulo. Hay quien la bebe así, pero lo ideal es echar la cerveza fría en un vaso con temperatura ambiente.

Rodeo la jarra con mi mano derecha cuando me da permiso para beber y, en cuanto el líquido entra en contacto con mis papilas gustativas, una reacción instantánea sale de mí.

—Ugh, ¿cómo os puede gustar algo tan amargo?

—Tienes que habituarte al sabor, pero en cuanto lo haces es una maravilla. ¿Qué matices sacas?

—No sé, como regaliz o café quizás.

—Bebe otra vez. —Le hago caso, no sé muy bien por qué, y debo admitir que en esta ocasión el sabor no me choca tanto.

¿Quizá porque ya lo esperaba? ¿O es que es verdad eso de que me tengo que hacer al sabor?

—¿Me abro la otra o me vas a hacer beberme esa?

—Ábrela —claudico—. Aunque solo sea para que después no me puedas decir que no la he disfrutado porque no he vivido la experiencia completa.

Me dedica una pequeña sonrisa mientras se levanta para hacer el mismo procedimiento con el botellín que aún estaba sin abrir en la encimera, esperándolo, y yo doy un trago esta vez más grande a mi vaso para que no se note lo mucho que me gusta que me dedique ese gesto.

Porque el hecho de que lo haga cada vez con más frecuencia no significa que yo consiga hacerme inmune a ello.

—Cuando haya conseguido que te bebas tres o cuatro de estas conmigo, te llevaré a un buen *pub* donde te sirvan una de barril. Ahí descubrirás cien por cien lo increíble que puede ser esta delicia. Quizá hasta te animas a dividir la G conmigo.

—¿Qué es eso?

—Un reto de Guinness. Consiste en dar un buen trago a la cerveza y conseguir que se quede justo a la altura de la G que hay en la jarra, dividiéndola en dos.

—¿Cuántas veces lo has intentado ya?

—No muchas, Darren es el verdadero experto en eso. Pero practicaré mi técnica para enseñarte el día que me dejes —promete y alza la jarra en mi dirección para brindar—. *Sláinte*.

—¿*Sláinte*? ¿Como el restaurante? ¿Por eso el logo son dos jarras brindando?

—Sí. Mis abuelos lo llamaron así cuando lo abrieron y, al reformarlo, Darren y yo incluimos Nua al principio, que significa nuevo. ¿Brindas conmigo o vas a hacerme esperar hasta que se me duerma el brazo?

—*Sláinte* —intento imitar la pronunciación lo mejor posible y, después de chocar los vasos, ambos nos los llevamos a los labios. En cuanto da un sorbo, lanza un suspiro de gusto ante el que no puedo evitar reír.

—Ante nosotros, un individuo de la especie *homo sapiens irlandis*, cuyo nivel de placer llega a niveles álgidos cuando tiene una Guinness en la mano —relato, en mi mejor voz de documentalista, y de su boca sale lo mismo que estaba pensando yo mientras le hacía la broma.

—Creo que pasas demasiado tiempo con mi hijo. ¿Tú también vas a querer un disfraz de arqueóloga por Halloween?

—No me tientes. Siempre he pensado que los tirantes me darían un toque bastante sexi.

—Yo que pensaba que el punto fuerte del disfraz era el gorro... ¿He estado todo este tiempo equivocado?

—Desde luego. Los tirantes lo son todo. —Tiro de la tela de mi camiseta a la altura del hombro, como si estuviese haciéndolo de un tirante ficticio, y él pone los ojos en blanco.

Seguimos cenando en silencio y, cuando ya casi hemos terminado, habla.

—Ahora en serio, ¿tienes planes para Halloween?

—No. Puedo cuidar de Niall si lo necesitas.

—Más bien estaba pensando en un plan en el que tú estás incluida. Si te gustó la decoración del centro comercial, sé de algo que te va a dejar alucinada.

## CAPÍTULO 36

Sean

Halloween en Irlanda es una auténtica pasada y no, no lo digo porque me esté dejando llevar por mi sangre irlandesa. Dublín se transforma durante los días previos y, conforme el treinta y uno de octubre se acerca, es imposible recorrer sus calles sin que la energía que desprende esta festividad cale en tu interior.

—¿Vamos a ir todos maquillados de zombi? —pregunta Niall, asomándose al baño en el que Charlie y Lucía se están encargando de maquillar a Darren y a Oliver—. ¡Qué guay!

Niall y Josh han sido los primeros, porque sabíamos que si no se iban a poner muy pesados hasta que llegase su turno. Yo he ido después, junto a Doyle. Cuando terminen con todos nosotros, será cuando se maquillen a sí mismas. Helena se nos uniría después de comer, ya que es la única a la que le ha tocado trabajar hoy, pero las chicas ya se han encargado de grabarle un vídeo para que sepa cómo hacer el maquillaje.

Mi plan era que solo los niños se disfrazasen, no voy a mentir, pero cuando Josh vio el maquillaje de Niall ayer en el colegio, insistió en que él también quería convertirse en un Superman zombi para el desfile de Halloween, y todos hemos acabado cayendo en la trampa.

Los adultos somos solo zombis, eso sí. Con ropas viejas y el pelo hecho un desastre. Aunque el maquillaje que se han sacado del sombrero las dos hermanas es increíble y da totalmente el pego. Cómo han conseguido que mi mejilla parezca estar en carne viva es un misterio que nunca seré capaz de averiguar.

—Yo solo voy a decir una cosa y quien avisa no es traidor —dice Carlota, llamando la atención de todos—. Si yo me he apuntado a esto sin rechistar y estoy dando lo mejor de mí, espero que me devolváis las mismas ganas cuando toque hacer mi postal navideña. Os quiero a todos ese día caracterizados y con sonrisas enormes. Ya que yo descubro vuestro Halloween, vosotros tenéis que descubrir nuestra Navidad.

A estas alturas del cuento, todos sabemos lo obsesionada que está la pequeña del grupo con ese tema, como no hacerlo si en el interior de esta casa parece más diciembre que octubre, así que ninguno nos sorprendemos por su petición.

—Te has unido porque has querido, Carlotita —dice Darren, cometiendo el error de no darse cuenta de que es precisamente él el que está en sus manos ahora mismo.

—¿Es que quieres ser solo mitad zombi? Podría hacerte parecer un elfo de Papá Noel ahora mismo y no te darías ni cuenta hasta que fuese demasiado tarde.

—Está bien, está bien —claudica mi hermano—. Pero no pienso vestirme de nada demasiado ridículo. Un gorro de Santa Claus o lo que sea, pero a mí no me pones orejas puntiagudas de esas ni de coña.

—Me conformo —acepta ella, con una sonrisa, y continúa con el maquillaje—. ¿Qué se supone que vamos a hacer hoy, de todos modos? No entiendo por qué nos habéis hecho madrugar tanto.

—Es una sorpresa —contesto, antes de que alguno de los chicos se vaya de la lengua.

Entre los cuatro nos habíamos encargado de organizar un horario con el que poder disfrutar de tantas actividades como fuese posible para que Lucía y Carlota conociesen todas nuestras tradiciones, y si queríamos cumplirlo a rajatabla, teníamos que salir de aquí en menos de una hora.

Por suerte, no hay nada como decirles a esas dos que hay una sorpresa por delante para que se aseguren de que todos estamos listos antes de tiempo.

Y entonces da comienzo nuestra aventura.

Empezamos por la *National Gallery*, porque que sean vampiros los que dan la visita es un punto a favor, y doy gracias por haberlo puesto lo primero, porque estoy seguro de que haber traído aquí a los niños cansados habría sido una pesadilla. Al estar totalmente despiertos y con las pilas cargadas, han disfrutado como nunca de que los vampiros les hiciesen preguntas e interactuasen con ellos.

Después, ponemos rumbo al Castillo de Dublín, el que inspiró a Bram Stoker para la novela de Drácula y el protagonista de muchas de las actividades que tenemos apuntadas. Y, para qué negarlo: uno de los sitios de la ciudad que más nos gustan a Darren y a mí.

No sé ni cuantas veces lo hemos visitado, pero aun así se me hace imposible describir lo que se siente al entrar en su interior. Por no hablar de que el día de Halloween todo se intensifica más. Los niños se asustan por cualquier cosa y luego rompen a reír. Carlota y Lucía van agarradas la una a la otra como si su vida dependiera de ello, pero con enormes sonrisas en la cara y observándolo absolutamente todo. Y, como no, no podían faltar Doyle y Darren aprovechando cada mínima oportunidad para asustar a unos u otros.

Si cuando yo digo que son ellos los que parecen niños...

Yo me considero a mí mismo el fotógrafo del día. He desempolvado una vieja cámara que tenía mi madre guardada desde hace años y, con ella colgada al cuello, capturo todo lo que se me antoja. Podría haberle pedido a Lucía la que ha estado usando en nuestras excursiones, pero de esta manera seré yo el que revise la tarjeta de memoria mañana y así no corro el peligro de que cierta chica se dé cuenta de lo mucho que me gusta enfocarla.

Entre las instantáneas que llevo hechas hasta ahora hay mucha variedad, eso sí. Niall fingiendo que observa algo con su lupa de arqueólogo. La cara de pícaro de Darren cuando está a punto de hacer una de las suyas. La emoción de Charlie y Lucía al descubrir un nuevo detalle. El brillo en los ojos de esta última cada vez que lo detecto. Mis amigos haciendo el tonto, como si ellos también tuvieran seis años. Niall y Josh riéndose a carcajadas de cualquier cosa.

El día se pasa en un abrir y cerrar de ojos y, cuando me quiero dar cuenta, Helena se nos ha unido y estamos preparados para ver el desfile, cada uno con una hamburguesa en las manos y una caja de *soul cakes* para el postre guardadas en mi mochila.

Porque, ¿es realmente Halloween si no te comes una de esas galletitas? Mi respuesta es un rotundo no.

Horas después, los disfraces más terroríficos y escalofriantes han hecho su aparición. Las galletas han volado. Los fuegos artificiales han iluminado el cielo. El espectáculo de luces del castillo ha terminado. Y la nostalgia de saber que un buen día está llegando a su fin nos embarga un poco a todos. O a los adultos, al menos, porque Niall y Josh están con las energías bien cargadas.

—Falta una última parada —dice Darren, sorprendiéndonos a todos cuando ya estábamos pensando en poner rumbo a casa—. No podemos dejar que nuestras invitadas piensen que ahora lo saben todo sobre Halloween, cuando todavía no han probado el *barmbrack*.

—¿Y dónde pretendes ir ahora a por *barmbrack*? Está todo cerrado o a punto de cerrar.

—Me ofendéis. —Se saca las llaves del bolsillo, entre las que distingo rápidamente la del restaurante, y es entonces cuando me doy cuenta de que no es algo que se le haya ocurrido de repente. Lo tenía más que planeado—. Mamá nos ha dejado uno preparado. ¿Estáis listos para descubrir quién sacará el anillo y el penique? Se lo he pedido, pero no ha querido meter ni el

guisante, ni el palo, ni el trapo porque dice que se sentiría responsable de habernos deseado algo malo. Madres...

—¿Es una especie de roscón de Reyes? —pregunta Carlota y me alegro de haber prestado atención a mis conversaciones por Skype con Lucía, porque parezco ser el único en entender la referencia.

—Parecido, solo que aquí no te toca pagarlo, salga lo que salga.

—¡Qué guay! —exclama, dando palmadas— Yo quiero probarlo.

Hasta que no llegamos al restaurante, no me doy cuenta de que Charlie todavía no sabe que nosotros somos los dueños, pero no me importa. Confío en ella. Sé que, si Lucía le pide que no lo cuente por la universidad, no lo va a hacer, así que me despreocupo. Todos lo hacemos.

Supongo que tenemos otra cosa en la cabeza.

*Barmbrack.*

—¿Queréis saber lo que significa cada objeto o lo vamos diciendo cuando salgan? —pregunta Darren a las chicas, con el bizcocho ya partido en ocho cachos. Uno para cada uno.

—Cuando salga —dice rápidamente Carlota—. Es más emocionante.

Todos damos el primer mordisco a la vez, pero ninguno encuentra nada. En el tercero, Oliver levanta la mano y, con cuidado, se saca algo de la boca.

—¡La moneda! Esto significa que me va a tocar la lotería, cariño. Ve eligiendo qué casa quieres comprarte.

—No corras tanto, fiera, que por ahora solo tienes un penique —contesta Helena riéndose y todos continuamos disfrutando del bizcocho mientras Oliver nos cuenta todo lo que va a comprar con su futura fortuna.

Solo espero que Josh no se lo crea demasiado, porque si no el pobre se va a decepcionar cuando no tenga su propio parque jurásico.

Me giro hacia Lucía cuando noto un movimiento extraño y veo cómo se saca la bolsita con el anillo de juguete de la boca.

—¡Premio! —celebra Carlota, al ver el gesto de su hermana—. ¿Qué significa el anillo, D?

Es la que más está disfrutando de la tradición y se nota, porque su cara destila una emoción aún más grande que si la hubiese tocado a ella misma.

—Si sacas el anillo, significa que te casarás en el año.

—¡Ostras! Ahora solo te falta dar con un marido, hermanita —celebra Carlota, aplaudiendo y ganándose una mirada de Lucía que estoy seguro de que esconde mucho más de lo que cualquiera en este comedor puede llegar a imaginar.

—¿Y si no quiero casarme?

—Supongo que podríamos hacer una excepción y entenderlo como que te va a ir bien en el amor. Tú decides, cocinita.

Nos quedamos un rato más allí, aprovechando que no molestamos a nadie, y cuando llega el momento de irse a dormir me encuentro con la conversación que, una parte de mí, sabía que se iba a acabar produciendo en algún punto de la noche.

—¿Puedo quedarme a dormir en casa de Josh, papi?

—¿Qué hemos dicho de autoinvitarte a la casa de otra persona?

—¡Helena nos deja! Pregúntale. Porfa, porfa. Mañana no hay cole. —Hace un puchero al que llevo años sin poder resistirme y, derrotado, miro alrededor hasta que mi mirada se cruza con la de Helena.

—¿Ha sido idea suya o tuya?

—De ambos. Me lo han preguntado hace un rato, pero de todas maneras tenía pensado

proponértelo yo. Mañana Oli y yo tenemos el día libre, así que habíamos pensado en llevarnos a los niños por la mañana a hacer algo.

—¿Estás segura?

—Deja que venga, Mac. Nos lo pasaremos bien. Te invitamos a comer y así ya lo recoges.

—Está bien, deja que suba a casa de mis padres a por algo de ropa y un pijama.

Minutos después, estamos cerrando la puerta trasera del restaurante con llave y poniendo cada uno rumbo a sus respectivas casas. Me despido de Niall, le repito una vez más que se porte bien, aunque sepa de sobra que lo va a hacer, y en tan solo unas pocas calles me quedo a solas con las chicas, porque Darren y Doyle han decidido que para ellos la fiesta todavía no ha terminado y han partido en dirección a su *pub* favorito.

Ellas van animadas, comentando todo lo que han visto, comparándolo con lo que conocían de series y películas, ya que no son muy dadas a celebrarlo y, cuando nos despedimos en el rellano del portal y cada uno se mete en su piso, me suena el móvil.

Una vez. Dos. Tres. Y hasta cuatro mensajes seguidos.

**Darren:** ¡Más te vale no desaprovechar la oportunidad de tener la casa sola!

**Darren:** Espero que me hicieses caso en su momento y hayas renovado los condones caducados.

**Darren:** Porque la última noche de Halloween en la que follaste me diste un sobrino.

**Darren:** Y como pongas cualquier excusa de mierda para no dar el paso, acabas en la cazuela del estofado de mamá.

**Sean:** Eres un idiota.

**Sean:** Ni siquiera sé si ella querría dar el paso.

**Darren:** ¡Aleluya! Al menos no has negado que tú quieras.

**Darren:** Y en cuanto a ella, yo lo tengo claro.

**Darren:** ¡Las señales están por todas partes!

**Darren:** Tú haz el amago de besarla y ya verás cómo te responde.

**Sean:** De todos modos, ya es tarde. Ya estoy en casa.

**Darren:** Cada día me pregunto más cómo es posible que tú y yo seamos hermanos.

**Darren:** ¿Sabes lo que haría yo en tu lugar?

**Darren:** Me plantaría en su puerta y le confesaría que llevo todo el día pensando en comerle la boca.

**Sean:** No llevo todo el día pensando en eso.

**Darren:** No le quitabas el ojo de encima, Sean.

**Darren:** Si ahora mismo mirase las fotos que has hecho hoy,

¿cuántas serían de ella?

**Darren:** Pues eso.

No le respondo, porque sé que va a tener contestación para todo lo que le diga y podrían darnos las tantas, así que dejo el móvil encima de la mesa del salón, me quito la cazadora y me encamino a la habitación. Necesito quitarme esta ropa vieja y el maquillaje de la cara.

Durante todo ese proceso, no dejo de pensar en los mensajes de mi hermano.

«Yo lo tengo claro. ¡Las señales están por todas partes!»

«Me plantaría en su puerta y le confesaría que llevo todo el día pensando en comerle la boca.»

«Si ahora mismo mirase las fotos que has hecho hoy, ¿cuántas serían de ella?»

¿Será verdad que ha llegado el momento de dejarme llevar por completo de una vez por todas?

Si soy sincero conmigo mismo, la última vez que estuve a punto de besarla me retracté por todo lo que tenía entre manos con la amenaza de Dana, pero ahora eso se ha terminado.

Los problemas han desaparecido y las únicas limitaciones que podría tener para no animarme a plantarme delante de ella y confesarle que ser solo amigos no me basta, están solo en mi cabeza.

Niall no tiene por qué verse involucrado de ninguna manera.

Trataría de mantener mis emociones controladas, para evitar en todo lo posible que me arrastren como un tsunami. E iría paso a paso, porque no puedo obviar el hecho de que Lucía tiene su vida en otro país y su estancia en Dublín es temporal.

Pero, por otro lado, ¿cuándo nos ha importado a nosotros tener una fecha de fin, si ha sido nuestro día a día desde que nos conocimos?

No puedo quedarme con la idea de lo que pudo ser y no fue. No quiero quedarme con eso por simple cobardía. Ha llegado la hora de dejar caer todas esas malditas capas de protección y, simplemente, confiar en que ella no me hará trizas.

## CAPÍTULO 37

Lucía

**Sean:** ¿Estás todavía despierta?

Frunzo el ceño con la mirada clavada en la pantalla del móvil y cierro la aplicación de TikTok, en la que llevo quizá demasiado tiempo mirando vídeos, para abrir la de los mensajes.

No sé qué me sorprende más, que ya haya pasado casi una hora desde que me despedí de mi hermana y me metí en la cama, que Sean me mande un mensaje a estas horas o que no tenga ni gota de sueño, pese a haber estado todo el día yendo de un sitio a otro.

**Lucía:** Sí, ¿estás bien?

**Sean:** ¿Puedes salir un segundo al pasillo?

**Lucía:** Claro. Voy.

Dejo el móvil sobre la mesilla y salgo de la cama. Me paro un segundo delante del espejo del pasillo, solo para asegurarme de que el pijama que llevo puesto no da demasiada vergüenza ajena, y salgo a la puerta con la curiosidad invadiendo todo mi cuerpo.

¿Le habrá pasado algo? ¿Y si Dana le ha mandado un mensaje cuando pensaba que ya era cosa del pasado? ¿O si Oliver le ha llamado porque le ha pasado algo a Niall y necesita que conduzca yo porque está muy nervioso?

«¿Por qué tiene que ser sí o sí algo negativo? Deberías empezar a tener pensamientos más positivos.»

Callo mi propia cabeza cuando me lo encuentro frente a mí, también en pijama y con restos del maquillaje de zombi todavía por la cara, pero eso da igual. Lo que importa es su mirada, porque no hay ni rastro de miedo o tristeza.

—¿Estás bien?

Repito la misma pregunta que le he hecho por mensaje, dando un par de pasos hacia él para tampoco levantar mucho la voz a estas horas de la noche.

—Llevo todo el día pensando en hacer una cosa —comienza, haciendo caso omiso a mi pregunta— y desde que hemos llegado a casa barajando si era buena idea mandarte un mensaje para que salieras o si, por el contrario, sería un error.

—¿Qué pasa, Sean?

—Que estoy cansado de quedarme con la duda.

Antes de que mi cerebro sea capaz de procesarlo, da el paso que elimina por completo el espacio que había entre nosotros y estampa sus labios contra los míos.

Con fuerza. Con decisión. Con ganas. Y con una seguridad que va disminuyendo por segundos.

Porque me he quedado totalmente congelada.

Soñaba con que llegase el día en el que él diese el paso, porque lo que tenía claro era que yo no me iba a animar después de todo; simplemente, soy incapaz de procesarlo.

Hasta que se aparta despacio, con una mueca de desilusión en el rostro, y me fuerzo a reaccionar si no quiero que una de las mejores cosas que me han pasado en la vida se me vuelva a escapar entre los dedos.

Me pongo de puntillas y, esta vez, soy yo la que lo beso a él.

¿No resulta curioso cómo hay cosas que no se olvidan por muchos años que pasen? Porque eso es exactamente lo que nos pasa en cuanto nos tocamos. Nuestros labios se reconocen y el mundo a nuestro alrededor desaparece.

Nos besamos como si tuviésemos miedo de que, al separarnos, no podamos volver a unirnos. Nos medimos. Nos retamos. Se ríe contra mi boca cuando le muerdo el labio inferior y yo gimo cuando él me devuelve el gesto.

No sé en qué momento acabamos apoyados contra una de las paredes del rellano, con sus manos por todo mi cuerpo y las mías enredadas en su pelo y acariciando su cuello. Totalmente pegados el uno al otro. Tanto que soy perfectamente consciente de la dureza que empieza a apretarse contra mi estómago y calienta por completo toda mi sangre. Si es que no estaba en ebullición ya.

—Sean —consigo decir, cuando sus labios bajan por mi cuello y su mano se cuela por debajo de mi camiseta de pijama, pero se me escapa un gemido cuando clava los dientes justo por debajo de mi mandíbula—. Estamos en el rellano.

Levanta la cabeza, como si acabase de ser consciente de ese pequeño detalle, y ver lo rojos que tiene los labios me da ganas de olvidar mis propias palabras y atraerlo de nuevo hacia mi boca.

—¿Vienes? —pregunta, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta de su casa, como si pensase que existe la mínima posibilidad de que le diga que no y me vuelva a la cama tan tranquila después de lo que acaba de pasar aquí, y en cuanto acepto una gran sonrisa se apodera de sus labios.

Una que hace que las piernas me tiemblen como si estuviesen hechas de gelatina y que estoy segura de que se me va a quedar grabada en la memoria mucho tiempo.

Cierra la puerta del piso de mi hermana con un cuidado que no me encaja para nada con su respiración acelerada y, en cuanto los dos estamos en el interior de su casa, mi espalda vuelve a estar contra la pared.

No puedo evitar reírme ante su efusividad y, cuando cuela de nuevo sus manos en el interior de mi camiseta, levanto los brazos para que pueda librarse de ella. Sus ojos me recorren por completo en cuanto se da cuenta de que no llevo sujetador y, con un movimiento sumamente ágil, engancha sus manos a mis muslos y me eleva hasta que mis piernas quedan a la altura perfecta para poder rodear su cintura con ellas.

Gimo de nuevo en cuanto su dureza se roza contra mi entrepierna y, cuando decide acompañar ese movimiento metiéndose uno de mis pezones en la boca, se me nubla por completo la mente.

No estoy segura de si es por la cantidad de meses que llevo a dos velas o por lo mucho que lo he echado de menos a él en concreto, pero creo que podría llegar a correrme incluso antes de que se quite los pantalones y eso sería todo un récord.

—Tengo dos quejas —murmuro, sin poder dejar a un lado a la crítica que llevo dentro, y por la forma en la que él me mira sé que también ha entendido la referencia que he pretendido hacer.

—Soy todo oídos. —Su voz ronca podría hacerme volar por sí sola, pero no dejo que me afecte. No demasiado.

—¿Por qué tú sigues completamente vestido? Y, la segunda, ¿por qué no estamos ya en tu cama?

—Me gusta como piensas.

Se aleja de la pared, aún conmigo en brazos, y pocos segundos después se tumba en la cama,

dejándome caer a horcajadas sobre él. Le quito la camiseta antes de volver a besarlo y, sin ni siquiera pararme a observarlo de la misma manera que lo ha hecho él conmigo, me pongo de pie de nuevo.

—Te has ido demasiado lejos —se queja, pero cuando me desnudo por completo de un solo movimiento, y aprovecho esa distancia para hacer lo mismo con él, su puchero es reemplazado por un gesto que me vuelve completamente loca.

Joder, si a mí me encanta morder esos labios, ver cómo él mismo lo hace es mi debilidad.

Se estira hacia la mesilla para poder coger un condón cuando me vuelvo a unir a él y, en cuanto lo tiene puesto, me hace rodar en la cama para volver a colocarse encima.

—No prometo aguantar, llevo mucho tiempo con las ganas de volver a tenerte así —advierte sobre mis labios.

—Hazlo de una vez, Sean.

Echo la cabeza hacia atrás en la almohada cuando se sumerge en mi interior de un solo movimiento y vuelvo a rodearlo con las piernas para sentirlo por completo. Porque él no es el único que lleva demasiado tiempo pensando en esto y no me extrañaría que fuese mi orgasmo el que nos pillase a ambos desprevenidos, en vez del suyo.

Nos movemos el uno contra el otro, con rapidez al principio y más suavidad después. Reconociendo lo que ya sabíamos y descubriendo lo nuevo. Disfrutando de cada segundo. Contándonos con el cuerpo lo que ninguno de los dos se ha atrevido todavía a decir en alto. Y me atrevería a decir que el clímax nos arrastra prácticamente al mismo tiempo, pero aun así nos quedamos un rato más abrazados el uno al otro mientras nuestras respiraciones vuelven a la normalidad.

Nos damos un último beso, el más tierno de los que hemos compartido esta noche, antes de que se aparte y me quedo tumbada en la cama, observando cómo se levanta y se quita el condón para tirarlo a la basura.

Ahí sí que me permito observarlo por completo, ya que antes tenía otras cosas de las que ocuparme con prioridad, y confirmo con mis ojos lo que mis manos se han encargado de hacerme saber estos últimos minutos.

Su cuerpo está mucho más tonificado que antes, y ya no queda ni rastro del adolescente delgaduchito al que me conocía de memoria, lo que me recuerda que Carlota me dijo que estaba yendo al gimnasio. Tiene algo más de vello que antes, pero sin llegar a ser demasiado. Levanto la mirada hacia sus ojos cuando noto que se cruza de brazos y, al percibir ese brillo de picardía que tanto me gusta en ellos, le reto.

—¿Qué pasa? Tú antes también me has comido con los ojos, era mi turno.

—¿Y te gusta lo que ves?

—No estoy del todo segura. Creo que tengo que hacer una segunda cata para poder dar mi veredicto final. Nos hemos dejado llevar por la urgencia en la primera.

Suelta una carcajada sin poder contenerse y se tumba de lado en la cama, para poder mirarnos de frente.

—Tenemos toda la noche para que hagas las catas que quieras.

—Me alegro de oír eso, porque como me tenías hipnotizada con esos labios rojos tuyos tan apetecibles, se me ha olvidado avisarte de que no he cogido las llaves antes de que cerrases la puerta de la casa de mi hermana. Así que estoy atrapada aquí hasta por la mañana. Contigo. Y, en días no lectivos, Carlota duerme hasta muy tarde.

—Si es así... Habrá que encontrar la manera de aprovechar al máximo todo ese tiempo, ¿no?  
—me tienta y, en cuanto le veo las intenciones, me adelanto a ellas.

—Me toca a mí arriba.

## CAPÍTULO 38

Sean

Ni siquiera recuerdo hace cuanto que no dormía con una chica pegada a mi costado, pero en el momento en el que empiezo a despertarme y noto cómo el cuerpo de Lucía está prácticamente tumbado encima del mío, sé que no quiero que sea la última y que ni loco dejo que pase tanto tiempo hasta que se vuelva a repetir.

Me gusta esto. Me encantan las sensaciones que llevan recorriendo mi cuerpo por completo las últimas horas. Me siento en una nube de felicidad por primera vez en muchos años. Joder, si anoche no podía dejar de reírme de sus tonterías ni de sonreír como un bobo cuando la miraba.

¿Podríamos llevar dos meses así y nos lo hemos perdido por mis malditos miedos?

«Es un proceso que tenías que pasar, no te agobies con eso ahora.»

Por una vez mi mente no es una cabrona conmigo y, aun así, lo que me ha hecho recordar es una verdad ineludible. Necesitaba recorrer el camino para librarme de esas inseguridades a mi propio ritmo. Sin presiones externas. Porque, solo así, he conseguido tener claro qué es lo que quiero, las pautas que debo ponerme para que todo vaya a su debido tiempo y los aspectos que tengo que mantener en mi punto de mira para no llevarme un chasco.

Ahora sé cómo hacerlo y eso me hace sentir mucho más seguro a la hora de dejarme llevar.

—Te escucho pensar desde aquí —murmura Lucía, con la cabeza aún apoyada sobre mi pecho desnudo, y su brazo aprieta más el agarre que tiene en mi cintura.

—Son cosas buenas.

—Eso espero.

Nos quedamos un rato más así, ambos despiertos, pero con los ojos cerrados, como si ninguno de los dos quisiera dar por concluida la noche, hasta que un ruido imposible de ignorar hace que ambos clavemos los ojos en el otro.

—¿Eso han sido tus tripas? —pregunto, sin poder contener la risa, y me río aún más fuerte cuando veo cómo se le enrojecen las mejillas—. Si tenías hambre solo tenías que decirlo, Lu.

—Es que estaba muy cómoda —se queja, pero al instante la sonrisa vuelve a su cara—. ¿Me has llamado Lu?

No me doy cuenta hasta que lo dice, pero supongo que después de lo que ha pasado entre nosotros, me ha salido solo. La complicidad sigue allí, eso ya lo hemos comprobado, y puede que todas esas emociones recordadas de años atrás hayan traído de vuelta viejas costumbres.

—Me ha salido solo, pero sí. Siempre me ha gustado llamarte Lu, no sé porque no lo había antes.

—Quizá porque, hasta ahora, no has sentido que seguimos siendo los mismos de siempre. Pero no voy a abrir ese melón ahora porque me muero de hambre y me gustaría darme una ducha antes de desayunar.

Se pone de pie antes de que yo tenga tiempo de asimilar lo que ha dicho y, cuando llega a la puerta del baño, completamente desnuda, se gira hacia mí.

—¿Te unes? Así intento quitarte los restos de maquillaje que todavía tienes en la cara.

—No me vuelvo a dejar maquillar en la vida. Anoche me dejé la frente roja de tanto frotar —me quejo, pero la sigo.

—Eso ya lo veremos. Carlota sigue necesitando elfos.

Una hora después estamos los dos en mi cocina, con un plato de tortitas recién hechas para cada uno, una jarra de zumo que dudo que seamos capaz de bebernos entera y un café para mí.

¿Otro dato que demuestra que Lucía sigue conociéndome a la perfección? La paciencia con la que ha esperado a que la cafeína entrase en mi organismo antes de sacar el tema de conversación.

—¿Qué va a pasar ahora? —Fingiría no saber de qué me está hablando, pero lo sé perfectamente.

—No tengo ni idea —admito y, tras unos minutos en silencio, le confieso la conclusión a la que he llegado cuando me he despertado—. No me gustaría que se quedase en algo de una noche.

Soy consciente del suspiro de alivio que sale de sus labios y eso hace que me relaje.

—Quiero saber dónde podría llevarnos esto.

—Tenemos más cosas en contra que a favor —me recuerda—. Estoy muy a gusto en Dublín, pero ahora mismo mi futuro depende del lugar en el que consiga encontrar un trabajo.

Eso sí que me sorprende, porque pensé que su plan era volver sí o sí a Madrid, pero no me dejo llevar por la ínfima posibilidad de que un futuro en Dublín sea posible. Ella tiene su vida allí, en un futuro no muy lejano es probable que incluso Charlie regrese a España, y es obvio que todo eso va a tener cierto peso a la hora de tomar decisiones.

—Y yo todavía estoy trabajando en lo de no preocuparme demasiado por controlar cada mínimo detalle de mi vida —añado—, pero como te dije ayer, estoy cansado de quedarme con la duda de no saber qué habría pasado si no hubiese actuado como un cobarde.

—Entonces, ¿qué propones?

—Ir con calma. Es indudable que nos atraemos el uno al otro, Lu, y yo estoy cansado de fingir que no es así. Intentémoslo, sin presiones ni etiquetas. ¿No quieres descubrir si las cosas entre nosotros podrían seguir funcionando tan bien como en el pasado?

—Sí, pero hay tantos factores externos que...

—Mantengámoslo nuestro —propongo—, al menos hasta que tengamos respuesta a esa pregunta. Iremos tomando las decisiones sobre la marcha. Así, si algo no va como esperábamos, podemos simplemente pasar página sin dar explicaciones a nadie y sin...

—Sin que Niall se vea implicado. —Completa mi frase, haciéndome saber que ambos estábamos pensando en lo mismo.

Él podría ser el más afectado si se entera y luego la cosa se tuerce.

—¿No te parece irónico que seas tú el que me está proponiendo esto cuando al principio me dijiste que solo seríamos vecinos? —dice, haciéndome reír, y niego con la cabeza mientras corto un trozo de tortita.

—Estaba cagado por tu vuelta. Sigo estando cagado algunas veces —admito—, y aun así no he conseguido mantenerme alejado de ti. ¿Será tu perfume? ¿Usas algún mejunje de sirena para atraerme hacia la muerte?

—¿Acaso lo dudabas? Me lo hizo Kika Superbruja a los quince, por eso caíste en mis redes.

Su mención al pasado hace que, por una milésima de segundo, esa pregunta que tan recurrente fue en mi cabeza durante años, haga acto de presencia. ¿Por qué desapareciste? Pero no la vocalizo en alto.

No sé si estoy preparado para las heridas que pueda abrir su respuesta, ahora que poco a poco estamos recuperando lo que perdimos. Por no hablar del dolor que impregnó sus iris aquel primer día, en la cafetería, cuando parecía dispuesta a contármelo todo.

No quiero reavivar esas emociones ahora.

Pero tampoco quiero engañarme a mí mismo. Si esto sigue adelante, llegará el momento en el

que tengamos que abrir la caja de pandora y, lo que sea de nosotros después de eso, será lo que realmente dicte si un futuro juntos es posible o no.

—Tenemos un trato, entonces —acepta, sacándome de mis pensamientos—. Intentémoslo. Aunque, con respecto a lo de no decir nada, ya te aviso que con Carlota no va a colar. En cuanto ponga un pie en casa, me va a interrogar por haberme escaqueado a medianoche.

—Darren me lo va a notar tarde o temprano, eso son cosas inevitables. Lo más importante es que Niall no se haga falsas ilusiones. Es el problema de que, ya de por sí, te tenga tanto cariño —finjo indignación, pese a que lo cierto es que hace poco descubrí que ver cómo interactúan el uno con el otro es una de mis cosas favoritas, y ella me saca la lengua.

—No puedo evitarlo, soy una niñera superguay que encima hace unas tortitas espectaculares —señala, llevándose un trozo de tortita a la boca para hacer más énfasis en su alegato.

—¿Ese era tu plan, Lu? ¿Conquistarme a través del estómago de mi hijo?

—Me has pillado. Me quedaba muy poco mejunje de Kika Superbruja y tenía que guardarlo para días especiales. Ayer usé lo último, menos mal que funcionó.

Niego con la cabeza, porque las locuras que pueden llegar a salir de la mente de esta chica nunca dejan de sorprenderme, y cuando terminamos de desayunar, confieso lo que me he callado toda la noche.

—En el mueble de la entrada hay unas llaves del piso de tu hermana.

—¿Por qué?

—Intercambiamos un juego de llaves por si acaso había algún problema. A ella ya le había tocado llamar al casero en una ocasión porque se las había olvidado dentro y a mí me venía bien que tuviese una copia cuando se quedaba con Niall.

—Y te lo has estado callando hasta ahora.

—Tampoco te he visto con muchas ganas de irte —me defiendo—, pero sí, se podría decir que me lo he guardado porque quería que te quedases—. No se esperaba tanta sinceridad y lo noto por la forma en que le tiembla la voz cuando intenta cambiar de tema.

—¿A qué hora tienes que ir a casa de Oliver?

—Me han invitado a comer, así que no debería tardar mucho en irme.

—Dejemos esto recogido antes. No queremos que la niñera vea la casa hecha un asco cuando venga a cuidar de Niall.

Se pone de pie, aguantándose la risa, y aprovecho que para dejar los platos en la pila me da la espalda para acercarme a ella y, rodeándola la cintura, pegar su cuerpo por completo a mi pecho, mientras mi boca deja un mordisco en su cuello.

—¿Sabes lo que sin duda alteraría a la niñera? —Me reta con la mirada a que responda, así que lo hago—. Entrar en casa y ver que nos lo estamos montando en la cocina. —Muevo una de mis manos a su barbilla, para hacer que gire la cabeza y poder besarla en los labios y, al separarnos, se lleva mi labio inferior entre los dientes. Joder, cómo me gusta que haga eso.

—No empieces algo que no te da tiempo a acabar, Sean —advierte—. ¿Cuándo crees que podremos escaparnos otra vez?

—Esta noche, cuando vuelva de trabajar.

—Niall estará en casa.

—Lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de no hacer ruido. Tenemos experiencia en eso.

—¿No te parece irónico que hayamos vuelto a la adolescencia? —ríe, girándose del todo para poder mirarme a los ojos, y lleva sus manos a mi pecho—. Escondiéndonos de nuestros amigos, aprovechando cuando la casa está sola o intentando no hacer ruido cuando no lo está.

—En el pasado nadie nos pilló, así que solo tenemos que igualar nuestra marca —continúo en mi intento de convencerla y su suspiro me deja claro que lo he conseguido.

—Hoy me iré a dormir a mi casa —avisa, pero yo solo pienso en que quiero que llegue ya la hora de salir del trabajo.

## CAPÍTULO 39

Sean - 2014

Aquel lunes empezaba oficialmente la que, para mí, era la peor semana del verano, en la que Lucía se iba al pueblo de su madre como cada agosto.

La gente podría pensar que, después de estar más de nueve meses sin vernos cada año, una semana no era nada, pero en ese caso no era el tiempo lo que me afectaba. Era más bien estar allí sin tenerla alrededor.

Como si el pueblo y Lucía fuesen un solo *pack* y, uno sin el otro, no funcionase correctamente.

—He quedado con estos para ir a la playa, ¿te vienes? —dijo Darren, entrando en mi habitación ya con el bañador puesto y una toalla colgando del hombro—. Eneko dice que esta tarde habrá buenas olas y que me va a enseñar a hacer surf.

—No me pierdo por nada del mundo ver cómo te das de ostias contra las olas —aseguré—. En un rato bajo, quiero ducharme antes.

—Vale.

Guardé el progreso del juego con el que llevaba entretenido las últimas dos horas y me dirigí al baño que compartía con Darren. No tardé mucho, no llegaba a entender cómo algunas personas eran capaces de quedarse horas bajo el agua sin aburrirse, pero fue el tiempo suficiente para que, al volver a mi habitación, la luz de las notificaciones de mi móvil estuviese parpadeando.

Lo cogí sin mucho interés, suponiendo que era Darren pidiéndome que le llevase algo que a él se le hubiese olvidado, pero al ver quién era realmente el remitente del mensaje, fruncí el ceño.

**Lucía:** Ven a mi casa, pero no se lo digas a nadie.

**Lucía:** Espero haberte avisado con tiempo, acabo de ver pasar a las chicas de camino a la playa.

**Lucía:** Si no contestas en diez minutos, daré por hecho que estás allí y te has dejado el móvil en casa. Ups.

Comprobé la hora a la que me había mandado los mensajes y me relajé cuando vi que no habían pasado ni cinco minutos. Bien. Entonces solo quedaba una pregunta ¿qué hacía ella en casa si, a estas horas, ya debería estar llegando por lo menos a la altura de Burgos?

**Sean:** Me visto y voy. ¿Qué haces aquí?

**Lucía:** Ahora te cuento. Guárdame el secreto 😊

Me vestí más deprisa que nunca y, después de quitar el exceso de agua de mi pelo con una toalla, no me molesté ni en peinarlo. De todos modos, con el aire que se había levantado, de poco me iba a servir.

Al salir, lo hice asegurándome de que mis padres no me vieran y, cuando ya estaba fuera, le mandé un mensaje a Darren diciéndole que iba a tardar un poco más de la cuenta por culpa del juego.

Los videojuegos siempre servían de excusa y más si te inventabas una misión ultraimportante

que tenías que superar antes de que la cuenta atrás llegase a cero.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo primero que dije en cuanto entré en su casa, pero ella ignoró mi pregunta hasta que se aseguró de haber cerrado bien la puerta.

—*Me duele mucho el tobillo.* —Fingió un puchero, que no le salió demasiado bien porque se estaba aguantando la risa—. *¿Y qué voy a hacer yo en casa de los abuelos, sin salir a ningún lado? Es mejor que me quede aquí, donde mis amigos harán el inmenso esfuerzo de pasarse toda la semana en la playa, donde yo no tenga que forzarlo.*

—¿Les has mentado para quedarte?

—*Me ha costado lo mío. Por mi culpa, han salido casi dos horas más tarde, ¡pero aquí estoy!*  
—Se acercó a mí hasta que su pecho estuvo pegado al mío. Solo tenía que agacharme un poco para poder besarla, ¡y qué ganas tenía de hacerlo siempre que me sonreía de esa forma tan bonita—. *¿Y sabes qué es lo mejor?*

—*Sorpréndeme.*

—*Tengo la casa para mí sola.*

Recordé lo mucho que había insistido por mensaje para que no dijese a nadie a dónde iba, y de repente todo cuadró.

—*Nadie sabe que estás aquí* —negó con la cabeza— *y, por lo tanto, tampoco van a venir a buscarme a mí.*

—*Chico listo* —susurró, poniéndose de puntillas, y uniendo sus labios a los míos en un beso suave, pero que prometía mucho más—. *Ven conmigo.*

Entrelazó sus dedos con los míos y me dejó llevar a través de los pasillos hasta su habitación. Cerró la puerta, supongo que dejándose llevar por la costumbre, y con un pequeño empujón me hizo tomar asiento sobre el colchón. Sin separarse mucho de mí, porque segundos después estaba sentada a horcajadas encima de mis piernas.

—*Tenemos que aprovechar el tiempo antes de que alguien se dé cuenta de que has desaparecido.*

Volvió a besarme antes de que pudiera responderla y yo no puse pega alguna. Me encantaba besarla y tenerla así de cerca. Poder recorrer sus piernas con mis manos, notar cómo su respiración se aceleraba conforme nuestros movimientos se volvían más íntimos. Se me escapó un gruñido en cuanto empezó a moverse sobre mí, como tantas veces habíamos hecho en el último mes cuando conseguíamos quedarnos a solas, y la dejé hacer cuando metió las manos por debajo de mi camiseta para quitármela.

—*Quiero llegar hasta el final, Sean* —dijo, con la voz entrecortada debido a la falta de aire, pero sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Estás segura?

—*Llevo sabiendo que quiero hacerlo contigo desde hace dos años* —confesó—, *así que sí, estoy totalmente segura. ¿Tú quieres?*

—*No tengo condones.*

—*Yo sí* —se río y volvió a preguntar—. *¿Quieres?*

Le respondí con un beso, porque no había ni una mínima posibilidad de que mi respuesta pudiese ser que no, e imité sus movimientos previos para dejarla a ella también sin camiseta.

Comencé besándole el cuello, el escote, dejando un pequeño mordisco en el nacimiento de su pecho al recordar lo mucho que le gustó la primera vez que lo hice, y cuando noté cómo sus movimientos contra mi entrepierna se iban haciendo cada vez más rápidos, la frené poniendo mis manos sobre sus caderas.

—*Si quieres que llegemos a hacer algo no te recomiendo que sigas moviéndote así.* —Cerré

los ojos mientras lo decía, tratando de calmarme, y noté su risa contra mi cuello cuando escondió ahí la cabeza.

—Perdón.

—Eh —dije, llamando su atención para que me mirase de nuevo a los ojos—. *Yo tampoco tengo ni idea de esto, pero aprenderemos juntos.*

—Tenemos toda una semana para practicar.

—Y después también encontraremos la manera. —La besé, consiguiendo que se tranquilizase, y nos dejamos guiar el uno por el otro hasta que, minutos después, estuvimos completamente desnudos y con el preservativo colocado.

De algo tenían que servir las clases de educación sexual, ¿no?

—¿Estás lista?

—Sí, pero ve despacio.

Hice lo que me pedía e, incluso cuando comencé a entrar en su interior, me fui fijando en sus muecas para asegurarme de que estaba a gusto. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero cuando estuvimos completamente unidos y, cuando ella soltó una pequeña risa que provocó que sus músculos internos se apretaran a mi alrededor, tuve que cerrar los ojos y concentrarme en no terminar demasiado rápido.

Joder, qué bien se sentía esto.

—Sigue —me pidió.

—Espera un segundo —respondí y, poco después, comencé a moverme.

No sabía qué esperaba realmente, porque eso no se parecía en nada a cuando me masturbaba a mí mismo o incluso a las veces que ella me ha llegado a tocar por debajo de la ropa. Me sentía como si estuviera en una jodida montaña rusa.

Sin embargo, el final llegó demasiado rápido, sin poder frenarlo, y solo podía pensar en que quería volver a repetirlo. Aunque primero me aseguré de que ella también llegase al orgasmo porque, si algo aprendí en esas clases de educación sexual, aparte de a cómo ponerme el condón, fue que asegurarse de que tu pareja lo pasaba tan bien como tú era primordial.

Ambos nos quedamos tumbados en la cama, mirando hacia arriba, cuando terminamos y, al mirarnos a los ojos minutos después, rompimos a reír.

—¿Cómo de desastre ha sido del uno al diez? —pregunté, porque ya me habían avisado de que los chicos la primera vez se corrían enseguida, ¿pero tan pronto?

—Yo diría que ha estado bastante bien —contestó, sorprendiéndome, y me puse de medio lado para poder mirarla a los ojos—. *A mí me ha gustado.*

—¿Lo dices solo para no machacar mi autoestima?

—Ni loca te daría una crítica falsa, por mucho que te quiera —aseguró y yo sabía que, aunque se estuviera riendo, era totalmente sincera—. *Además, como hemos dicho antes, tenemos mucho tiempo para seguir practicando y mejorar, ¿no?*

—Estoy deseándolo —me incliné hacia ella para besarla y, cuando conseguí separarme, me levanté para tirar el condón a la basura—. *¿Quieres que nos quedemos un rato más aquí escondidos o nos vestimos y vamos a la playa? Supuestamente, Eneko va a enseñar a Darren a hacer surf.*

—No me pierdo eso por nada del mundo —aseguró y no pude evitar reírme por su elección de palabras. Creo que pasábamos demasiado tiempo juntos—. *Pero aún tenemos un rato hasta que haya buenas olas, así que vuelve aquí.*

Me tumbé de nuevo a su lado y rodeé su cintura con mi brazo cuando se abrazó a mi costado, con la cabeza apoyada en mi pecho y sus dedos dibujando figuras imaginarias sobre mi

abdomen.

Puede que hiciera demasiado calor para estar abrazados, pero a ninguno de los dos nos importó. Porque estábamos juntos, cuando pensábamos que íbamos a estar toda una semana sin vernos. Y porque acabábamos de conectar como nunca antes lo habíamos hecho y eso...

Eso solo había conseguido que nuestro vínculo se hiciese más poderoso si cabe.

Un vínculo que, sorprendentemente, seguía intacto diez años después. Escondido detrás de la distancia y el tiempo transcurrido, pero irrompible. ¿Qué otra razón habría sino para explicar que saliese a flote de un brinco en cuanto nuestros ojos hicieron contacto?

## CAPÍTULO 40

### Lucía

Hace dos meses me mostraba reacia a pensar que venir a Dublín pudiese realmente servir de algo en ese punto de mi vida en el que me sentía tan perdida, pero como en tantas ocasiones me ha pasado a lo largo de mi vida, tenía que dar la razón a Carlota.

No sé si ha sido la magia de la ciudad, estar cerca de mi hermana de nuevo después de tanto tiempo, haberme reencontrado con Sean y Darren o una mezcla de todas esas cosas juntas, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy avanzando hacia un futuro que me da de todo menos miedo y, sentir eso, es liberador.

No hay otra palabra mejor con la que describirlo.

Me siento libre. Para perseguir mis sueños. Para ser la Lucía que siempre he querido ser y a la que abandoné por el camino. Para hacer lo que a mí me hace feliz, sin pensar en los estándares que otras personas quieran imponerme.

No me voy a engañar a mí misma, sé que todavía tengo mucho camino por delante y que callar esas malditas voces, que se encargan de recordarte cada mínimo detalle en el que te has equivocado o boicotearte cuando mejor estás, es muy difícil, pero por ahora me lo tomaré como una victoria cada una de las veces que sea capaz de, simplemente, ignorarlas.

Ese es el camino: hacer que cada vez tengan menos poder sobre mis acciones. El control lo tengo yo y tengo que trabajar duro y no rendirme para que siempre sea así.

¿El motivo por el que me ha dado este chute de energía positiva y empoderamiento mañanero de repente? Dejémoslo en que encender el ordenador nada más despertarme ha sido una de las mejores ideas del mundo.

Lo primero que he visto ha sido un mensaje en mi correo electrónico de una revista culinaria de aquí, de Dublín, preguntándome si estaría interesada en escribir algún artículo para ellos esporádicamente. No es nada fijo ni me va a suponer muchos ingresos, porque además es una empresa más bien pequeña, pero es la primera oportunidad que me surge de meter la cabeza en un mundo al que quiero pertenecer en un futuro, así que he aceptado sin dudar.

Y, por si eso fuera poco, acabo de recibir mi primer pago de TikTok y estoy empezando a darme cuenta de que, quizá, todo el esfuerzo que he estado poniendo últimamente en la cuenta sí que sirve para algo. Porque una revista interesándose en mis artículos es una cosa, pero ver dinero entrando en mi cuenta lo hace todo mucho más real.

¿Podría llegar a ganarme la vida en un futuro como crítica gastronómica?

Claro que, estos últimos días, siempre que ese tipo de preguntas rondan mi cabeza, hay otra que las acompaña muy de cerca.

¿Dónde me gustaría que fuese?

Dublín me ha salvado del pozo en el que yo misma me metí. Me ha servido como trampolín para anteponerme a mí misma y ser capaz de escuchar mi propia voz. Sean está aquí y lo que hay entre nosotros cada vez me gusta más. Por no hablar de que, con cada día que paso en esta ciudad, me enamoro más de sus calles, de su gente, de su esencia.

Pero tampoco puedo olvidar que España siempre ha sido mi casa. Mis amigas están allí, mi familia está allí, incluso Carlota volverá cuando terminase la universidad.

Tengo claro que, si ahora mismo me surge una buena oportunidad laboral en alguna de las dos, voy a aceptar de cabeza, pero el dilema no desaparece. En caso de poder elegir, ¿con cuál

me quedaría?

—¿En qué piensas? —dice Carlota, apareciendo por detrás de la pantalla de mi portátil—. Llevas por lo menos diez minutos con la mirada perdida.

—He recibido mi primer pago de TikTok.

—¡Olee! Tengo una hermana influencer. ¿Vamos a tener que contratar a un guardaespaldas buenorro para que te proteja por la calle? A ese me lo pido, tú te quedas con el cocinero.

Desde la noche de Halloween no ha desaprovechado ni una sola oportunidad para meterse con nosotros, quizá porque desde entonces he dormido más veces allí que aquí, pero supongo que es el precio a pagar a cambio de que cierre el pico.

—No voy a contratar a nadie. ¿No hay en la universidad suficientes chicos guapos a los que conocer?

—Nada que merezca la pena. Además, con el proyecto de las prácticas el único universitario con el que paso tiempo últimamente es mi compañero y, créeme, ni loca. ¿Sabes eso que dicen de que en Irlanda la gente es súper amable y bla, bla, bla? Pues este es la excepción que confirma la regla. He empezado incluso a dudar de que sea irlandés.

—Mientras haga su parte del proyecto...

—Eso es lo peor, que si se esforzase un poco más nos llevaría la mitad del tiempo, pero no se involucra lo suficiente y lo odio por ello.

Ni siquiera sé muy bien de qué va el proyecto, porque no me lo ha querido contar para que sea una sorpresa cuando lo vea, pero el hecho de que su compañero la esté llevando por la calle de la amargura es algo que he podido notar en su estado de ánimo.

En sus gruñidos al móvil cada vez que recibe un mensaje. En los portazos a las puertas. En los: ¡es que no lo aguanto! O en la mirada de asesina que me lanzó la primera y única vez que me atreví a mencionar que los opuestos se atraen y que el roce hace el cariño.

No he vuelto a decir nada al respecto, prefiero que mi cabeza siga pegada a mi cuello. Pero, internamente, sigo pensando que quizá tanto odio venga provocado por algo más.

—Solo son unos meses, Carlota. —Le recuerdo, tratando de animarla—. Después de Navidades podrás olvidarte de su existencia.

—Estoy contando los días. No te imaginas cuánto. ¿Cuál es tu plan? Después de Navidad, me refiero. Siempre hemos dado por hecho que te quedarías aquí hasta finales de año pero, ¿y después?

—Si te soy sincera, no tengo ni idea.

—No pretendo echarte, ni nada de eso —asegura rápidamente, como si tuviese miedo de que su pregunta me haya hecho pensar lo contrario—. Por mí, como si te mudas definitivamente. Me gusta tenerte por aquí, aunque no pueda escaparme tanto tiempo como me gustaría.

—A mí también me gusta estar aquí contigo —digo, agarrándole la mano por encima de la mesa—, y te escapas el tiempo suficiente. La universidad es lo primero y no me cansaré de repetírtelo.

—Cuando me den vacaciones no me separaré de ti. Bueno, menos cuando tú quieras estar sola. Ahora tengo que compartirte. —Me guiña un ojo, haciéndome bufar, y justo en ese momento me llega un mensaje al móvil—. ¿El cocinero te reclama?

Abro el mensaje de Sean, en el que va incluida una foto, y no puedo evitar reírme mientras se lo enseño también a ella.

**Sean:** Niall ha insistido en que él podía hacer solo las tortitas si seguía tu receta paso a paso. Juzga el resultado por ti misma.

En la imagen, un pequeñajo rubio sonríe a cámara mientras sostiene un plato con una tortita en el centro. Nada fuera de lo normal, si obviamos el hecho de que tenga masa cruda hasta en el flequillo, que la encimera del fondo esté hecha un completo desastre y que la única superviviente esté un poco quemada.

**Lucía:** ¡Ha sacado una! Ya es más de lo que consiguió Carlota la primera vez. Dile de mi parte que la próxima vez quiero probarlas.

**Sean:** La próxima vez ya me aseguraré yo de que estés presente, aunque solo sea para que me ayudes a limpiar el desastre.

**Sean:** Nos vemos esta noche

**Lucía:** Prometo intentar no quedarme dormida en el sofá esta vez

## CAPÍTULO 41

Sean

Me he vuelto adicto a dormir con ella.

Lo peor es que sé que es una de las cosas que deberíamos evitar si queremos que esto siga siendo solo nuestro y que nadie más que Carlota se entere de que ha pasado algo entre nosotros, pero hay días como anoche en los que soy débil, caigo ante la tentación de pedirle que se quede y acabo arrastrándola conmigo.

Ni siquiera puedo decir que me haya dejado llevar por la lujuria, porque no hicimos nada, pero el simple hecho de meternos bajo el edredón y hablar un rato de nuestro día antes de caer rendidos, hace que toda la tensión del trabajo desaparezca de mi cuerpo.

Creo que nunca había dormido tantas noches seguidas del tirón.

Por no hablar de que también me estoy volviendo más remolón. Yo, que siempre había sido de los que se levantaban incluso antes de que sonase el despertador, estoy cogiendo gusto a lo de quedarme tumbado un rato en la cama antes de dar comienzo al día.

Como ahora mismo, por ejemplo, que llevo despierto desde que ella se ha dado la vuelta entre mis brazos. Sé que me está mirando, no solo porque mi sexto sentido me lo diga, sino porque también he notado cómo me apartaba con cuidado el flequillo de la frente hace un rato. Lo que me resulta extraño, es que no haya dicho ni una sola palabra todavía, siendo como es.

Abro solo el ojo derecho, para saber qué es lo que está haciendo, y frunzo el ceño cuando veo que tiene el móvil en la mano y me está enfocando a mí.

—¿Tan obsesionada estás conmigo que me haces fotos mientras duermo?

—No estabas dormido —se defiende— y no me he podido aguantar las ganas de immortalizar tu sonrisa.

—Así que tu obsesión es con mi sonrisa, no conmigo.

—Por supuesto —se ríe—. ¿Es que no ves lo guapo que estás? —insiste, enseñándome la pantalla de su teléfono para que vea la foto—. Que sepas que ese es uno de los motivos por los que me enamoré de ti hace años. Quizá por eso la echaba tanto de menos.

No me pilla por sorpresa, porque no es la primera vez que me lo dice, pero sí que me hace preguntarme si todavía sigue sintiendo todas esas cosas. Porque en mí se van despertando cada día más.

—Últimamente la dejas salir más, también lo he notado, pero ahora tengo una foto para ponértela delante de la cara cada vez que me mires con ese ceño fruncido tuyo. —Me pone el móvil en los morros, como dice, pero se lo aparto porque yo no quiero que me obstaculice la visión.

No cuando estoy a punto de preguntarle algo para lo que necesito estar atento a cada uno de sus gestos.

—¿Todavía tiene el mismo efecto? ¿Sigue consiguiendo que te enamores de mí?

Podría contar con los dedos de la mano las veces que he conseguido dejarla en blanco, pero la de hoy sin duda es una de ellas.

—Yo...

—¿Papi? ¿Sigues dormido? —Nos alejamos el uno del otro en cuanto escuchamos a Niall, como si eso fuese a servir de algo, pero ni siquiera nos da tiempo a que Lucía se esconda debajo

de la cama antes de que él aparezca por la puerta—. ¿Lucía? ¿Qué haces aquí? ¿Eres la novia de mi papá?

¿Qué se supone que hay que responder a eso? Porque, si fuese cualquier otro niño, podríamos inventarnos algo, pero Niall siempre ha sido más espabilado que la media y lo conozco suficiente como para saber que no va a creerse cualquier trola.

—Anoche me quedé dormida en el sofá —contesta ella, intentando salir de esta pillada— y tu padre me ofreció compartir habitación para que no me doliese demasiado la espalda.

—Vives al lado —rebate—. A Josh le han dicho que los adultos duermen juntos cuando son novios o están casados, como sus papás.

—Los amigos a veces también duermen juntos —digo yo esta vez—. Tú has dormido muchas veces con amigos.

—Pero en los niños es diferente, papá.

Lo que decía, no cuela.

—Supongo que tu padre y yo seremos diferentes al resto de adultos, si es así —zanja Lucía y, en un giro que le agradeceré en cuanto tenga la oportunidad, recurre a lo que sabe que va a conseguir que Niall se olvide de todo—. ¿Qué te parece si, ya que estoy aquí, hacemos unas tortitas tú y yo juntos para empezar bien el lunes?

—¡Vale!

Él echa a correr hacia la cocina y ella le sigue, pero antes de salir de la habitación, pasa a mi lado y me susurra.

—De adolescentes se nos daba mejor lo de escondernos. Hemos perdido aptitudes.

—Gracias —digo en respuesta y, tras guiñarme un ojo, me deja solo.

A ver ahora que me invento yo para conseguir convencerle de que no somos novios, porque no se lo ha creído. Lo ha dejado pasar por las tortitas, pero sé que me volverá a sacar el tema tarde o temprano. Y entonces...

¿Cómo le explicas a un niño de seis años que estás saliendo con alguien, pero que seguramente sea algo temporal, cuando en el fondo estás deseando que ese hipotético final no llegue nunca?

«Ordena tus ideas, Sean, y quizá cuando tú lo tengas claro, sepas cómo explicárselo a él.»

Si ya de por sí el lunes había empezado con sorpresa, estas se habían ido repitiendo una tras otra a lo largo de toda la mañana. Al menos ninguna de ellas ha sido demasiado grave, pero parecía ser uno de esos días en los que todo lo que se puede torcer, se tuerce.

Me he perdido la quedada con los chicos porque uno de los proveedores se ha presentado a la hora que no debía. La del banco me ha tenido casi media hora al teléfono hasta que he conseguido solucionar el problema de unos recibos que, no sé por qué, no me habían pasado correctamente. Sin olvidar que después ha intentado venderme un seguro que no necesito. Se me han acumulado tantísimos papeles estos los últimos días en el escritorio que hasta ordenarlo por prioridad ha sido pesado. Y, para compensar que uno de los proveedores haya venido demasiado pronto, otro parece no llegar nunca.

—Ya voy yo a por Niall al cole —dice Darren, apareciendo en mi despacho.

Le he dejado con la cocina hecha mierda después de los almuerzos, en un intento de al menos sacar las cosas que corrían prisa, pero al parecer el tiempo ha volado sin que yo me dé cuenta.

—¿Estás seguro? Creo que me queda poco.

—Nunca se te había juntado tanto, ¿no? —Le noto confundido mientras mira mi escritorio, pero no me extraña. Debe ser la primera vez, desde que conseguí acabar con los números rojos

de las cuentas, que mi mesa está tan llena de papeles.

—Estoy un poco distraído últimamente.

—Ya veo. —Pienso que no va a decir nada más, pero me equivoco—. Sabes que podemos contratar una gestoría para que te quite trabajo ¿verdad? Antes no podíamos permitirnos un gasto extra, pero ahora...

—Me gusta hacerlo yo, Darren. —le interrumpo—. Es solo una época, hasta que me organice de nuevo.

—Si tú lo dices. Me voy a por el canijo. A ver si tengo suerte y me encuentro con la profesora esa de pelo morado. La última vez me la metí en el bote.

—Deja en paz a Maia, Darren, por favor. Es una de las profesoras favoritas de Niall, no quiero que lo jodas.

—¿Por quién me tomas? ¡Si yo soy un encanto!

—Hasta que se vuelve demasiado serio para tu gusto.

—Qué se le va a hacer, ¿por qué no daré con alguna que busque exactamente lo mismo que yo?

—Porque entonces serías tú el que acabarías cayendo en sus redes y con el corazón roto —me burlo—. Estoy deseando que pase.

—¿Quieres verme sufrir? Que mal hermano. Con todo lo que he hecho yo por ti.

—Llegas tarde —digo, señalando el reloj, y me hace una peineta antes de largarse.

No soy consciente de la siguiente hora, porque estoy totalmente concentrado en el trabajo, así que cuando de repente escucho la voz de mi hijo me sorprende. He sido productivo, eso sí, así que voy guardando todo en sus correspondientes carpetas mientras escucho cómo los pasos de Niall y Darren se acercan al despacho.

Lo importante está hecho. El resto puede esperar a esta noche o a mañana, que habrá menos jaleo al ser el día de cierre.

—Papi, el tío Darren piensa como yo. —Le miro con curiosidad, porque no sé a lo que se refiere y este niño te puede venir con cualquier tema que se haya sacado de la chistera—. Los adultos no suelen dormir juntos.

Si estuviese conectado a un electrocardiograma, estoy seguro de que habría registrado cómo mi corazón se ha saltado un latido.

¿Cómo no se me había pasado por la cabeza que, obviamente, Niall iba a sacar el tema con el otro adulto que tiene de referencia, a parte de mí?

Había estado todo el fin de semana esforzándome para que no se enterase, pero ahora... Joder, su cara deja totalmente claro que sabe perfectamente con quién he dormido y lo que ha pasado entre nosotros.

—Así que creemos que Lucía y tú sois novios. —Miro a mi hermano, que se está aguantando las carcajadas desde que Niall ha empezado a hablar, pero acabo volviendo a mi hijo.

—¿Por qué no subes a saludar a los abuelos antes de que nos vayamos a casa?

—Vale —refunfuña, seguramente porque quiere seguir con la conversación, y en cuanto le escucho subir las escaleras y llamar al timbre, cierro la puerta del despacho para hablar a solas con Darren.

—¿Tú no podrías haber hecho algo para quitarle esas ideas de la cabeza?

—¡Me ha pillado desprevenido! —contesta, ahora sí dejando salir las carcajadas que antes se estaba aguantando—. Esto te pasa por no contármelo, cabronazo. El chaval ha empezado a preguntarme si yo dormía con mis amigos y le he dicho que eso es cosa de críos. Que si dos adultos comparten cama lo más seguro es que sean más que amigos. Después me he enterado de

que estaba hablando de Lucía y de ti. ¿Cómo has podido callártelo? Me siento totalmente engañado ahora mismo.

—Solo lo sabe Charlie y porque se enteró de que había pasado la noche fuera.

—Fue en Halloween ¿verdad? Joder, si se te notaba que estabas más relajado que nunca, pero pensé que sería por haberte librado de Dana.

—No tenemos nada serio, Darren —le aviso—. Así que no quiero que Niall piense cosas que no son.

—Tú no eres de cosas poco serias, Sean —dice, en un tono totalmente serio—. En tu vida sentimental solo ha habido rollos de una noche o relaciones estables. No sirves para un punto medio.

—Pues tendré que encontrar la manera de hacerlo. Hay demasiadas cosas en el aire todavía entre Lucía y yo como para que vayamos a por todas. ¿Y si ella vuelve a España? ¿O si yo ya no sirvo para tener una pareja? Llevo años solo y me he acostumbrado a eso. Es imposible que pensemos en nada serio hasta que los obstáculos vayan desapareciendo.

—Si vosotros lo veis así, os seguiré el rollo.

—¿Qué quieres decir?

—Sois de todo o nada, no lo podéis evitar. No ha pasado ni una semana y ya os ha pillado durmiendo juntos. No duermes abrazadito a alguien que no es nada serio.

—¿Por qué no?

—Porque cuando no es serio cada uno se larga a su casa después de follar. Joder, Sean, que parece que hay que decírtelo todo.

—Nosotros no somos así.

—A eso es exactamente a lo que me refiero cuando digo que lo dais todo o nada. Entiendo que queráis tener cuidado, porque hay cosas que no dependen de vosotros y no podéis asegurar que dentro de, no sé, tres meses, podáis seguir juntos, pero ahora lo estáis. Ahora podéis aprovechar, Sean. No te engañes a ti mismo diciendo que no es nada serio. Si tenéis el tiempo contado, exprime cada segundo. No sería la primera vez que estáis en esa misma situación.

—Lo sé, pero ahora no es lo mismo. Tengo que contar con más variantes.

—Si la variante es Niall, él está encantado con Lucía. Dile que te gusta pasar tiempo con ella, pero sin olvidarte de mencionar que es posible que vuelva a España pronto. La va a echar de menos igualmente cuando eso pase, así que no tiene sentido que os escondáis ahora.

—¿Y cómo seré yo capaz de seguir como si nada si ahora lo doy todo y se acaba yendo?

—Como lo has hecho siempre, Sean. Eres más fuerte de lo que crees y nosotros siempre estaremos por aquí.

Cuando esa noche llego a casa, Lucía está dormida en el sofá, pero Niall también. En la televisión, Netflix les pregunta si quieren seguir viendo una serie, pero es obvio que ninguno de los dos se ha dado cuenta.

Me acerco primero a mi hijo, que está hecho un ovillo contra el respaldo, y lo cojo en brazos para poder llevarlo a su habitación. Ya me encargaré de Lucía después.

Abro la cama con una mano e intento soltarlo sin que se despierte, pero no funciona. Sus ojillos azules se clavan en los míos mientras lo arropo y aprovecho para darle un beso de buenas noches en la frente.

—Duérmete, cariño. Es tarde.

—Papi, espera —murmura, tirando de mi brazo antes de que pueda alejarme—. La abuela dice que tengo que darte tiempo para que me lo cuentes cuando estés listo. No sé muy bien a qué

se refiere con eso, pero quiero que sepas que Lucía me cae bien. Es buena conmigo y a ti te hace reír. Podría ser buena novia.

—Ya hablaremos de eso otro día, ¿vale? —asiente y vuelve a cerrar los ojos antes de darse media vuelta y acomodarse bajo el edredón.

Y yo... Yo no puedo creer la suerte que he tenido con este niño.

Casi me choco con ella al salir de la habitación y, cuando se asegura de que he cerrado bien la puerta, habla.

—No pretendía escucharos. No te he oído llegar y de repente me he despertado y Niall no estaba, así que venía a comprobar que estuviera en la cama.

—Y lo has oído.

—Parece que tengo su aprobación ¿no?

—La suya y la de toda mi familia. Se nos da fatal guardar secretos, Lu —gruño, abriendo los brazos hacia ella como señal para que me dé un abrazo, lo que hace enseguida.

—¿Estás bien? Sé que esto te pone un poco nervioso.

—Sorprendentemente, sí. Que se entere todo el mundo, si hace falta. Yo solo quiero estar contigo todo el tiempo que pueda mientras sigas aquí.

Me besa como respuesta y, cuando nos separamos, le propongo lo mismo que todos estos días de atrás.

—¿Te quedas a dormir conmigo?

## CAPÍTULO 42

### Lucía

Me he mudado a un mundo de algodón de azúcar rosa.

Es la única explicación que encuentro al hecho de que, estos últimos días, mi vida haya sido idílica. No hay otra forma de definirla.

Las cosas con Sean cada vez van mejor. Nuestras salidas gastronómicas se han vuelto mucho más divertidas y frecuentes y se podría decir que me estoy convirtiendo en una experta en cuando a cocina irlandesa, pero no solo eso. Me ayuda con la lista de restaurantes a los que quiero ir, haciéndome añadir algunos nombres y tachar otros, e incluso me ha dado trucos para alguna de las recetas que he grabado.

Casi todas las noches acabo durmiendo con él, pero intento irme antes de que Niall se despierte para que no lo tome como una nueva rutina. Él ha dejado claro que no tiene ningún problema con que estemos juntos, pero una cosa es eso y otra que, de repente, mi presencia se convierta en una constante en su día a día.

Mi posible vuelta a España es algo en lo que intento no pensar demasiado, pero que tampoco podemos pasar por alto. Todavía no me he decidido a hacer una balanza de los pros y los contras de ambas ciudades y, de todos modos, existe la posibilidad de que la decisión ni siquiera esté en mi mano.

Así que, mientras tanto, el plan es estar juntos sin llegar a alterar la rutina de Niall demasiado para que, después, no le cueste volver a la de siempre. Y, por qué no decirlo, nos viene bien para no acostumbrarnos tampoco nosotros a ello, porque si no luego dolerá mucho más.

Por otro lado, los vídeos sobre costumbres de la gastronomía irlandesa se han vuelto los más visitados del canal e incluso alguno se me ha hecho viral. Los seguidores suben cada día y eso solo consigo que yo me motive a grabar más y más, y subir cada vez con más frecuencia. No hay nada como ver que hay alguien que disfruta de lo que haces para motivarte a seguir mejorando.

El broche de oro se ha dado hace tan solo unos minutos. A las doce en punto de la noche, la hora a la que el primer artículo que he escrito para la revista que me contactó hace unos días, ha aparecido en su página web. ¡Mi primer artículo desde que me despidieron!

La emoción que he sentido conforme he visto mi nombre en la parte superior de la página ha sido indescriptible, pero releerlo y darme cuenta de que no han cambiado ni una sola palabra y que lo han aceptado tal y como lo envié, ha hecho la experiencia inolvidable.

No me he aguantado las ganas y, pese a saber que todos ellos estarían dormidos, después de subir una captura a TikTok, he enviado el link por mensaje a Carlota, a mi madre, a Sean y por el grupo que tengo con las chicas.

La notificación del móvil de Carlota se escucha al otro lado de la pared, pero la conozco demasiado como para saber que no se va a despertar por eso. Lo que más me choca es ser capaz de escuchar también cómo llega a otro de los destinatarios.

Sabía de antes que mi habitación comparte pared con la de Niall pero, ¿tan finas son como para que me llegue el sonido del móvil sonando? A partir de ahora, hablaré más bajo.

**Sean:** Es increíble. Tú eres increíble. Mañana te invito a comer para celebrarlo.

**Lucía:** ¿Te has olvidado de que eres un adulto responsable con trabajo?

**Sean:** La hora de las comidas le toca a Darren. Ponte ropa cómoda, se me ha ocurrido el sitio perfecto.

**Lucía:** ¿Algún día te quedarás sin ideas de sitios a los que llevarme?

**Sean:** Lo dudo, tengo todo un país que me muero por enseñarte.

**Lucía:** Cada vez que dices algo así me dan ganas de comerte a besos.

**Sean:** Qué pena que tengamos una pared entre medias.

**Lucía:** ¿Saco el martillo para tirarla abajo?

Soy capaz de escuchar su risa al otro lado e, inmediatamente, escribo.

**Lucía:** Tienes prohibido reírte si yo no estoy presente para verlo, Sean. ¡Y menos si la he provocado yo!

**Sean:** Pues tenemos un problema, porque Darren me dice que sonrío como un tonto cada vez que hablo contigo.

**Lucía:** Tendremos que pasarnos a las videollamadas entonces.

**Lucía:** ¿Sabes qué? Llevo unos días pensando en ello, desde que me lo preguntaste. Y creo que sí. Tu sonrisa sigue teniendo el mismo efecto.

Se lo mando antes de que el arrepentimiento llegue a mí, porque sé que si me lo pienso dos veces voy a acabar borrándolo el mensaje, y me quedo mirando la pantalla con los nervios a flor de piel.

Porque sé que va a entender la referencia, pero no sé cuál será su reacción al respecto.

Sé que le gusto y que quiere estar conmigo. ¿Pero hasta qué punto seremos capaz de llevar esto antes de que algo nos explote en la cara? Quizá por miedo a que pasase al confesarle que me estoy volviendo a enamorar de él es por lo que no me he atrevido a hacerlo cara a cara.

Los tres puntitos que indican que está escribiendo aparecen en la conversación, pero vuelven a desaparecer. El proceso se repite hasta cuatro veces y, para cuando por fin llega respuesta, el corazón me va a estallar.

**Sean:** Sal al rellano.

Me encamino hacia allí sin dudarlo y casi abrimos las puertas al mismo tiempo, pero es él el que se acerca hasta donde estoy yo.

—Repítelo.

—¿El qué? —Me hago un poco la tonta.

—Sabes perfectamente a lo qué me refiero.

—¿Lo de que tu sonrisa sigue teniendo el mismo efecto?

—¿Te estás volviendo a enamorar de mí? —pregunta, yendo por fin al grano, y ver en sus ojos ese brillo de alegría me hace ir a por todas.

—Estoy enamorada de ti —confieso—. Sé que tendría que habértelo dicho a la cara y no por mensaje, pero me aterraba pensar que saberlo te hiciese dar un paso atrás. Que quizá no estemos en el mismo punto o...

—¿Cómo no vamos a estarlo si he llegado a pensar que nunca fui capaz de olvidarte del todo? —me corta, agachándose hasta que su frente toca la mía—. Te quiero, Lu.

—Te quiero —le susurro contra los labios y nos fundimos en uno de los besos más bonitos que nos hemos dado hasta ahora—. ¿No te resulta curioso que este rellano haya presenciado nuestro primer beso y nuestro primer te quiero?

—No ha sido el primero.

—Bueno, el primero de nuestra segunda parte —corrijo.

—¿No dicen que las segundas partes nunca fueron buenas?

—Entonces diremos que esta es la primera y que lo anterior simplemente fue la precuela.

—Me gusta cómo piensas.

## CAPÍTULO 43

Sean

Noviembre se pasa en un abrir y cerrar de ojos y, antes de que podamos darnos cuenta, Charlie está organizando día a día las dos semanas que su madre pasará en Dublín con ellas.

Lucía le dice que sí a todo porque, aunque en menor medida, también es una loca de la Navidad y quiere ver tanto como sea posible.

Yo, por mi parte, he decidido que lo mejor que puedo hacer es quedarme callado mientras ellas hablan de este tema porque paso de ser el aguafiestas que les haga entender que hacer todo eso en catorce días es físicamente imposible. Ni con el trineo de Santa Claus serían capaces de llegar.

—¿Nos dejas el coche? —Levanto la cabeza cuando noto que las dos me están mirando fijamente, pero no sé ni de qué están hablando.

—¿Qué?

—¿Nos dejas el coche para ir a Waterford?

—Eso son casi dos horas de camino y ninguna de vosotras dos está acostumbrada a conducir por la izquierda —reniego.

—Pero depender de los autobuses es una pesadilla y queremos disfrutar de la experiencia completa —se queja Carlota—. Si hemos elegido Waterford es precisamente porque Cork está todavía más lejos.

—Se os haría de noche. Es más peligroso de lo que puede parecer en vuestra cabeza.

—Llévanos tú, entonces —rebate Lucía, desmontando mi queja—. ¿Quién sabe cuándo volveremos a estar aquí para Navidad? Tenemos que aprovechar este año. —Me hace un puchero con el labio inferior que puede con todas mis defensas y claudico.

—Está bien, pero avísame con tiempo del día para poder organizarme con el trabajo —pido, mirando a Charlie.

Si bien es cierto que en Navidad siempre disminuyo las horas que paso en el restaurante para estar con Niall durante sus vacaciones, tampoco me gusta alejarme demasiado. Es una época de muchos turistas y, aunque reducimos el menú y abrimos solo a la hora de las cenas, en ocasiones me siento un poco mal por dejar a Darren con gran parte de la carga.

—Si quieres ser aceptado en la familia tienes que dejar de fruncir el ceño a la Navidad, cuñadito —me riñe ella y, para mi sorpresa, Lucía la apoya.

—Te hacía más navideño, Sean.

—Y lo soy, pero a su debido tiempo. Lleváis todo el mes organizando cosas y decorando la casa. A mí me entra el espíritu como mucho el día veinte de diciembre.

—Uy, pues tienes suerte de que el proyecto me tenga esclavizada, porque si no estaría decorado hasta tu piso —se ríe mi cuñada, como ella misma se define.

¿Lo peor? Que sé que es verdad porque últimamente no pisa por casa. Entre el proyecto que le han pedido en las prácticas y los exámenes que tiene a mediados de enero, si no está en la revista está en la biblioteca o en clases. Y, si no, haciendo trabajo de campo como ella lo llama. Es decir, investigando para el proyecto.

Si hemos conseguido reunirnos un rato con ella para que sigan organizando las vacaciones es porque nos hemos acercado a la zona de la ciudad donde está el campus y estamos utilizando la hora que tiene disponible para almorzar.

Sigo pensando que a mí la universidad nunca llegó a consumirme tantísimas horas durante tantos meses, pero será cosa de carreras. O de Carlota, que nunca se ha conformado con dar menos de un cien por cien de sí misma.

—Doy por planificado el día de excursión —dice Lucía, tachándolo en su libreta, y cuando me asomo por encima de su hombro para ver qué es lo que les falta, veo un punto que me descoloca.

—¿Comida de Navidad?

—Sí, eso corre de mi cuenta. Tengo pensado pedirle consejo a tu madre para saber qué preparar.

—¿Por qué no os venís con nosotros?

No sé por qué, en mi mente había dado por hecho que las dos familias podríamos celebrar la Navidad juntas, como tantas veces habíamos hecho con otras festividades veraniegas, pero me acabo de dar cuenta de que nunca lo he llegado a hablar con ellas.

—No sé, Sean. No queremos molestar.

—Átrévete a decirle eso a la cara a mi madre a ver qué te contesta —respondo—. Siempre cerramos el restaurante para Nochebuena y Navidad y aprovechamos el espacio del comedor para estar cómodos. Este año somos nosotros cinco, el tío Julius y mi abuela, porque al hermano de mi padre este año le toca estar con la familia de su mujer y se quedan en el pueblo. Tres más son más que recibidos. En Irlanda, estos días son para pasarlos con la familia y vosotras lleváis siendo parte de la nuestra demasiados años como para que nos andemos con tonterías.

—Yo... No sé qué decir —dice Lucía, aunque noto en sus ojos que la propuesta le ha hecho ilusión.

—Pues a mí me gusta la idea —sigue Carlota.

—Ahora que lo pienso, mamá siempre se ha llevado muy bien con Erin y con Fergus, seguro que les hace ilusión retomar el contacto.

—Pues decidido. Tacha ese punto de la lista. Con respecto a la comida, vais a tener una auténtica Navidad irlandesa encima de la mesa.

Continúan durante toda la hora tachando puntos y añadiendo alguno más y, para cuando llegamos al colegio de Niall a recogerlo, Lucía se sienta en un banco agotada.

—¿Cómo es posible que pensar canse tanto?

—Será que no estás acostumbrada —aprovecho para meterme un poco con ella y me gano una mirada de odio que, si no estuviéramos en público, respondería con un beso.

A decir verdad, casi todas sus expresiones me hacen tener ganas de besarla, pero supongo que es lo que ocurre cuando estás en este periodo de luna de miel, como lo llaman algunos. Ese comienzo en el que todo es bonito. En el que tienes ganas de comerte a besos a tu pareja las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana. Cuando la echas de menos en cuanto se marcha y en el que los mensajes son infinitos, aunque hayáis estado juntos durante horas.

Es tanto lo que me está gustando esta fase, que por momentos sueño con que nunca se acabe. ¿Será eso siquiera posible?

Pero también soy consciente de que la vida sigue un equilibrio y, muchas veces, cuanto más tiempo te encuentras en lo más alto del todo, más duele la bajada al mundo real.

Miro el reloj que cuelga de la puerta del colegio para asegurarme de que todavía no ha dado la hora, y cuando vuelvo a centrarme en Lucía, me asusto al ver lo pálido que tiene el rostro mientras lee algo en la pantalla de su teléfono.

—¿Va todo bien?

—Tengo que volver a Madrid.

«¡Saluda al mundo real, Sean!»

## CAPÍTULO 44

Lucía

¿No es curioso cómo a veces, en el momento en el que menos te lo esperas, las respuestas aparecen ante ti como por arte de magia?

Eso es lo que me pasó a mí el jueves, cuando una propuesta de entrevista para una revista de Madrid llegó a mi correo electrónico.

Es lo que llevo meses esperando. Para lo que he estado trabajando. Si he aceptado escribir artículos para esa pequeña revista irlandesa, es precisamente porque esperaba que diese este resultado.

Entonces, ¿por qué lo primero que se me vino a la cabeza al verlo fue que no quería irme de Dublín? Me gusta demasiado la vida que estoy creando aquí, la persona en la que me estoy convirtiendo, lo mucho que me estoy conociendo a mí misma... Eso en Madrid no lo he encontrado nunca y no quiero renunciar a ello.

Pero tampoco puedo dejar pasar la oportunidad.

En definitiva, estoy en una encrucijada.

Voy a ir a la entrevista, eso lo tengo claro. Tan claro, como que ahora mismo estoy en el asiento del copiloto de Sean mientras me lleva hacia el aeropuerto. Escucharé su propuesta. Valoraré si la oferta me interesa o no. Y, solo después de eso, tendré sobre la mesa todas las cartas necesarias para tomar la decisión correcta.

Si es que hay alguna correcta, claro, porque una parte de mí no para de repetirme que, haga lo que haga, me va a doler.

De todos modos, y pase lo que pase mañana por la mañana, otra de las cosas que doy por hecho es que voy a volver a Irlanda, porque las Navidades las vamos a pasar todos juntos en Dublín. Si mi vuelta será para unas semanas o para más tiempo, solo lo sabe el destino.

—Lláname cuando llegues a Madrid —me pide una vez en el aeropuerto, cuando ya es imposible que siga adelante conmigo.

—Lo haré, te lo prometo.

Me abraza con tanta fuerza que juraría que puede llegar a romperme alguna costilla, pero me da igual. Entierro la cabeza en su cuello, aspirando su aroma por si acaso la decisión que tome después de la entrevista hace que todo cambie entre nosotros, y cuando afloja su agarre aprovecho a separarme lo justo y necesario para poder besarlo.

—Te quiero.

—Te quiero.

—Volveré.

—Lo sé.

Ninguno de los dos lo dice, pero sé perfectamente que el fantasma de nuestra última despedida está flotando por encima de nuestras cabezas. Porque, aquella vez, ni siquiera pensábamos que podía ser posible no reencontrarnos nueve meses después, pero ahora ambos llevamos el recuerdo de ese dolor en nuestro interior.

—Enséñales de lo que eres capaz, Lu, y te los meterás en el bolsillo. Es imposible que te dejen escapar.

—Serás el primero en enterarse de lo que me digan.

—Eso espero. —Me vuelve a besar, una y otra vez, y cuando conseguimos separarnos noto

que sus ojos están llenos de lágrimas.

—Te quiero —repito, antes de coger la maleta y comenzar a alejarme—. Esta vez volveré.

—Si no lo haces, iré yo a por ti —promete y, después de lanzarle un último beso al aire, paso el control del aeropuerto.

Convencida de que esta vez será diferente, porque yo tengo el control sobre mi vida. Soy yo la que decido. Ya no soy una adolescente que tiene que hacer frente a situaciones que le vienen demasiado grandes, a las que una chica de dieciocho años nunca debería enfrentarse.

Ahora mando yo y, si hay algo que tengo claro, es que no quiero perderlo de nuevo.

No quiero volver a verme obligada a dejarlo marchar.

## CAPÍTULO 45

Lucía - 2014

La última noche del verano siempre había sido como una pesadilla para mí, con todos mis amigos volviendo a sus ciudades y dejándome atrás, pero aquel año una emoción diferente recorría todo mi cuerpo.

Yo también me iba.

Por primera vez en toda mi vida, no me quedaba sola en un pueblo en el que no había nadie de mi edad. Estaba a solo unos días de comenzar mi vida universitaria y, aunque una parte de mí estaba asustada ante la idea de vivir sola y lejos de mi familia, también estaba ansiosa por empezar esa nueva experiencia.

Quería descubrir lo que la capital tenía preparado para mí. Retarme a mí misma, para saber hasta qué punto era capaz de valerme por mí sola. Y, sobre todo, estaba deseando empezar la carrera.

La nota que necesitaba para el doble grado había sido todo en lo que había estado pensando durante mis años de bachiller y haber conseguido entrar en mi primera opción me hacía ir con mucha más confianza en mí misma.

¿Lo que más me dolía esta vez de que se acabase el verano? Tener que despedirme de él.

Desde que nos conocimos a los ocho años, se había convertido en la persona de la que más me costaba despedirme, pero todo lo que había pasado entre nosotros ese año lo hacía aún más complicado.

Se puede decir que tenía miedo. De que conociese a una chica que le gustase más que yo. De que la distancia le hiciese darse cuenta de que no me echaba tanto de menos como debería, que no me quería tanto como creía hacerlo. De que ese primer año de universidad nos cambiase a alguno de los dos y que, el año siguiente, no fuésemos capaz de conectar de nuevo. De que todo lo que había pasado ese verano hiciese que las cosas se volvieran raras y dejásemos de ser nosotros, los que siempre habíamos sido.

Hacía varios años desde que me había dado cuenta de que Sean me gustaba, que no lo veía simplemente como a un amigo, pero saber que era mutuo lo hacía todo real. ¿Y qué pasa cuando consigues lo que llevas tiempo queriendo? Que también aparece la posibilidad de perderlo.

Llevábamos dos meses comportándonos como una pareja con fecha de caducidad. Habíamos compartido muchas primeras veces juntos. Pero, en ese momento, lo único que nos quedaba era esperar que el año pasara rápido y soñar con que todo siguiese igual cuando nos volviésemos a ver.

—*Estás empezando a tiritar* —susurró en mi oído, mientras sus manos se movían arriba y abajo por mis brazos, intentando darme calor—. *Quizá es hora de que nos vayamos a casa.*

—*No quiero que la noche termine.*

—*Tengo una idea.* —noté cómo se ponía de pie y, cuando miré hacia arriba, me encontré sus manos tendidas hacia mí para ayudarme a hacer lo mismo.

Me dejé guiar por él, lo haría hasta el fin del mundo, y cuando vi que se dirigía a su casa fruncí el ceño. Habíamos dormido juntos en alguna ocasión, pero solo si alguno de los dos estaba solo. Y, no lo iba a negar, me daba un poco de vergüenza pensar en salir de su habitación por la mañana y encontrarme a Erin en la cocina.

Pero no llegó a entrar. En su lugar, caminó hacia un pequeño sofá de jardín que tenían en el

porche, sobre el que había un par de mantas, y tiró de mí hasta que consiguió que me sentase a su lado. Nos arropó a ambos y me abrazó con fuerza contra su costado.

—*Si no quieres irte, al menos no pilles una hipotermia. No quiero ser el responsable de que te pierdas el primer día de universidad.*

—*Soy una chica acostumbrada al frío* —me defendí, colocando las piernas por encima de las suyas para así poder mirarlo a los ojos.

—*Tus mejillas completamente rojas dicen otra cosa* —me picó—. *Si no fuese porque tu padre me mataría si se despierta y no te encuentra en casa, te diría que te quedases así conmigo toda la noche.*

—*Mi padre sabe perfectamente dónde venir a buscarme si me necesita* —me reí, arropándome bien con la manta—. *Así que a mí me parece buena idea. Cuéntame algo del viaje que te espera mañana.*

—*Si ya te lo sabes como si lo hubieses recorrido tú misma mil veces.*

—*Pues cualquier otra cosa, me da igual.*

—*Darren quiere ir a hacer la ruta del anillo de Kerry en primavera con las bicis, aprovechando que para entonces ya debería tener mi carnet de conducir y podremos turnarnos para llegar hasta allí.*

—*El año que viene nos escaparemos los dos solos a algún sitio, sin tener que depender de chófer* —prometí—. *Yo quería apuntarme a la autoescuela en Madrid, pero papá me ha dicho que mejor me vaya preparando el teórico y me lo saque aquí en verano para que salga más barato.*

—*No sé yo si me fiaré de salir a carretera contigo al volante, viendo cómo se te dan los coches de choque.*

—*Eso es porque siempre me quitáis los mandos antes de que pueda aprender* —me quejé—. *Sois unos abusones.*

—*Y tú entras en pánico si vas más rápido que una tortuga, pero supongo que así te queremos.*

—*Dentro de nueve meses te cerraré la boca* —asegué.

—*¿A besos?*

—*También. Si me dejas, claro.*

—*Dudo mucho que llegue el día en el que yo me niegue a eso, Lu.* —Me incliné hacia él en respuesta y, poco después, su lengua recorriendo mis labios me hizo entreabrirlos para poder profundizar el beso.

Sus dedos se clavaban en mi muslo, aún sobre sus propias piernas. Mi mano le rodeó el cuello. Mi corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que era capaz de notarlo, igual que yo lo hacía con el suyo. Y cuando nos separamos, lo hice deseando tener branquias o algo parecido con lo que poder respirar sin dejar de besarlo.

Las siguientes horas pasaron más rápido de lo que a ambos nos hubiese gustado. El cielo volviéndose cada vez más claro era como una cuenta atrás para la despedida. Mi móvil ya había vibrado con un corto y simple mensaje de mi madre preguntando si estaba bien y pidiéndome que desease un buen viaje a la familia McDermott de su parte. Y los ruidos que se escapaban a través de la ventana de la cocina nos hacían saber que no quedaba mucho para que alguno de los padres de Sean saliese al patio, en su busca.

Intenté aguantar las lágrimas tanto como pude mientras, esa vez de verdad, me despedía de todos ellos y, cuando empezaron a cargar el coche, me alejé de allí.

No puse rumbo a mi casa, sin embargo. Porque, si lo hubiese hecho, la tradición estaría

perdida. Me dirigí con rapidez a la parte más alta del pueblo, en la que se encontraba un mirador que muchos utilizaban para ver el atardecer o disfrutar de las olas, pero al que yo llevaba acudiendo cada septiembre desde varios años atrás, para tener mi propia despedida.

Desde allí, se veía perfectamente la carretera que servía como única salida y entrada del pueblo. Si hubiese tenido unos prismáticos, podría haber visto el cartel que se despedía de aquellos que la usaban para irse. Pero, para ver el coche que navegaba sobre el asfalto, llevándose a mi mejor amigo y a mi segunda familia lejos de mí, no necesitaba ningún tipo de ayuda.

«Nueve meses, Lucía. No es nada a lo que no estemos más que acostumbradas.»

Lo que no podía llegar a imaginarme, ni siquiera por un momento, es que cuando volviesen a hacer esa misma ruta en el sentido contrario, yo no estaría en el pueblo. Que aquella noche en su porche fue la última que pasaríamos juntos. Que la broma que nos había hecho Darren por quedarnos despiertos no volvería a repetirse.

Porque, en esos nueve meses, mi vida dio un giro que ninguno podríamos haber llegado a imaginar. Uno que, simplemente, cambió a mi familia para siempre.

## CAPÍTULO 46

Sean

En un trabajo como el mío, los lunes son muy diferentes a los de la gran mayoría de la población. Para ellos, empieza la semana. Para mí son casi como un sábado, ya que el martes es el día de librar. Hoy, sin embargo, me siento como si el malestar general que suele rodear a este día de la semana se hubiese apoderado de mí.

¿Quién era el que odiaba los lunes? ¿Garfield? No lo recuerdo con exactitud, pero sea quien sea, hoy le entiendo.

Puede que influya el hecho de que volver a dormir solo en mi cama se me ha hecho muy extraño, hasta el punto de costarme conciliar el sueño por notar la habitación demasiado fría. O que lo que pase hoy en la entrevista de Lucía puede ser lo que determine todo nuestro futuro y eso me pone de los nervios.

No sé ni cuantas veces me he despertado a mitad de la noche, después de soñar que le ofrecían un puesto increíble en Madrid y ella ni siquiera volvía a aparecer por aquí. Ni Navidades, ni nada. Simplemente, desaparecía y Carlota me hacía el vacío.

Sabía que era mi subconsciente el que me estaba jugando malas pasadas, pero el sueño se había repetido una y otra vez durante la noche.

¿Será mi culpa por haberle dicho que no quería que me contase lo que pasó hace diez años? Quizá, si supiese la historia completa, mi cabeza no estaría dándole tantas vueltas al asunto. Aunque también cabe la pequeña posibilidad de que tuviese el efecto contrario. ¿No es por eso por lo que decidí no reabrir viejas heridas?

Miro la pantalla de mi móvil antes de levantarme, por si tengo un mensaje de Lucía, pero recuerdo que su entrevista no es hasta las doce del mediodía, así que me pongo en marcha.

Voy en automático mientras despierto a Niall, hago el desayuno y lo llevo al colegio, y es precisamente él el que consigue traerme de vuelta al mundo real.

—¿Cuándo vuelve Lucía?

—Creo que el miércoles, pero todo depende de lo que pase en su entrevista.

—¿Crees que podría no volver nunca? —pregunta con miedo.

—Su plan es pasar las Navidades con nosotros, así que va a volver. Lo que no sabemos es si después podrá quedarse o no.

—Yo quiero que se quede.

—Y yo, peque, pero no depende de nosotros. Puede que no dependa ni de ella.

—¿Crees que si pido como regalo de Navidad a Santa Claus que Lucía se quede con nosotros, se cumplirá?

—No sé si Santa Claus tiene el poder suficiente como para interferir en esos temas.

—Yo lo pondré en la carta, por si acaso.

—¿Qué más vas a pedirle? —le pregunto, en un intento de cambiar de tema, y ocupa el resto del camino en hablarme de una baraja de cartas que ha visto anunciada en uno de sus documentales en la que, en vez de los palos habituales, vienen representadas muchas de las especies extintas que en el pasado habitaron nuestro planeta.

A ver dónde encuentro yo ahora eso.

En cuanto le dejo en el colegio, me dirijo al restaurante y, sorprendentemente, consigo concentrarme tanto que, para la hora de las comidas, he acabado de una vez por todas con todo el

papeleo que tenía pendiente e incluso he dejado hechos los pedidos de la próxima semana y las nóminas del mes de noviembre.

Cómo se nota que recurro a esto cuando necesito poner la mente en blanco, porque me ha ayudado a dejar de pensar en las posibilidades de que Lucía se vaya y, he desconectado tanto, que ni siquiera me he dado cuenta de que mi teléfono lleva sonando la última hora.

Estoy tan acostumbrado a que, si a Niall le pasa algo en el colegio, me llamen al fijo, que simplemente he silenciado el sonido en mi cabeza. Y, de todos modos, ¿por qué tengo más de veinte llamadas perdidas de números desconocidos?

Ignoro todas y cada una de ellas, porque la hora del almuerzo se me ha echado encima y ya tendría que estar en la cocina con Darren, pero sí que veo el mensaje que acaba de llegar y lo leo con el corazón en un puño.

**Lucía:** La entrevista ha sido una pasada. Me han dicho que tengo toda la semana para tomar una decisión y no he querido parecer ansiosa, pero mañana mismo pienso mandarles un mensaje aceptando la oferta.

Me quedo mirando el móvil, porque veo que sigue escribiendo y yo quiero saber todo lo que implica que la oferta sea tan buena.

«¿Te quedas o te vas, Lucía? Sé más específica, por favor.»

Pero antes de que el mensaje pueda llegar, la voz de mi hermano recorre el pasillo.

—¡Sean! Tienes que ver esto. Ya.

Por su tono de voz es fácil darse cuenta de que hay algo que no va bien y un sexto sentido me indica que puede tener algo que ver con todas las llamadas que no paran de entrar a mí teléfono, así que decido ponerlo en modo avión para que no me dé mucha guerra durante el turno y salgo del despacho.

Ya tendré tiempo de hablar con Lucía y preocuparme por nuestro futuro juntos luego.

Ahora ha llegado el momento de enfrentarme a algo que sabía que, tarde o temprano, iba a acabar pasando.

## CAPÍTULO 47

### Lucía

En cuanto salgo del edificio en el que ha tenido lugar la entrevista, empiezo a pellizcarme para asegurarme de que estoy de despierta y que, lo que me acaban de decir, es real.

Por lo visto, una de las editoras es seguidora de mi cuenta de TikTok. Los lectores llevan tiempo pidiendo una sección de cocina y gastronomía en la revista y, cuando al mirar currículums, ha dado con el que yo envié en verano, ha sabido que era una señal.

Nunca he creído en mí misma lo suficientemente como para ser la primera opción de alguien, así que sus palabras habían conseguido que me explotase la cabeza. ¡Yo tenía la última palabra! Si aceptaba, el trabajo sería mío. Sin más miramientos.

Y la oferta que me habían hecho justo después es demasiado buena como para rechazarla.

Querían empezar con una sección pequeña, para ver cómo funciona, y yo sería la encargada de la misma. Al menos una vez a la semana tenía que subir una receta y una crítica de algún restaurante, pero quitando eso las decisiones eran mías. Mientras estuviese relacionado con la cocina, tenía vía libre para subir los artículos que yo quisiese.

Tendría un contrato temporal hasta ver la acogida de los lectores, pero si funcionaba, el puesto sería mío indefinidamente. ¿Y lo mejor de todo? Que podía llevar el trabajo a cabo desde cualquier lugar del mundo siempre y cuando tuviese acceso a Internet.

Una de las cosas que me he asegurado de preguntar es si supondría algún problema que mi residencia habitual ahora esté en Dublín y lo único que me han pedido ha sido buscar la manera de poder acudir puntualmente a las reuniones mensuales entre editoras y jefes de sección.

Eso me da pie a tener, ahora sí, mi futuro en mis propias manos. Y eso me asusta, no voy a mentir, pero tengo claro donde me veo a mí misma siendo feliz y con quién quiero compartir esa felicidad.

«Por favor, si esto es un sueño que nadie me despierte. Dejarme disfrutar de ello, aunque solo sea un ratito más.»

Saco el móvil y, lo primero que hago, es releer el mensaje que le he mandado a Sean desde el baño. Le prometí que iba a ser el primero en saberlo todo de la entrevista, y no así había sido. Ni siquiera he podido aguantarme las ganas hasta salir del edificio.

**Lucía:** La entrevista ha sido una pasada. Me han dicho que tengo toda la semana para tomar una decisión y no he querido parecer ansiosa, pero mañana mismo pienso mandarles un mensaje aceptando la oferta.

**Lucía:** Es mucho mejor de lo que podía haber llegado a imaginarme.

**Lucía:** Te lo cuento todo el miércoles cuando llegue.

**Lucía:** He quedado a comer con las chicas antes de coger el autobús a casa de mi madre, así que estaré un poco perdida hoy, pero mándame un mensaje cuando salgas de trabajar y si me pillas despierta te llamo. Espero que tu día vaya tan bien como el mío.

Un beso, ¡te quiero!

Me he guardado para mí misma el pequeño detalle de que un futuro en Dublín puede ser posible, porque quiero ver su cara cuando lo sepa, pero no sé si voy a ser capaz de callármelo hasta el miércoles. Lo más seguro es que, si esta noche conseguimos hablar, acabe largándolo todo a la primera de cambio.

Al ver que solo el primer mensaje se marca como leído y que el resto ni siquiera los ha recibido doy por hecho que está hasta arriba de trabajo, así que me paso al chat que tengo con Carlota y con mi madre, a las que mando un audio contándoselo todo. Y, por último, abro el de las chicas.

**Lucía:** En dos minutos entro al metro, más os vale estar listas.

La sonrisa no se me quita de la cara y lo noto por cómo me empiezan a doler las mejillas. Ahora sí, todo está empezando a encajar. Es como si las piezas de un puzzle perfecto hubiesen ido cayendo una a una sobre la mesa, uniéndose por arte de magia, y yo lo único que quiero es comprar un bote de pegamento extra fuerte para echárselo por encima y que no haya nada capaz de hacer que todo salte por los aires.

Por desgracia, el pensamiento ha debido llegar tarde, porque solo hace falta que una sombra se plante delante de mí en la calle, haciéndome levantar la mirada del móvil, para que una ventisca eleve las piezas de mi puzzle, provocando que caigan sobre la mesa, pero desordenadas esta vez.

—Mira a quién tenemos por aquí. La influencer de pacotilla.

El odio que destila cada una de sus palabras es imposible de ignorar y, por un momento, me pregunto qué habré hecho yo para que él me odie cuando debería ser al revés, pero lo cierto es que no tengo ganas de gastar mis energías en él. No se lo merece.

—Andrés —gruño—. Si no te importa, tengo prisa.

—¿Es que estás recorriendo revistas a ver cuál te compra la noticia de haberte ligado al cocinero misterioso?

Eso sí que consigue llamar mi atención y, cesando en mi intento de esquivarlo y seguir caminando, me giro hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Si ya lo has hecho para una revista irlandesa, no sé por qué no lo vas a intentar con las españolas también. Aunque, claro, al no tener la exclusiva, ya no te pagarán tanto.

—¿De qué estás hablando, Andrés?

—Siempre he sabido que me pisotearías a la primera de cambio, por eso convencí a Olga de que te despidiese, pero Sean no ha sido tan listo. Él sí que se ha dejado engañar. —Me enseña por fin la pantalla de su móvil y, al ver el titular de la revista, el estómago me da un vuelco, pero en el mal sentido.

Tengo ganas de vomitar.

## **MISTERIO DESVELADO: LA TIKTOKER CULINARIA, LUCÍA MERINO, NOS AYUDA A DESCUBRIR LA IDENTIDAD DEL CHEF QUE SE ESCONDE TRAS LA COCINA DE NUA SLÁINTE.**

—Eso es mentira. Yo no he dicho nada.

—Pobre chico. En dos meses has conseguido destrozar su vida. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza.

«Está intentando manipularte, Lucía. No escuches lo que dice.»

—¿Y ese pobre niño? Ahora va a tener que ver cómo le persiguen los paparazzi cuando vaya por la calle con su padre. Tendrías que haber pensado un poco más en los demás y no solo en ti misma.

«¡No le hagas ni puto caso! No sabe nada de vosotros. No sabe nada de ti. Solo quiere hacerte daño.»

—Sean sabe que yo no sería capaz de hacer nada de eso.

—Si tú lo dices. —Se encoge de hombros al mismo tiempo que guarda el móvil en el bolsillo de su chaqueta y, cuando me vuelve a mirar, lo hace con una sonrisa de oreja a oreja—. Solo sabes hacer daño a la gente, Lucía. Menos mal que yo me alejé de ti a tiempo.

Se aleja calle arriba, dejándome destrozada en mitad de la acera y, cuando consigo reaccionar, busco el titular en mi propio teléfono.

Esto no puede estar pasando.

Es el primer resultado que me sale en Google en cuanto meto mi nombre y, por encima, empiezo a leer todo lo que dicen. Que mantenemos una relación sentimental y por eso nunca he hecho una crítica de su restaurante. Que mi cuenta les ha llevado hasta su nombre, ¿pero cómo es eso posible si he tenido extremo cuidado?

Hay fotos de nosotros juntos, caminando por la calle o en alguno de los restaurantes de los que he hablado por TikTok. En alguna aparece Niall, pero por suerte han pixelado su cara.

Cuando quiero darme cuenta, tengo los ojos llenos de lágrimas y las pulsaciones tan aceleradas que siento que en cualquier momento el pecho se me va a salir por la boca. No puedo respirar. Tengo un nudo en la garganta que cada vez se hace más y más pesado, y lo único que se me pasa por la cabeza es que yo tengo la culpa de todo esto.

«Sean no ha sido tan listo. Él sí que se ha dejado engañar.»

«En dos meses has conseguido destrozar su vida.»

«Tendrías que haber pensado un poco más en los demás y no solo en ti misma.»

«Solo sabes hacer daño a la gente, Lucía.»

Marco su número de teléfono sin pensarlo, porque necesito escuchar su voz y que me diga que ninguna de esas cosas es verdad. Que no soy la culpable. Pero ni siquiera da llamada y, de golpe, me acuerdo de que los mensajes tampoco han llegado.

¿Me ha bloqueado? No me cuadra que él haga algo así sin antes hablarlo pero, ¿y si el reportaje ha tensado demasiado la cuerda y sus barreras han vuelto a elevarse?

Sin saber cómo ni por qué, todo lo que creía haber construido se me viene encima aprisionándome bajo los escombros. La he cagado. De alguna manera que todavía no entiendo he vuelto a hacer que una de las mejores cosas que me han pasado en la vida se vaya a pique.

Me quito las lágrimas de la cara con rabia, porque no quiero romperme del todo en medio de la calle y, sin pensarlo dos veces, cambio de rumbo.

Necesito irme a un lugar en el que estar sola para poner en orden mis pensamientos. Despejarme. Encontrar una manera de hacer frente a toda esta situación sin volver a perderme por el camino. Necesito respirar y conozco el lugar perfecto para hacerlo.

**Lucía:** Lo siento, chicas, me acaba de surgir algo y tengo que irme. Guardadme esa comida para otro día. Invito yo.

Uso el móvil para buscar la información que necesito con respecto a autobuses y horarios y, cuando lo tengo todo apuntado en mi libreta, lo apago.

La única persona con la que querría hablar en este momento parece no querer hacerlo

connmigo, así que yo no estoy para nadie.

## CAPÍTULO 48

Sean

Llevo cuatro días sin tener noticias de Lucía y, lo más preocupante, es que hace ya más de veinticuatro horas que tenía que haber vuelto a Dublín, pero al parecer nadie sabe dónde narices se ha metido.

Lo que yo me pregunto es: ¿por qué soy el único que está subiéndose a las paredes?

Todo empezó el lunes. En cuanto Darren me llamó algo me dijo que Dana había cumplido su amenaza y no me equivocaba. Una foto mía estaba en el interior de una de las revistas de cotilleos más famosas de la ciudad, junto a otra de la fachada del restaurante, y el titular era lo peor.

¿Cómo podía ser tan mala como para haber metido a Lucía en esto?

No sé cuáles fueron sus intenciones al contarles a los de la revista que estábamos juntos, pero supongo que habrá sido una estratagema para sacar más dinero, ahora que la cuenta de TikTok de Lucía se está haciendo cada día más y más grande.

Sigo sin entender que interés tiene una noticia como esa para la prensa de los cotilleos, pero como dice mi madre, esos publican todo lo que creen que les puede llevar a conseguir clics. Y, desde luego, el titular cumplía esa función.

Lo que más me fastidia es que, si lees el artículo, es Lucía la que queda como la culpable de que todo haya salido a la luz, y la conozco lo suficiente como para saber que le va a afectar. Precisamente por eso decidí esperar a que estuviera en Dublín para contárselo, pero todo pasó a un segundo plano en el momento en el que me di cuenta de que algo no iba bien.

Dana ha gastado el último cartucho de munición que tenía contra mí, por lo que no tendré que volver a preocuparme por ella nunca más. Las llamadas acabarán cesando cuando se den cuenta de que no estoy interesado en hacer ningún tipo de declaraciones. Si lo pienso bien, esta nueva publicidad podría suponer incluso un incremento en la facturación del restaurante.

Pero a mí, ahora mismo, lo único que me importa es Lucía. No solo por saber dónde se ha metido, sino por asegurarme de que está bien.

Algo tuvo que pasar ese mismo lunes, porque analizando los datos que tenía a mi disposición, se podía notar que el cambio había sido repentino. Tan solo hay diez minutos de diferencia desde su primer mensaje, contándome lo feliz que estaba por la entrevista y asegurándome que el miércoles estaría aquí, hasta el momento de su última conexión y, desde entonces, nadie ha sabido nada más de ella.

Los mensajes no le llegan. Las llamadas no dan señal.

Dejo plantadas a Marta y Andrea porque, supuestamente, le acababa de surgir algo por lo que se tenía que ir de la ciudad.

Algo me decía que tampoco se había presentado en casa de su madre esa noche, aunque Carlota no me hubiese confirmado nada. Según ella, me estoy volviendo un paranoico cuando lo único más seguro es que Lucía se haya liado y haya perdido el vuelo.

Y yo trato de creerla. Intento autoconvencerme de que, si su propia hermana no está preocupada, tampoco hay motivos para que yo lo esté. Que Lucía aparecerá en cualquier momento por la puerta de casa, con una anécdota de la que nos reiremos después.

Pero no puedo dejar de pensar en que hay algo que no me están contando.

¿En qué mundo alguien a quien quieres desaparece por completo durante cuatro días y tú

sigues a lo tuyo? Ni de coña.

Y por mis narices que hoy consigo información.

—Voy a empezar a pensar que estás enamorado de mí y no de mi hermana —dice Carlota, en cuanto sale del ascensor y me encuentra sentado en las escaleras.

Es viernes, el único día que llega a casa pronto, y yo lo he aprovechado para interrogarla sin tener que preocuparme por mantener la voz baja, para que Niall no me oiga.

—Dime lo que sabes, Carlota. Porque sé que sabes algo y yo me estoy volviendo loco. —Estoy tan preocupado que creo que es la primera vez en todos estos años que la llamo por su nombre completo.

—Lucía está bien, Mac.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no es la primera vez que lo hace—. Eso sí que me descoloca, pero no la interrumpo —. Y siempre va al mismo sitio cuando colapsa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, pero siempre que hace esto es porque algo le preocupa y necesita tomarse un respiro y poner en orden las ideas antes de enfrentarse al mundo. Quizá simplemente necesitaba tomarse unos días alejada para tomar una decisión con respecto a la oferta de trabajo. Pronto aparecerá y nos lo contará todo. No te preocupes. ¿Te crees que si mi hermana estuviera en peligro yo me quedaría de brazos cruzados?

—No, por eso estaba seguro de que había algo que no me estabas contando.

—Lucía es así, necesita sus tiempos y su espacio. Al final, te acabas acostumbrando.

—¿Cómo estáis tan seguras de saber dónde está? Lleva con el teléfono apagado o fuera de cobertura cuatro días.

—Porque tenemos un topo que nos lo chiva todo —se ríe—. Piénsalo durante un minuto, Mac. ¿Dónde crees que está? Estoy segura de que puedes adivinarlo.

—Eso es imposible —bufa, porque el único sitio que se me ocurre lleva sin pisarlo diez años. No es que ella me lo haya dicho, sino que lo había dado por hecho.

Hasta que analizo las palabras de Carlota.

¿A qué otro lugar podría ir Lucía para respirar y alejarse del mundo?

—¿Está en el pueblo?

—Don Felipe la vio llegar el martes por la mañana.

—Llevo tres días preocupado por si se está repitiendo lo que pasó hace diez años y se ha ido otra vez sin decir nada ni dar explicaciones a nadie ¿y todo este tiempo ella ha estado en el pueblo?

—¿Sigues sin saber lo que pasó?

—No dejé que me lo contara.

—Pues quizá va siendo hora de que lo hagas. Hay cambios que no se ven a primera vista, Mac. Y aquello marcó un antes y un después en nosotras. Sin saber la historia, sin conocer las secuelas que eso ha dejado en nuestra forma de ser y de actuar, nunca llegarás a conocer del todo a mi hermana. Si lo hicieses, sabrías de sobra que volver al pueblo aquel año no era tan sencillo como hacer la maleta y comprar un billete de bus. Y tampoco dudarías de que, en algún momento de los próximos días, vaya a cruzar esa puerta.

Noto su dolor, así que no la paro cuando se mete en casa y cierra de un portazo. Si ella supiera que yo también cambié ese año y que es por eso por lo que tengo tanto miedo de que la gente a la que quiero se vaya un día para no volver nunca más...

Pero esta vez no me quedaré de brazos cruzados.

Esta vez sé dónde encontrarla.

## CAPÍTULO 49

Sean - 2015

2015 es un año que siempre quise olvidar, pero nunca he llegado a encontrar la forma de hacerlo.

Empezó bien, todo hay que decirlo. El primer año de universidad me había costado al principio, pero poco a poco le estaba cogiendo el tranquillo a esa nueva etapa. Tener a Oliver como compañero de habitación en la residencia lo hacía todo mucho más divertido y las fiestas me gustaban mucho más que las del instituto. Además, no había día que no hablase con Lucía, ya fuese por mensaje o por videollamada.

Puede que a finales de verano hiciésemos ese trato de que volveríamos a ser solo amigos y que, si seguíamos sintiendo algo el uno por el otro en junio, lo intentaríamos de verdad, pero con cada mes que pasaba me parecía más absurdo.

Yo estaba enamorado, eso no iba a cambiar por mucha distancia que hubiese entre nosotros. Oliver se refería a ella como mi novia y yo no le corregía. Todos mis amigos de la universidad sabían de su existencia y daban por hecho que estábamos juntos. Así que estaba deseando que junio llegase para poner los puntos sobre las íes y dejarle claro que no me conformaba con ser su amigo.

Lo quería todo.

Debería haberme dado cuenta en abril de que algo pasaba, porque quizá de esa manera me hubiese dolido menos después.

Las vacaciones de Semana Santa fueron el punto de inflexión. Después de más de una semana sin saber nada de ella, sus mensajes cambiaron. Ya no me contaba cada detalle de su día ni nos pasábamos horas hablando. Las videollamadas desaparecieron de nuestra rutina y, llegó un punto, en el que pasar días sin recibir un mensaje se había vuelto algo normal.

Iluso de mí, lo relacioné con los estudios. Un doble grado implicaba mucho más esfuerzo y muchas más horas que mi carrera y los exámenes se estaban acercando. Las últimas semanas del segundo cuatrimestre siempre eran las más duras y las que más costaban, con el verano aproximándose, así que podía ser normal.

¿Cómo es posible que no viese todas las señales que me estaba lanzando?

Ese fue el principio del fin. Dos días antes de San Juan, estábamos ya en el ferry camino a Santander, cuando recibí su último mensaje.

**Lucía:** Te quiero mucho. No lo olvides nunca, por favor.

Debería haberme sorprendido aquel ataque de amor repentino, o extrañado que me pidiese que no lo olvidase, pero tonto de mí me dormí con una sonrisa en la cara pensando en las ganas que tenía de decirle eso mismo a la cara al día siguiente, cuando llegase al pueblo.

Lo que me encontré, en cambio, fue una casa cerrada a cal y canto en la que parecía no vivir nadie. El coche de sus padres no estaba aparcado en el mismo lugar que siempre. Ella no estaba esperándome en nuestra playa. Carlota no correteaba con sus amigos por la arena.

Preguntase a quien preguntase, me decían que no sabían nada de la familia desde hacía meses.

Mandé tantos mensajes a Lucía que no pude ni contarlos, pero ninguno de ellos recibió respuesta. Intenté llamarla a ella, a sus padres, pero o se cortaba la llamada o directamente me desviaban al buzón de voz. Pregunté a nuestros amigos, a ver si alguien sabía algo, aunque ninguno hubiese llegado todavía al pueblo.

Y, finalmente, acabé llamando a la puerta de la única persona que podía darme respuestas. Ella sabía todo lo que ocurría en ese lugar, así que era mi última opción para descubrir lo que había pasado con Lucía y su familia.

—*Ay, mi niño, me duele en el alma decirte que es un misterio* —contestó, sorprendiéndome. Porque si Juliana no sabía nada, significaba que nadie en el pueblo lo hacía—. *Si yo estaba esperando a que llegases tú, para preguntarte si sabías algo de la chica. Se fueron en coche en Martes Santo y nunca más volvimos a saber nada de ellos. Un mes después vino un camión enorme, casi no cabía por la carretera, y se llevó una multitud de cosas de la casa. Intuyo que estarán por allí abajo, por el pueblo de la madre, pero es como si se los hubiera tragado la tierra a los cuatro.*

Aquel verano fue muy raro. Intenté disfrutar del tiempo que pasaba con mis amigos, pero todos notábamos que faltaba algo. Todos ellos se volcaban en sacarme de mis pensamientos, pero se me hacía muy difícil.

Creo que fue el primer año en el que volver a casa no me dolió, sino que me alivió, porque en Dublín nada me recordaba a Lucía.

## CAPÍTULO 50

### Lucía

El mar siempre ha sido mi vía de escape.

Pasé los primeros dieciocho años de mi vida escuchando sus olas cada día y acudiendo a él cuando necesitaba desconectar y, supongo, que eso es lo que ocasiona que, ahora, cada vez que necesito tomarme un respiro, lo haga en el pueblo.

Aquí nadie me molesta, ni me pide explicaciones, ni intenta meterme ideas negativas en la cabeza, ni me machaca por no ser perfecta.

Empecé a hacerlo la primera vez que discutí con Andrés. Él me había quitado todos mis sitios favoritos de Madrid y, cuando sentí la necesidad de alejarme, el mar vino a mi cabeza. Lo necesitaba como el respirar y unas horas después ya estaba en un autobús rumbo a Santander. Podía haberme quedado allí, pero no era lo mismo, así que un taxi se encargó de traerme hasta el pueblo y, en el momento en el que volví a pisar mi arena y me escondí en mi playa, me sentí en casa por primera vez en mucho, mucho tiempo.

Los problemas, simplemente, desaparecieron. El aire entró en mis pulmones por vía directa y el pulso se tranquilizó. Desde entonces, cada vez que sentía que los nervios o la ansiedad me estaban ganando la partida, me pedía algún día libre y me venía aquí.

Aunque, para mi desgracia, esta vez no ha funcionado igual de bien. Llevo casi cinco días escondida y mi mente sigue siendo un lío. Todo por ese maldito titular.

Tengo la conciencia tranquila, porque cualquiera que me conozca sabe que yo nunca iría a una revista de cotilleos a contar secretos que no me pertenecen, ¿pero y si realmente he dejado pistas en alguno de los vídeos sin darme cuenta?

No dejo de preguntarme si mi presencia le hace bien o mal a Sean y no llego a una respuesta clara. Yo quiero estar con él, de eso no hay dudas, pero no quiero darle más problemas de los que ya he causado.

Y, de todos modos, ¿qué pensará él de que me mude definitivamente a Irlanda? Desde que decidimos volverlo a intentar, nos lo habíamos tomado como algo con fecha de caducidad. En varias ocasiones, él había hecho referencia al tiempo que nos quedaba para poder estar juntos, dando por hecho que se iba a acabar en algún futuro cercano.

¿Le hará ilusión que lo temporal pueda convertirse en indefinido? ¿O le dará miedo? ¿Y si se arrepiente de haber dado el paso?

El trabajo lo he aceptado, es una oportunidad que no podía dejar pasar, pero el encuentro con Andrés ha hecho que me replantee todas esas cosas que creía tener tan claras.

Sé de sobra que su único objetivo era hacerme daño y manipularme una última vez para que piense lo que él quiere, pero no puedo evitar preguntarme si tiene razón en alguno de sus puntos.

Ni soy mala ni busco engañar a nadie, pero ¿y si realmente estoy pensando demasiado en mí misma y en lo que yo quiero, en vez de en lo que es mejor para los demás? ¿Me he centrado tanto en reencontrarme y en ser feliz, que me he vuelto egoísta?

¿Mudarme a Dublín le hará bien a alguien más que a mí misma?

Abro los ojos de golpe cuando noto un movimiento a mi lado y, aunque mi primer instinto es levantarme al ver que hay alguien cerca de mí, en cuanto lo reconozco me quedo congelada.

—Sé que amenacé con venir a buscarte si no volvías, pero no pensé que realmente fuese a tener que hacerlo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí, Lucía? Deberías haber vuelto a Dublín hace días.

—Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Necesitaba estar sola.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Si tengo que ser sincera, a ninguna.

Se sienta a mi lado al ver que yo no me levanto y, cuando acerca su mano a la mía, dejo que nuestros dedos se entrelacen y me apoyo contra su costado, respirando el aroma de su colonia.

—Carlota me ha dicho que no es la primera vez que haces esto.

—Supongo que tengo esa tendencia a huir.

—¿Por qué?

—Alejarme de todo me ayuda a pensar sin distracciones.

—No me gusta que huyas de mí —confiesa—. He pasado varios días pensando que todo se estaba repitiendo de nuevo. Te he mandado mensajes y te he llamado, pero no daba señal.

—Iba a volver, Sean —le aseguro, girando la cabeza para mirarle a los ojos—. Lo siento si te he hecho pensar lo contrario. Si hace diez años no lo hice fue porque no supe cómo hacerlo, pero ahora todo es diferente. Un poco más tarde de lo prometido, sí, pero sería incapaz de dejarte tirado otra vez.

—¿Qué pasó, Lu? Sé que te dije que no quería saberlo, pero he cambiado de idea. Necesito hacerlo. Necesito entender por qué un día os fuisteis del pueblo con el coche y ya nadie más supo que había sido de vosotros. Solo así podré dejar de tener esta sensación en el pecho de que, en cualquier momento, podría volver a pasar.

—Nos fuimos de vacaciones por Semana Santa —comienzo—. Ni siquiera recuerdo dónde íbamos, todo pasó muy rápido —me paro, porque el nudo ha vuelto a mi garganta y, entonces, decido ir directa a lo más difícil de decir en voz alta, porque si no me va a costar horrores hacerlo—. ¿No te has dado cuenta de que, en estos meses, no he mencionado ni una sola vez a mi padre? —asiente con la cabeza, como si estuviese oliéndose lo que estoy a punto de decir, pero aun así lo suelto—. Falleció aquella noche.

## CAPÍTULO 51

Lucía - 2015

Mi familia no solía ir de vacaciones a ningún lado, quitando las veces que íbamos al pueblo de mi madre de visita, así que el hecho de que aquel año mis padres hubiesen organizado una escapada para el puente de Semana Santa era novedoso, pero algo me tenía intranquila.

Había vuelto a casa desde Madrid apenas un par de días antes del viaje y ellos se pasaron más de la mitad del tiempo discutiendo. ¿Desde cuándo discutían tanto? Porque no recordaba que, cuando vivía en casa, hubiesen tenido en alguna ocasión algo más que riñas esporádicas que se arreglaban enseguida. Ni siquiera en Navidad había percibido esa tensión entre ambos.

¿Qué había pasado?

Le pregunté a Carlota, pero ella se encogió de hombros sin saber a lo que me refería. Claro que, con diez años, quién presta demasiada atención a lo que pasa en casa. También intenté sacar el tema con mi madre, ya que solía ser más abierta a contarnos las cosas que mi padre, pero hizo oídos sordos así que no insistí, pero tampoco les quité ojo.

Discutieron cuando estábamos haciendo las maletas, cuando las guardamos en el coche, mientras yo preparaba unos táperes con comida para picar algo a medio camino... Y, por último, en la carretera.

Me habría encantado que hubiese habido más después, porque quizá eso significaría que mi padre seguía con nosotras. O vivo, al menos.

No llegué a enterarme lo que decían en las demás, pero esa la escuché alta y clara y creo que nunca conseguiré sacarme sus palabras de la cabeza. Ni que todo empezó por mi culpa.

La psicóloga me ayudó a entender hace tiempo que sus nervios ya estaban alterados y que cualquier pequeño detalle podría haberlo provocado: un animal, una curva demasiado cerrada, otro vehículo... Pero fui yo. O, mejor dicho, algo relacionado conmigo.

—¿Lo tenéis ya todo organizado para el viaje a Italia?

—Sí, al final hemos cogido el vuelo a Roma porque sale más barato. Desde allí, iremos en tren a Nápoles y aprovecharemos algún día para ir a la zona de Sorrento y Positano.

—¿Qué viaje a Italia? ¿Cuándo te vas tú a Italia?

—En el puente de mayo, Ernesto, ¡anda que no te lo he dicho veces! Como no me escuchas.

—Es imposible recordarlo todo si no te callas nunca.

—¿Cómo puedes tener la cara de decir eso? ¡Lo que pasa es que te importa una mierda tu familia!

—Y vuelta la burra al monte. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que me han metido viajes más largos con el camión? No es que no me importéis, es que tengo que trabajar para que tengáis algo que llevaros a la boca. ¿Y tú con qué dinero te vas a Italia, ahora que lo pienso?

—Con el de la beca —respondí, con la boca pequeña, sin querer meterme demasiado.

—Pues más te vale aprobarlo todo porque, como suspendas y me toque devolverlo a mí del sueldo, nos veo con la casa embargada.

—Deja que la chica disfrute de la vida y de su juventud, por Dios. Está sacando todo sobresalientes y vienes tú a meterla miedo con los suspensos.

—A mí tendrías que dejarme disfrutar de la vida, que últimamente me tienes amargado con tantas quejas. ¿No será que eres tú la que te estás yendo con otro y por eso me acusas a mí de serte infiel? Cree el ladrón que todos son de su condición.

Esa frase me dejó pegada en el asiento, porque de una vez por todas entendía por qué el ambiente estaba tan tenso, y miré a Carlota para asegurarme de que siguiese concentrada en el vídeo que estaba viendo en su móvil.

—*¡Te vieron con otra, Ernesto! ¡Me lo dijeron!*

—*¿Y crees más a ese mete mierda de Gustavo que a tu propio marido? ¿No ves que solo quiere joderme porque a mí me han aumentado el sueldo y a él no?*

—*Yo ya no sé qué pensar ni a quién creer.*

—*Pues entonces no sé qué cojones haces que sigues casada conmigo.*

—*Quizá tendría que dejar de estarlo.*

Una mirada cargada con una mezcla entre decepción, miedo y enfado fue lo último que recuerdo antes de que, mi padre, en un pequeño despiste, perdiera el control del volante invadiendo el sentido contrario justo en el momento en el que otro coche se acercaba a toda velocidad hacia nosotros.

Una reacción bastó para esquivarle, pero la inercia nos sacó de la carretera. Nos llevamos el quitamiedos por delante y caímos. No sé cuántas vueltas de campana dimos, ni cuántos metros descendimos, pero cuando me atreví a abrir los ojos ninguno de los dos se movía. Carlota lloraba inconsolablemente mientras los llamaba a uno y a otro a gritos y yo estaba en *shock*.

Las siguientes horas fueron las más lentas de mi vida.

El conductor del coche con el que casi nos chocamos fue el que llamó a emergencias y, de alguna manera, consiguió bajar hasta donde había quedado el nuestro para ver si estábamos bien.

Cuando las ambulancias llegaron, se llevaron a mis padres con tanta prisa que no tuvieron que decirme nada para saber que pintaba muy mal. A nosotras nos subieron en otra diferente, las dos juntas, porque no dejé que me separasen de Carlota en ningún momento, y pese a que parecía que no teníamos nada, nos hicieron varias pruebas para asegurarse de que no hubiese ningún hueso roto o hemorragias internas.

¿No es irónico que, de las cuatro personas que íbamos en el coche, dos estuviesen graves y las otras dos ilesas?

Ni siquiera recuerdo en qué momento llegaron mis abuelos maternos, pero sí que sé que, en cuanto noté sus brazos alrededor, quité el modo protector en el que había entrado con respecto a Carlota y me convertí en una niña de cinco años.

Tan solo quería tener a mis padres allí, conmigo. Pedirles que se dejaran de gilipolleces y que arreglasen las cosas. Decirles que, si tenían problemas de dinero, se podían quedar con toda mi beca, que no me importaba no ir al viaje con mis amigas.

Con tal de que estuvieran bien, era capaz de quedarme en el pueblo encerrada para siempre.

Mis deseos se cumplieron solo a medias porque poco después nos dijeron que mi madre iba a tener una recuperación lenta, pero que ya no corría peligro. Y horas más tarde, que mi padre había fallecido en la mesa de operaciones y que no habían conseguido hacer nada para salvarle.

Los días siguientes los tengo borrosos. Solo recuerdo que, en cuanto a mi madre le dieron el alta, nos fuimos todos al pueblo de mis abuelos. Allí íbamos a tener a toda la familia para poder ayudarnos, estábamos mucho más cerca de los médicos por si pasaba cualquier cosa y, admitámoslo, volver a casa sabiendo que papá nunca más iba a volver a entrar por esa puerta era demasiado doloroso.

Al principio creí que sería algo temporal, pero conforme pasaban las semanas fui consciente de que, la idea de volver al pueblo, solo estaba en mi cabeza. Mi madre estaba mal física y anímicamente. No dejaba de culparse por el accidente, por el día lloraba en silencio mientras miraba por la ventana y todas las noches tenía pesadillas. Carlota se había encerrado en sí misma

y solo dejaba de ver vídeos en su móvil para comer y dormir. Yo fingía estar mejor de lo que realmente estaba, pero al mismo tiempo no hablaba con nadie.

Ni siquiera me atreví a mandarle un mensaje a Sean hasta varios días después de salir del hospital y, en ese momento, lo hice fingiendo que nada había pasado. Si lo decía en alto o lo escribía, todo se volvería real.

¿Por qué no podía fingir con él que todo seguía como siempre? ¿Por qué no hacerlo con todos los que no lo sepan ya?

Con esa idea me subí al autobús el día que mis abuelos me convencieron para volver a la universidad. Ellos eran los que se estaban haciendo cargo de absolutamente todo, ya que mi padre hacía años que solo nos tenía a nosotras, y supongo que la poca resistencia que les puse fue mi manera de agradecerse.

No daría problemas. Sacaría los estudios tan bien como lo había estado haciendo hasta entonces. Me inventaría que había estado mala para que nadie en la universidad indagase demasiado sobre el motivo por el que me había incorporado tarde de las vacaciones. Y, ¿quién sabe? A lo mejor así conseguiría que doliese menos.

No funcionó.

Volvía con mi familia cada fin de semana y, cuando noté que mi madre estaba un poco mejor, se lo pregunté.

—*¿Volveremos al pueblo cuando estés recuperada?*

—*¿Para qué?* —Fue lo único que respondió y, estoy segura, de que ese fue el momento exacto en el que mi corazón se rompió del todo.

—*Allí está nuestra vida.*

—*¿Estás segura de ello? Mi vida estaba allí porque mi familia estaba allí, pero ahora tu padre no está, tú vives en Madrid la mayor parte del año y Carlota va a estar donde yo esté. ¿Qué sentido tiene irme a un lugar en el que estaré completamente sola, cuando aquí tengo a todos los míos? Me mudé al pueblo porque tu padre no quería salir de allí, cariño, pero ahora no tiene mucho sentido que vuelva.*

—*Pero mis amigos...*

—*Tienes la edad suficiente como para hacer lo que tú pienses que es lo mejor para ti, Lucía, y yo te voy a apoyar en cada una de esas decisiones. Donde yo esté, tú tendrás un hueco disponible, pero eso no significa que estés obligada a seguir mis pasos.*

No fui al viaje a Italia porque sentía que iba a arruinar la experiencia de mis amigas con mi humor de perros. En su lugar, aproveché para pasar tiempo con Carlota e intentar que se despejase un poco. A ella le habían matriculado en un nuevo colegio allí y le estaba costando un poco adaptarse, pero sabía que pronto acabaría haciéndolo.

También aproveché para ayudar a mis abuelos a contratar una empresa de mudanzas que nos trajesen todas nuestras cosas y adelanté trabajos de la universidad.

En todo ese tiempo, no dejé de hablar con Sean ni con mis amigos del pueblo, pero a ninguno de ellos les dije la verdad y, aunque lo intentaba, hasta yo notaba que mis mensajes no eran naturales. Ni tan frecuentes como antes. Poco a poco y sin ser plenamente consciente, me estaba distanciando de ellos.

¿Cómo se hacía para fingir que todo seguía igual cuando todo había cambiado? Con mis amigas de Madrid era medianamente fácil, porque ninguna de ellas conocía a mi familia, pero ellos... Ellos eran parte de lo que yo consideraba familia.

Mi plan inicial fue viajar a Cantabria por San Juan y contárselo en persona a todos ellos. Me dolería, pero se merecían saber por qué me estaba comportando así y sabía que me apoyarían,

como habían hecho siempre.

No pude hacerlo.

Usé parte de mis ahorros para comprar un billete de autobús que me dejase en Santander por la noche y, una vez allí, pedí un taxi que me llevase al pueblo. Lo tenía casi en la punta de los dedos, pero en cuanto el cartel de bienvenida apareció ante mis ojos, vi un pequeño resumen de lo que me esperaba durante todo el verano.

Las preguntas. Las condolencias. Los susurros a mis espaldas hablando de lo triste que era que una madre se hubiese quedado sola con dos niñas. Las miradas. La pena.

Estar sola en una casa que siempre había estado llena y que no volvería a estarlo nunca más.

Y, simplemente, supe que iba a ser demasiado para mí.

Si ni siquiera me había atrevido a decir aún en alto lo que había pasado, ¿cómo iba a superar todo eso yo sola?

Le pedí al taxi que diese la vuelta y me llevase de nuevo a Santander y, al mismo tiempo que volvía a cruzar el letrero, esta vez de despedida, mandé el que sabía que sería mi último mensaje para Sean. Porque estar con él significaba volver al pueblo y acababa de comprobar que no podía hacerlo. No todavía.

**Lucía:** Te quiero mucho. No lo olvides nunca, por favor.

Lo siguiente que hice, fue salirme del grupo que teníamos todos los de la cuadrilla juntos.

¿Qué sentido tenía seguir fingiendo que todo iba bien cuando no era así? ¿Para qué alargarlo más si lo más probable era que no pudiese volver a verlos nunca? ¿Para ver cómo quedaban y hacían planes a los que yo no podía unirme por cobarde? ¿Para ser testigo de cómo eran felices y poco a poco se iban olvidando de mí?

Lo mejor era cortar por lo sano. Dolería menos. O al menos eso creía, porque abandonar aquel grupo es una de las cosas de las que más me he arrepentido a lo largo de mi vida.

## CAPÍTULO 52

Sean

—No fui capaz de decir en voz alta que mi padre había muerto hasta septiembre, cuando entendí que ocultarlo no iba a ayudarme a superar un duelo al que tenía que enfrentarme sí o sí y se lo conté a mis amigas de la universidad.

No sé qué decir, porque de todas las opciones que se me pasaron por la cabeza a lo largo de los años, nunca pude llegar ni a imaginar que fuese algo así de duro. Su familia había cambiado de la noche a la mañana y ella se tuvo que enfrentar a ello prácticamente sola, al no pedir ayuda.

—Tenías que habérmelo contado —murmuro, apretando mi agarre alrededor de sus hombros, ya que ninguno de los dos nos hemos movido mientras me contaba toda la historia—. Yo habría...

—Estaba bloqueada, Sean. No era capaz de hablar con nadie, quería abrirme y dejar que a mí también me consolaran, pero abría la boca y las palabras simplemente no salían. Supongo que de ahí viene mi necesidad de sonreír siempre, aunque esté hecha una mierda. Al año siguiente me daba demasiada vergüenza volver después de haberos dejado tirados. Creí que me odiaríais y que sería otra pérdida más que añadir a la lista de cosas que dolían. Supongo que echarme la culpa a mí misma era menos doloroso que ir y enfrentarme a vuestro rechazo.

—Me da mucha rabia no haber estado a tu lado cuando lo necesitabas —gruño—, pero entiendo que fue algo que te superó.

—Nunca llegué a saber si realmente mi padre había sido infiel a mi madre o no, pero esa palabra se me ha quedado marcada. Creo que precisamente por eso la ruptura con Andrés me afectó tanto, aunque no estuviese enamorada de él. Ni siquiera estaba viviendo mi vida soñada, sino la suya, así que lo único que perdí que realmente me gustaba fue mi trabajo.

No sé por qué el nombre de su ex se le ha venido ahora a la cabeza, pero dejo que suelte todo lo que tiene en mente.

—¿No estabas enamorada de él?

—Creo que no. Si no, no me explico que a él no me costara ignorarle cuando discutíamos y me escapaba aquí. No lo echaba de menos. En cambio, ahora, no ha habido un solo día en que no haya pensado en ti y en lo mucho que me gustaría tenerte a mi lado, para ayudarme a tener las ideas claras. Si hubiese tenido una manera de poder conectar solo contigo, dejando al resto del mundo aparte, lo habría hecho.

—¿De qué necesitabas escapar esta vez, Lucía?

—De mí misma, si es que eso tiene sentido. Vi el reportaje en el que dicen que, por mi culpa, han dado contigo —confiesa y noto como la rabia recorre mi cuerpo.

—Eso no son más que chorradas —digo rápidamente, para dejarle claro que no me he creído ni una sola palabra.

—Fue Andrés el que me lo enseñó. Me crucé con él después de terminar la entrevista y no dudó en decirme su opinión al respecto.

Ahora lo que me ha dicho antes cobra sentido.

—¿Qué gilipollez se le ha ocurrido en esta ocasión?

—Muchas, pero algunas tienen sentido.

—Lo dudo.

—Ha sido entrar en tu vida y meterte en problemas, Sean, no puedes negarme eso. Llevas

años ocultando el secreto y, de repente, ahora se sabe. Yo lo último que quiero es meter la pata y arrastrarte a ti conmigo, pero últimamente...

—No ha sido culpa tuya —aclaro, consiguiendo que levante la mirada hacia mí, y cuando sus ojos están clavados en los míos lo repito—. No ha sido culpa tuya. Que esa revista se haya enterado no ha tenido nada que ver ni contigo, ni con nuestra relación, ni con tu cuenta. Dana usó esa información para intentar chantajearme y, como no funcionó, se la ha vendido al primero que se ha ofrecido a pagarle cuatro duros. Tú has sido un daño colateral que, quien lo haya escrito, ha usado para que su fuente pareciese más creíble. Se podría decir que incluso he sido yo el que te ha arrastrado conmigo y no al revés.

—¿No he tenido nada que ver?

—No.

—¿Así que no te he hecho daño por pensar en mí misma?

—¿Eso es lo que te dijo? Estaba intentando manipularte de nuevo, Lucía. No ha hecho falta que me hables mucho de él para que entienda que es una persona que disfruta haciéndoselo pasar mal a los demás.

—No quise que me afectara, pero mis intentos fueron inútiles. Te llamé y ni siquiera daba señal y, no sé, me vine abajo.

—Tenía el móvil en modo avión porque no dejaban de llamar los periodistas. ¿Por qué no llamaste al del restaurante?

—Me sentía una mierda de persona en ese momento, así que pensar que me habías bloqueado era lo más lógico.

—Escúchame bien —digo, moviéndome para ponerme de rodillas delante de ella y que nuestros ojos queden a la misma altura—. Eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida, Lucía, por eso te quiero tanto. Puede que en ocasiones metas la pata, como todo el mundo, pero nunca serías capaz de pisotear a nadie para salirte con la tuya, porque simplemente no te sale ser de esa manera. ¡Si te empujan por la calle y eres tú la que pide perdón! —le recuerdo, consiguiendo que se le escape una pequeña sonrisa tristona—. Andrés te pilló en un momento flojo, con las emociones a flor de piel después de la entrevista, y aprovechó la oportunidad, pero no dejes que siga teniendo ese poder sobre ti. Pensar en uno mismo es bueno, no te sientas culpable por hacerlo de vez en cuando. Él ya no tiene ningún poder sobre ti, Lucía. Mentalízate de ello.

Asiente con la cabeza ante mis palabras, como si estuviese grabándoselas en el cerebro, y entonces susurra.

—Yo tengo el control sobre mí misma.

—Más alto, que no te he escuchado bien.

—¡Yo tengo el control sobre mí misma! —grita, consiguiendo que el eco rebote en las rocas, y entonces algo me viene a la cabeza.

Porque mi máxima prioridad al presentarme aquí era asegurarme de que estuviese bien, pero todavía nos queda hablar de un tema que, sin duda, puede cambiarlo todo.

—¿Qué te dijeron en la entrevista?

—Tengo que hacerte una pregunta primero y necesito que seas totalmente sincero conmigo. Di lo que realmente sientes y no lo que a mí me gustaría escuchar —me pide—. ¿Qué pensarías si te dijese que hay posibilidades de mudarme definitivamente a Dublín?

## CAPÍTULO 53

Lucía

—Que dónde tengo que firmar para que pase.

No lo piensa ni un segundo antes de contestar, lo que me confirma que realmente es lo que siente, lo que quiere. Y yo también.

—¿Pensabas que te iba a decir que no quería?

—Siempre hemos hablado de algo temporal y esto supondría dar un paso muy importante.

—Sé que me ha costado darme cuenta y que quizá alguna de las cosas que te dije cuando nos reencontramos han podido ocasionarte estas dudas, pero yo lo quiero todo contigo, Lucía. Lo que estés dispuesta a darme, lo atraparé al vuelo si hace falta.

—He aceptado el trabajo y me han dado la opción de teletrabajar.

—¿Eso significa? —Sus ojos empiezan a brillar y la boca se le ensancha, así que no le hago esperar más.

—Que, si yo quiero, puedo mudarme a Dublín.

—¿Y quieres? Tu vida está en Madrid.

—En Madrid ya no me queda nada, Sean. Las chicas y Héctor son lo único que merece la pena y ellos seguirán estando ahí, aunque sea al otro lado del teléfono. Creo firmemente que Dublín es mi lugar ahora, solo necesito saber que a ti te parece bien, para tomar la decisión definitiva.

Se lanza hacia mí con tanta fuerza que acabo tumbada en la playa sin poder evitarlo, con su cuerpo cubriéndome, y un segundo después sus labios están sobre los míos, besándome con tantas ganas que soy capaz de percibir su alegría a través de su tacto.

—Te quiero —me dice, entre beso y beso—. Joder, no sé si llegas a ser consciente de lo mucho que te quiero.

—Yo te quiero más. Llevaba toda la semana deseando besarte otra vez —aseguro, atrayéndole de nuevo hacia mí, pero le entra la risa en mitad del beso y nos vemos obligados a separarnos—. ¿Qué pasa?

—Que llevo días pensando que esa oferta de trabajo iba a alejarte de mí y tratando de hacerme a la idea de volver a una rutina que ahora me resulta sumamente sosa y aburrida.

—¿Hago tu vida divertida?

—Haces que mi vida merezca la pena —asegura—. Hay muchas cosas buenas en ella, pero tú me haces tener ganas de disfrutarla a tope y exprimir cada momento. Estaba dormido, Lucía, y me has despertado.

—Tú me has ayudado a encontrarme, aunque haya sido inconscientemente.

—¿Sabes qué? A los diecisiete años ya estaba convencido de que eras el amor de mi vida y no me puedo creer que haya pasado de creer que nunca más iba a saber nada de ti, a tener la oportunidad de crear un futuro a tu lado. Todo el mundo me recomendó pasar página. Llegué a pensar que lo había hecho, pero esto... Esto no se asemeja a nada que haya vivido en alguna ocasión con otra persona.

—Supongo que al final sí que estábamos destinados a ser.

—¡Gracias, destino! —grita, haciéndome reír—. ¿Y sabes que es lo peor de todo? Que me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, pero al mismo tiempo estoy acojonado, porque ahora depende de mí no cagarla y suelo cagarla mucho, pero te prometo que voy a hacer todo lo

que esté en mi mano para que esto funcione.

—Aprenderemos a arreglar nuestras cagadas juntos.

—Solo quiero pedirte una cosa —dice, poniéndose algo más serio de repente, y llevando su mano a mi mejilla, para acariciarla con cariño—. Prométeme que nunca huirás de mí. Cuando necesites estar sola, dímelo y no te molestaré, pero no vuelvas a estar tantos días sin dar señales de vida porque puedo llegar a volverme loco pensando que te ha pasado algo. Somos un equipo, Lucía.

—Te lo prometo. Tendré que buscarme un rinconcito en Dublín del que poder disfrutar del mar cuando quiera respirar.

—Yo te enseñaré todos los que conozco, que son unos cuantos. Te llevaré por todo Irlanda, ahora que tenemos tiempo de sobra para no perdernos ni un solo pueblo. Quiero buscar rincones secretos en cada país del mundo contigo. Y, otra cosa, no finjas conmigo. Si de verdad vamos a hacer esto, necesito saber que vas a ser cien por cien sincera conmigo y eso incluye dejarme ver tus emociones.

—Yo también tengo una petición —digo de repente, sorprendiéndome a mí misma, y me mira con curiosidad—. Quiero verte sonreír todos los días de mi vida. Así, como lo estás haciendo ahora mismo. Quiero que sea lo último que vea antes de dormir y lo primero que vea al despertarme.

—Tenemos un trato. —Lo sellamos con un nuevo beso, que acaba provocando que nos giremos y nos llenemos de arena hasta las orejas, pero a ninguno de los dos nos importa.

No sé qué será lo que pasa por su mente en este momento, pero yo por fin estoy divisando como todas las piezas que se desperdigaron por la mesa el lunes, van volviendo a su sitio una a una. Con cada una de sus caricias, una nueva se une, hasta que está completo de nuevo, y todas las preocupaciones desaparecen.

Me merezco ser feliz y tener esta oportunidad con él, ambos lo hacemos, y algo me dice que todo lo que nos hemos confesado y lo que hemos compartido en nuestra playa esta noche, es el mejor comienzo para la nueva vida que tenemos por delante.

Una sin secretos de por medio, en la que podamos entendernos a la perfección, en la que huir no sea la solución y en la que, ahora sí, podamos conocernos el uno al otro de nuevo sin ningún tipo de barrera.

¿El pegamento que quería echar por encima del puzzle para que no hubiese forma de separarlas? De eso se encarga Sean cuando, al caminar por la playa de vuelta al pueblo, con nuestras manos unidas, acaba cogiéndome en brazos y dando vueltas como un loco.

Por un breve momento, consigue que volvamos a ser adolescentes. No hay mejor pegamento que recordar todo lo que has tenido que superar para llegar a este punto, porque eso hace que te des cuenta de que eres mucho más fuerte de lo que crees.

—*No puede ser verdad lo que están viendo mis ojos. Tiene que ser una visión de vieja.* —Una voz nos llega en cuanto ponemos un pie en la calle que está justo al lado de la playa, y ambos nos giramos directamente en dirección a la casa de la que sabemos que viene.

—*Buenas noches, Juliana, ¿qué haces despierta tan tarde?*

—*Me ha parecido escuchar que alguien estaba armando jaleo en la playa, pero ya veo que lo que pasa es que mis chicos han vuelto a casa.*

—*Supongo que sí, aunque nos ha costado un poco* —dice Sean, apretándome contra su costado, y al ver el gesto ella sonrío.

—*Las cosas que más esfuerzo suponen son las que más se disfrutan después. Tened buena noche, jóvenes, me alegro de ver que seguís los dos igual de guapos que siempre.*

Caminamos con tranquilidad hacia mi casa y, cuando ya estamos entrando por la puerta, me giro hacia él.

—¿Dónde has dejado a Niall?

—Con mis padres. Le he dicho que tenía que venir a buscarte y su respuesta ha sido que, si eso hacía que llegases a tiempo para asistir a su función de Navidad, le parecía perfecto. Ya hablaremos del hecho de que le haga más ilusión tu presencia que la mía. O de que pienso enfadarme mucho si llegas a convertirse en su favorita, por encima de mí.

Me guardo la sonrisa, porque sé que en el fondo le encanta que Niall y yo hayamos conectado tan bien desde el día en que nos conocimos, y digo lo que llevo pensando desde que supe que él también me quería en Irlanda.

—¿Sabes? Cuando éramos adolescentes nunca te lo confesé, pero tú siempre has ocupado el puesto de mi irlandés favorito.

—¡Por fin! Pensé que tu corazón de *fangirl* nunca iba a ser capaz de admitirlo.

## CAPÍTULO 54

Sean

Al domingo siguiente, una semana después de que Lucía y yo volviésemos a casa juntos y ella diese la noticia de que se mudaba a Dublín indefinidamente, empezó de manera oficial la Navidad en la familia Merino García. Es decir, para Lucía y Carlota.

Después de haber dado veinte vueltas a su calendario, intentando cuadrarlo todo en las vacaciones escolares, que serían también los días que su madre pasaría aquí, por fin se habían dado cuenta de que había que prescindir o reprogramar algo, y la excursión a Waterford había sido la elegida.

Les hacía ilusión visitar ese mercadillo navideño porque, además, la ciudad era una de las más antiguas de Irlanda, pero las dos sabían que era una de esas cosas que hacían más por ellas que por su madre, que prefería planes más cercanos a Dublín, así que lo habían adelantado.

¿Lo más gracioso? Que Darren se enteró antes que yo, y eso que soy el que conduce, porque le preguntaron que qué día le resultaba más fácil sacar adelante el trabajo por mí. Si no fuese porque se va a ir dos semanas completas en enero, de ruta con la bici, dejándome esta vez solo él a mí, me sentiría un socio pésimo por todos los días que le estoy dejando tirado últimamente.

Aunque supongo que a esto se refería cuando me dijo que debía salir del cascarón y tener vida más allá de Niall y del trabajo.

—Tiene narices que, como primer mercadillo navideño que visitar en Irlanda, elijáis uno con toques alemanes —digo cuando, nada más llegar, veo las casetas de cerveza alemana, sidra y vino caliente.

—La Navidad es bien recibida venga de quien venga —asegura Carlota—. ¿Qué pasa, tienes miedo de descubrir que la cerveza alemana está más rica que tu preciada Guinness?

—Eso no pasará nunca —declaro—. Hasta tu hermana ha caído en la tentación del oro líquido, Charlie.

—Tanto como caer en la tentación... —me rebate la aludida—. Solo la he tomado en dos ocasiones.

—Y la segunda te gustó más que la primera, lo acabaré consiguiendo.

Lo bueno de Waterford es que, además del propio mercadillo, hay cientos de actividades a las que podemos apuntarnos a lo largo del día, lo que también ayuda a que Niall esté entretenido y aguante la paliza de estar de un lado para el otro.

Durante las horas de sol, disfrutamos de los cuentacuentos, los villancicos que suenan en cada esquina y las atracciones que encontramos en nuestro camino. Las chicas compran muchísimas cosas, nada que no me esperase, y llega un punto en el que incluso llegamos a la conclusión de que lo mejor es darnos un paseo hasta el coche para dejar las bolsas antes de que comience el espectáculo de luces.

—Tengo un regalo para ti —me dice Lucía, agarrándose a mi mano mientras caminamos hacia allí, y mirándome con una sonrisa enorme en la cara. Una cargada de felicidad y emoción, digna de una niña pequeña a punto de abrir sus regalos.

—Miedo me das. A no ser que sea un conjunto de ropa interior navideño en cuyo caso, ¡feliz Navidad! ¿Puedo abrirlo esta misma noche? —bromeo, ganándome un pequeño puñetazo de su parte, y después pone una bolsa delante de mis narices.

—¿Quieres abrirlo? —Se lo quito de las manos, porque sé que se pone más impaciente

cuando es ella la que da la sorpresa que cuando la recibe, y al sacar el pequeño adorno que hay en su interior no puedo evitar resoplar.

—¿Esta es una indirecta para que compre un árbol de Navidad? —le pregunto, sacando la estrella de la bolsa.

La verdad es que es bonita, ni muy grande ni muy pequeña, y de tonos blancos y dorados. A simple vista puede parecer simple, pero estoy seguro de que las luces del árbol le harán tener un brillo especial.

—A Niall ya lo tengo convencido, solo faltas tú. ¿No crees que quedaría superbonito en el salón, justo al lado de la ventana?

—¿No te es suficiente con el “*Happy Christmas*” que has colocado en mi puerta y las tiras de luces adornando cada estantería?

—Lo siento, Sean, ya es tarde para que te deshagas de mí. Firmaste sin leer la letra pequeña y ahí ponía claramente: su hermana y ella están locas por la Navidad. Absteneos los que sois más del Grinch.

—¿Cuándo he firmado yo algo?

—Cuando me arrebataste la virginidad —exagera, asegurándose de decirlo en voz baja para que ni Carlota ni Niall, que caminan a unos metros de nosotros, nos oigan, y suelto una carcajada antes de volver a guardar la estrella en la bolsa y pasar mi brazo alrededor de sus hombros.

—Desde mi punto de vista, fuiste tú quién me la arrebató a mí. Yo no pretendía hacer nada ese día y tú lo tenías todo preparado.

—Detalles tontos —rebate—. Pero, ahora en serio, ¿qué es de una Navidad sin árbol? Eso es muy triste...

—Te recuerdo que los días grandes los pasamos en el restaurante o en la casa de mi madre y allí sí que hay árbol.

—No puedo creerme que haya ido a fijarme en alguien tan soso. Me tenías engañada con tu moreno veraniego y tus ojitos brillantes.

—Cualquiera es soso a vuestro lado, Lu —me río y, al cabo de unos segundos, chisca la lengua.

—Eso es verdad. Pero acabaré contagiándote, ya lo verás. ¿No dices que quieres enseñarme el país entero? Pues yo quiero que, a partir de ahora, cada año me lleves a un mercadillo navideño diferente dentro de Irlanda. En cada uno, compraremos un recuerdo. Y cuando seamos súper viejos y tengamos la cara llena de arrugas, miraremos nuestro árbol y los veremos todos.

—¿Seguirás torturándome cuando seamos viejos? No sé yo si me compensa del todo esta relación —bromeo, ganándome un ligero empujón, y aprieto más mi agarre.

Creo que hay pocas cosas en este mundo que me gusten más que caminar por la calle con ella a mi lado, ya sea de la mano o medio abrazados, como ahora mismo.

Aprovechamos el paseo para cenar en un restaurante fuera de la zona del mercado, en el que hay mucha menos gente y por lo tanto menos barullo, y mientras hacemos tiempo para que empiece el espectáculo de luces y sonido en la catedral, dejo que Niall se aleje para jugar con otros niños.

Qué pena que esa facilidad de congeniar con la gente se vaya perdiendo con el paso de los años.

—Ahora que estamos solo los adultos —dice Carlota, atrayendo nuestras miradas—. ¿Habéis pensado en iros a vivir juntos?

—¿Es que ya me quieres echar de tu piso? —se queja Lucía—. Hace nada que estamos juntos.

—Sabes de sobra que a mí no me molestas, pero ¿es que no lo veis? Desde que volviste de

España no has vuelto a dormir en casa. Solo vienes para cambiarte de ropa y grabar los vídeos, y a veces ni eso. Es como si estuvieses en dos sillas y mal sentada.

—Es demasiado pronto. Niall...

—En realidad, tu hermana tiene razón —la interrumpo—. Esta última semana, has estado prácticamente viviendo con nosotros. Se nos da de culo lo de ir poco a poco, Lu.

—¿Quieres que me mude contigo?

—Tendría que hablar con Niall antes para saber lo que piensa, pero creo que serían todo ventajas. Tu hermana disfrutaría de su propio espacio y tú te quitarías de tener que estar pasando de una casa a otra para cambiarte o cuando necesites alguna de tus cosas.

—Otro, ¡que yo no lo digo por tener mi espacio! —se queja Carlota—. Ni que no lo tuviese ya.

—Sean, esto sí que es un paso muy importante.

—¿Qué no te quedó claro cuando te dije que lo quería todo contigo?

Nos dirigimos hacia la plaza de la catedral cuando se va acercando la hora del espectáculo de luces y sonido y, aprovechando que tengo a Niall en brazos para que pueda verlo todo, le hablo en voz baja de modo que solo él pueda oírme.

—Niall, ¿qué te parecería que Lucía se mudase a vivir con nosotros?

—¿Eso significa que sois novios? —pregunta, imitando mi tono de voz, y cuando asiento con la cabeza me enseña su nueva sonrisa desdentada, producto de la caída de su primer diente de leche.

¿Se puede saber en qué momento este niño ha crecido tan rápido? ¿Y dónde tiene el botón para reducir la velocidad?

—Me cae bien Lucía.

—¿Eso significa que te gustaría tenerla como nueva compañera de piso?

—Ya casi vive con nosotros, papi. Esta semana ha desayunado todos los días en casa.

—Me lo tomaré como un sí.

—Tengo una pregunta —dice, después de unos minutos en silencio, y lo miro con atención—. Si vive con nosotros, ¿significa que ahora es parte de nuestra familia?

—Sí, podría decirse así.

—Y las familias se quieren, ¿no? Así que, ¿Lucía me quiere?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella, pero estoy seguro de que lo hace. Pero no tanto como yo, yo siempre te querré más que nadie —exagero la voz, haciéndole reír, y se abraza a mi cuello.

—Te quiero mucho, papi. A ella también, aunque no se lo haya dicho todavía.

Le doy un beso sobre la frente en respuesta porque sé que, aunque no me lo haya compartido, la aparición y desaparición de Dana le ha dejado huella. Por primera vez en su vida, ha experimentado el sentimiento de abandono y de saber que alguien que debería quererle no lo hace, y yo voy a trabajar para conseguir que eso se le vaya de la cabeza. Porque si su madre no está, yo le querré por los dos.

Además, sé que ahora cuento con alguien que va a estar encantada de ayudarme en esa tarea.

Es mas de medianoche cuando cruzamos la puerta de casa y Niall ha caído en cuanto nos hemos subido al coche. Para ser totalmente sinceros, solo Lucía ha aguantado despierta conmigo e incluso a ella le ha costado por momentos.

Lo llevo a la cama en brazos, aunque se ha desvelado al sacarlo del coche, mientras ella pasa

a casa de su hermana a por un pijama y ropa para mañana y, cuando estoy a punto de apagar la luz de su mesilla, me sorprende con una nueva pregunta.

No sé por qué creo que lo de la mudanza va a ocasionar muchas.

—Ahora que sois novios, ¿voy a tener un hermanito?

—¿De dónde sacas eso?

—En uno de los capítulos de los dibujos que trajo Lucía de su casa, los del cuerpo humano, cuentan cómo el bebé se forma dentro del cuerpo de su mamá. Es alucinante.

¿En qué momento se le ocurrió a Lucía traer esos dibujos que a ella le gustaron tanto cuando era pequeña?

—Por ahora seremos solo nosotros tres, peque.

—¿Y en el futuro?

—Eso ya se irá viendo.

—Está bien —claudica y se da media vuelta en la cama, dando por terminada la conversación.

## CAPÍTULO 55

Lucía

—*Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad* —canturreo mientras voy colocando los platos alrededor de la mesa—, *saca la bota, María, que me voy a emborrachar*.

—¿Qué significa *emborrachar*? —pregunta Niall, que está al otro lado del comedor con mi madre.

Desde que ha visto cómo ella cogía una aburrida servilleta y la doblaba hasta formar un árbol de Navidad, no se ha apartado de su lado. Para cuando termine la noche, seguro que es un genio de la papiroflexia.

—Beber alcohol —respondo, porque hace tiempo que ha empezado a mostrar interés en el español—. Algo que no tienes que hacer al menos hasta que cumplas los dieciocho.

—¿Y para que necesita un zapato para beber alcohol?

—Una bota también es un recipiente donde poder llevar el vino —le explica mi madre y sonrío mirándoles de reojo, mientras sigo con mi tarea.

Se han entendido tan bien desde el primer momento que da gusto ver cómo interactúan, y admito que lo que más me sorprende ha sido ver lo bien que se defiende mi madre con el inglés.

¿Y yo que pensaba que esas clases a las que se apuntó en el pueblo las aprovechaban más para tomar el café y cotillear que para aprender? Me ha cerrado la boca.

—*Ande, ande, ande la Marimorena. Ande, ande, ande que es la Nochebuena* —continúo con mi villancico, mientras me dirijo hacia la zona de la cocina a por los cubiertos, aunque asegurándome de no entrar más allá del armario en el que tienen guardada la cubertería.

Esa mañana, en cuanto llegamos al restaurante, nos habían dejado claro que esa zona era exclusiva para Erin y sus dos mochuelos. Admito que al principio me lo tomé un poco a broma, e incluso planeaba tocarles un poco las narices en algún momento, pero al ver cómo Fergus se ha quitado del medio ofreciéndose para ir a buscar a la madre y al hermano de Erin, he decidido seguir sus pasos.

Yo no tenía motivo para salir de allí, ya que Carlota llegaría por su propio pie en cualquier momento, así que he cogido de la mano a mi madre y a Niall y me los he llevado a los dos al comedor. Si ellos cocinaban, nosotras nos encargáramos de la mesa.

—¿No podrías al menos cambiar de canción? —se queja Darren al escucharme.

—No. Es el villancico ideal para hoy.

—Al menos podrías cantarla entera, en vez de estar con la misma estrofa una y otra vez.

—Si ya estás poniéndote nervioso, no quiero ni imaginar cómo estarás mañana con el *fun, fun, fun* —se ríe Sean que, aunque me lo niegue, sé que cada día se va contagiando un poco más de mi espíritu navideño.

—No, por favor. Lucía, te lo ruego. Quiero salir cuerdo de estas fiestas.

—¿Por qué no dejas que la chica sea feliz? Canta lo que quieras, cariño —me dice Erin y, en respuesta, le saco la lengua a su hijo mayor antes de volver al comedor.

Niall analiza lo que llevo en las manos cuando entro en la sala y, al no dar con más servilletas, me mira decepcionado.

—¿No hay que doblar más?

—Solo somos diez, ya está todas.

—¿Y si invitamos a Josh y su familia?

—Estoy segura de que ya tienen planes para hoy. ¿Pero sabes lo que sí que podemos hacer? —Me mira expectante—. Pregunta a tu padre a ver si tiene papel en sucio que podamos utilizar y haremos copos de nieve que colgar por las paredes, como si estuviese nevando dentro del comedor.

—¡Yo sé dónde lo guarda!

—¡Pregúntale primero! —le recuerdo, cuando veo cómo sale corriendo, y me aseguro de colocar lo que he traído en la mesa para poder unirme a ellos cuando vuelva.

—*Empiezo a entender por qué te sientes tan cómoda aquí* —susurra mi madre cuando me siento a su lado—. *Aunque me da pena que te me vayas tan lejos.*

—*Contando con que tengo que bajar a Madrid casi todos los meses y que aprovecharé para hacerte una visita, a lo mejor nos vemos más que cuando vivía allí.*

—*Qué mal cuidas de tu madre* —exagera, pero me lo dice con una sonrisa.

—*También podrías venir tú de vez en cuando a vernos. Ahora somos dos contra una* —digo, refiriéndome a Carlota y a mí—. *Tendré que usar eso mientras pueda, antes de que Carlota termine la universidad.*

—*¿En serio quieres tener a tu madre molestando cuando te acabas de mudar con tu novio?* —pregunta, levantando las cejas.

—*Ah, ¿qué no te quedas con Carlota?* —le sigo el juego y, cuando Niall vuelve, lo hace con Sean pisándole los talones.

—Vengo a asegurarme de que no vais a liar nada que después me vaya a costar mucho recoger —dice, mirándonos a nosotras dos mientras deja un pequeño taco de papeles encima de la mesa en la que estamos apoyadas.

—No puedo prometer nada —le pico—. El plan es hacer copos de nieve pero, ¿quién sabe?

—Miedo me dais. ¿Te estás portando bien? —le pregunta a Niall y, cuando él asiente con la cabeza, me mira a mí buscando la confirmación.

—Tienes un hijo que es un santo —responde mi madre en mi lugar—. A ver si eso os anima a ir a por otro.

—Yo quiero un hermanito, pero no hacen caso —se queja el pequeño provocando que, si mis mejillas ya se habían sonrojado con el comentario de mi madre, ahora estén como un tomate.

—¿Podríais dejar de querer correr tanto? Estamos bien como estamos ahora mismo. Lo llevo a saber y dejo las cintas de “Erase una vez... El cuerpo humano” en el desván un par de años más.

—¿Ha visto esos dibujos? —dice mi madre, riéndose mientras niega con la cabeza—. ¿Sabes que tú empezaste a decir que querías una hermana cuando los viste por primera vez? El karma te la está devolviendo por la guerra que nos diste hasta que nació Carlota.

—¿Por qué nunca me habías contado eso?

—No sé, no había surgido el tema, pero al parecer la historia se repite.

—Así que, ¿voy a tener un hermanito?

—No —respondemos los dos a la vez, pero Sean añade algo que hace que mi estómago brinque.

—No todavía, al menos. Ya veremos dentro de unos años.

Parece que eso le vale al niño, porque sonrío y coge uno de los papeles antes de fijar su mirada en mi madre.

—¿Empezamos?

Unas horas después, estamos casi todos sentados en la mesa haciendo tiempo a que aparezca

Carlota que, para sorpresa de todos, llega más tarde de lo previsto.

¿Qué han hecho con mi hermana, la que en otras ocasiones habría estado desde las diez de la mañana por aquí dando guerra?

Las conversaciones fluyen sin problema, entre recuerdos de los veranos que pasamos juntos, actualizaciones de lo que ha sido la vida de ambas familias desde la última vez que nos reunimos todos y comparaciones entre las costumbres que hay para una misma festividad en España e Irlanda.

Una de las botellas de vino Ribera del Duero que mi madre ha traído ya ha desaparecido y, sin poder evitarlo, mi mirada va moviéndose entre la mesa, la puerta y el móvil.

**Lucía:** ¿Va todo bien? ¿Dónde estás?

**Carlota:** Ya llego. Me ha surgido algo que no podía dejar para otro día. Te cuento ahora.

Me guardo el móvil con un suspiro y noto cómo Sean se inclina hacia mí.

—¿Le ha pasado algo?

—No sé, dice que ya viene.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Qué cada vez desaparece más a menudo y nunca nos cuenta dónde ha estado? Sí.

—Seguro que tiene que ver con su compañero de proyecto, ese con el que se lleva tan mal.

—Pero se supone que ya han entregado el trabajo.

—Supongo que nos acabaremos enterando tarde o temprano.

Coge su copa de encima de la mesa y la deja alzada entre nosotros, para que yo haga lo mismo con la mía.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por nosotros. Porque 2025 sea el mejor año de nuestra vida hasta el momento, porque me encanta la persona que soy cuando estoy contigo y porque te quiero. —No puedo evitar que se me humedezcan los ojos un poco de la emoción por sus palabras y él se sonríe, aunque no diga nada al respecto.

—Por nosotros —digo—. Porque esto solo es el principio, porque a tu lado no me hace falta fingir nada y porque te quiero.

—*Sláinte* —susurra, chocando su copa contra la mía y yo lo repito, añadiendo una palabra en irlandés que he aprendido hace poco gracias a Erin.

—*Sláinte, mo grá*<sup>[1]</sup>.

## EPÍLOGO

2026

Es la noche de San Juan en un pueblo a las orillas del mar Cantábrico y, en uno de los laterales de la playa, un grupo de personas se han montado un picnic que nada tiene que envidiar a los grandes chefs. Sobre todo, si contamos con que dos de sus miembros son los dueños de uno de los mejores restaurantes de Dublín y, obviamente, ellos se han encargado de preparar el picoteo.

A los siete miembros originales de esa cuadrilla que se creó hace ya más de veinte años, se han ido uniendo cada vez más personas, pero lo que está claro es que se quieren unos a otros como una gran familia y eso no lo cambiarían por nada.

Tan solo quedan unas horas para que las hogueras iluminen la playa por completo y los más valientes se animen a saltarlas, y mientras tanto, pocos son los miembros del grupo que están tranquilamente sentados alrededor de la mesa.

Eneko y Darren han insistido en traerse las tablas de surf, aunque lo único que han conseguido de momento es que el hijo del primero, con tan solo cinco años, les deje en ridículo a los dos. Ahora, los tres han desistido de intentar cabalgar las olas, pero se mantienen en el agua, sobre las tablas, disfrutando de los últimos rayos de sol del día.

Sean y Héctor hace un rato que desaparecieron, camino a los acantilados que hay a unos kilómetros de distancia de allí, junto al novio de Marta, para intentar pescar. Aunque los tres sepan que, con el jaleo que hay en la playa, es poco probable que consigan algo.

Las dos gemelas toman el sol con Carlota, que se apuntó al plan en cuanto supo que el destino era el pueblo, pero algo me dice que no les va a durar mucho la tranquilidad porque dos personas, un niño y un adulto que en ocasiones es peor que el niño, caminan hacia ellas con la firme intención de sacudir sobre sus cuerpos el agua que se les ha acumulado en el pelo después de estar más de media hora jugando a las palas en la orilla.

Y, por último, las guardianas de la comida, o al menos eso dicen para poner el toque de humor a la situación. La verdad es que, después de varias horas en pie, ambas tienen las piernas tan cargadas que una silla a la sombra ha sido todo lo que han necesitado para caer.

Sobre todo Candela, la mujer de Eneko, que con treinta y nueve semanas de embarazo es consciente de que, en cualquier momento, es posible que tengan que salir corriendo hacia el hospital.

Lucía, con las veinticuatro recién cumplidas, sabe que todavía le quedan unos meses para llegar a ese punto, pero ha aprovechado la situación para descansar un poco y hacer preguntas a alguien que ya ha pasado por eso anteriormente.

¿Duele tanto como dicen? ¿Cuánto tardaste en recuperarte después? Y, finalmente, no tiene que ser tan malo si has ido a por el segundo, ¿no?

Ella, por ahora, había tenido un embarazo con el que muchas soñarían. Quitando las náuseas del primer trimestre y las lagunas mentales que tenía de vez en cuando, se encontraba mejor que nunca. Se le cansaban más fácilmente las piernas y en ocasiones se sentía algo torpe, pero hasta se veía más guapa. Y no solo porque Sean se asegurase casi cada día de repetirle lo radiante que estaba.

Lo que le asustaba era el momento del parto, no podía evitarlo, pero se tranquilizaba a sí misma pensando en que todavía faltaba mucho. Dieciséis semanas, si todo iba según lo previsto.

—¡Te mato!

El grito de Carlota es el que hace que ambas miren en su dirección y Lucía se esfuerza para no soltar una carcajada, porque sabe que como su hermana la escuche va a acabar llevándose ella la bronca.

¿Por qué? Por dejar que Niall se haya convertido en un fiel aliado de su novio, quizá. O por no haberles parado antes de que ambos la llenasen de agua. Pero, ¿acaso tiene ella la culpa de que haya elegido como pareja al que se ha convertido en el mejor amigo de su pequeño? Que hubiese buscado uno más serio o maduro.

El grito continúa cuando el mayor aprovecha para tumbarse por completo encima de Carlota, calándola la espalda por completo, y Lucía aprovecha para hacer un gesto a Niall pidiéndole que se acerque a la mesa.

—Hora de ponerse crema, que sino enseguida te quemas.

—¡Pero si me he puesto hace nada! —se queja él, pero sin rechistar se dirige a donde tienen apoyadas todas las mochilas y busca la suya para sacar el bote.

—¿Estás emocionado por la idea de tener una hermanita? —le pregunta Candela, sin saber que está a punto de descubrir al auténtico Niall.

Al que se emociona haciendo trastadas y jugando con otros niños, pero cuya mente es capaz de alucinar a todo el que tenga la oportunidad de escucharle.

—¡Pues claro! Según un documental que estuve viendo con papá hace poco, ahora mismo debería tener el tamaño de una piña y los pulmones están a punto de empezar a formarse. ¿Sabes que eso significa que hay más posibilidades de que sobreviva si nace antes de tiempo?

Candela mira sorprendida a Lucía y esta se encoje de hombros.

—¿Qué dijimos sobre lo de no tentar al destino hablando de prematuros?

—Que hay que dejar a Aine tranquila donde está hasta las cuarenta semanas —recita, como si fuese una frase que se ha aprendido de memoria, y entonces su atención se fija en Candela—. ¿Cuántas semanas tiene tu bebé?

—Treinta y ocho.

—¡Ya es como una sandía! ¡Y puede respirar por sí mismo! Qué guay.

—Vaya, te lo tienes todo bien estudiado.

—Me gustan los documentales —explica él—. Aunque lo de los cromosomas todavía no lo entiendo del todo bien.

—Poco a poco, canijo, ya tendrás tiempo de aprenderlo —dice Lucía y, justo cuando el niño está abriendo la boca para decir algo, los tres pescadores apareciendo por las rocas llaman su atención.

—¿Habéis pescado mucho?

Se aleja en dirección a su padre y, cuando las dos mujeres se vuelven a quedar solas, Candela sigue asombrada.

—¿Cómo es posible que sepa todo eso?

—Su abuelo ha fomentado su curiosidad desde bebé y, como le interese un tema, va a buscar todos los vídeos que existan al respecto. Nos hizo ver uno en francés sobre los cromosomas dominantes y recesivos, para intentar averiguar si Aine saldrá rubia y con los ojos azules, como él.

—Ojalá nunca pierda esas ganas de saber.

—Yo también lo espero.

La llegada de los pescadores hace que todo el grupo se reúna alrededor de la mesa, aunque solo sea para burlarse de ellos por volver con las manos vacías y, conforme el sol se va perdiendo en el horizonte, la comida va desapareciendo.

—¿Nuevo intento de ganarte el puesto número uno en mi *ranking* de tortillas de patatas? —le dice Lucía a Sean, cuando este se sienta a su lado.

—Esta ha quedado realmente buena. Mejor incluso que la de don Felipe, fíjate. Estoy convencido, Lu, hoy me coronó —asegura él con una sonrisa enorme en la cara y, solo por tocarle un poco las narices, ella realiza cada uno de los movimientos a cámara lenta hasta que un buen trozo está sobre su plato.

—Buen color por los dos lados, me alegro de que no hayas intentado esconder lo quemado abajo—. Empieza, como si estuviese llevando a cabo una de esas críticas culinarias por las que su sección en la revista se ha convertido en una de las páginas más visitadas de cocina en el país y por las que, incluso, ha llegado a participar en algún programa de televisión—. La textura parece correcta. Tiene buen aroma.

—¿Quieres hacer el favor de probarla ya? —estalla él a su lado y, entre risas, ella lo hace.

—Puede ser de tus mejores intentos —admite, llevándose otro trozo a la boca—. Aunque no sé si supera a Darren, que es el que corona el *ranking* ahora mismo.

—Estoy empezando a pensar que hay ciertos favoritismos afectando a esta decisión —se queja y, ella, sin ser capaz de aguantarse más tiempo, saca la libreta y se la lanza.

—Ábrela.

Lo hace por la primera página, donde sabe que está la ansiada lista, y cuando ve lo que pone, levanta la mirada hacia ella.

—No sé si lo has hecho solo para que me calle, pero me vale. Tengo que sacar una foto a esto para subirlo al Instagram del restaurante. Por fin puedo poner en la carta que tengo la mejor tortilla de patatas del mundo.

—Te recuerdo que soy la única jueza de ese *ranking*.

—¿Hace falta alguien más? Tengo el visto bueno de una de las mejores críticas gastronómicas del mundo. Yo me doy por premiado.

—Ahora que lo pienso, tenía que haberme esperado a enseñártelo a cuando llegásemos a casa, para hacerlo en el rellano —se queja ella, haciendo referencia a ese lugar que parece haber estado presente en alguno de los pasos más importantes que han dado en su relación, y la mirada de él se dirige inconscientemente hacia el anillo que adorna su mano izquierda.

Ese rellano había sido testigo de su primer beso, de su (segundo) primer te quiero y, tan solo hace unos meses, de su pedida de mano.

Y puede que estar por fin en el puesto número uno de esa lista, después de veinte años, le haga ilusión, pero lo que sin duda no cambiaría por nada del mundo es la vida que está creando a su lado.

Por fin tenía la familia con la que siempre había soñado y, lo mejor de todo, la estaba compartiendo con la chica que, a los diecisiete años, se convirtió en la mujer de su vida.

## **RANKING DE LA MEJOR TORTILLA DE PATATAS DEL MUNDO:**

1. MO GRÁ (SEAN)
2. DARREN
3. MARGARITA
4. DON FELIPE
5. NIALL (¡CUIDADO! EL PEQUEÑAJA VIENE PISANDO FUERTE.)

## AGRADECIMIENTOS

Creo que esta novela ha supuesto el mayor reto para mí desde que empecé a escribir.

Por su historia, que llegó a mí con fuerza pero, sin embargo, necesitó más borradores de los que soy capaz de contar para dar el pistoletazo de salida. Si me pusiera a mirar en carpetas, estoy segura de que encontraría suficientes versiones como para crear un libro nuevo. Y por mí, que llevaba tanto tiempo sin ser capaz de sacar adelante una historia que llegué a pensar que no volvería a terminar una.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mis chicas de Berolana (Roma, Laura y Nago), porque empezar a hablar con vosotras día sí y día también fue lo que me motivó a no tirar la toalla y seguir adelante.

Roma, como siempre digo, sin ti mis libros serían una patata, y en esta ocasión con más sentido todavía porque no solo has hecho que sea precioso por fuera, sino que has ayudado a que su historia quede perfecta.

Laura, en cierto modo tus ganas de ponerte a escribir me motivaron a mí para volver a hacer lo mismo, con esas sesiones de escritura que solían quedar fallidas y los retos a los que me has animado a unirme. Creo que en parte tienes la culpa de que este libro salga este año y no dentro de cinco.

Nago, pasarte fragmentos es lo mejor del mundo porque no hay una sola vez en la que no te emociones. ¡Qué motivación da eso! Todos los escritores deberían tener alguien como tú cerca.

También quiero sumar a esos tres nombres los de Fer, Jesús, Ian y Judit, porque los siete siempre habéis estado ahí cuando me apetecía *fangirlear* sobre alguna escena, para hablar de cualquier cosa cuando necesito distracción y para levantar los días en los días más flojos.

A Ángela, porque escucharme siempre cuando te cuento las mil historias que se me vienen a la cabeza, aunque a veces sea complicado seguirme el ritmo.

A mi familia, que nunca falla y a los que tendría que dar un premio como mejores comerciales de la historia, porque estoy segura de que este libro llegará a muchas manos gracias a vosotros. Mamá, gracias por soportarme en los días en los que la corrección me ha vuelto loca. Y Soni, en cierto modo tienes la culpa de que esta historia me viniese a la cabeza, así que gracias por ser mi Carlota.

Y, por último, a ti. Si estás leyendo esto, muchas gracias por haber dado la oportunidad a mis chicos y quedarte más allá del punto y final. No olvides que dejar tu opinión en páginas como Amazon o GoodReads y en redes sociales puede ayudar a que mucha más gente conozca esta historia, así que desde ya te doy lo agradezco si dedicas un ratito de tu tiempo a hacerlo.

¡Por cierto! Antes de que se me olvide. No perdáis de vista a cierta friki de la Navidad ni a su maldito compañero de proyecto, porque muy pronto volveré dando guerra con ellos.

[\[1\]](#) Mi amor.

